SUPERDÓLARES



Luigi Carletti
Agente Kasper

"Por estos billetes se puede morir, despreciando cualquier ley, burlándose de cualquier norma o acuerdo. Por estos billetes se puede acabar en el Infierno."

¿Qué billetes son estos? Dólares "falsos pero verdaderos" que circulan en grandes cantidades en algunos países remotos. "Sigue el dinero" dicen siempre los investigadores, y para seguir el dinero los estadounidenses le piden un favor a su aliado italiano. Se trata de un agente, Kasper, miembro del cuerpo de elite de los carabinieros, y ex piloto de combate que luego pasó a los servicios secretos y se infiltró en Camboya para investigar los negocios orientales de las mafias italianas. Kasper ya había protagonizado varias acciones espectaculares contra los narcos, como cuando logró desmontar una trama entera de tráfico de drogas entre Italia y Colombia. Kasper tiene la experiencia y los conocimientos adecuados: si sabes quién trafica, no importa lo que se trafique.

"Same same but different" le dice Victor Chao, un miembro de las Triadas chinas mientras le muestra dos billetes de cien dólares. Son iguales, pero uno viene de la Reserva Federal y el otro no. Al investigar quién está detrás de este flujo de dinero, Kasper acabará en el infierno, el campo de concentración de Prey Sar en Camboya. Allí los guardias son ex jemeres rojos, pero ¿quién ha dado la orden de encerrarle? ¿Y por qué las autoridades internacionales, incluidas las italianas, ocultan el caso? En este libro Luigi Carlettti recoge el testimonio del agente Kasper y revela uno de los secretos mejor guardados de los servicios de inteligencia occidentales. El resultado es un thriller de espionaje internacional en la línea de la mejor narrativa americana. Con un solo defecto: es todo verdad.



Luigi Carletti & Agente Kasper

Superdólares

ePub r1.0
Titivillus 27.07.15

SEÑOR R

Título original: *Supernotes*
Luigi Carletti & Agente Kasper, 2014
Traducción: Maria Pons Irazazábal & Juan Vivanco Gefaell
Ilustrador: Marcello Dolcini

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



SEÑOR R

El infierno

El infierno existe y yo estuve en él.

Me secuestraron, encarcelaron y torturaron. Estuve preso durante trescientos setenta y tres días.

Intentaron hacerme desaparecer en la nada. Conmigo debían desaparecer también los resultados de mi trabajo. Una investigación larga y difícil. Con un nombre que tal vez no dice mucho, pero que significa muchísimo: superdólares.

Mi infierno comenzó en Italia, pero se consumó en Camboya. Acabé en el campo de Prey Sar. Un auténtico lager donde era el único occidental.

Estaba solo. De mi caso no se hablaba y, hasta ahora, no se ha sabido nada. Silencio. En Italia se mantenía oculto. Instituciones y magistratura hicieron oídos sordos a las súplicas de mi familia, de mi abogado y de los pocos que estaban enterados. A pesar de las evidencias. A pesar de las leyes del Estado.

El 4 de abril de 2009 fue mi último día de cautiverio. Huí. Cómo lo conseguí, lo cuento en este libro escrito conjuntamente con Luigi Carletti, con el que durante meses he compartido un paciente y atormentado viaje hacia atrás.

Pero no explicamos solamente este infierno.

Reconstruimos mi investigación sobre los superdólares y lo que antecedió a este período. Explicamos una vida. Porque durante treinta años he sido un agente encubierto del servicio de inteligencia italiano, «prestado» unas veces al ROS, otras a la CIA o a distintos servicios de países aliados. Mi nombre en clave, Kasper. Aunque también he sido Hornet, Stingray, comandante Carlos y otros más.

Hoy, a los cincuenta y cinco años cumplidos, no me interesa demasiado el juicio de los demás. Me interesa el juicio de las personas a las que quiero.

Mi madre murió poco después de mi regreso a casa. Ahora tengo una esposa y una hija de un año. Este libro se lo dedico a mis tres mujeres: a la que ya no está y a la que todos los días me ayuda a mirar hacia delante.

SEÑOR R

SEÑOR R

La historia

Conocí a Kasper hace veinte años. Era piloto de Alitalia. Viajaba en un Porsche con dos pistolas y un fusil de asalto ocultos bajo los asientos. Ofrecían por su cabeza una recompensa de un millón de dólares pero no podía llevar escolta. «¿Por qué no?», le pregunté. Me respondió: «¿Has visto alguna vez a un piloto de avión escoltado?».

Kasper era en realidad un agente encubierto. En aquella época trabajaba para el ROS de los carabinieri. Su nombre en clave: comandante Carlos. Acababa de concluir una espectacular operación que había asestado un golpe durísimo al narcotráfico internacional. Se infiltró entre los narcos colombianos y, tras una larga investigación, hizo saltar su organización entre Medellín e Italia. El coordinador de la Operación Piloto fue el juez Pier Luigi Vigna.

Cuando nos conocimos, Kasper estaba a punto de iniciar otra empresa que relatamos en este libro: la Operación Sinaí. Arriesgaba su vida, la ponía al servicio del país en la lucha contra el crimen organizado. Como otros muchos colegas suyos.

Pero él lo hacía con esa pizca de marcial inconsciencia que a menudo roza la locura. Y por otra parte, me explicó Pier Luigi Vigna, la justicia también necesita hombres así: audaces e imprevisibles hasta parecer locos. Con todos los riesgos que eso comporta.

Tras un largo período de silencio, hace un año volví a ver a Kasper. Me pareció un hombre muy cambiado. Sigue lanzándose en paracaídas y practicando artes marciales. Pero ha cambiado por dentro. Porque la historia que relatamos no es solo la historia de un sufrimiento increíble, sino sobre todo la historia de una dramática toma de conciencia sobre lo que es hoy el mundo en el que vivimos. Un mundo en el que todavía existen campos de concentración, pero en el que los equilibrios están cambiando. Un mundo en el que podemos ser espiados en cualquier momento y en el que la riqueza se origina de los modos más increíbles.

También con los superdólares.

Luigi Carletti

SEÑOR R

1
Huir o morir

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
sábado, 4 de abril de 2009

«Italian, you come here right now!»

El prisionero italiano obedece. Pero lo hace con lentitud. Con una lentitud algo excesiva.

Se llama Kasper. Es un prisionero italiano. Kasper ha sido durante mucho tiempo su nombre en clave. Un nombre de guerra a lo largo de una vida hecha de batallas.

Ahora su batalla es solo una: seguir vivo.

El kapo grita de nuevo. Tiene la voz ronca. Vociferar es el menos peligroso de sus poderes. Entrecierra los ojos y vocifera órdenes que rompen el silencio ya tórrido de la mañana.

Kapo es el nombre que le ha puesto Kasper porque actúa exactamente igual que los kapos de los lager nazis. En camboyano tendría otro nombre impronunciable.

El kapo también es un prisionero, pero de categoría superior. Ayuda a los guardias en la gestión del campo. Se permite ciertas satisfacciones. Puede pegar a los prisioneros y lo hace con regularidad. Con placer. Puede cobrar dinero a cambio de protección y favores.

Intentó hacerlo también con Kasper.

Una noche fue en su busca con otros kapos y un guardia armado. Querían darle una lección, como ya habían hecho los primeros días para darle la *bienvenida* a Prey Sar, cuando Kasper apenas podía mantenerse en pie. Se utilizan tubos de hierro recubiertos de goma: hacen daño, pero no rasgan la carne. Para la *bienvenida* le rompieron la nariz y le destrozaron la oreja izquierda. Parecían satisfechos. «Bravo italiano». Dos patadas más. Reían.

Kasper entendió cómo funcionaban las cosas allí dentro. Se preparó. Cuando volvieron, estaba listo. Los matones de la noche no se lo esperaban. El combate fue breve. Recogieron a los heridos y se retiraron.

Por supuesto la cosa no acabó ahí.

SEÑOR R

Al día siguiente le arrojaron a una celda de castigo.

A una «jaula de tigre».

Las jaulas de tigre son hoyos de tres metros de profundidad cerrados con rejas metálicas a través de las cuales te pasan comida de mierda y agua de mierda. Hoyos que cuando llueve se inundan y tienes que nadar entre ratones y cucarachas. Hasta pegar el rostro a la reja y confiar en que el agua no siga subiendo.

Le arrojaron allí bastantes días, pero a partir de entonces se mantuvieron a distancia. Le pusieron el sobrenombre de la Bestia. Se lo ha explicado el guardia que desde hace algún tiempo le protege. Se llama Chou Chet. Le ha explicado que con el dinero que la familia de Kasper le manda desde Italia, pronto podrá cambiar de vida. «Somos amigos», le ha dicho en inglés. «Amigos, por supuesto», ha repetido Kasper.

No quiere morir. Quiere salir de Prey Sar por su propio pie y olvidarse de todo. También de ese animal que masculla: «Italian, you come here right now!».

El kapo sabe algunas palabras de inglés, lo suficiente para comunicarse con los prisioneros no camboyanos. Una pequeña minoría. Algunos tailandeses, dos chinos y un grupito de vietnamitas. Kasper es el único occidental entre quinientos desahuciados.

«A la entrada. —El kapo le indica la zona del campo a la que debe dirigirse—. Hay noticias para ti».

Kasper le mira directamente a los ojos. Solo un instante. No busca el enfrentamiento. Precisamente hoy no. Todo tiene que marchar sobre ruedas hoy.

Ambos llevan el torso desnudo. Ambos están sudados, con una temperatura que alcanza los cuarenta grados y una humedad que se te mete debajo de la piel. El kapo le mira fijamente, con el *krama* cuadriculado ceñido en torno a la cabeza y la boca apenas entreabierta, y repite: «Ve, italiano».

Kasper se dirige hacia las «noticias». Cree saber cuáles son las *noticias*.

Así que ya está. Es posible que haya ocurrido de verdad. Está ocurriendo, en esa mañana de sábado del mes de abril de 2009, y él apenas puede creerlo. Arrastra las sandalias Hô Chi Minh, aprieta entre las manos la preciosa bolsa de plástico que oculta como puede. La disimula. La cubre con la camiseta.

Intenta cubrirse con su mejor máscara. Ha llegado el momento. Debe conseguirlo.

Debe.

No quiere acabar como los demás. Como aquellos que ha visto morir a lo largo de esos meses.

Los torturados. Los pisoteados-destrozados-machacados. Los desahuciados ahogados boca abajo en los arrozales.

Kasper no quiere acabar así su vida, quiere volver a casa, a Italia. Hoy se juega el todo por el todo.

Pero si el destino ha decidido que debe quedarse en Prey Sar, lo hará como soldado.

Estrecha entre las manos su hatillo disimulado. Sí, señor, antes de acabar bajo tierra la liará gorda. Porque morir, en ese sábado 4 de abril de 2009, le parece preferible al infierno al que ha sido arrojado.

A dondequiera que vaya a parar, Kasper sale por ese portón. Hoy y para siempre.

SEÑOR R

SEÑOR R

2
373 días antes. La captura

Koh Kong,
frontera Camboya-Tailandia,
miércoles, 26 de marzo de 2008

Clancy mira por los espejos retrovisores y pregunta cuánto falta.

—Es la tercera vez que me lo preguntas —replica Kasper—. La tercera en una hora. —Adelanta a un camión y regresa a su carril.

—Entonces cada vez faltará menos.

—Unos veinte kilómetros aproximadamente.

Clancy se quita las gafas y echa el aliento para limpiarlas.

—En cualquier caso, no nos sigue nadie.

Bien. Tal vez todo es una gran estupidez, piensa Kasper. Tan solo una falsa alarma. O bien nos han gastado una broma del copón. Una inocentada con unos meses de retraso. Sin embargo, la voz de Bun Sareun al teléfono sonaba seria. El senador camboyano no bromeaba.

«Leave town now».

Ni una palabra más. Solo esa frase. Repetida varias veces, con el tono de quien te está dando el Consejo de tu Vida.

Leave town now.

Cuando Kasper ha colgado el teléfono y se lo ha comunicado a Clancy, el amigo americano ha llamado de nuevo al senador. Pocas palabras y cero dudas.

«Tenemos que largarnos. Luego trataremos de averiguar qué cojones está sucediendo».

Han preparado dos bolsas, han cogido dos pistolas y han sacado de la caja fuerte todo el dinero que guardaban en casa. Setenta mil dólares y algo de moneda suelta en los bolsillos. El dinero está ahora debajo de las mudas, en el fondo de la bolsa negra de Kasper. Clancy lleva consigo el petate que no abandona desde que era un activo analista de la CIA. Ahora que es un poco menos activo y un poco menos de la CIA, ese petate probablemente le recuerda unos años que no volverán.

SEÑOR R

Han salido de Phnom Penh con la esperanza de que todo sea una gilipollez. Pero por si acaso han evitado aeropuertos, puertos, estaciones y cualquier otro lugar controlado. Conocen a los militares camboyanos. Saben cómo trabajan. Conocen sobre todo a los paramilitares, los que controlan la «seguridad» del país.

Por eso le han dejado el Mercedes al chófer diciéndole que se diera un buen paseo por la ciudad. Si le detienen, debe decir que acaba de dejarles en los alrededores del Manhattan Club, el casino discoteca de Victor Chao. Han evitado pasar por el Sharky's, el bar restaurante de su propiedad, pero han llamado a uno de los empleados. Le han pedido que alquile a su nombre un todoterreno. Les han entregado un Honda CR-V. Han tirado las bolsas en el portamaletas y han arrancado.

Las seis de la tarde y ya comienza a oscurecer.

Dirección: la frontera con Tailandia, inmediatamente después de la aldea de Koh Kong. Encrucijada de contrabandistas y prostitutas. Se tarda seis horas en llegar.

Kasper ha llamado a Patty, su novia, a Italia. Hace poco que la chica regresó a Roma. Hasta hace unos días estaba con él en Phnom Penh. Es una suerte que ya no esté allí. Le informa de lo indispensable. Pocas palabras, sin titubeos que den lugar a interpretaciones. Sin pausas que puedan dar pie a preguntas.

«Tenemos que abandonar la ciudad y probablemente el país. —El tono es afectadamente calmado—. Han surgido problemas, pero no sabemos cuáles. Seguro que es un malentendido. Pero debemos ser prudentes. No te preocupes. Te volveré a llamar en cuanto pueda».

Patty no pregunta nada. Y aunque lo intentase le respondería el sonido de la línea cortada.

No es la primera vez que Kasper se ve obligado a largarse a toda prisa de un lugar. Pero es la primera vez que le resulta difícil entender las razones. Y en cuanto a comprensión, no parece que Clancy vaya mucho más allá.

Por eso reflexionan sobre qué es lo que puede haber comprometido su seguridad. En Camboya no es muy difícil convertirse en un blanco, de acuerdo, pero ¿qué puede haber sucedido?

El viaje hacia la frontera empieza a transcurrir por un paisaje duro, de repente hostil, sobre el que cae lentamente el manto de la noche. Clancy y él pasan revista a las últimas semanas. ¿Quién o qué puede haberles puesto en peligro?

Tal vez en el Sharky's han pisado algún callo. Pasa tanta gente por el local que muy bien podría haber ocurrido. ¿Líos de faldas? ¿Deudas? Absolutamente descartado. ¿Desconsideraciones, venganzas? Improbable. O tal vez las habilidades militares de Kasper han herido la sensibilidad de algún jefe de seguridad a sueldo de Hun Sen y de su gobierno. Posible, pero ya lo habrían sabido.

¿Y si fuese la investigación que ha realizado sobre los norcoreanos?, se pregunta Kasper.

Desde el primer momento le ronda por la cabeza esa duda.

¿Si fuese ese trabajo que ha realizado para los americanos amigos de Clancy?

Se ha movido con la máxima discreción. Nadie, excepto su único contacto en la *Compañía*, está al corriente. Ni siquiera Clancy sabe gran cosa de ese asunto.

Ha hecho un trabajo limpio. Ha hecho lo que le habían pedido que hiciera.

Ningún problema, ninguna señal de peligro. Nunca. Una investigación con resultados satisfactorios. Más que buenos. Superiores a lo esperado.

Leave town now.

SEÑOR R

El senador camboyano no sabe nada de su investigación. Pero el senador sabe mucho de muchas otras cosas. En su llamada no ha aclarado de dónde procede el peligro. No ha especificado si tiene los ojos redondos de Occidente o los otros ojos, los de los camboyanos, o tal vez de los norcoreanos: *slant eyes*.

Pero podría ser. Le sigue dando vueltas a esa duda. Kasper decide que es mejor hablar de ello enseguida. Y se lo cuenta a Clancy.

El amigo americano le escucha en silencio. Se conocen desde hace veinte años, han compartido muchas cosas. En Camboya viven juntos, son socios en el Sharky's y colaboran sobre todo aportando cada uno sus respectivas habilidades.

Clancy es un hombre que ha sobrepasado los sesenta y que habla poco.

Es reservado y prudente. Y astuto. Sin duda, muy astuto. Es una persona que ante todo escucha, luego trata de razonar partiendo de su pasado como organizador y analista. Experiencia tiene de sobra. Es un americano que ha cruzado —sin salir del todo indemne— por algunas páginas de la historia reciente.

—El asunto de los norcoreanos —reflexiona—. Bah, me parece raro. No sé mucho de ese asunto, pero… —Se aclara la voz y suspira—. Pero si fuese eso estaríamos jodidos.

—Tú conoces mejor que yo a los de la *Compañía*. ¿Crees que es eso?

Clancy permanece en silencio durante unos segundos, luego niega con la cabeza.

—No, si no cometiste ninguna estupidez monumental…

—No cometí ninguna estupidez. Seguí sus directrices. Les informé de todo.

—De todo.

—Puedes jurarlo.

—Tomaste iniciativas…

—*Nada*.

—Hablaste con otros…

—*Never*.

Clancy asiente. Ni siquiera a él le ha dicho nada. Kasper sabe ser reservado y el estadounidense todavía más.

—No cometiste estupideces —repite.

—No, amigo mío: ninguna estupidez.

—Entonces esa historia no tiene nada que ver. Creo que no tiene absolutamente nada que ver.

El puente que separa Camboya de Tailandia mide un centenar de metros. Llegan a las proximidades de la frontera un poco después de la medianoche. Deciden pasar la noche en Koh Kong y cruzar a la mañana siguiente. Cogen dos habitaciones en una mierda de motel de sexo por horas y cenan algo en un fast-food cercano. A la mañana siguiente dejarán el coche en el aparcamiento del hotel y cruzarán a pie.

Por separado.

Ese es su plan.

Hay que pasar el puesto fronterizo camboyano. Luego el tailandés. Pero donde corren algún

riesgo es en el primer control.

¿Algún riesgo?, se pregunta Kasper. ¿O muchísimo riesgo?

Este es el punto crítico. El puesto de guardia camboyano. Una vez en Tailandia, no tienen más que dirigirse hacia Trat, la ciudad más cercana.

Los guardias camboyanos podrían haber recibido algún aviso. O puede que no. Pero si por casualidad les buscan, es de allí de donde tienen que salir indemnes.

Kasper hubiera preferido evitar ese paso. Se inclinaba por cruzar la frontera inmediatamente, de noche, sin perder tiempo. «Toda precaución es poca», reza un dicho toscano que, como buen florentino, le ha repetido muchas veces a Clancy.

Su propuesta: vadear el riachuelo al amparo de la oscuridad y subir por la vertiente tailandesa. Si hubiera estado solo no habría dudado ni un segundo. Pero está Clancy.

El tío Clancy.

—¿Estás loco? ¿No has dicho que en las orillas hay minas? —le ha respondido el americano.

—Tal vez alguna mina, sí. Pero lo único que hay que hacer es estar atentos. He hablado con un amigo contrabandista. Me ha indicado el paso.

—Pasa tú entre las minas. Yo cruzaré el puente mañana. Será un paseo. Y unas horas más tarde, nos bañaremos en el mar de Phuket, no en este riachuelo pestilente.

Se despiertan al amanecer. Desde un teléfono público le dicen a su empleado dónde puede recuperar el Honda CR-V. Le explican cómo deshacerse de las pistolas que han escondido en el coche. Desayunan, intercambian tres frases. Las indispensables. Se despiden.

—Nos vemos al otro lado —dice Kasper.

—Hasta pronto —asiente Clancy.

Jueves, 27 de marzo de 2008. Un día que Kasper recordará, si es que tiene la posibilidad de hacerlo.

Son poco más de las ocho de la mañana.

Contemplándolo desde el lado camboyano, el puente parecía una broma. Hay que ver cómo cambia la perspectiva, piensa Kasper. Pocos metros y cambia un montón.

Su pasaporte ha pasado de mano en mano. Cuatro veces, cinco. Adelante y atrás, parecía un juego. Luego el primer guardia de frontera le ha apuntado con la pistola a la cara. Detrás de él, otras armas apuntándole.

Le han conducido a un despacho con una mesa, tres sillas y un póster de recomendaciones médico-sanitarias.

Kasper se obliga a sí mismo a no protestar, pero no lo consigue.

El baño en el mar de Phuket. Vete a la mierda Clancy, piensa, mientras los soldados camboyanos le registran y, además del equipaje, le quitan todo lo que posee. Luego le hacen entrar en otra habitación del puesto de guardia. Está vacía. Tan solo hay unas sillas de plástico. Le dicen: espera aquí.

Transcurre menos de una hora y la puerta se abre de nuevo. Entra también él, el optimista americano. Le han detenido del mismo modo: pasaporte, dos preguntas de mierda y el cañón de una pistola apuntando directamente al rostro.

SEÑOR R

Clancy se sienta a poca distancia de él y representa el papel del veterano con barras y estrellas.

—Tal vez es mejor así —dice—. Lo aclaramos todo y nos volvemos a Phnom Penh.

—¿Es una esperanza o un pronóstico? —pregunta Kasper.

—Un pronóstico. Ya verás.

—Un pronóstico, seguro.

Kasper sabe que los americanos de vez en cuando chocan de pleno con ciertos *pronósticos*. El enfoque optimista resulta simpático, pero desgraciadamente no compensa. Los americanos son así. Han empezado guerras que debían durar seis meses y que se han prolongado durante años. Se han enfrentado a enemigos que parecían enanos y que luego han resultado ser ligeramente más duros.

Kasper conoce bien a los estadounidenses.

Su padre es un luqués nacido en Memphis, Tennessee. La mitad de su familia vive en Saint Louis. Su formación militar y de piloto se desarrolló en gran parte en Estados Unidos. Le gusta todo de América, o casi todo. Por eso el optimismo de su viejo amigo Clancy le cabrea.

¿Y si realmente estuviesen en apuros? Los peores apuros. Los definitivos.

Una pregunta que durante unas horas permanece suspendida en el vacío de esa habitación tórrida con rejas en las ventanas, que apesta a humo y a frontera. Un agujero de mala muerte en la frontera con Tailandia, entre los guardias camboyanos que les vigilan y hablan entre sí. Y esperan.

Pero ¿qué esperan?

Son las tres de la tarde cuando la puerta de la habitación se abre de par en par y entran cinco hombres vestidos de civil. Son camboyanos y van armados. Saben perfectamente con quién se enfrentan. Kasper es inmovilizado de inmediato. Nada de artes marciales ni del resto del repertorio. Con Clancy es más fácil.

Les sientan. Les atan. Encadenados por los tobillos y por los brazos, las muñecas detrás de la espalda.

Los cinco son profesionales.

Kasper reconoce a un par por haberlos visto en el Marksman Club, el polígono de tiro que frecuenta habitualmente en Phnom Penh. Sabe quiénes son esos tipos, y entonces comprende que Clancy y él no están jodidos.

Están mucho más que jodidos.

Esos cinco pertenecen al CID, una unidad especial que se dedica a trabajos muy especiales. Gente que no pierde el tiempo. Cinco hijos de puta dispuestos a todo. Probablemente fuera de aquel local hay más.

Los veteranos del cuerpo son todos ex jemeres rojos. Los más jóvenes viven de mitos del pasado y de una reconocida crueldad que con los años se ha ganado una fama siniestra. En muchos casos actúan en estrecha colaboración con la embajada estadounidense, que es como decir la CIA en su vertiente indochina.

Leave town now.

Demasiado tarde, querido senador Bun Sareun.

Son una decena, como había previsto Kasper.

SEÑOR R

Vestidos de oscuro y con gafas oscuras, parecen la versión camboyana de los Blues Brothers. Van armados con Smith&Wesson, Colt 45, AK-74 y AK-47. Viajan en dos SUV negros en los que han cargado los «efectos personales» de los prisioneros. Las bolsas han sido registradas y los setenta mil dólares ya han cambiado de manos.

Un detalle, en esta situación.

El *detalle* que le salvará la vida.

—Estáis detenidos por delitos fiscales —declara el jefe de la unidad. Es el teniente Darrha, un mestizo de unos treinta años de aspecto marcial y a la vez diabólico. Alto, robusto, de rasgos oscuros con un aire europeo, y esa mirada: un pozo de promesas que pueden muy bien tomarse por amenazas.

—Delitos fiscales contra el Estado de Camboya —añade Darrha.

—Enséñame dónde está escrito —apunta Kasper.

La respuesta es inmediata. La patada le llega directamente al estómago. Se dobla hacia delante y procura respirar.

—¿Lo has leído bien? —ríe el jefe de los Blues Brothers.

Les meten a empujones en dos coches. Y se marchan.

Antes de perderle de vista, Kasper consigue intercambiar una mirada con Clancy. Tiene la impresión de que el amigo americano está muy asustado. Sabe como él, mejor que él, con quién van a afrontar el viaje. Probablemente Clancy también piensa que ese viaje podría ser el último.

No le quitan las cadenas. No le permiten sentarse mejor. Agua, ni una gota. Hace horas que Kasper no bebe y aquella habitación de la frontera era un horno. El coche, en cambio, es una nevera. Aire acondicionado a tope y la radio de servicio que va escupiendo noticias, mientras los cinco hablan entre sí en camboyano. Y le miran.

Le miran y ríen burlones.

El SUV corre como una flecha. Nadie les detendrá por exceso de velocidad, eso seguro. Kasper piensa que si no llevara más que las esposas y tuviera los pies libres podría intentar algo. Pero sus acompañantes también lo saben. Las cadenas le impiden cualquier movimiento. El dolor es ya tan intenso como una tortura.

Al cabo de dos horas de viaje ya no siente las articulaciones. Ahora ya está mucho más allá del dolor. Y también más allá de los peores presentimientos.

Suena el móvil del teniente Darrha.

Está sentado delante, junto al conductor. Responde y habla en inglés. Acaricia nerviosamente su Kaláshnikov. Habla en el tono de quien recibe órdenes. De quien ha de dar explicaciones. El prisionero todavía está vivo, sí. Explica que lo están llevando a Phnom Penh, explica dónde se encuentran y cuánto camino les queda. Luego deja de hablar. Escucha. Hace una señal al chófer para que vaya más despacio. De vez en cuando emite sonidos sin pronunciar ni una palabra.

Cuando cuelga, murmura unas palabras en camboyano. Palabras que rayan el silencio como un arañazo en el cristal. Darrha apaga la radio y señala un punto indeterminado hacia delante. El conductor disminuye la velocidad y enciende los cuatro intermitentes. Se detiene al borde de la carretera. Detrás, a poca distancia, Kasper intuye el resplandor de los faros del otro SUV que les sigue y se coloca detrás.

SEÑOR R

Confía en que Clancy esté mejor que él.

Uno de sus guardias hace preguntas y al parecer recibe respuestas que no obtienen un gran consenso. El nerviosismo ahora es evidente. Kasper trata de adivinar el sentido de la discusión, pero la lengua camboyana es misteriosa incluso en la entonación de la voz. Un maullido aparentemente amable puede ser una maldición. O una condena a muerte.

Lo que le parece entender es que la llamada ha modificado los planes. Para empezar, les ha obligado a detenerse. El ambiente es tenso. Apenas unas frases entrecortadas. Nadie ríe ya. Nadie habla.

Darrha agarra el fusil de asalto que sostiene entre las rodillas. El AK-47 en modo *full auto* dispara hasta 750 proyectiles por minuto. Pero para acabar conmigo, piensa Kasper, basta con uno, y el jefe de los Blues Brothers lo sabe muy bien. En la cintura lleva la Smith&Wesson gris y brillante. Dirige unas palabras a los dos que se sientan a ambos lados del prisionero y la puerta de la izquierda se abre.

«Fuera», ordenan.

Kasper lo intenta, pero no nota las piernas. Le empujan. Rueda sobre el arcén de la carretera. Hierba y barro. La noche huele a campo camboyano, el paso del aire acondicionado al calor tropical le ahoga. O tal vez lo que le corta la respiración es la conciencia: no se trata de una parada de cortesía en el área de servicio. Le dicen que se levante. Que se ponga en pie de inmediato.

Kasper lo hace lentamente mientras va mirando a su alrededor. En la carretera, los faros de los coches pasan volando con la frecuencia de una estatal del desierto. Los pocos que circulan, cuando ven los SUV, aceleran. En cualquier caso, piensa, aunque me lanzase sobre el asfalto no me serviría de mucho. Me acompañan diez asesinos armados hasta los dientes que probablemente no esperan otra cosa que una ocurrencia de este tipo.

—Camina, recto hacia delante —ordena el teniente Darrha.

Ahora no le resulta tan difícil adivinar el sentido de la llamada telefónica en inglés.

Kasper da unos pocos pasos, el otro está a sus espaldas.

—Ese dinero, ¿de quién es?

—Mío.

—¿Tienes más?

Más.

Kasper entrevé un resquicio. Lo reconoce en esa pregunta. En esas pocas palabras que revelan la codicia más normal y corriente.

Más dinero.

Decide jugárselo todo a esa débil posibilidad.

—Tengo mucho dinero, sí. Pero no aquí.

—¿Eres rico? ¿Dónde tienes el dinero?

—Mi familia es rica. Muy rica.

—¿Puede pagar por ti?

—Sí, puede pagar. Puede pagar mucho.

—Muy bien, de rodillas.

El ruido que se oye es sin duda el del resorte del disparador. El AK-47 está preparado. Qué

coño, piensa Kasper, ¿todas estas preguntas para después dejarme seco con el Kaláshnikov?

Y entonces aparece ese sabor ácido: le llena la boca, la garganta. La nariz, incluso. Repentino. Inequívoco. Lo conoce bien, porque desde luego no es la primera vez. El cuerpo tiene respuestas instintivas. El animal que va a morir segrega humores y olores que no tienen nada de espiritual. Animales, eso es lo que somos. El miedo nos acompaña desde que nacemos y sabe reconocer su momento. Puedes racionalizarlo todo. Puedes intentarlo. Pero el *tictac* de la última vuelta es difícil de dominar.

Está a punto de morir, le quedan pocos segundos. Instantes de una vida que acaba.

El ruido que no puede oír es el del móvil desde el que el oficial del CID hace la llamada. Kasper le oye hablar. En inglés: «¿Así que procedemos?». Una pausa, repite «ok» dos o tres veces y luego «ok, escucha».

La ráfaga del Kaláshnikov tiene un sonido que Kasper conoce bien, pero en la postura del asesinado nunca lo ha experimentado. Da un respingo mientras los proyectiles del calibre 7,62 pasan un metro por encima de su cabeza. La ráfaga de aire y el miedo le empujan hacia abajo. Acaba con el rostro pegado al suelo. Los disparos se pierden en la oscuridad.

«Vámonos», dice Darrha mientras guarda el móvil.

Le meten de nuevo en el coche y reanudan la marcha. Los cinco Blues Brothers camboyanos ahora ríen. Están contentos. Mucho más contentos que antes.

3
Americanos

Cuartel del CID,
Boulevard Preah Norodom, Phnom Penh,
lunes, 7 de abril de 2008

Ha identificado el objetivo.

La columna militar se mueve lentamente por la carretera sin asfaltar. Jeeps y blindados, algunos camiones repletos de tropas. Realiza un amplio viraje, se sitúa con el sol a la espalda. Desde la columna todavía no le han avistado. Desciende en picado a 300 nudos con el aerofreno extendido. Enfoca el objetivo. Carga los lanzacohetes subalares de 68 mm y los dos pequeños cañones de su Aermacchi MB-326 Impala. Faltan unos pocos segundos para la *strafing run*.

Pero sabe que no disparará. Ni siquiera llegará a soltar las seis bombas de 120 kilos.

No llegará a completar su misión.

Está soñando.

Es una sensación extraña. De lúcida y consciente inconsciencia. Sabe perfectamente que está soñando. Como cuando de pequeño tenía aquellas pesadillas nocturnas, larguísimas, tortuosas y pensaba: ahora me despierto. Pero no se despertaba. Permanecía allí, prisionero. Envuelto en una placenta de pegajosa y sofocante inercia, y seguía con sus fantasmas hasta que alguien, o algo, le arrastraba finalmente fuera de la noche.

Ahora la situación ha cambiado.

Querría permanecer allí. Querría permanecer en aquel sueño de guerra que pertenece a su pasado porque la tela de araña está fuera. La pesadilla le espera cuando acabe el sueño, en el mundo real. Querría completar su misión con el caza que está pilotando. Seguir volando y no regresar. Eso es lo que desea.

Sabe muy bien dónde se encuentra.

Está en el cielo africano, la columna de blindados lleva las banderas de Angola, pero las armas son soviéticas. Kasper lucha por Sudáfrica y sus armas son italianas, francesas y, naturalmente,

estadounidenses.

Lucha en una de las muchas *pequeñas guerras sucias* que los dos bloques montan sobre el tablero mundial. Son los años ochenta. Él es un hábil piloto, entrenado en Estados Unidos y preparado para cualquier tipo de misión.

Los ruidos que oye no son los disparos de la artillería antiaérea. Es el sueño que acaba.

Tiene el sueño ligero. No hay tiempo para volver atrás e intentar un aterrizaje. El avión se desvanece. Su sueño también. Allá voy, estoy llegando.

Vuelve a la pesadilla.

La puerta de la celda se abre de repente. El carcelero hace un simple gesto que ha de ser suficiente. Significa «levántate y anda». No es una invitación. Es una orden. Que Kasper obedece, a pesar de los dolores que siente en todo el cuerpo. Tiene los pies destrozados por los golpes recibidos con la culata del fusil. Probablemente alguna fisura en las costillas y un hematoma en el rostro.

Sale al pasillo, donde le esperan cinco guardias. Todos camboyanos.

Comienza a andar. Le preceden dos carceleros, le siguen tres. Pasa por delante de otras celdas. Camina durante un tiempo que le parece interminable. Cruza un patio.

Carne y cebollas. Es un estofado.

El olor de las cocinas llega hasta allí. En el aire de los cuarteles siempre flota cierto olor a cocina de empresa. O de guardería infantil. El cuartel del CID no es una excepción. Solo que ese olor es más dulzón y especiado. Le recuerda los puestos de *street-food* en las calles de Bangkok. De eso hace una eternidad.

Sube dos tramos de escaleras, penetra en otro lúgubre pasillo y finalmente se encuentra frente a una puerta de acero. El guardia que está a la cabeza de la comitiva llama dos veces, se abre una mirilla y se vuelve a cerrar al instante.

Hacen pasar a Kasper.

El primer rostro con el que se encuentra es el que más teme.

Darrha.

El teniente le indica adónde debe dirigirse.

La habitación tiene aspecto de ambulatorio: revoque gris y techo blanco con luces de neón. En lo alto, dos ventanas con rejas y verjas. Otra sala de tortura, imagina.

El hombre que está sentado enfrente es un occidental. Traje azul y corbata oscura. El otro que está de pie a su espalda, también. Pero sin corbata.

No los había visto nunca.

—Buenos días. Siéntate —le dice el que está sentado.

Es estadounidense. Reconoce su acento del sur.

Un guardia le acerca una silla de plástico. De color verde oliva, a juego con su camiseta. Kasper se sienta y entre dos le cogen los brazos para esposárselos por detrás. No opone resistencia. Es inútil malgastar las fuerzas. En la última semana ha comido poquísimo, ha bebido poquísimo. Ha sufrido muchísimo.

—¿Te tratan mal? —le pregunta el americano.

Kasper le mira. Le examina. Facciones latinas, ojos y cabello oscuros, bajito, macizo y cabreado. Un mastín que salió mal. Cuarenta años, tal vez alguno más. En cambio, el que está apoyado en la pared es más joven, unos treinta y cinco, rubio y en apariencia en forma. Estadounidense como el otro, probablemente. Pero de momento no abre la boca.

—¿Me has oído? ¿Te tratan mal?

—¿Tú qué crees?

—La impresión es que no te lo pasas muy bien.

—He visto cosas peores.

—Ya —sonríe burlón el cabreado—. He oído decir que eres un hombre de mundo.

—¿Quiénes sois?

—Digamos que somos los que pueden ayudarte.

Si necesitaba una confirmación, ahora ya la tiene. De modo que es tal como pensaba. Es exactamente como temía. Los camboyanos son el brazo, los americanos el cerebro. Pero ¿por qué?

—Somos los que podemos sacarte de aquí —repite el cabreado—. Lo único que tienes que hacer…

—Sois los que habéis ordenado mi secuestro —le interrumpe Kasper—. Habéis cometido un delito. Un delito muy grave. Dónde está mi amigo…

—Está bien —responde el apoyado en la pared—. Está mejor que tú. —Americano también este, como era de suponer. Seguramente de la misma cofradía. Perdón, de la misma *Compañía*.

—Estáis acusados de delitos fiscales y blanqueo de dinero. Si seguís en sus manos, estáis desahuciados. En cambio, si solicitáis la protección de Estados Unidos, esta pesadilla terminará. Rápidamente. Tu amigo ya ha aceptado…

—Seguro, cómo no.

—Créeme. Es un hombre sabio. Un hombre que entiende…

—Él no tiene una mierda que ver con todo esto.

—Mejor así. Ahora te toca a ti. Ánimo. Firma los documentos y haz las maletas. Ellos ya no te harán nada.

Kasper se le ríe en la cara.

—*Ellos*, ¿eh? —Echa una mirada a Darrha, impasible en su rincón—. *Ellos* no van ni a cagar si no les dais permiso. Los camboyanos únicamente obedecen vuestras órdenes. ¿Con quién coño creéis que estáis hablando? ¿Que os firme un papel? Estáis locos. Lo que habéis hecho es algo que deshonra al país donde nació mi padre.

El cabreado parece divertido, luego pone cara de que, si pudiese, no permitiría que ese italiano bravucón le siguiera hinchando las pelotas.

—¿Estás diciendo que nuestra oferta no te interesa?

—Os estoy diciendo que os vayáis a tomar por culo.

El apoyado en la pared cambia de postura, pero no se mueve de allí.

—No somos los mismos para los que trabajaste —dice—. Ellos te jodieron. Nosotros somos los buenos.

—Por favor…

—Yo represento a la Homeland Security.

—Seguro, y yo al Vaticano.

—Yo soy del FBI —añade el cabreado—. Hemos llegado a Phnom Penh hoy. Expresamente por ti y tu amigo.

Abre una especie de tarjetero gris y se lo enseña.

FBI. Federal Bureau of Investigation.

Esto es lo que pone, efectivamente. Pero no significa nada. Para Kasper no es más que otra trampa. Niega con la cabeza.

—A tomar por culo —repite.

El tío coge una tarjeta de visita y se la lanza como un *frisbee*. La puntería es excelente, le da en plena cara.

—Así les podrás contar a tus nietos que me has conocido. Aunque dudo de que llegues a tener nietos.

—Tú de aquí ya no sales. Lo sabes, ¿no? —interviene el rubio, el que afirma ser de la otra agencia interna, la Homeland Security.

—Eso lo decís vosotros.

—Aquí las cárceles no son como las italianas, donde entras de vez en cuando, te quedas solo unos días y luego sales para continuar haciendo tus gilipolleces. Aquí la cosa va en serio. Hay un programa de reeducación fijado ya para ti. Y si te quedas aquí, no podemos ayudarte.

El programa de reeducación, cierto.

Kasper lo conoce.

Ya lo ha experimentado en esos primeros días de prisión. Y ahora entiende que todo lleva la marca americana.

Ha transcurrido poco más de una semana desde que fue secuestrado junto con Clancy en la frontera con Tailandia. Tras su llegada a ese cuartel, el teniente Darrha y sus muchachos se han ocupado de él.

Le han encapuchado y golpeado. Torturado. Un trabajillo a comisión.

Le han encerrado en un nicho de cemento donde apenas cabe una persona muy delgada. Encogido. En posición fetal. Es la técnica del enterrado vivo: se utiliza para que entiendas lo que puede llegar a significar ser arrojado a una tumba. Te encierran allí dentro y permaneces horas y horas. Si Kasper no ha enloquecido es porque, como agente bien entrenado, ha conseguido dominar el pánico claustrofóbico.

Le han hecho el *waterboarding* a la camboyana: atado a una silla basculante, una toalla sobre el rostro y por encima agua, hasta la asfixia.

Kasper ha reconocido las técnicas.

Son las mismas de Guantánamo. Las mismas que, en nombre de la seguridad nacional, la CIA ha utilizado en muchas partes del mundo. Un suplicio que no conoce tregua. Cuando un prisionero suplica que le maten, no está haciéndose el héroe. Está pidiendo un favor.

Y ahora esos dos americanos que se hacen pasar por hombres de agencias internas.

Se trata de un viejo truco. Si creen que va a caer en la trampa deben considerarle realmente un imbécil: el poli malo y el poli bueno. Pobres idiotas, piensa Kasper.

Quieren saberlo todo de él.

Quieren saber qué ha descubierto. Nombres. Lugares. Todos los detalles.

Les ha dicho lo que sabe o cree saber. Lo ha jurado: no hay nada más que lo que ya le dijo a quien había encargado la investigación sobre los norcoreanos.

«¡No os he ocultado un carajo. Os lo he dicho todo! —ha gritado con toda la fuerza que aún conserva. Ha defendido a Clancy—: Él no tiene nada que ver. No sabe nada de todo esto».

Pero no funciona. No basta. Enseguida se ha dado cuenta. Porque evidentemente hay algo que no sabe, pero que podría haber sabido. O quizá intuido.

Y esa es la razón por la que debía morir.

Y es la razón por la que no le soltarán.

4
El prisionero

Despacho de la abogada Barbara Belli,
barrio de Prati, Roma,
viernes, 9 de mayo de 2008

Barbara estira las piernas por debajo de la mesa. Le gustaría fumarse un Marlboro. El maldito cigarrillo de los buenos tiempos, sí. Un Marlboro la ayudaría a reordenar las ideas, como le ocurría cuando era estudiante, en las noches pasadas delante de los libros de derecho. Mil páginas en la cabeza y un nivel de nicotina en los pulmones que el Instituto de Higiene y Profilaxis habría considerado «interesante». Luego lamenta haber dejado de fumar desde hace casi diez años, desde que se quedó embarazada del primero de sus dos hijos.

Ha dejado de hacer un montón de cosas, desde hace diez años. También la pasión por el trabajo se ha debilitado mucho.

Barbara es abogada. En Roma.

Una vida entre procesos de todo tipo, muchos de los cuales con los colaboradores con la justicia. No es exactamente lo que soñaba cuando se matriculó en la universidad. Derecho, en vez de medicina o, en última instancia, arquitectura, como les hubiera gustado a sus padres.

Examina a las dos mujeres que tiene delante.

Hace casi una hora que están allí. Se han presentado de improviso, sin una llamada telefónica, sin cita previa. «Un asunto urgente», han explicado.

Las ha recibido tras más de media hora de espera.

Las ha escuchado y les ha hecho pocas preguntas. Las estrictamente necesarias para comprender la situación. Pero todavía no sabe a ciencia cierta si lo que le ha llovido sobre la mesa es un caso absolutamente fuera de sus casos habituales o más bien un enorme coñazo.

Se decanta por la segunda hipótesis.

Las dos la escrutan en silencio. Tienen un aire que podría definirse de «experimentado». A ratos abatido. Abatido pero combativo. Muy propio de nosotras, las mujeres, piensa Barbara con una

llamita de solidaridad inmediatamente extinguida. Las ha observado bien, a la anciana dama florentina y a la muchacha de acento romano. Profesora de matemáticas jubilada la primera, veterinaria la segunda. Así se han descrito en las breves palabras de presentación que habitualmente anteceden al tradicional «Bien, vayamos al grano».

Dos mujeres a primera vista normales. Envueltas, a su pesar, en una historia bastante poco *normal*. Son la madre y la novia del hombre cuyo rastro se ha perdido. Desaparecido desde hace un mes. En Camboya.

El desaparecido.

El prisionero, dicen ellas. ¿Prisionero de quién? ¿Y por qué?

Suena su móvil. Barbara mira la pantalla y resopla: otra vez Marta, la canguro. Tercera llamada de la mañana.

—Perdonen —murmura, y responde—. No, por la mañana no pueden mirar la televisión. He dicho que no. Hazles jugar, ayúdales a dibujar. ¡Invéntate algo, maldita sea!

La anciana dama florentina no se inmuta, la muchacha asiente apenas con una sonrisa de moderada comprensión. Se aclara la voz.

—Querríamos saber si cree que puede hacer algo.

—¡Por supuesto! —responde Barbara automáticamente, fiel al primer mandamiento de la profesión: un cliente es un cliente, nunca hay que rechazar a nadie—. Por supuesto que tenemos que hacer algo —precisa—. Lo que ocurre es que tengo que comprender bien, tengo que entrar un poco más en el asunto, necesitaría más detalles…

—No hay mucho más, creo —murmura la muchacha.

—Le hemos dicho todo lo que sabemos —resume la anciana.

—Intentemos recapitular.

Barbara se detiene en los ojos negros de la muchacha. Dos pozos de auténtica ansiedad. No pueden mentir.

—Hace poco más de un mes, usted recibe una llamada de su novio, que se encuentra en Phnom Penh, ¿correcto?

—Así es —asiente. La muchacha aparta el oscuro mechón de la frente—. Camboya.

—Y le dice… ¿puede repetírmelo?

—Me dice que está saliendo de la ciudad porque podría haber problemas…

—Problemas. ¿De qué tipo?

—No concreta más. Dice que volverá a llamar en cuanto pueda y que no me preocupe.

—Eso es todo.

—Sí, no le gusta mucho hablar por teléfono.

—Su novio también es propietario de un local en Phnom Penh… —Barbara echa una mirada a los apuntes que ha ido tomando a gran velocidad, tal vez demasiada, y que ahora le cuesta descifrar. Se pone las gafas. Se las quita de nuevo—. El Sharky’s, ¿correcto? Sus socios son dos amigos americanos, uno de los cuales, un tal Clancy, había abandonado la ciudad con él. ¿Lo conoce a ese tal Clancy? ¿Es su verdadero nombre?

—Clancy es un apodo, pero todo el mundo le llama así, desde siempre —afirma la muchacha—. Son como hermanos, se conocen desde hace muchos años. En Phnom Penh comparten incluso la

casa. Creo que todavía están juntos. Creo… —Hace una pausa y baja un instante la vista—. Prisioneros juntos.

—Bien, llegamos a la cuestión. Ayer, de repente, la nueva llamada. Su novio la llama y le dice…

—Que no sabe exactamente dónde se encuentra. Solo sabe que los que le han apresado pertenecen a un cuerpo especial del ejército camboyano, una de sus milicias… Dice que le trasladan de una aldea a otra y que le han quitado todo el dinero que tenía…

—Setenta mil dólares, ¿correcto?

—Eso es lo que me dijo. Me pidió que reuniese más dinero. Mucho dinero. Me dijo: estos quieren dinero. Me dejan llamarte únicamente por esta razón. Si no les pagamos, me matarán.

—Y le pidió que acudiera a las autoridades italianas.

—Por eso estamos aquí. Nos han aconsejado que… hemos pensado que sería conveniente tener un abogado que represente a la familia. Se trata de un secuestro en toda regla.

Barbara asiente y se apoya en el respaldo del sillón de piel que la acoge con un ligero resoplido. Mira a la señora mayor. Está seria y envarada, embutida en su traje azul oscuro y con el gabán de color claro doblado cuidadosamente sobre las rodillas.

Al entrar en el despacho Barbara le ha dicho que lo deje donde quiera. La señora le ha respondido: «Gracias, no hace falta». Y desde ese momento no ha dejado de observarla. También por eso Barbara prefiere el diálogo con la muchacha. Con ella no tiene tanta sensación de ser sometida a examen.

—Me han dicho que se trata de un ex carabiniere y un ex piloto de Alitalia. Y que en Phnom Penh es empresario, pero también ha abierto una delegación italiana de la Isla del Amor Fraterno… Una organización filantrópica. ¿Correcto?

—Sí.

—De su relato se deduce que no ha sido secuestrado por delincuentes comunes. Parece más bien un asunto político. Le ha hablado de soldados…

—Yo estuve allí, con él —dice la muchacha—. Estaba allí hasta hace pocas semanas. Hay un ejército regular y luego hay grupos paramilitares… hay de todo allí. Es una especie… es un Far West. —De nuevo niega con la cabeza—. Pero nadie puede secuestrar a ciudadanos occidentales sin la aprobación del gobierno. ¿Entiende, abogada?

—Creo que sí —la tranquiliza—. Ahora tengo que hacerles una pregunta que tal vez les resulte desagradable, pero que tengo que hacer…

—Mi hijo no está contando embustes —la interrumpe la anciana—. No piense en cosas raras.

—Pero si yo…

—Si dice que está preso, es que es así. Si quieren dinero, es que…

—Es así, seguro —la secunda Barbara—. Pero ¿cómo puede estar tan segura? Entiendo que como madre…

—Déjese de madres —interrumpe la mujer. En la boca aparece un gesto de intolerancia típicamente toscano—. Las cosas son así porque cuando ha estado dentro siempre ha contado la verdad.

—Dentro…

SEÑOR R

—En prisión, en la cárcel. Dentro.

La señora dirige una intensa mirada a la muchacha, que toma aire como preparándose para una larga apnea.

—Sí, no es la primera vez que tiene problemas. En Italia tuvo problemas a causa de su trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Como ex carabiniere realizó tareas de asesoramiento… misiones. No sabemos gran cosa.

—No sabemos nada. —El tono de la madre es de profesora severa, con una tendencia al reproche.

—En efecto —asiente la muchacha—. Estuvo unos meses en la cárcel y raramente ha pedido ayuda a su familia. Pero cuando lo ha hecho…

—Realmente tenía problemas —comenta Barbara.

—Exactamente.

—De acuerdo. Puedo preguntarles cómo han llegado hasta aquí. Porque precisamente de mí…

—Nos la recomendó una amiga.

—Una amiga…

—Manuela Sánchez.

—Ma… Manuela.

—Sánchez —repite lentamente la muchacha.

Algunos nombres no son solamente nombres. Son ráfagas de viento. Abren de par en par las puertas, las golpean varias veces. Para la abogada Barbara Belli, el nombre de Manuela Sánchez es incluso algo más.

—¿Le pasa algo, señora? —pregunta la profesora.

—No, todo va bien —susurra—. Y Manuela… ¿cómo está?

—Muy bien, creo —dice la mujer más joven tendiéndole una tarjeta—. Es su nuevo número. Si tiene un momento para llamarla, seguro que estará encantada.

Barbara mira aquella hilera de números escritos por una mano cuya grafía conoce bien. El número de un teléfono móvil. Un usuario de teléfono normal. En realidad, un teleférico con su pasado.

Susurra un «gracias» y se aclara la voz.

—Estudiaré una estrategia y volveremos a hablar pronto. Sí, pronto. En las próximas horas.

5
Ruleta rusa

Una aldea de pescadores,
90 km al sudoeste de Phnom Penh, Camboya,
mayo de 2008

Son casi las seis de la tarde. Comienza a oscurecer.

El ruido de los coches que se acercan rompe el silencio de la aldea de pescadores. Es fácil saber quiénes son. Kasper lo lee en los rostros de los que le rodean. Sus guardias camboyanos siempre tienen la misma expresión, a cualquier hora del día y de la noche. Siempre igual, excepto cuando llega Darrha. El teniente Darrha.

Entonces las falsas sonrisas se convierten en muecas, los ojos se cierran todavía un poco más y las voces pierden fuerza. Más ahogadas, con agudos aislados que no tienen más razón que la de aullar por amistad.

Amistad a la camboyana.

Sumisión a quien, en un segundo, puede decidir si tu vida y la de tu familia todavía tienen sentido.

Kasper también le debe la vida a Darrha.

Darrha es el hombre que decidió desobedecer las órdenes de los americanos que un mes antes le encargaron el secuestro.

Decidió *no* matar a Kasper.

Le hizo desaparecer, eso sí, pero a su modo.

Le hizo salir de Phnom Penh. Le traslada continuamente. Le mantiene prisionero en pequeñas aldeas, estrechamente vigilado por «colaboradores» de su confianza. Más o menos. Y, finalmente, le ha prestado su teléfono para llamar a la familia, a Italia. Pocas palabras a Patty, la novia, para decir lo que hay que decir: «Habla con mi madre. Os diré cómo mandar el dinero».

El teniente del CID quiere saber cuánto puede exprimirle.

Además de los setenta mil dólares que le quitó en el momento de la detención, está el dinero que

puede llegar de Italia. Le ha explicado cómo se hace. El sistema es el mismo que utilizan los emigrantes para enviar dinero a las familias: Western Union y otras compañías de money transfer. Si los familiares de Kasper quieren que siga con vida, tienen que empezar a pagar. Les ha dado los nombres de los destinatarios. Gente que trabaja para él.

La red de Darrha.

El teniente paga a sus colaboradores sobre el terreno y paga a sus hombres del CID. Doble sueldo para todos. Gracias a Kasper. No cae a menudo uno así.

Kasper está vivo porque Darrha decidió que matarle era un lujo. Un derroche típicamente occidental.

Darrha es un asiático muy especial. Un cruce muy logrado de padre francés y madre camboyana. Esta es la hija de un ex jerarca de los jemeres rojos. Así que el mestizo de rasgos europeos tiene un abuelo muy importante.

Cuando tenía poco más de veinte años, Darrha estuvo cinco años en la Legión extranjera, que en cuanto a instrucción no es un colegio de primera categoría pero que siempre resulta un buen ambiente formativo.

Hoy, pasados ya los treinta, Darrha es el oficial destacado del CID. Habla inglés y francés, y mantiene una relación directa con los americanos de la embajada en Phnom Penh que se ocupan de seguridad y cuestiones similares. Habitualmente viaja en Mercedes, pero para las operaciones en equipo utiliza el famoso SUV oscuro, con sus hombres armados hasta los dientes y vestidos de Blues Brothers.

Nunca se separa de la Smith&Wesson que lleva a la cintura. A menudo empuña el AK-47, con el que tiene una relación casi física.

Oír que se aproxima induce a reflexionar inmediatamente sobre la brevedad de la vida.

Cada vez que Darrha regresa de un encuentro con los americanos, carga con las consecuencias. Las arrastra por dentro como llagas que abrasan y cuyo ardor ha de calmar como sea. Está malhumorado e irascible. Más violento de lo habitual.

En una ocasión Kasper se lo dijo y con una ironía muy florentina le aconsejó que volviera a ver ciertas amistades: «Esa gente te llevará por el mal camino, mira lo que me ha pasado a mí».

Pero Darrha no tiene un gran sentido del humor. Su mal humor huele a frustración. Demasiada diferencia entre el enorme poder que tiene sobre sus compatriotas y el servilismo que debe mantener cuando choca con las brillantes jetas de los americanos. La desproporción es fuerte. Hace que se le hinchen los huevos. Y si alguien se lo hace notar, corre el riesgo de tener que arrepentirse.

Es exactamente lo que sucedió con Kasper unos días antes. Los moretones todavía están frescos.

De modo que es mejor no bromear. Mejor no hablar. Si Darrha sale de un encuentro con los americanos, Kasper se da cuenta enseguida.

Los SUV se detienen a poca distancia. Reconoce las voces.

Pocos segundos después, sus carceleros habituales son *invitados* a abandonar el palafito donde le tienen prisionero. Es una familia con Kaláshnikovs. Una de las muchas en esas aldeas de ex jemeres rojos que pasaron de la guerrilla a la penosa rutina de la supervivencia.

SEÑOR R

La familia sale y entran los hombres del CID.

Darrha no habla. Deja que actúen los suyos. Que más allá de saber cuatro palabras de inglés, tienen muchas ganas de zurrar. Van todos pasados, crack o algo parecido. Se intercambian botellas de Mekhong Whiskey y de Jack Daniel's. Y ríen. Ríen como el día en que le secuestraron en la frontera. Ríen como quien ha decidido que es la tarde perfecta para hacer algo que puedan contar a los amigos y a los colegas. A alguien que sepa apreciar el género.

Darrha se sienta delante de Kasper, sobre las esteras. La luz de aceite le ilumina los rasgos marcados. Apesta a alcohol y a rencor. Le mira fijamente y mueve la cabeza en señal de negación.

—Italiano, italiano… —masculla—. Dicen que eres piloto.

Kasper hace un ligero gesto de asentimiento.

—Pilotabas aviones de línea. ¿No es así?

—Sí, también.

—¿Te gusta pilotar aviones?

Se encoge de hombros.

Darrha pide que le pasen el Mekhong y echa un trago. Lanza la botella a Kasper, que también bebe. Piensa que beber algo fuerte no está mal y que aquel brebaje local es incluso mejor que el Jack Daniel's.

—Los americanos están enfadados contigo, piloto —sonríe burlón Darrha.

Lo había intuido, querría responderle Kasper. Pero no lo hace. Nada de frasecitas. Nada de ocurrencias.

—Este hace enfadar a nuestros amigos americanos —dice Darrha dirigiéndose a los suyos. Luego, como recordando que no hablan inglés, se lo repite en camboyano. Y los suyos se ríen. Se ríen como locos.

Estos están *locos*, piensa Kasper.

Es una de esas noches en las que morir no es demasiado difícil.

Y, de hecho, la muerte está allí.

Disfrazada de juego.

Darrha desprende del cinturón su Smith&Wesson 686 del calibre 357 Magnum y vacía el tambor. Toma uno de los seis proyectiles y lo recarga. Es rápido como un crupier sobre el tapete verde. Pero sus fichas son las balas. Con un gesto seco hace girar el tambor y levanta la pistola. Se la tiende a Kasper.

—Ruleta rusa —silabea.

Ruleta rusa.

—¿Qué cojones dices? —le pregunta Kasper.

—Ruleta rusa. Y nosotros apostamos.

Añade algunas palabras en camboyano y el dinero empieza a circular a su alrededor. Dólares, naturalmente.

—Ruleta rusa, o te disparo con esto —aclara apuntándole con el agujero negro del Kaláshnikov.

Kasper trata de ganar tiempo. Pero sabe que el tiempo juega en contra suya.

—¿Tú también juegas? —le pregunta al teniente.

Darrha hace una mueca como diciendo «gracias, tal vez en otra ocasión». Luego se ríe y dice:

—Te disparo con este si te haces el listo.

Este es el AK-47, también llamado Kaláshnikov. Kala para los amigos. El inseparable.

Kasper coge la pistola. No es posible que quieran hacerlo, piensa. Pero no es una broma. Se lo dice la cara de Darrha y se lo confirman las apuestas a su alrededor. Se lo dice su cuerpo derretido en sudor.

¿Cuánto tiempo transcurre? Segundos. Interminables. Valen una vida.

Se muere aun antes de morir.

Un disparo de seis.

Casi dos posibilidades sobre diez. Nunca ha sido muy bueno con los números. Él, hijo de una profesora de matemáticas, es un desastre con los números. Y más con la estadística.

—¿Por qué quieres matarme?

—Yo no quiero matarte —sonríe Darrha mostrando una hilera de dientes—. Son tus amigos americanos los que te quieren muerto. Yo he de poder decirles que el destino ha sido más fuerte que todos nosotros. El destino, para nosotros los orientales, es algo muy serio. Si el destino quiere que vivas, vivirás. En cambio, si quiere que mueras, ¿qué más da ahora o mañana?

—No quiero morir.

—Entonces no morirás. O tal vez sí. Adelante.

—Estás loco.

—¡Dispara, hijo de puta!

—A tomar por culo, Darrha.

—¡Dispara! Los muchachos están esperando y…

Pero Darrha no llega a terminar la frase. Kasper es rápido con la pistola. Incluso cuando se trata de apuntársela a la sien. Aprieta el gatillo y el sonido de vacío enmudece al mundo. Inmediatamente estallan las voces de los Darrha's Boys. Los terroríficos Blues Brothers armados hasta los dientes.

Dinero que cambia de mano. Alguien ha ganado, muchos han perdido.

La mayoría han apostado contra Kasper. Y ahora reclaman la revancha.

—Es justo —resume Darrha. Coge la pistola y hace girar de nuevo el tambor. Otra vuelta, otra carrera. Con la muerte.

Le tiende el arma.

Olor a sudor y a alcohol, a temperaturas animales próximas a la ebullición o a la licuefacción. Olor a carne humana.

Morir en un agujero del culo del mundo y morir así, piensa Kasper. Morir por un puñado de desgraciados pasados de droga y de alcohol, imbuidos de violencia y de una subcultura que no da ningún valor a la vida humana. Un proyectil y seis posibilidades de las cuales una es la que te jode.

Darrha tiene el rostro de Caronte. El último barquero.

—Ánimo, italiano, ¡vamos!, esto es como en *El cazador*. ¿Te acuerdas? La película americana, sí. ¿La has visto *El cazador* o no? Te acuerdas, Robert de Niro y aquel otro que apostaba por él mismo… Se llamaba, cómo coño se llamaba el…

Era Christopher Walken, maldito pedazo de mierda, querría gritarle Kasper. Y en la película se llama Nick. Nikanor Chebotarevich. La he visto diez veces esta película. Pero ¿qué cojones tiene que ver conmigo, con nosotros, con todo esto? La película es de los años setenta.

SEÑOR R

Nosotros estamos en el 2008, ¡joder!

Yo soy un italiano que tenía que descubrir la podredumbre y que ha terminado en la podredumbre. Boca abajo. Pero ¿por qué tengo que reventar ahora con una de tus balas en la cabeza? ¿Por qué tengo que destrozarme el cerebro con tu pistola? ¿Para que te diviertas tú y tus títeres de la muerte?

Kasper piensa que si apunta a la cara de Darrha con aquella pistola tiene algunas probabilidades de dejarle tieso. Luego también morirá él, pero entretanto, rezonga en italiano, tú te vienes conmigo, maldito cabrón. Para más seguridad necesitaría al menos tres proyectiles en el tambor. Al menos tres. Exactamente como Robert de Niro en *El cazador*. Es una locura, sin duda, pero muerto por muerto…

Darrha levanta el AK-47.

—Ánimo, italiano.

—A tomar por culo.

Kasper apunta la Smith&Wesson contra la sien. Clic. De nuevo vacío.

Arroja la pistola contra Darrha. Que la recibe en el pecho. Y ríe. Ríe como un loco y con él todos los demás. Parece el matón de la escuela que después de la broma te grita a la cara: «Te lo has creído, ¿no has visto que todo era fingido?».

Y, de hecho, Kasper piensa que tal vez le han tomado el pelo.

Que en realidad nunca ha habido un proyectil en la pistola.

Que todo ha sido una comedia para que se cagara de miedo.

De modo que Kasper también ríe. Y sigue bebiendo de ese Mekhong Whiskey de mierda, pero que tampoco está tan mal. A tomar por culo, panda de dementes. Hasta que Darrha levanta la pistola y aprieta el gatillo. Otro clic de vacío y luego el disparo que les enmudece a todos. Pero solo un instante. Luego comienzan de nuevo a reír, a beber y a cobrar las apuestas. Hasta que se van de su cárcel, en sus SUV oscuros, en la noche de Phnom Penh.

Le dejan solo con sus carceleros, que regresan en silencio.

La familia camboyana con Kaláshnikovs.

La mujer del cabeza de familia le mira y no dice nada. Pero le pone una mano sobre el hombro, suspira, y aquella noche le da doble ración. Arroz y pescado seco. Por una vez, abundante.

6
Agente Kasper

Roma,
alrededores del Parlamento,
mayo de 2008

El senador da dos monedas de un euro al vendedor ambulante que les persigue. Sortea su ramo de rosas rojas y repite «no, gracias». Barbara también dice «no, gracias», pero el vendedor insiste en darle al menos una rosa y al final se ve obligada a aceptarla. Después consiguen seguir hacia el Panteón, entre la gente que el viernes por la tarde llena las callejuelas en torno al Parlamento.

—Este me ha tomado por el típico *commenda* con la consabida joven amante —ríe burlón el senador—. Debería haberte comprado todo el ramo.

—Olvídalo, por favor —responde Barbara depositando la rosa en la primera papelera que encuentra.

Desde la visita de las dos mujeres Barbara no ha perdido el tiempo. El nombre de Manuela Sánchez la ha catapultado a quince años antes, cuando el senador no se dedicaba a la política activa y era simplemente un abogado romano con un despacho próspero donde ella dio sus primeros pasos como pasante. Ahora, ella y su antiguo mentor se ven muy poco. Hablan por teléfono de vez en cuando y se intercambian las felicitaciones de rigor. También algunos SMS y un correo cuando es preciso. Eso es todo.

Pero ese nombre salido del pasado merecía un encuentro. Desde luego.

El caso de Manuela Sánchez fue el más complicado con el que la joven Barbara Belli, una abogada que hacía sus pinitos, tuvo que enfrentarse como ayudante de su jefe. Una experiencia que, más que cualquier otra, representó para Barbara el fin de una época —la de la despreocupación del recién licenciado— y el inicio de la siguiente, seria y fatigosa, llamada también de la «conciencia». Es decir: cuánto estómago se necesita para hacer bien este trabajo.

Encuentran una mesita libre junto a la piazza del Pantheon y se sientan. Están suficientemente lejos de la multitud pero en cualquier caso demasiado cerca de un torturador de guitarra que está

destrozando «Let It Be».

«La última pieza de los Beatles con una voz de teletienda». El senador hace un gesto de desaprobación mientras le pide al camarero un chardonnay friulano. Barbara encarga un bíter sin alcohol con hielo y un trocito de piel de naranja.

Durante unos segundos disfrutan del espectáculo que ofrece la plaza, controlan sus respectivos móviles, sonríen ambos a un fotógrafo ambulante que desearía inmortalizarles, tal vez abrazados, y le indican el camino más rápido para quitarse de en medio.

—Con Manuela Sánchez no he vuelto a hablar —comienza la conversación el senador—. Hace años que no hablo con ella.

Barbara no tiene motivos para no creerle. En cualquier caso, la cuestión no es esa. La cuestión es que, hace apenas unas horas, se han presentado en su despacho una profesora de matemáticas jubilada y una joven veterinaria. Con un problema jodido: un familiar desaparecido en Camboya, secuestrado tal vez por una organización paramilitar. Un buen lío. Además, no acaba de saber quién es realmente el *secuestrado*: un empresario que en Phnom Penh también se dedica a la filantropía, un ex piloto de Alitalia, un ex carabiniere. O más bien uno de tantos desmovilizados que dan vueltas por tierras exóticas en busca de un improbable golpe de fortuna.

Para complicarlo todo, está el nombre de la persona que le ha enviado a esas dos señoras.

—Cómo te explicas que unas mujeres de apariencia normal…

—Solo tengo una explicación —la interrumpe el senador—. El tío secuestrado en Camboya conoce a Manuela Sánchez. Y diría que muy bien.

—Sí, es posible, si realmente es un ex carabiniere.

—Si damos por buena la versión de las dos señoras, tengo la sospecha de que en su relato han omitido alguna cosa. O tal vez muchas cosas. Ese tipo podría ser cualquiera. Tienes que intentar obtener más información. Seguro que ha sido él quien las ha dirigido a Manuela Sánchez. Y lo ha hecho porque sabe que ella me conoce a mí. Porque a través de mí, senador de la República…

—Necesitan llegar al gobierno italiano —resume Barbara—. Necesitan llegar pronto y sin hacer demasiado ruido. Lejos de los medios de comunicación.

—Exactamente —coincide el senador—. Pero Manuela no se expondría nunca personalmente. Y mucho menos en una situación como esta. Por eso les ha indicado el camino más fácil para llegar hasta el aquí presente. Las ha enviado a ti. Y ha conseguido su objetivo. No me sorprendería que en este momento nos estuviese observando desde alguna esquina de esta plaza. Ya la conoces, no es una mujer corriente…

Barbara reprime el impulso de mirar a su alrededor. Apenas murmura:

—Manuela Sánchez, creía que nunca más volvería a oír hablar de ella…

El senador alza su chardonnay a modo de brindis. Huele su bouquet. No entiende gran cosa de vinos y, en cualquier caso, medio siglo de cigarrillos le ha esterilizado el olfato. Sin embargo, le gusta aparentar cierta competencia. Murmura algo apropiado desde un punto de vista enológico y afirma para sí:

—Sí, creo que esta noche iré a comer sushi. ¿Me acompañas?

Barbara sonríe detrás de su vaso ya vacío.

—Tengo un marido y dos hijos que me esperan en casa. Sobre todo, tengo un terrorífico fin de

semana en la playa en el que tendré que trabajar. ¿Qué les digo a las dos señoras?

—Que ya tienes una cita con un funcionario de la secretaría del ministro de Exteriores.

—De acuerdo, es un buen recurso para tenerlas tranquilas. Pero entretanto…

—Entretanto acudes a la cita. Lunes, a las 9.30, en la Farnesina. —Sonríe y le tiende una tarjeta con un número de teléfono—. Si te pierdes, este es el número del móvil del funcionario que te espera.

Barbara coge la tarjeta y la mete en el billetero. Junto a la otra, la que contiene el número de Manuela Sánchez.

El mar del Circeo es un sobresalto.

Las voces que llegan desde la playa, una tortura.

Un sábado de mayo que huele a pleno verano y ella tiene que estar allí, encerrada en casa. Mientras el marido, los dos hijos, los amigos y un millar más de romanos se lo pasan bomba ante sus narices.

Barbara intenta de nuevo conectarse sin éxito. Otra vez. El ADSL hace lo que le da la gana. Tendría que haberlo hecho arreglar el año pasado, pero como siempre aplazó la reparación. Al fin y al cabo, no está escrito que en vacaciones tenga que estar uno pegado a internet.

«¡Estamos en 2008, por Dios!, y no consigo conectarme». Maldice el atraso de su país, de su región y de una serie muy larga de presuntos culpables. Debería apagarlo todo. No lo hace. No obstante, se levanta de la silla y dice se acabó. Unas horas de sol no perjudicarán su trabajo.

Es el momento de ir a cambiarse.

¿Entero o dos piezas? Ahora el problema es ese. Se desnuda y se examina en el espejo del dormitorio. De arriba abajo. La sentencia será favorable, ya lo sabe. Decreta oficialmente que los sacrificios han valido la pena. No tanto como quisiera, pero no está mal. Qué invierno de mierda ha pasado: nada de vino, nada de quesos, nada (o casi) de pasta y poquísimo pan. Muchas ensaladas. Infinitas ensaladas. La vida puede ser durísima.

Se pondrá el dos piezas. Estamos en mayo, el primer sol es maravilloso, merecería una exposición integral. La idea de un *nude look* la pone de buen humor y le provoca una sonrisa ligeramente bobalicona mientras, de regreso al salón, se contempla en la pantalla del ordenador.

Su diversión desaparece de golpe.

El ADSL ha empezado a funcionar.

Completamente desnuda, con el bikini nuevo esperándola en el dormitorio, Barbara se sienta de nuevo ante el teclado y el ratón. Abre Google y empieza a buscar. Escribe el nombre del *prisionero*. Añade algunas posibles palabras clave. Busca los artículos de los periódicos que había conseguido encontrar y que luego había perdido.

«Aquí están».

Descarga los pdf en el escritorio. Son una decena de reportajes sacados de los principales diarios italianos. Aunque no exclusivamente. Uno de los artículos es del *Phnom Penh Post*. Mientras termina la operación va saltando de un título a otro, de un nombre a otro. Hay uno que aparece muchas veces en el interior del último artículo: Kasper.

SEÑOR R

Kasper. Como el fantasmita de los dibujos que tanto les gustan a sus hijos. Aunque este está escrito con «k». Y va precedido de la palabra «agente».

Agente Kasper.

¿Agente Kasper?

Algo le dice que ese día en la playa no le verán el pelo.

7
El hospital de los horrores

Hospital Preah Monivong, sección penitenciaria,
Phnom Penh, Camboya,
julio de 2008

—Todo bien.

El médico se levanta y guarda el mugriento estetoscopio. Lo mete en una bolsa de tela más mugrienta aún.

—Tú estás bien —repite en su inglés chirriante.

Kasper le mira con los ojos entrecerrados. A tomar por culo. Si estoy tan bien, ¿por qué me caigo a pedazos? ¿Por qué no consigo ponerme en pie? La verdad es que no estoy nada bien. Pero no le dice ni una palabra a aquella especie de médico de cara apergaminada. Le observa mientras se confabula en camboyano con un oficial de guardia. Le ve asentir: está bien, está bien.

Seguro, cómo no, estoy estupendamente, como una rosa.

Cuatro meses.

Cuánto tiempo ha pasado desde que fue detenido.

Desde entonces ha perdido unos diez kilos, padece disentería con fiebres altísimas y se encuentra en un estado de permanente postración. Cuando está más débil de lo habitual, apenas consigue arrastrar los pies. La mirada perdida en el vacío.

Parece un zombi. Uno de los muchos zombis recluidos en aquel hospital.

El olor del «almuerzo» precede a la llegada del guardia que reparte la comida. Un privilegio reservado a unos pocos. Para poder comer algo decente tienes que pagar a tus carceleros y para pagarles has de tener dinero. El que no tiene sobrevive con la bazofia caldosa del hospital. Restos de verduras y un agua en la que nadan sustancias sobre las que no vale la pena indagar.

Aunque es mejor que cuando ha comido carne.

Kasper ha dejado de preguntarse a qué extraño animal pertenece el guiso de carne que le sirven de vez en cuando. Hay quien dice que es perro, hay quien dice que es rata. Sea lo que sea, es

vomitivo, literalmente.

Antes de llegar allí, al hospital Preah Monivong de Phnom Penh, pasó meses como prisionero errante. Meses en los peores tugurios de Camboya. O en el cuartel de sus verdugos del CID, también en Phnom Penh. Ninguna prisión oficial. Ninguna cárcel. Porque en la cárcel a la gente se la ficha, un occidental llama la atención y el tamtan de los presos podría llegar incluso a oídos indebidos. No, mejor evitar los lugares oficiales de detención.

Prisionero fantasma.

Desde que empezó el secuestro ha sido un progresivo descenso a los infiernos. La fiebre palúdica ataca de vez en cuando, con violencia, y en los momentos peores le produce alucinaciones. Está agotado. Semanas, meses de torturas físicas y psicológicas.

Le despiertan en plena noche para cambiarle de prisión. Le encierran en celdas rurales de aldeas perdidas entre arrozales como pantanos y pantanos auténticos que no tienen fin. Trasladado continuamente, entre las miradas apagadas de hombres y mujeres que le observan y no se sabe qué es lo que ven. Desde luego no manifiestan interés ni piedad. Son espectros. Anónimas sombras de un mundo devastado por una violencia que no conoce tregua. Una ferocidad que tiene algo de patológico e iguala a todos, víctimas y verdugos, transformándolos en mecanismos preparados para explotar por cualquier cosa. Se mata por nada. Se juega con la vida de los demás.

Camboya es un país donde un tercio de la población desapareció a manos de los jemeres rojos. Desde 1975 a 1979, en menos de cuatro años, desaparecieron generaciones enteras debido al genocidio y a las infinitas crueldades que han ido alimentando la cultura y la mentalidad de la población. Hun Sen, primer ministro-dictador desde 1993, es un ex jemer rojo que tiene el control sobre todo.

Cuarenta años después, pocas cosas han cambiado.

La muerte puede llegar por venganza y represión. Por cálculo político. Es ese tipo especial de justicia que el régimen considera oportuna. A menudo indispensable.

La muerte sigue llegando a través de las minas que en las zonas rurales y montañosas, que nunca han sido desminadas, despedazan cuerpos de hombres, mujeres y niños. Todos los días llegan al Preah Monivong personas con los rostros destrozados y los miembros triturados. Es posible que se salven. Los otros, los menos afortunados, ni siquiera llegan al hospital. Se recogen sus pedazos en un saco y el saco acaba en una fosa. O es quemado.

La violencia la respiras en los gestos, en los ojos, en el tono de voz.

La violencia está en el ADN de quien pasa junto a ti, de quien te mira y tal vez te dirige la palabra para pedirte un cigarrillo. Le das el cigarrillo y sabes que mientras se lo estás ofreciendo le gustaría abrirte el estómago con un cuchillo, un destornillador o hasta con las manos.

Pobreza, desesperación, horror. Y pérdida de toda esperanza. Es la mezcla camboyana. Su representación cotidiana tiene sedes que ya figuran en la historia. Tiene sus escenarios naturales.

Como los barrios de Phnom Penh que el régimen «esconde» y que las agencias de viaje, en sus folletos multilingües, califican de «menos interesantes».

Como los vertederos del extrarradio, donde los que carecen ya de toda esperanza han instalado su domicilio creando con el tiempo auténticas aldeas que son abismos de la humanidad.

Como el hospital Preah Monivong.

SEÑOR R

La sección penitenciaria es un dormitorio grande con camastros metálicos a los que están encadenados muchos presos. El baño común consiste en una gran tinaja, situada en la parte izquierda de la sala, de la que se saca el agua para las *abluciones*. Para lo demás, hay un váter a la turca sin ningún tipo de separación. Las descargas se dirigen a un fétido colector en el centro del pavimento, donde un agujero lo traga todo. El calor asfixiante y los miasmas son el hábitat ideal para insectos, escarabajos monstruosos y ratas de alcantarilla de película de terror. Por la noche, esas enormes ratas corretean por el suelo y se alimentan de cualquier cosa que encuentran. Para evitar las mordeduras en las piernas, hay que atrincherarse en el camastro y esperar que ninguna rata sea tan desaprensiva como para encaramarse.

Este es el lugar en el que se «cura» a los presos.

A los *políticos* se les considera los más peligrosos y por tanto el tratamiento es consecuente. Encadenados a las camas, esto es, a las redes metálicas, con muy pocas posibilidades de moverse. Solo les queda esperar. Antes o después llega la ocasión propicia para suicidarse.

Todo esto sucede a apenas cien metros de la ciudad que vive su *normalidad*. Una puerta, un patinillo con una verja de dos metros y un antiguo jardín destinado a vertedero separan la sección penitenciaria del hospital del centro de la capital. El caótico Boulevard Pasteur está detrás de la esquina, cerca del mercado principal. En el Preah Monivong se muere por torturas y privaciones, con el trasfondo de la ciudad que vive, corre y hace la compra.

Kasper sabe que morir es lo más fácil que puede suceder en Camboya. A él, ahora, le basta un instante. Tal vez sería una liberación. Ya se le ha pasado por la cabeza en algunos momentos. Luego se ha arrepentido: no quiere quejarse. No debe ceder. No quiere morir.

Le han trasladado de una prisión a otra como los secuestradores de la Anónima Sarda hacían con sus víctimas en los años setenta. A pesar de todo, sigue vivo. Aunque según las órdenes tenía que morir inmediatamente. Sus secuestradores le han mantenido con vida como se hace con el animal que da leche: se ordeña hasta el máximo. Siempre se está a tiempo de matarlo.

Después de vivir cuatro meses en estas condiciones ha acabado en el hospital.

Kasper deseó este ingreso. Lo buscó con todas sus fuerzas. En su vagabundeo alguien le explicó que es posible huir de los hospitales. O que al menos se puede intentar. Sin duda es más fácil que de otras prisiones.

Así que tiene un plan. Está trabajando en él.

Recibe su ración de alimento adquirida por el guardia en el exterior. Intenta comer. Pollo y verduras estofadas. Cierra los ojos y acerca la comida a la boca. Tal vez es sugestión, pero le parece peor que de costumbre. Es una sugestión, sin duda. Traga el primer bocado, luego el segundo. Acaba en dos minutos. Se obliga a no pensar.

¿Qué día es hoy?

Desde hace algún tiempo ya no lleva la cuenta.

El calendario no sirve de mucho. Julio de 2008, más o menos. Podría incluso ser el 19. Su quincuagésimo cumpleaños. Cincuenta años en el hospital de los horrores.

Sopla una velita imaginaria.

Feliz cumpleaños, viejo.

SEÑOR R

En el último contacto que tuvo con la familia, Patty y su madre le dijeron que el ministro de Exteriores del nuevo gobierno Berlusconi se interesaría por el caso. La abogada Barbara Belli está tratando de conseguir una iniciativa del ministerio.

Una iniciativa.

En la Farnesina dicen que lo harán. Hace semanas que lo dicen. Él es escéptico. Sabe cómo funcionas esas cosas. Ha pasado ya demasiado tiempo.

Está a punto de echarse de nuevo en la cama cuando percibe una presencia a poca distancia.

El tipo lleva bigotes y barba como un navegante solitario. Ojos claros que destacan sobre la camisa azul. Es alto, robusto y tendrá unos sesenta años. Un occidental. Allí, en el hospital de los presos camboyanos. Es posible que forme parte de una organización humanitaria. Tal vez es un médico. O algo parecido.

—Yo te conozco —le dice sin acercarse demasiado—. Joder, estoy seguro de haberte visto antes y creo incluso que recuerdo dónde. Bebimos juntos una noche. Me llamo Jan. Jan van Veen.

—¿Eres doctor?

—Sí, por supuesto —sonríe—. Pero en ciencias económicas.

Kasper le mira con más detenimiento. Holandés, a juzgar por su inglés y por el apellido. Holandés o algo parecido. No, no le recuerda. ¿Cómo podría? ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Bien, doctor Van Veen —murmura Kasper—. Yo soy…

—¡Sharky's! —exclama—. ¿No eres el italiano propietario del Sharky's, aquí en Phnom Penh? Bebimos juntos. Hace un año, tal vez menos. Lo recuerdo muy bien: yo estaba cenando con dos amigas inglesas, nos invitaste a una botella de champán. ¡Fantástico! Estuviste realmente fantástico. Nos hemos acordado de ti muchas veces, las chicas y yo. No lo recuerdas… Estabais tú y tu socio, aquel americano a quien todos llamaban… espera…

—Clancy.

—¡Exacto! Un gran personaje aquel yanqui. Bien, tengo que darte las gracias de nuevo. Era Veuve Clicqot, si no recuerdo mal. Mi preferido.

El mío también, le gustaría decir. Pero Kasper prefiere callar. Sí, una botella de la «Viuda»: mierda, ¿a qué sabe el champán? Ni siquiera recuerda el sabor, mientras siente que le crece en la boca esa saliva espumosa que suele preceder al vómito. Pensar en el Veuve Clicqot, allí dentro, inmediatamente después de la *comida* hospitalaria, significa rendirse a la náusea. La más devastadora.

—¿Y qué demonios haces aquí, Jan van Veen? —consigue preguntar con los dientes apretados y la mandíbula tensa.

—He venido a ver a un tipo que hace un tiempo trabajó para mí. Acabó teniendo problemas con la justicia y luego enfermó. He venido a ver cómo está.

—¿Cómo está?

—Peor que tú. No durará mucho.

El holandés baja la voz.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Cómo has venido a parar a este sitio?

Es una larga historia, quisiera responderle Kasper. Acabé en una emboscada. Me traicionaron.

Pero le dice lo que le parece más fácil. Y más correcto. ¿Cómo he venido a parar aquí?

—Como un capullo —responde—. Nos cogieron, a Clancy y a mí. Nos separaron. Ni siquiera sé adónde ha ido a parar él.

—¿Estás herido?

—*Dengue feever*, infecciones varias.

Se acerca un enfermero y le pone un suero. Echa una mirada de desprecio al intruso occidental y se marcha. El líquido claro desciende gota a gota hasta las venas de Kasper. Todos los días le ponen una de esas bolsas, pero en vez de mejorar se siente más cansado que antes.

—¿Qué te dan?

—Vitaminas. Eso dicen.

—Pero ¿desde Italia no hacen nada? Políticamente, quiero decir. Tu gobierno, el Vaticano, la Cruz Roja, alguien…

Kasper niega apenas con la cabeza. Puede significar: no lo sé. O incluso: nadie.

El holandés mira a su alrededor y susurra:

—Escucha, amigo, ¿qué puedo hacer por ti?

—Tal vez puedes contactar con una persona. Decirle dónde me encuentro. Que me has visto.

—Por supuesto que lo haré. Dime quién es.

—Es un americano. Se llama Brady Ellensworth. Le encontrarás cerca de aquí.

Kasper le da la dirección y alguna otra indicación. Brady es el dueño de un taller mecánico. Repara motos y motocicletas. También las alquila.

El holandés le mira con una extraña expresión.

—Un mecánico… —murmura dubitativo.

Parece que quiere objetar algo: ¿no sería mejor alguien de la embajada o de una organización humanitaria? Está a punto de decirlo. Kasper repite la dirección:

—Krala Hom Kong, sobre el Tonlé Sap. Brady Ellensworth.

Y se dice para sí: ¿de quién más puedo fiarme en esta situación? Brady es el único. Un ex mecánico de aviones no traicionaría nunca a un ex piloto de avión.

—Muy bien, iré a ver a tu mecánico —susurra el holandés. Un médico le hace señas para que salga de la habitación.

—No me has dicho cómo sucedió todo esto. Qué demonios… por qué te cogieron. Cuándo ocurrió.

—El pasado 27 de marzo —murmura Kasper—. Es lo único que puedo decirte.

—¡Demonios! Hace cuatro meses. ¿Cuatro meses en sitios como este?

—Sí —sonríe Kasper—. Y ni siquiera es el peor.

—¿Crees que tu amigo americano… crees que está en tus mismas condiciones?

—No lo sé —dice Kasper.

No quiere pensar. No sabe qué pensar. Está en un pantano. Aliados, amigos, enemigos: en el pantano hay que saber moverse. El miedo ayuda porque te obliga a pensar. Clancy siempre se lo ha dicho: «Si no tienes miedo, eres hombre muerto».

El sabio, el astuto Clancy. ¿Dónde estará ahora? Tal vez realmente está fuera de peligro. Tal vez realmente firmó para volver a casa.

SEÑOR R

El hombre que hizo del miedo una brújula. Táctica y estrategia, pero sobre todo prudencia. Esa ha sido la lección. Desde los primeros tiempos de su relación. Como en Seattle, desde donde la CIA enviaba armas a los movimientos guerrilleros amigos. Como en sus viajes por el Sudeste Asiático. Como en Croacia, en la guerra de la antigua Yugoslavia. En Zadar. En 1993.

La lección de Clancy. Inolvidable.

SEÑOR R

8
La lección de Clancy

Zadar, Croacia,
noviembre de 1993

La carretera de la costa es un camino de asfalto que se extiende en la oscuridad.

Matorrales y algún guardarruedas torcido. Socavones por todas partes. Restos de coches a ambos lados de la carretera.

Kasper circula entre setenta y ochenta por hora. No se puede ir a más velocidad. Es un viaje nocturno a través de un paisaje confuso que de vez en cuando deja entrever un cartel, un cruce, un grupito de casas. O lo que queda de ellas.

A la derecha está el mar, pero se esconde. Todos se esconden en la noche croata.

Aquellas luces que se distinguen en lontananza podrían ser las luces de Pag. La isla del queso y de los encajes. O tal vez son las barcas de pesca a pocas millas de la costa. Sería normal, si la normalidad todavía existiera en esta parte del mundo.

Kasper tiene la mirada puesta en la carretera apenas iluminada por las luces largas. Atraviesa tímidos bancos de niebla. Vadea extensos charcos oscuros. Ya no llueve. Desde que ha entrado en esa carretera, se habrá cruzado con tres coches. Uno con los faros apagados.

Helen duerme a su lado.

Hace más de cinco horas que viajan.

Cuando han salido del aeropuerto Marco Polo, Helen ha intentado resistir un rato, pero estaba demasiado cansada. Desde Manchester a Venecia, su vuelo de British Airways ha tenido que hacer un eslalon debido a las perturbaciones de principios de noviembre. Resultado: un retraso de tres horas. Más otras dos para las formalidades de desembarco y la entrega del coche alquilado en Hertz.

Luego, por fin, en la autopista. Directos al este.

Helen ha reclinado el asiento y se ha arrebujado como una gata, embutida en sus pantalones de terciopelo azul y el chaquetón de piel.

—¿Por qué no paramos en un área de servicio y me abrazas un poco? —le dice con la voz ya

lánguida del sueño.

—Cuando lleguemos al hotel, cariño. Ahora, descansa.

—Entonces despiértame cuando estemos cerca de Trieste.

—Por supuesto.

—¿Es bonito el sitio que has reservado?

—Muy especial. Cuando estemos cerca te despertaré. Prometido.

Kasper está concentrado en la conducción. Trata de captar cualquier cosa que pueda parecerse a un peligro. Actividad fatigosa e inútil. En cualquier caso, está alerta. Hace tres años que frecuenta esas zonas. Intensamente. Ha visto todo lo que podía ver. Pero todavía queda algo por hacer.

Una nueva misión.

Ver a algunas personas. Obtener comprobaciones. Encontrar nombres y pruebas, si es posible.

Así que nada de Trieste: cambio de planes. Las vacaciones en la costa adriática sufren una ligera desviación. Trescientos kilómetros más o menos. Pero al fin y al cabo aquello también es el Adriático.

A lo lejos, enfrente, le parece intuir luces. Pocos minutos después, las distingue perfectamente. Suben y bajan en el cielo para volver luego a iluminar la noche. Imagina que si Helen se despertara en ese momento podría pensar que era un temporal. O tal vez una fiesta con fuegos artificiales.

Kasper reduce la velocidad y por un momento observa la expresión serena de su chica, aparta la mano del cambio y le acaricia suavemente la frente apartándole el cabello dorado. Luego vuelve a la conducción, con la mirada en la oscuridad.

—¡Tú! Tú estás loco.

Kasper sonríe y le unta otra rebanada de pan con mantequilla. Se la ofrece.

Helen la coge y hace un gesto de desaprobación.

—Un loco criminal, no hay duda. ¿Cómo se te ha ocurrido una cosa así?

Kasper se encoge de hombros, sonríe y sopla sobre su café americano.

—Creí que te gustaría: unas vacaciones fuera de lo común…

—Cabrón.

—Ya sabes cómo son las cosas del trabajo. Te piden un nuevo esfuerzo, es difícil decir que no.

—Trabajo. ¿De qué trabajo me estás hablando? —le apremia Helen—. ¿Qué demonios hace un piloto de líneas aéreas en un sitio como este?

—Ya te he explicado que de vez en cuando hago trabajos de asesoría.

—Yo… yo soy asesora. ¡Tú no! Tú eres un piloto de Alitalia, ¡por Dios! Ahora me encuentro aquí… No sé ni dónde estamos.

—En Zadar, te lo dije anoche, en cuanto llegamos al hotel.

—¡Estaba dormida!

—Es cierto, te metí en la cama. Me preguntaste: ¿dónde estamos? En Zadar, te respondí…

—Zadar… ¿Y eso qué es? Una ciudad, un país, una broma…

A lo lejos, la intensidad del estruendo es algo más fuerte. Parece anunciar un temporal. Los cristales de la habitación del hotel vibran ligeramente. También tintinea la cucharilla contra la SEÑOR R

tetera, sobre la bandeja del desayuno.

—Mierda.

—Tranquila.

—¿Tranquila? ¿Me tomas por tonta?

—Ni por asomo.

—Tengo que ir al baño.

Helen desaparece detrás de la puerta y en vez de ponerse a gritar, presa de una comprensible crisis de histeria, empieza a cantar.

Canta «Sognando», una canción de los años setenta que vete a saber dónde ha descubierto y que le gusta muchísimo porque, según le ha explicado, parece escrita a medida para su amor italiano.

El texto de Don Backy habla de la locura.

Palabras que en aquel momento, allí, en el frente de Zadar, le deben de parecer simplemente perfectas.

Avrei una voglia di gridare, ma non capisco a quale scopo
poi d'improvviso piango un poco e rido quasi fosse un gioco…

Helen canta con voz de mezzosoprano y es agradable escucharla, con su italiano muy english, el agua que corre y el eco de las explosiones como fondo, a unos kilómetros de distancia, en las alturas del interior de Zadar.

Helen es así. Si él está loco, ella no le va a la zaga.

A Kasper le gusta también por esto, desde que la conoció en los cursos de inglés para los pilotos de Alitalia. Ella le preguntó qué estaba haciendo en clase si su lengua materna era el inglés. Le respondió sonriendo que le gustaba dar un repaso con una profesora inglesa.

Un *repaso*, es lo que dijo. En italiano. Y añadió:

—Sin segundas intenciones, naturalmente.

—Naturalmente —rio ella.

La escaramuza duró unos pocos días. Luego la acompañó a Manchester, Helen le siguió a Nápoles. De un avión a otro, de un hotel a otro. Tras aquellos primeros fines de semana, han pasado juntos todos los momentos posibles. Siempre juntos. Excepto los viajes que él tiene que hacer solo y de los que no le explica nunca muchas cosas.

Las *asesorías*.

Cuando Helen sale del baño ha transcurrido al menos media hora.

La mirada es lo que a Kasper le gusta: decidida hasta el límite de lo agresivo. Va envuelta en una toalla de rizo que le deja el pecho al descubierto y buena parte de las piernas. Tiene la piel clara, de auténtica inglesa, muchas pecas y una constelación de lunares. El seno es arrogante. Es tan hermosa que corta la respiración.

Helen, la asesora de Manchester.

—Muy bien, me has traído de vacaciones aquí. El sitio es peculiar, lo admito. A Venecia puede ir todo el mundo, ¿no? Una gran idea, de veras. ¿Significa esto que nos estamos jugando el pellejo?

—Menos que un sábado por la tarde en algunas calles de Manchester o de Roma.

—¿Y esas explosiones?

—Están lejos.

—¡Pues yo las oigo perfectamente!

—Mientras las oigas quiere decir que estás viva.

—Cabrón —murmura Helen acercándose. Lanza la toalla y le agarra por los hombros. Le quita el albornoz como si le desollara—. Dime si estoy en peligro —gruñe.

—En este momento sí. Muchísimo —ríe.

Es un cuerpo a cuerpo en zona de guerra, pero de bélico no tiene nada.

Dos horas más tarde están en el barrio antiguo de Zadar.

Antes de salir del hotel, Kasper le ha pedido a Helen que se cuelgue su Nikon del cuello. Con la cámara fotográfica y el cabello recogido en una coleta, está perfecta. Se lo dice y le enseña un documento.

—A partir de este momento somos periodistas. Tú eres mi fotógrafa.

—Periodistas… ¿para *quién*?

—Freelance. Trabajamos para agencias, para varios periódicos… Deja que hable yo. En cualquier caso, aquí estamos entre amigos.

—Me lo imagino…

—Los croatas son amigos. Los serbios no tanto.

Helen contempla la arquitectura veneciana de la ciudad dálmata, pero el objetivo de su cámara es atraído por los signos de la tragedia.

Ahora la guerra está lejos. Lo peor parece haber pasado, la gente poco a poco vuelve a vivir. Y, sin embargo, la guerra todavía está allí, por todas partes. Resiste. Sus olores persisten en el aire, en las calles y en las plazas. En los callejones en torno al antiguo Foro romano, en el castillo del puerto. En las modernas ruinas que lentamente son despejadas para volver a empezar. Para volver a partir.

El asedio de los serbios empezó en julio de 1991 y terminó a principios de 1993, después de la contraofensiva croata. Sobre Zadar cayeron centenares de bombas. Muchas con espoleta de proximidad, las más devastadoras, porque explotan antes de tocar tierra. El resultado está garantizado: muerte y destrucción en un radio muy amplio. Los barrios más expuestos fueron atacados por los cañones de la artillería, pero todos los intentos de hundir el frente fueron rechazados.

Ahora los serbios están retrocediendo, la línea del frente está más allá de Zemunik, donde el ejército croata se prepara para lanzar una nueva contraofensiva. El héroe local es el coronel Bruno Zorica, llamado Zulu, jefe del Comando Obuka.

Kasper le conoce bien.

Ha visto de qué son capaces los croatas cuando tienen que defender sus casas. Sus familias. Sabe que los Balcanes arderán todavía bastante tiempo. La guerra está lejos del final.

El estado del conflicto lo resume Zoran.

Se encuentran en un restaurante cercano a la catedral de Santa Anastasia. Zoran es el contacto de Kasper para esa misión específica. Un ex profesor de instituto que dejó de enseñar cuando empezó la guerra. Tiene unos cincuenta años, aparenta setenta y habla un buen inglés, pero de vez en cuando alterna frases en italiano. O mejor, en veneciano antiguo. La suya es una de las muchas familias italianas que después de 1945 no quisieron abandonar Dalmacia, entregada a la Yugoslavia de Tito.

Entre las tareas del patriota croata Zoran está la de colaborar con los aliados occidentales proporcionándoles todo lo necesario. Y a Kasper se lo han presentado como un enviado de los aliados. Un enviado muy especial.

Beben vino blanco que sabe a resina, comen algunos bocados de unos entremeses de pulpo con patatas y cebollitas. Hablan de cómo era la vida en Zadar y de cómo será, si Dios quiere. Si finalmente el buen Dios se acuerda de quién está realmente de su parte.

Zoran ha perdido en la guerra a un hermano y dos primos. No tiene noticias de algunos amigos muy queridos. Aunque de origen italiano, se expresa con una dureza totalmente eslava: «Un día quemaremos Belgrado. Solo así se acabará todo».

Kasper sabe que Zoran espera el momento oportuno para abordar el tema del encuentro. Cuando Helen los deja solos para ir al baño, va directamente al grano.

—Me he informado sobre lo que estás buscando, pero el que puede darte ciertas informaciones se ha marchado de aquí —explica con un gesto vago—. La guerra, la verdadera, está ahora en otra parte. En Mostar, por ejemplo. Contra los musulmanes de Bosnia. Allí cerca hay prisioneros serbios. Algunos también lucharon en otras zonas, es posible que puedan ayudarte. Hay que saber si todavía están vivos.

—Mostar… ¿Quién manda a los vuestros?

Zoran ve a Helen que regresa y cambia de tema.

Kasper repite la pregunta.

—¿Quién manda en Mostar?

—Tuta.

—Mladen Naletilic —silabea Kasper.

—El mismo —confirma Zoran, impasible.

—Tengo que ir allí.

—Dentro de dos días un convoy nuestro saldrá de Split. Mostar no está lejos: ciento cincuenta kilómetros, aproximadamente. —Hace una pausa y observa a Helen. Se dirige de nuevo a Kasper—. Es mejor que a ella la dejes aquí.

Mladen Naletilic, llamado Tuta, es el comandante croata-bosnio que se enfrenta a los bosnio-musulmanes en el área de Mostar. Está al mando de unos miles de hombres repartidos entre la 22.ª Diversanki Odred y el batallón Kajeniska Bojna. Este último cuerpo paramilitar está constituido mayoritariamente por mercenarios y ex delincuentes. Un ejército de asesinos salidos de las cárceles de la antigua Yugoslavia.

Tuta también es un ser peculiar, pero de un nivel superior.

Cuando estalló la guerra, enarboló la bandera del patriota, se nombró a sí mismo general y se puso al frente de un ejército que en gran parte financia él mismo. No es un militar de carrera. Hace negocios con comerciantes de todo tipo. Tiene muchos intereses en el juego de azar. Opera sobre todo en la zona del lago de Constanza, en ese rincón de Alemania que limita con Suiza y con Austria.

Tuta mueve mucho dinero. Es conocido como un tipo que sabe actuar. Es ágil. Es rápido. Carece de escrúpulos. Se relaciona con medio mundo.

Kasper sabe con certeza que en su villa de Široki Brijeg, a veinticinco kilómetros de Mostar, el general ha recibido a personajes de toda condición. Unos meses antes fue huésped suyo Felice Maniero, llamado Cara de Ángel, un boss fugitivo de la Mala del Brenta. Mantiene contactos regulares con emisarios de la mafia siciliana.

Es un hombre de negocios que ha invertido en la guerra y no lo oculta.

Quien le conoce bien asegura que el poder sobre su pequeño ejército le satisface ahora más que el dinero. Hacer la guerra le gusta. Se dice de él que no suele hacer prisioneros. Si así fuese, no sería un caso aislado. Desde que estalló el conflicto, las atrocidades son una característica común a todos: serbios, croatas y musulmanes. Empezaron los serbios, pero desde luego los otros no se quedaron mirando.

Si ahora los bosnio-croatas están ganando la guerra es también gracias a hombres como el general Mladen Naletilic.

—¿Y tú quieres ir a ver a semejante monstruo? —le replica Helen.

Ahora que están de nuevo solos, la joven abre desmesuradamente los enormes ojos verdes y se desahoga:

—Muy bien, yo desde Split puedo regresar a Italia, pero tú tal vez no te das cuenta de la realidad. ¿Tienes idea de adónde piensas dirigirte? Eres un piloto civil, ¡santo Dios! De vez en cuando puedes jugar a hacer el espía. El *asesor*, como te gusta llamarlo. Puedes pasar alguna información, sacar fotografías. Pero ¡Jesús!, yo he visto en televisión lo que está ocurriendo en Mostar.

—También Zadar te daba miedo al principio.

—Es cierto, pero luego vi que aquí la guerra se había acabado y no dije nada más. Pero ¡ahora tú quieres ir a donde disparan de verdad!

Kasper asiente y murmura:

—Tranquila. —Así, simplemente.

Sabe muy bien que no es una respuesta. Sabe que la cabreará todavía más. No puede hacer nada. Ni siquiera por un momento se le ocurre explicarle cuál es su verdadera identidad. Le va muy bien así. Que ella le considere un *asesor*, tal vez un poco imprudente, no le disgusta en absoluto. Y por otra parte, si le explicase quién es realmente y qué es lo que tiene que hacer, tal vez Helen desaparecería para siempre.

—Tendré cuidado, créeme —le susurra—. Y la semana próxima nos veremos en Roma.

Dos días después, Helen toma un vuelo directo a Ancona. Kasper viaja hacia Mostar, detrás de un convoy de armas destinado a los valerosos soldados del general Tuta.

SEÑOR R

Se llamaba Eric De Tomaso y era canadiense. Probablemente de origen italiano.

Para aquellos hombres, su funeral es una página épica. Escribirla, obviamente, le corresponde a *él*: al general.

Tuta está de pie sobre un terraplén, rodeado de sus soldados. El féretro del mercenario está cerca. No hay ni flores ni ornamentos litúrgicos. Tan solo su fusil de asalto y un gorro de lana manchado de sangre. El mismo que llevaba cuando un francotirador musulmán le sorprendió delante del búnker y le voló la cara.

Kasper llega al cuartel general mientras el comandante está rezando la oración fúnebre. Se detiene a un lado de la explanada. El cielo es un manto oscuro, bajo, de tormenta. Truenos y relámpagos, pero no cae ni una gota. Sopla un viento helado que desafía a cientos de rostros inmóviles. Parece una película, pero es la realidad. Y Kasper tiene la suficiente experiencia para saber que en todo esto no hay nada artificial o teatral, al margen de la teatralidad normal que la guerra comporta.

El comandante habla en medio de un silencio irreal. Es delgado, con barba, y su voz es ronca. Posee la oratoria de un antiguo tribuno. Los gestos son comedidos. Sus palabras resuenan en el aire como el repique solemne de una campana.

—¿Qué está diciendo? —pregunta Kasper.

El oficial que le sirve de guía es jovencísimo. Intenta traducir del croata al inglés, pero está demasiado emocionado. Se atropella, balbucea. Se salta frases enteras. En cualquier caso, el sentido es claro: hay hombres que vienen de muy lejos y luchan por una patria que no es la suya. Estos hombres se convierten en hijos legítimos de la tierra que se ha impregnado de su sangre.

Palabra de Tuta.

El comandante explica la última acción de su soldado.

Eric De Tomaso había asaltado una posición enemiga. Había pasado entre los disparos hasta el choque final. Hasta matarlos a todos, a los enemigos, allanando el camino a los compañeros. Un guerrero. Un héroe de Bosnia-Herzegovina, que pronto será enteramente croata.

Tres descargas de AK-47 hacia el cielo. Así acaba el funeral.

Por la noche Kasper es huésped en Široki Brijeg. El pueblo natal de Tuta.

La mansión del comandante sugiere prudentes reflexiones sobre su personalidad y sobre su evidente delirio de omnipotencia.

Es una casa enorme. Completamente fuera de contexto en el paisaje bosnio. Podría haberla transportado directamente de las costas de Istria y del Carnaro, una dudosa imitación de las espléndidas villas de Opatija o de Lovran.

El estilo austrohúngaro afectado por unas modificaciones no del todo apropiadas.

Esa noche coinciden también otros huéspedes extranjeros. Uno de ellos es un reportero gráfico francés. Se presenta como Daniel Hognon, habla un poco de italiano y conoce a Tuta desde hace mucho tiempo. Muestra las fotos de la última semana.

—Temo que estas no las publicará nadie —admite.

Algunas son espantosas. Fosas comunes, cuerpos desgarrados por las bombas, civiles muertos por los francotiradores. El muestrario de horrores está completo y está todo allí.

No faltan los campos de concentración. Auténticos lager.

—¿Dónde están estos centros? —pregunta Kasper.

—Desperdigados. Este es para los prisioneros serbios. Pero ahora lo están vaciando, llega el invierno y los transportes serán más difíciles. Dar de comer a toda esta gente se convierte en un problema.

—¿Estás diciendo que harán canje de prisioneros?

Daniel alza la vista de la foto y se encoge de hombros.

—Si es posible.

Tuta le concede un cuarto de hora.

Kasper le había pedido una entrevista privada, pero el general le advierte de que desgraciadamente no podrá dedicarle mucho tiempo. Le esperan otros invitados y además, añade con una amplia sonrisa, hay que planificar el día siguiente.

«Un día especial —dice. Luego añade—: Aquí todos los días son especiales».

La entrevista se desarrolla en un saloncito tapizado de fotografías del dueño de la casa vestido de uniforme. Poses de caudillo corroboradas por un amplio surtido de armas. El culto a la personalidad puede rayar peligrosamente en el ridículo, y en otro lugar y en otro momento esas imágenes suscitarían un sarcasmo comprensible.

Pero Kasper no ve en ello nada ridículo.

La fama del general hace tiempo que ha traspasado las fronteras de la región. Su carisma es evidente. Kasper le ha visto con sus propios ojos, confundido con sus soldados, en el campo de batalla. Ha tomado nota de las expresiones de esos hombres. Patriotas o mercenarios, qué más da: por él se arrojarían al fuego.

Con Tuta no se bromea.

En la entrevista no están ellos dos solos. Rodean al general tres lugartenientes de su confianza y naturalmente no falta el muchachito: el oficial croata que se ha presentado en Split como su guía-intérprete.

—Me dicen que quieres hablar con nuestros prisioneros serbios —empieza a hablar Tuta en un inglés impreciso pero eficaz.

—Estoy tratando de confirmar una información que me llegó hace tiempo: italianos que luchan con los serbios.

—¿Voluntarios? ¿Mercenarios?

—No exactamente. Terroristas rojos que se entrenan con las unidades especiales de Belgrado. ¿Ha oído hablar alguna vez de la Brigada Garibaldi?

Tuta se vuelve hacia uno de sus hombres, le hace un gesto con la cabeza. Es joven, ojos grises que parecen de mármol. Se llama Vlado, ha estudiado en Londres y tiene el improbable grado de coronel. Habla un inglés perfecto.

—La Brigada Garibaldi lucha con los serbios en Krajna. Sin embargo, nosotros nunca nos hemos cruzado con esos italianos. Tienes que pensar que italianos los hay en todas partes, incluso entre nuestras filas. Igual que alemanes, ingleses, franceses y españoles. Incluso hay cosacos rusos.

Al fin y al cabo, ¿cuándo se presenta la ocasión de una guerra así en el corazón de Europa? Han venido a centenares, voluntarios y mercenarios. Llegan de todo el mundo. Entre los bosnios musulmanes hay muyahidines afganos. Hay talibanes, para los que esta es una guerra de religión tanto contra nosotros los católicos como contra los ortodoxos serbios…

—En cualquier caso —interrumpe Tuta—, no creo que nuestros prisioneros puedan serte de ayuda.

—Podría intentarlo —objeta Kasper.

—Difícil. Ya no están.

—¿Los habéis canjeado?

Tuta le mira seriamente antes de estallar en una estruendosa carcajada. También ríen los otros. El general le pone la mano en el hombro.

—Para ser periodista eres bastante simpático. Ven, te voy a enseñar una cosa.

Kasper se aleja de la sala donde se está celebrando la cena con el general. Una mesa para hombres solos donde se come y se bebe como si estuvieran en una boda.

Se aparta a un lugar aislado y con su teléfono satelital llama a Clancy. Debería estar en Singapur. La voz soñolienta del amigo americano le recuerda que en aquella parte de Oriente son las cinco de la mañana.

—¿Qué demonios sucede?

Le explica dónde se encuentra y le resume su misión. Clancy le escucha. Está claro que se aburre, pero tiene el buen gusto de no bostezar por teléfono. Para él, el conflicto de los Balcanes es un pequeño incidente de la Historia. Muchas veces se ha preguntado qué espera la OTAN para bombardear Belgrado.

—Conozco a los serbios. Realmente son duros, solo entienden la violencia. Primero las bombas, luego se negocia. No tengo nada contra ellos, lo mío es pura lógica.

Kasper le deja hablar. Los americanos van directamente al objetivo. Explicarle todas las implicaciones de un conflicto como ese es una empresa que requeriría un enfoque pedagógico. Con Clancy, refinado analista made in CIA, no sería un gran problema, pero él ya lo ha superado. Kasper sabe muy bien cómo le respondería el amigo americano: «¿Implicaciones? Dime un conflicto que no tenga implicaciones». Para añadir luego: «La incertidumbre es el verdadero enemigo. El más peligroso. Desde siempre».

Pero Kasper no le ha llamado a esas horas para discutir de geopolítica. La razón es otra. Se la explica en pocas palabras. Sintético y preciso, como le gusta a Clancy. Que le escucha y no le interrumpe ni un momento. Al final le pregunta:

—¿Estás seguro?

—He visto su plan. Lo harán mañana.

—Mañana…

—Mañana, 9 de noviembre de 1993. Sí, señor. Dicen que quieren que todo el mundo sepa que en Europa no se puede llegar a acuerdos con los musulmanes. Ni contactos ni puentes. Esperan que las imágenes den la vuelta al mundo.

—Ah, por eso pueden estar tranquilos —ríe burlón Clancy—. Seguro que así será.

—Me parece una cosa de locos. Enorme y de locos.

—Lo es.

—Podríais pararles.

—¿En qué estás pensando, muchacho?

—Estoy pensando que será un bumerán. Desde un punto de vista político es una gilipollez tremenda. Pero los croatas en este momento están… están fuera de control. No parece que puedan entenderlo.

—Intenta decírselo.

—¡Estás de broma! ¿Acaso no recuerdas quién manda aquí?

—¿Entonces?

—Entonces —le explica Kasper—, si la CIA quisiera intervenir podría hacerlo en un minuto. El *hermano mayor americano* es el único que puede cambiar el curso de los acontecimientos. Basta con un gesto y ese 9 de noviembre de 1993 no pasará a la Historia como una página vergonzosa para los croatas de Bosnia. Es suficiente que se mueva alguien de la *Compañía*. Uno de los hombres de Langley que operan en la zona. Basta con que se presente ante el general, le ponga una mano en el hombro y le diga tres palabras al oído. Algo así como: no-hagáis-gilipolleces.

Simplemente esto.

Clancy le deja hablar.

—¿Has terminado? —le pregunta.

—He terminado, sí.

—Bien, ahora escúchame a mí. Te han asignado una misión y es clara. Solo tienes que hacer unas comprobaciones, si no he entendido mal. Pues haz aquello para lo que te han enviado ahí: nada más y nada menos. Si has terminado, márchate. Si no has terminado, trata de hacerlo rápidamente. Te has enterado de lo que ocurrirá mañana y no te gusta. De acuerdo. Procura no estar allí mañana. Dentro de un año, o dentro de veinte años, cuando te pregunten si estabas allí, demostrarás que estabas en otro sitio. Ocurrió un hecho terrible, es cierto, pero tú no pudiste hacer nada. Estabas en otra parte.

—En otra parte —murmura Kasper—. ¿Es esta tu solución?

—Es esta. Tómalo como un consejo. O si lo prefieres, teniendo en cuenta la hora que es, como una lección matutina.

El joven oficial que le sirve de guía señala un punto impreciso en las colinas de Široki Brijeg.

—Aquel es el monasterio. La matanza comunista se produjo allá arriba.

Kasper trata de no perder el contacto con el todoterreno que le precede en dirección a Mostar. Entretanto escucha a su acompañante, que se ha propuesto una tarea fundamental: convencerle de que todas las acciones de los militares croatas, pasadas y futuras, están justificadas. Legitimadas por la Memoria y bendecidas por la Historia.

En febrero de 1945, Široki Brijeg fue escenario de un episodio que durante décadas ha marcado la conciencia colectiva de Bosnia-Herzegovina: los partisanos comunistas entraron por la fuerza en

el monasterio de los frailes franciscanos y les conminaron a renegar de Dios. Les amenazaron con las armas y les obligaron a despojarse del hábito religioso. Ante su negativa, no dudaron. Los mataron a todos. Eran treinta. Los cuerpos fueron rociados con gasolina y quemados.

—Puedes entender los sentimientos de nuestra gente hacia los serbios y los musulmanes —dice el oficial—. Durante décadas, las autoridades comunistas de Belgrado han falseado la historia. Los treinta mártires de Široki Brijeg no existían, la matanza tampoco.

—¿Y los musulmanes qué pintan en todo esto?

—Los musulmanes construyen mezquitas. Por todas partes. Si pudiesen, derribarían todos los edificios cristianos. Ellos son el verdadero peligro. En Europa y en el mundo.

—De modo que lo que vais a hacer te parece bien.

—Hay que hacer un gesto importante —dice el joven—. Que dé la vuelta al mundo.

Media hora más tarde, Kasper está allí. Son poco más de las dos de la tarde y brilla el sol en Mostar. Fotorreporteros y cámaras de televisión se hallan ya en sus puestos. Algunos no creen que los croatas lleguen a hacerlo. Se aceptan apuestas.

¿Realmente el Stari Most tiene los minutos contados?

El Stari Most es el puente de piedra sobre el Neretva, el río que discurre veinticuatro metros más abajo. Así lo quiso Solimán el Magnífico. Era el año 1557. El sultán turco pensaba en algo mejor que el viejo y tambaleante puente de madera. Encargó el proyecto y consiguió una obra maestra arquitectónica de la humanidad. Un puente convexo de treinta metros, que tardó diez años en terminarse.

Durante casi cinco siglos en Mostar, el Stari Most ha unido la parte cristiana y la musulmana. Es un símbolo mundial del diálogo y de la convivencia.

Ahora un señor de la guerra autoriza su derribo. El motivo oficial es que los musulmanes transportan armas por ese puente. De modo que la única solución es derribarlo. Como ya se ha hecho con todos los otros.

El tanque croata es un T-55 con cañón calibre 105 mm. Efectúa el primer disparo poco después de las tres de la tarde. Los cañonazos se suceden, se ajusta la puntería, se sustituyen los proyectiles: de los anticarros APDS se pasa a los HE (High Explosive). Se tarda una hora. El último fragmento del Stari Most cae al río levantando una columna de agua.

Los soldados lo celebran como si hubieran ganado la guerra.

Los días siguientes el mundo se horroriza ante aquellas imágenes. Un bumerán político para los croatas. Exactamente como había previsto Kasper. Y, como estaba previsto, Kasper se arrepentirá de no haber escuchado la lección de Clancy. No debería haber estado allí. Testigo consciente, e inútil, de aquella monstruosidad fijada para siempre en su conciencia.

9
Muro de indiferencia

Ministerio de Asuntos Exteriores,
Palacio de la Farnesina, Roma,
septiembre de 2008

El joven funcionario tiene la expresión cansada.

Su no tan joven ayudante, en cambio, da la sensación de que en aquel momento podría estar en cualquier lugar: en el bar, en una reunión de la comunidad de vecinos. En una conferencia sobre Oriente Próximo de escaso interés.

El despacho es inmenso, con dos grandes ventanas abiertas por las que penetra la luz del efervescente septiembre romano. El viento mistral transporta los sonidos de la capital con el eterno murmullo del Lungotevere como fondo.

Barbara Belli termina el café y reflexiona sobre el hecho de que, en los últimos cuatro meses, es la tercera vez que visita el Ministerio de Asuntos Exteriores. No, es la cuarta vez. Quizá la quinta.

De la serie: los inútiles peregrinajes de una abogada a la Farnesina. Ha perdido la cuenta.

Excepto el café, que desde la primera visita ha mejorado objetivamente, todo lo demás ha empeorado. Empeorado objetivamente.

Habían empezado muy bien: el ministro en persona, a finales de julio, le escribió una carta en la que le aseguraba que prestaría atención al caso. Una carta oficial, con mucho protocolo:

> Distinguida abogada,
>
> Deseo asegurarle que este Ministerio sigue el caso de su cliente con la debida atención. Habiendo tenido noticias de la detención de nuestro compatriota, nuestra embajada en Hanoi, que también tiene competencias en Camboya, intervino rápidamente ante las autoridades locales a fin de obtener información sobre la situación judicial del interesado, quien, por otra parte, nunca ha solicitado poder contactar con la autoridad diplomático-consular del país.
>
> Se han iniciado, además, los trámites para visitar a nuestro compatriota en la cárcel, con objeto de comprobar las condiciones de salud y de detención…

SEÑOR R

Barbara había dado las gracias al señor ministro. La carta era un gesto importante. No obstante, tuvo que llamar la atención de los amables colaboradores del señor ministro sobre las importantes inexactitudes que desgraciadamente contenía la carta.

Nada dramático, faltaría más, pero para empezar el *compatriota* no había sido detenido sino secuestrado.

No estaba en la *cárcel* sino en escondites diseminados en minúsculas aldeas, cosa que parecía demostrar las graves anomalías del caso.

No se trataba de una *situación judicial*, puesto que no existía ningún documento oficial de ninguna autoridad local.

Finalmente, a su cliente le resultaba un poquitín difícil ponerse en contacto con la *autoridad diplomático-consular del país*, dado que tenía los días muy ocupados: los pasaba entre torturas e interrogatorios bastante duros a manos de militares camboyanos con la esporádica y singular presencia de individuos estadounidenses.

—¿Y usted cómo sabe todo esto? —le preguntó el funcionario. Siempre el mismo, desde la primera visita.

—Porque la familia está pagando un rescate a un oficial camboyano. Y gracias a eso de vez en cuando pueden hablar con el familiar.

—¿Tiene usted las pruebas?

—Tengo los pagos que la familia ha hecho a través de sociedades de money transfer. Les entregué las copias, lo tienen ustedes todo…

—Ese dinero podría haber ido a parar a cualquiera.

—Cualquiera…

—Incluso al mismo… bueno, ya me entiende.

—¿Está suponiendo que mi cliente, desde Camboya, se ha inventado toda esta historia para sacarle dinero a su madre?

—No, no he dicho eso. —El funcionario dio marcha atrás—. Pero, querida señora, ha de admitir que la situación es objetivamente compleja.

Objetivamente.

Y, además, una carta firmada personalmente por el ministro de Asuntos Exteriores no es una insignificancia, le había explicado el mismo funcionario con su sonriente afectación. Es decir, no seremos Estados Unidos, ni siquiera tal vez Francia o Inglaterra, pero el gobierno se mueve, bien, algo tendrá que pasar.

Desde entonces habían transcurrido otros dos meses.

Dos meses de nuevos, inútiles peregrinajes a la Farnesina.

Hasta aquel día de finales de septiembre.

—Mi cliente está en un hospital.

Barbara Belli apoya la tacita de café sobre la mesa que tiene enfrente. Saca de una carpeta una hoja de apuntes.

—Desde hace unas semanas está en un hospital de Phnom Penh. Se llama hospital Preah Monivong.

El funcionario dirige una mirada a su ayudante, que entretanto teclea en un portátil y enarca las

cejas.

—¿En el hospital? ¿Está herido?

—Está muy mal.

—¿Cómo lo sabe?

—Un amigo americano ha podido verle y se lo ha comunicado a la familia.

—Amigo americano… ¿de qué clase?

—De una clase bastante corriente. Un mecánico, si lo he entendido bien.

El ayudante levanta la vista del monitor.

—Aquí está.

—¿Aquí está qué? —rezonga Barbara.

—Ese hospital. Aquí dice que en la práctica es un hospital penitenciario.

—Se trata de una buena noticia —subraya el funcionario.

—Buena… ¿en qué sentido, perdone?

—Bien, por lo menos se encuentra en una institución oficial. —El funcionario extiende los brazos—. Evidentemente, las autoridades locales han vuelto a la legalidad.

Barbara examina el rostro equino del ayudante, le señala el portátil.

—¿Dice algo sobre el hecho de que las organizaciones humanitarias consideran que ese hospital es un lager?

El ayudante deja traslucir una sombra de ligero escepticismo, pero por un deber de cortesía echa una mirada a los otros resultados de su búsqueda en Google. Su expresión ya no es tan cansada ahora.

—Hummm, sí, en efecto, algo hay de eso —admite—. Aunque estas páginas en realidad no son conocidas, habría que saber hasta qué punto son de fiar…

—Hablaremos con nuestro representante allí —añade el funcionario—. En una semana el cónsul honorario…

—¿Cónsul honorario? ¡Maldita sea! —Barbara no puede contenerse.

Arroja la carpeta sobre la mesa. La tacita de café se vuelca pero está vacía, y salen despedidos algunos papeles sin llegar a caer al suelo.

Asoma también la fotografía de su «cliente».

Un primer plano de hace algunos años, que probablemente no se corresponde mucho con la realidad actual. Con unos pocos gestos convulsos, Barbara lo vuelve a meter todo en la carpeta, de cualquier manera.

Excepto la fotografía.

La sostiene entre las manos y se la muestra a sus interlocutores, la agita como hacían las madres y hermanas de los *desaparecidos*. Es consciente de que el gesto es ligeramente teatral, pero ahora está cabreada. Muy cabreada.

—¡A la mierda! —prosigue—. ¿Acaso no se dan cuenta de que este hombre fue secuestrado? ¡Desde el pasado marzo! ¡Es un italiano raptado en el extranjero! Le han encarcelado, torturado, su familia está pagando un rescate. ¿Qué más tiene que suceder para que Italia se haga cargo de esta situación?

—Realmente no entiendo su reacción —objeta el funcionario. El ayudante se encoge de

hombros y frunce los labios.

Barbara Belli agarra su cartera y se dirige directamente a la salida mientras el funcionario sigue recordándole que el señor ministro escribió una carta y hasta la firmó personalmente.

—¡Dígame si le parece poca cosa!

A la mierda también el señor ministro, piensa Barbara enfilando el interminable pasillo.

Tiene ganas de llorar. Las mujeres de carácter cuando se cabrean de verdad lloran, y así se reponen. Se lo decía siempre su abuela y es verdad. Algunos consejos valen su peso en oro.

Tiene ganas de llorar, pero no lo hace. No con el senador. Porque, además, su expresión socarrona no coincide exactamente con el hombro sobre el que una espera lloriquear y hallar consuelo. En todo caso, es el broche a un día de mierda.

Se está poniendo el sol cuando se reúnen en Canova, en la piazza del Popolo.

El senador respira hondo y señala el cielo de color cereza.

—¡Qué espectáculo! ¿Por qué la gente viaja por todo el mundo? Es aquí donde hay que estar. Aquí, en esta ciudad maravillosa.

Barbara asiente y termina su bíter sin alcohol. Sabe muy bien cómo funciona. No hallará protección ni consuelo. No con su antiguo mentor. Toma lo que tiene a su disposición: frases, observaciones, hipótesis más o menos verificables. Preguntas. Sí, incluso preguntas. De repente él le pregunta:

—¿Pero al menos te has hecho una idea de quién es realmente ese *compatriota* secuestrado, detenido o desaparecido en aquel culo del mundo?

Barbara entiende perfectamente el sentido de la *pregunta*. Porque su antiguo mentor no hace auténticas preguntas. Plantea cuestiones mayéuticas, lanza mensajes. Muy precisos, por lo general. En ese momento le está comunicando una cosa muy sencilla: si este hombre ha sido abandonado por el Estado, y si tú sigues chocando contra el muro de indiferencia, significa que alguien importante quiere que sea así. Hablemos claro, este es un país que se moviliza y se preocupa por cualquier persona que sea secuestrada en el extranjero. Soldados, voluntarios, periodistas, técnicos y misioneros: casi todos han regresado, y en cualquier caso por todos se han derramado ríos de tinta y de lágrimas. Se ha gastado incluso mucho dinero público.

En cambio, este ex carabiniere que trabajó para el ROS, y vete a saber para quiénes más, puede seguir pudriéndose en cualquier agujero camboyano. No se habla de este caso. No se abren expedientes. ¿Por qué?

—La novia afirma que hay algunos magistrados que le persiguen. —Barbara suspira y extiende los brazos—. Estoy leyendo los papeles que he podido conseguir hasta el momento. Puede que sea así.

—¿Y la madre qué piensa?

—No he conseguido hablar con ella. Está enferma. Últimamente está peor. Sé que para enviar dinero a los secuestradores ha tenido que recurrir a los ahorros, ha vendido bienes… He visto las transferencias de dinero. Desde marzo hasta hoy ha pagado más de cien mil dólares.

—¡Sopla! —se sorprende el senador—. ¿Y nuestros jueces de Roma qué dicen de todo esto? SEÑOR R

Deberían actuar de oficio…

—Dicen que en Italia nuestro hombre ha tenido diversos problemas con la justicia. Un pasado de derechas, amistades peligrosas. Le siguen desde hace años. La impresión es que, a través de él, algún magistrado apunta a peces más gordos. Altas esferas de los servicios de inteligencia con los que tiene una cuenta pendiente.

—¡Es un país fantástico! —ríe burlón el senador—. Deberían actuar de urgencia por el secuestro de una persona con ánimo de extorsión y en cambio…

—He leído todo lo que he encontrado en internet sobre él —le interrumpe Barbara—. Noticias confusas, contradictorias. Sé que no puedo aplazarlo más. Manuela… Tengo que verla. Ella le conoce mejor que nadie. No sé explicarte por qué le conoce, pero tengo ciertas sospechas…

—¿El tipo de hombre que tiene siete vidas, por decir algo?

—Siete quizá no, pero… Mira, tengo la impresión de que no es simplemente el ex carabiniere que, como piloto de avión, ha hecho algunos trabajitos para el ROS. Es algo más. Tal vez es mucho más.

Hace una pausa. El senador parece ahora menos distraído. Ha olido algo interesante.

—Sigue —la invita.

—Entre los artículos de periódico que he encontrado… bueno, hay uno reciente del *Phnom Penh Post*. Habla de la detención de un italiano, él, y de un estadounidense, su socio del Sharky's, al que llaman Clancy. Según el periódico, ambos estaban investigando un asunto concreto.

—Investigando… Dos propietarios de un bar que *investigan*. Curioso.

—Investigaban, eso es. Al otro, Clancy, lo describen como un ex de la CIA. Y hay una palabra que se repite: superdólares.

—Superdólares. ¿O sea?

—Los superdólares son dólares falsos pero prácticamente perfectos. En algunos países, al parecer, circulan en grandes cantidades. Camboya y Corea del Norte, por ejemplo. He estado buscando un poco. En la red apenas hay información. Pocas noticias. Entre los grandes periódicos occidentales solo habla del tema el *Frankfurter Allgemeine*. Siempre el mismo periodista: Klaus W. Bender. También escribió un libro hace unos años. Se titula *Moneymakers*.

—Superfalsificadores para los superdólares —murmura el senador—. Alguien fabrica esos billetes falsos…

—Falsos, pero muy bien hechos, por lo que parece. Perfectos. Hasta el punto de parecer verdaderos. Exactamente súper.

—¿Crees que nuestro ex carabiniere puede tener problemas por haber descubierto…?

—No lo sé todavía —replica Barbara—. Pero recuerdo aquella frase de Giovanni Falcone…

—Sigue el dinero.

—Exactamente. ¿Por qué no tendría que valer también para este caso?

10
El salto

Hospital Preah Monivong, sección penitenciaria,
Phnom Penh, Camboya,
septiembre de 2008

El americano llegó hace dos días.

Se llama Thomas Rolfe, es empresario en la India y esperaba serlo también en Camboya. Le pidieron que pagara comisiones y decidió mandar a tomar por culo al recaudador de turno. No sabía que los sobornos en Camboya son una cosa seria: si no pagas, una de dos: o tienes quien te protege o todavía no has entendido dónde estás.

Thomas Rolfe es de los segundos.

A primera vista es un tipo enamorado de una idea de país que no coincide con la realidad. Hay muchos así. La mayoría.

Los policías le acusaron de acoso a dos muchachas y luego se les fue la mano. Hasta el punto de que ahora se encuentra en el hospital Preah Monivong de Phnom Penh, sección penitenciaria. A tres camas de distancia de Kasper.

Por las marcas de la cara, Kasper intuye que Rolfe no fue prudente. Debe de tenerlas también en el resto del cuerpo, porque le cuesta mantenerse de pie y cada vez que le mueven emite gemidos de animal maltratado. Pero está lúcido. Lo suficiente para localizarle.

Se ha dado cuenta de que hay otro occidental. Ha hecho gestos en dirección a Kasper. Le ha preguntado si habla inglés y cuando le ha contestado que sí, sus ojos claros se han iluminado.

—¿De dónde eres? —ha balbuceado.

—Italiano y un poco americano —ha sonreído Kasper—. Descansa. Habrá tiempo.

La primera noche allí dentro debe de haber sido terrible para él. Lo es para cualquiera. Las noches siguientes lo son un poco menos, aunque no llegas a acostumbrarte. No lo consigue nadie. Nunca.

Kasper le ha visto con la mirada dilatada por una angustia cercana al terror, encogido en su

camastro en aquella gran sala común de calor y miasmas. Fetidez que se pega a la garganta, ruidos y lamentos de una humanidad condenada y desesperada. Perdida. Irremediablemente perdida.

La segunda noche ha sido mejor. Un poco mejor.

Ahora Thomas está junto a él. Están al aire libre, en el patinillo al que se accede desde la sala. A un lado están los guardias armados. Al otro, la verja que da al vertedero del hospital: una pirámide de basura de dos metros de alto que ocupa lo que antes debía de ser un jardín. Y más allá del antiguo jardín, separado por un muro de un metro de altura, está el Boulevard Pasteur.

El tráfico en torno al mercado central de la capital es como un sonido de bajo continuo con agudos de sirenas, motos con escape libre y frenazos en seco. De vez en cuando suenan estampidos que parecen armas de fuego. Tal vez realmente lo son.

Thomas enciende un cigarrillo. Se encuentra mejor. Le han comunicado de la embajada estadounidense que le sacarán de allí. Unos días, una semana a lo sumo, y podrá abandonar aquel terrible lugar.

—Dime cómo puedo ayudarte cuando haya salido de aquí —le pregunta el americano.

—No puedes —sonríe Kasper—. Estados Unidos me quiere aquí dentro. Por su culpa he de morir aquí.

—Estados Unidos no es esa gente. Nosotros, los americanos, no somos todos iguales.

—Tal vez a mí me han tocado los equivocados.

Kasper le ha explicado su historia sin entrar en detalles. No le ha dicho en qué estaba trabajando, sino que estaba haciendo una cosa correcta. Correcta, exactamente. Tan solo le ha explicado que probablemente, con su actividad, ha pisado algún callo de alguien de la CIA o de ese mundo ligeramente complicado que gira en torno a la *Compañía*. En el fondo es la verdad. Casi.

Pero Thomas Rolfe no es estúpido.

Le mira fijamente a los ojos.

—Escucha, piloto italiano, no sé qué cielos has surcado. Tampoco sé sobre qué cabeza te has cagado. Pero sé que aquí no se puede estar. Aquí no te arruinan. Aquí te matan lentamente.

—Ya —asiente Kasper.

¿Fiarse de él? ¿Fiarse de ese americano que le ha caído del cielo? Podría ser uno de los *suyos*. En el fondo, la *Compañía* está especializada en esas cabronadas. Se te acerca alguien que parece casi tan desgraciado como tú y luego, ¡oh, sorpresa!, descubres que es el que va a untar tu soga. Es duro fiarse.

—Esa cosa que te meten en la vena —dice Rolfe—. El suero que te ponen todos los días.

—Las vitaminas.

—Y una mierda vitaminas. Le he preguntado a un médico de la embajada. Lo que te meten es Ritalin.

—Ritalin —repite Kasper.

Ritalin.

—¿Te suena de algo?

—Es posible, pero no consigo…

Rolfe baja la voz y mira a su alrededor.

—Es una droga. Un tipo de anfetamina que te consume, te aniquila. A la larga te hace papilla el SEÑOR R

cerebro. No sé muy bien qué dosis pueden tomarse, pero metida en vena como en tu caso… bueno, no creo que resistas mucho. Te están convirtiendo en un gusano.

—Ri-ta-lin —silabea Kasper.

El enfermero del suero ha salido de la sala. Rolfe se acerca a Kasper, estirado en su camastro y finge hablar con él. Le cubre mientras suelta la cánula de la aguja y deja que el líquido fluya por debajo del *krama* tendido sobre la red metálica.

Su Ritalin irá a parar a las ratas y a los escarabajos.

Kasper quiere comprobar si el efecto de esa sustancia es realmente el que le ha descrito el americano. La respuesta llega a las pocas horas. La habitual oleada de abatimiento es menos fuerte de lo normal, pero al mismo tiempo percibe los espasmos de algo que identifica inmediatamente: síndrome de abstinencia.

Es la confirmación.

Un drogado, mierda.

Le han convertido en un toxicómano. Él, que durante años ha estado persiguiendo a traficantes de cocaína y de heroína, que ha visto pasar ante sus ojos toneladas de droga, ahora es un pobre yonqui. Pasado de Ritalin y quién sabe de qué otra cosa.

Más tarde salen al patio con todos los demás. Thomas le mira, le escruta. Está intentando averiguar por qué espantosa tempestad está atravesando en ese momento.

Kasper traga saliva. Suda. Y tiembla. Sabe que, si ahora apareciera el enfermero con el Ritalin, probablemente abrazaría a aquel cabrón y le tendería ambos brazos con las venas bien a la vista.

Drogado.

Un pobre drogado que arrastra los pies y las palabras. Un zombi entre decenas de zombis. Todos tratados con Ritalin o con alguna mierda semejante.

Thomas Rolfe, no.

Él, el americano incriminado y golpeado, se irá en unos días. Vendrán a buscarle los americanos. Como en una película de John Wayne, la caballería, la bandera, el estruendo de trompetas y todo lo demás. Vete, americano, eres libre. Probablemente el único no drogodependiente allí dentro. El único que es capaz de ver las cosas con una perspectiva real.

Kasper decide confiar en él. Al fin y al cabo, ¿qué puede perder?

—Tengo un plan para escapar.

Thomas le mira con la mandíbula tensa y los labios apretados. Si le hubiese dicho «yo soy Jesucristo», probablemente se habría sorprendido menos.

—Lo has oído bien —susurra Kasper—. Tengo un plan.

Se lo explica. Y para hacerlo, empieza hablándole de Brady Ellensworth.

Rolfe le conoció el primer día.

Brady es el amigo de Kasper. El antiguo técnico de aviación, hoy mecánico de motos y motocicletas, que trabaja en Phnom Penh. Es oriundo de Chicago y enamorado de Camboya gracias al amor de una camboyana a la que conoció ya en su madurez. Nunca se marcharía de este país. Pero tras haber visto a Kasper en aquellas condiciones, algunas de sus certezas empezaron a

flaquear.

A Brady le avisó Jan van Veen, el holandés al que Kasper vio por casualidad en el hospital. Cuando Brady escuchó el relato del holandés, no podía creerlo. Luego se puso manos a la obra: pidió y consiguió ver a su amigo italiano.

—¿Qué… qué demonios te han hecho? —susurró.

—Me están matando —dijo Kasper.

—Mierda, ya lo veo.

—¿Puedes ayudarme?

—Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa que me pidas, estoy contigo.

—Tienes que llevarme lejos de aquí.

Luego le explicó cómo.

Y ahora se lo cuenta a Thomas.

Durante la hora del patio, mientras alguien distrae a los guardias, él saltará la verja y aterrizará sobre la pirámide de basura. Desde allí bastará dejarse caer rodando y luego correr hacia el muro, superarlo y llegar al Boulevard Pasteur.

Brady estará preparado. Casco, cazadora de piel y su mejor moto. Saldrán disparados hacia los montes Cardamomo, en la frontera con Tailandia. Allí se separarán. Kasper intentará pasar a pie la frontera.

—¿Los montes Cardamomo? —balbucea Thomas—. Me han hablado de ellos, pero joder… Es una locura, hay tigres, osos… Y los habitantes son auténticos salvajes.

—Brady me traerá también el calzado adecuado.

—El calzado… Ah, bien, entonces ya lo tienes todo.

—Si es por eso la zona también está llena de minas antipersona —sonríe Kasper—. Pero si me preguntaras qué daría en este momento por estar allí, te respondería: cualquier cosa.

—Cualquier cosa —repite Thomas.

—Porque hay que llegar allí. Y no es sencillo.

Kasper señala los guardias. En ese momento son cinco, distraídos y entretenidos en sus chácharas ruidosas pero armados con AK-47 y pistolas. La verja está a unos veinte metros y no es fácil escalarla. En otro momento Kasper lo habría hecho sin ningún problema. Pero ahora se siente como un viejo con las manos y los pies machacados. Dos metros y pico de reja que parecen doscientos.

No obstante, *tiene* que conseguirlo.

Solo necesita que alguien distraiga a los guardias.

Mira a Thomas.

Thomas le mira a él.

—¿Qué quieres que haga?

—Tienes que encontrarte mal.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana.

—¿Mañana por la mañana?

—Sí, si todavía estás aquí.

A la mañana siguiente, Thomas Rolfe recibe la visita de un funcionario de la embajada estadounidense. Los guardias les permiten salir de la sala para hablar.

Kasper observa esos movimientos y juega a cartas con su destino. Un desafío, como siempre, está hecho de posibilidades, piensa con el fatalismo de quien se tambalea sobre una cuerda suspendida en el vacío.

Primera posibilidad: han venido a llevárselo. En ese caso Thomas regresa, se despide y se va para siempre. O tal vez ni siquiera regresa. Fin de la historia.

Segunda posibilidad: Thomas se lo larga todo al tipo de la embajada. Le revela lo que piensa hacer Kasper ese día. Bien, en ese caso, los efectos serán visibles de inmediato.

Tercera posibilidad: Thomas vuelve, le ayuda a no tomar el Ritalin, le ayuda a escapar y luego Dios proveerá. Para él y también para Thomas, confía.

Kasper asigna las probabilidades.

Hipótesis uno: 45 por ciento.

Hipótesis dos: otro 45 por ciento.

Tercera hipótesis: 5 por ciento.

Otras posibles y no previstas: el 5 por ciento restante.

Siendo realistas, deduce que no tiene esperanzas.

Thomas regresa y se le acerca. El Ritalin está empezando a descender y Kasper casi casi tomaría una doble ración, teniendo en cuenta cómo irán (probablemente) las cosas. Pero el americano le cubre y le ayuda a soltar la cánula. También hoy el Ritalin relajará a los ratones.

—He pedido salir mañana por la tarde en vez de esta mañana.

—¿Qué cojones dices? —le pregunta Kasper.

—Me he inventado que mañana por la mañana tengo que hablar con los médicos y con los enfermeros. He dicho que, como ciudadano estadounidense, quiero pedirles que traten mejor a las personas que he conocido aquí. Con más humanidad. He hecho un largo discurso apelando a los valores americanos. Un poco al estilo Barack Obama, el candidato de los demócratas. Dentro de unas semanas será el presidente de Estados Unidos, me apuesto lo que quieras. En cualquier caso, el funcionario de la embajada parecía impresionado. Es de Boston, parece un buen muchacho.

—Tenías que salir esta mañana…

—Por retrasarlo unas horas no pasa nada.

—El tipo de la embajada habrá pensado que te has vuelto loco.

—Es también lo que he pensado yo —sonríe Rolfe.

Sonríe, pero tiene lágrimas en los ojos.

Kasper también.

Phnom Penh retumba más de lo habitual. Está allí, a la vuelta de la esquina.

El Boulevard Pasteur se encuentra a cien metros. Tal vez menos. Una verja, una pirámide de basura y un muro de un metro. Eso es todo.

SEÑOR R

Kasper alza la vista al cielo y piensa que es un buen día para huir. Quizá también para morir. Pero no tiene ninguna intención de morir allí, en el hospital Preah Monivong.

Observa a los guardias. En ese momento son cuatro, un solo Kaláshnikov apoyado contra la pared, la habitual cháchara distraída mientras los prisioneros-zombis toman el aire y fuman en el calor de la mañana.

Thomas está nervioso. Muy nervioso. Pero le acaba de asegurar que no se echará atrás.

«Si tengo que fingir que me siento mal, no me costará mucho. Ya me estoy sintiendo mal. De verdad».

Kasper le mira y el color verdoso del rostro de Thomas se lo confirma. El hígado está haciendo horas extras. Todavía quedan americanos así, por suerte. Americanos como Thomas Rolfe y como Brady Ellensworth. Hombres que ayudan a otros hombres. Que comprenden cuándo su país ha cometido una injusticia.

Siente rabia. Muchísima rabia.

Le da la bienvenida. La necesita desesperadamente para que su plan tenga éxito.

A una señal suya, Thomas se acercará a los guardias y empezará a retorcerse hasta caer al suelo. Ese será el momento.

Kasper lo tiene todo calculado.

Un salto.

El salto.

La parte difícil. Una vez superada la verja, simplemente debe lanzarse hacia la calle.

Simplemente.

Allí está Brady, con su Yamaha Enduro y una ruta perfectamente estudiada a través de carreteras secundarias y caminos impracticables para los coches, difíciles de seguir incluso para los helicópteros de la seguridad camboyana, pocos y en malas condiciones. Luego, a toda velocidad hacia los montes Cardamomo.

—¿Estás listo?

—Listo —confirma Thomas con un hilo de voz.

—De acuerdo, empezamos…

—Eh, piloto —le dice Thomas, con sonrisa fanfarrona y un guiño—. En todo caso, nos vemos en otra vida.

—Saldrá bien. Lo único que tienes que hacer es sentirte mal.

Thomas se dirige tambaleándose hacia los guardias. Nadie le presta atención. Allí dentro todo el mundo se tambalea, más o menos. Es una escena que Kasper se ha imaginado decenas de veces. Ahora el americano se desplomará, los guardias le rodearán, los otros presos también. Nadie se fijará en él, y él hará lo que tiene que hacer. Trepará y se largará de allí.

Sucederá exactamente así.

Pero en aquel preciso instante Kasper lo ve.

Al hombre con la camisa azul.

Lo reconoce de inmediato. Es uno de los *políticos*, uno de los más respetados. No debe de tener ni cuarenta años, delgado como un huso, el rostro hundido como una calavera. Expresión como de poseído. Sale de un grupito de camboyanos que se abre de improviso como la corola de una flor que

deja salir al insecto. Y el insecto vuela, corre. Es una mancha azul, que sale disparada hacia la verja, se lanza contra ella y la escala.

Pero es lento. Demasiado lento, piensa Kasper.

Y mientras todos contemplan la escena enmudecidos, él se pregunta si habría sido tan lento. Tal vez sí. Tal vez incluso más.

El preso alcanza a duras penas el último tramo de la verja. Pone una pierna del otro lado. Ahora sí que podría conseguirlo.

Un salto. Basta un salto.

La ráfaga de Kaláshnikov los echa a todos al suelo. A todos excepto al fugitivo, que se queda clavado a la verja, a horcajadas. Luego, el busto se dobla lentamente y cae hacia delante sobre la parte superior de la reja. Los brazos, agarrados al hierro, parece que se vacían y acaban colgando en el aire. Pero no está muerto. Todavía no. Se estremece, intenta moverse, levanta un poco el cuerpo y se inclina a un lado. Resiste así un instante y luego se desploma sobre el patio de los presos.

El guardia que lleva el Kaláshnikov se acerca a él y le da la vuelta con el pie. Le apunta con el fusil a la cabeza y dispara. Un solo disparo que le destroza el cráneo.

Thomas ha estado vomitando largo rato. Kasper le mira y observa a los otros presos que se retuercen en los lechos.

Tras el intento de evasión, los guardias están como enloquecidos. Los han enviado a todos dentro. Han dado una paliza a los camboyanos, se han ensañado con los *políticos* golpeándoles con los bastones y las culatas de los fusiles. Han restablecido el orden.

A Kasper y al americano no les han hecho nada.

Ni un puñetazo. Ni un golpe. Del porqué se enteran al poco rato. El oficial que pasa revista a los prisioneros se dirige en primer lugar a Thomas Rolfe y le dice:

—Han venido a buscarte. Puedes irte.

Luego se dirige a Kasper y le anuncia su futuro inmediato.

—Prey Sar.

11
La profecía

De viaje hacia Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
septiembre de 2008

Soy un loco, piensa Kasper.

Un loco y un imbécil. No puede uno pasarse la vida creyendo «esta vez sí saldrá bien». Antes o después las cosas no van *bien*. Antes o después la fortuna se olvida de que existes.

El Toyota todoterreno que se lo lleva del hospital Preah Monivong ha dejado atrás los últimos suburbios de Phnom Penh y se adentra en las zonas rurales. Arrozales y unos pocos oasis de vegetación no destruidos aún por la deforestación salvaje. Aldeas que comparten la misma indolencia de la miseria. Más arrozales. Arrozales hasta donde alcanza la vista.

Kasper está encadenado al asiento. De pies y manos. Los olores de la tierra y del calor asfixiante se mezclan con el tufo del sudor. Los tres soldados que le acompañan le descargarán en Prey Sar y se marcharán.

Prey Sar es el lugar del que no se regresa. Es el lugar del que se habla lo menos posible y siempre en voz baja. Lo saben incluso los occidentales que viven en Camboya.

Prey Sar es el infierno. Kasper sabe lo que le espera.

Cuando era pequeño le enseñaron que el paraíso hay que ganárselo. Pero probablemente también para el infierno habrá que hacer alguna cosilla.

Él ha hecho mucho para merecerlo.

Ha cometido al menos tres pecados mortales.

Se ha fiado de personas equivocadas: primer pecado. Ha subestimado el riesgo: segundo pecado. Pero, sobre todo, se ha sobrevalorado a sí mismo. Ese es el pecado más grave.

Y no ha sido la primera vez.

Ha perseverado.

Ahora entiende que en su desafío al destino hay algo más grave que la irresponsabilidad y la

chulería. Algo gravemente patológico. Un loco, exactamente. También un poco cretino por ir repitiendo comportamientos poco saludables. Como ciertos aterrizajes realizados en condiciones prohibitivas. Como lanzamientos con apertura del paracaídas tan solo a cuatrocientos metros del suelo. Como el manejo de asuntos explosivos.

Esta vez sí saldrá bien.

Así ha pasado treinta años, en un baño constante de espumeante adrenalina.

Durante esos meses de cautiverio ha estado pensando en su captura y se lo ha preguntado continuamente: si aquel maldito 27 de marzo Clancy y él no hubiesen estado solos, si Patty hubiese estado todavía en Phnom Penh, ¿qué le habría ocurrido? Sí, su Patty: tan vital, tan llena de curiosidad y de ganas de entender aquel mundo. Si en vez de regresar a Italia, su chica se hubiese quedado con él, ¿cómo habría acabado su huida hacia la frontera con Tailandia?

Respuesta obvia.

Dharra y sus esbirros no habrían dudado ni un momento. Ningún margen de negociación. Ningún testimonio. Los prisioneros habrían desaparecido. Devorados. Tragados por esa tierra que desde hace décadas no hace otra cosa que masticar cuerpos humanos.

Kasper decidió que jamás volvería a poner en peligro la vida de los demás.

Lo juró.

Porque ahora ya ha cumplido los cincuenta y siente la edad en su cuerpo. Las arrugas no son las que dejan huella visible en el rostro, son las marcas que el tiempo, inexorable, le ha ido grabando por dentro. Probablemente esta es la famosa madurez. Es mirar hacia atrás y experimentar un sincero y agudo sufrimiento. La madurez es un dolor que puede dejarte en tierra sin fuerzas y lleno de remordimientos.

Como las torturas físicas de aquellos días.

Mucho peor.

Porque hay palabras, promesas y miradas que Kasper no olvida. Querría, pero no puede. Hay compromisos no mantenidos. Hay, sobre todo, personas que confiaron en él.

Como su Patty, cuando está con él lejos de Italia en ambientes que no son exactamente turísticos.

Como sus colegas en las misiones más peligrosas, donde cada decisión puede ser la última.

Como Silvia, muchos años antes.

La sonrisa de Silvia es una herida. Un desgarro que Kasper siempre llevará dentro. Silvia, la radiante colombiana de Medellín que creía en el guapo piloto florentino. Que confió en él.

En un loco, exactamente.

«Tú no estás loco. No eres más que un cabrón que te crees un superhombre».

Las palabras de Sylvain Vogel retumban en su mente, ahora, mientras ve cómo se perfila a lo lejos una barrera blanca que se alza desde la ciénaga. Pero Kasper sabe que no hay barreras en los arrozales camboyanos.

El recinto carcelario de Prey Sar. El infierno.

El todoterreno avanza en aquella dirección dando tumbos por carreteras secundarias. El chófer SEÑOR R

frena para evitar el tráfico de las motocicletas.

Hay tráfico en los alrededores del infierno.

Kasper observa, pero no retiene nada. El recuerdo de Vogel amortigua el ruido del motor. Borra cualquier otro sonido.

«La voluntad de poder. Ese es tu mayor peligro. Porque te lleva a seguir esos impulsos infantiles que son hijos del mito de ti mismo. Es un mito peligroso. En estas tierras puede hacerte mucho daño. Puede matarte».

Una profecía. Pronunciada con la sonrisa en la boca y una copa de tinto alzada a modo de brindis entre caballeros europeos. Pero una profecía al fin y al cabo.

Sylvain Vogel es un profesor francés con apellido alemán y aspecto vagamente luciferino. El hombre a todas luces más sabio que Kasper ha conocido. Ahora que su *profecía* casi se ha cumplido, Kasper no puede menos de retroceder a su último encuentro, pocas semanas antes de su detención.

Se habla de todo, como siempre. A Patty le fascina Sylvain, a Kasper también. Es difícil no sentirse subyugados por la fuerza intelectual de ese hombre que, además del francés y del alemán, habla correctamente inglés, portugués, persa, pastún, jemer y otras lenguas del área indochina.

«No soy un políglota, soy un lingüista», le gusta precisar, como estudioso completamente inmerso en el ambiente en el que trabaja. Le gusta todo de ese trabajo: la lengua como resultado de una cultura, de una historia. De un modo de vida. Como espejo del alma de un pueblo.

Sylvain es profesor de literatura francesa en la Universidad de Phnom Penh, pero antes de Camboya ha vivido en otras partes del mundo, entre ellas Brasil, donde se casó con una guapísima muchacha mulata. Un francés liberado del mito de Francia, o al menos con una idea realmente cosmopolita de su propia trayectoria como persona y como distinguido antropólogo.

Sylvain es atento y prudente, pero también decidido. Parece un felino. Un viejo y astuto puma capaz de moverse como pocos en ese mundo de enormes peligros. Pasa largas temporadas entre Afganistán y Pakistán. Con la barba convenientemente descuidada, la ropa adecuada y su dominio de las lenguas, ir y venir le resulta una tarea muy sencilla.

Aunque Sylvain no habla nunca de ello, es fácil suponer que ha tenido un pasado militar. Se entrena en el polígono, está muy familiarizado con la Glock 17 y frecuenta el mismo gimnasio al que acude Kasper, donde practica el muay thai y el jiu-jitsu brasileño.

Un profesor universitario muy peculiar, Sylvain Vogel, que sin embargo escribe libros, participa en congresos y seminarios y da conferencias.

El profesor siente una escabrosa simpatía por Kasper. Un sentimiento muy europeo con un fondo vagamente protector. Tal vez ve en él debilidades con las que tuvo que enfrentarse en el pasado. Tal vez intuye sus demonios. Parece que conoce su historia, probablemente sabe mucho más de lo que deja traslucir. Sabe perfectamente que Kasper fue carabiniere y piloto, y que sigue colaborando con los servicios de inteligencia italianos. Sabe que su socio estadounidense, Clancy, trabajó para la CIA. Nunca han hablado de ello abiertamente, pero entre la gente del ramo esas cosas se huelen. Por eso cuando Kasper le anima a hablarle de sus viajes por Afganistán y Pakistán, Vogel no se niega. Acepta sus preguntas. Sonríe a sus provocaciones. No rehúye las cuestiones.

Ni siquiera cuando se habla de la droga que, en grandes cantidades, toma el camino de

Occidente y de América.

Ni siquiera cuando sale a relucir esa palabra: *superdólares*.

Porque la droga se adquiere así: con los superdólares. Los superdólares pagan el opio, la heroína y muchas cosas más.

Y es entonces cuando Kasper intenta elevar el listón. Propone a Vogel ir juntos a Pakistán y a Afganistán. Solo para saber un poco más, dice.

—Tú conoces la lengua, sabes cómo moverte. Yo te acompaño y no hablo. Solo miro. Miro y aprendo.

El profesor le mira con su expresión más indulgente. Parece que está considerando su propuesta, pero en realidad solo está tratando de encontrar el modo de apartar a Kasper de ese camino. Porque por ese camino se acaba directamente en un precipicio.

—¿Te acuerdas del coronel? —le pregunta como si hablase de un viejo amigo común al que no ven desde hace tiempo.

—Coronel… Te refieres a Ian…

—Ian Travis, exactamente. El ex coronel del SAS.

—Sí, le recuerdo muy bien —asiente Kasper.

—Pues recuérdale siempre. Y ahora levanta el pie del acelerador.

Hace una pausa, le observa. Parece que le divierte su cara de enfado.

—Hay cosas más importantes que puedes hacer por tu país —prosigue—. Al-Qaeda está creando bases en todas partes. Escuelas coránicas y fundaciones: es ahí donde hay que mirar. Roma y Milán no están fuera del circuito.

Kasper escucha, toma nota y da las gracias. Hace tiempo que está investigando también ese asunto. Pero luego vuelve al tema que le interesa.

—No puedo decirte mucho más sobre los superdólares —abrevia Sylvain Vogel—. Excepto que en esta parte del mundo circulan en enormes cantidades. Excepto que son billetes perfectos. Excepto que la máquina de imprimir dinero funciona ininterrumpidamente y es difícil saber quién da vueltas a la manivela en países como este, al que los occidentales no tienen fácil acceso.

—Es eso justamente lo que querría saber.

Kasper alude a la investigación que está llevando a cabo desde hace meses. Con un cierto pudor, la llama «la búsqueda».

Vogel hace un gesto de desaprobación con la cabeza.

—Tal vez no eres consciente de hasta qué punto te estás arriesgando. Deberías prestar atención a las personas que tienes más cerca.

—Conozco mis límites —se defiende Kasper—. No soy un loco.

El profesor da por terminada la discusión. Con unas pocas palabras sonrientes que suenan a advertencia. O más bien a profecía.

—Con los superdólares se compra un billete para el infierno. Solo de ida.

El todoterreno se detiene ante la entrada de Prey Sar.

El rostro de Sylvain Vogel se desvanece. Su mirada penetrante desaparece para siempre del horizonte de Kasper.

Uno de los soldados señala el portón que se abre lentamente, y en un inglés macarrónico le dice: SEÑOR R

«Has llegado a casa, italiano».

SEÑOR R

12
Bienvenido, italiano

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
octubre de 2008

«Italian, you come here rigth now!»

Kasper lleva pocos días allí, pero ya ha aprendido algunas cosas. La primera: en Prey Sar no todos los prisioneros son iguales. La segunda: algunos tienen un gran poder. La tercera: si no pagas, te destrozan.

Allí dentro hay un sistema. Y el sistema funciona así.

El prisionero que le está llamando a voces en inglés es un camboyano de cuarenta años, más alto que la media, delgado y sudado, con el *krama* enrollado a la cabeza y un bastón al que da vueltas constantemente entre las manos. Es un kapo, a imitación de los campos de concentración de los nazis. Él y sus colegas ayudan a los guardias en la imposición de la disciplina. En la práctica, tienen licencia para amenazar, extorsionar y pegar.

El kapo es el mismo que unas noches antes le dio la *bienvenida*.

Una ceremonia instructiva. Solo para darle a entender de dónde sopla el viento.

Se presentaron cinco. Kasper dormía en la sala común donde conviven hacinados. Sabían dónde encontrarle. Le pegaron con tubos de hierro recubiertos de goma.

Alrededor de Kasper se hizo el vacío instantáneamente, como el rebaño que huye de la manada de lobos.

Era él a quien había que aislar. Golpear.

Le partieron la oreja derecha y la nariz. Gritaban frases incomprensibles y golpeaban. Reían. Ahora tiene todo el cuerpo dolorido y cubierto de morados, las manos machacadas y las uñas rotas, y un pie que apenas puede apoyar en el suelo porque se lo destrozaron a culatazos.

Reían. Gritaban, reían y pegaban. Como los hombres de Darrha cuando le secuestraron y torturaron en el cuartel del CID. Como cuando le obligaron a ponerse una pistola en la sien para

jugar a la ruleta rusa. Como los guardias en el hospital Preah Monivong, cuando se ensañaban con los presos atados a los camastros metálicos.

Ahora también se ríe su kapo:

—Italian, you come here rigth now!

Un ladrido que rasga el aire tórrido.

Kasper se acerca cojeando y no hace nada para disimular el dolor. El calor es atroz, probablemente tiene fiebre de nuevo. Sabe que tal como está no durará mucho. Ha seguido perdiendo peso, está deshidratado y constantemente hambriento. Casi echa de menos el hospital de los horrores.

—¿Tú sabes dónde te encuentras? —le pregunta el kapo en su deplorable inglés.

—Sí, lo sé.

—Sabes que, si quieres vivir, tienes que pagar.

Kasper asiente.

—Paga y dormirás tranquilo, italiano.

El campo de Prey Sar no está lejos de Phnom Penh. Rodeado de arrozales hasta donde alcanza la vista. Durante el régimen de Pol Pot era un campo de concentración. Después, fue reacondicionado con fondos de las Naciones Unidas y se convirtió en un «centro de reeducación». Es simplemente otra forma de definir lo que siempre ha sido.

Prey Sar es todavía hoy un lager que armoniza perfectamente con la filosofía de represión de la disidencia impuesta por los jemeres rojos de Pol Pot. Han pasado desde entonces casi cuarenta años. Nada ha cambiado.

En el «centro de reeducación», el área masculina está separada de la femenina, donde también se encuentran los menores. Todos, salvo algunas excepciones, visten un conjunto azul parecido a un pijama. Kasper, el único occidental, no se pone el uniforme.

Para los hombres no hay celdas tradicionales, sino alternativas «modernas». Los presos viven en grandes habitaciones con un estrecho pasillo central, a cuyos lados se levanta un muro de medio metro de altura: al fondo, se encuentra un cubículo con dos agujeros en el suelo que sirve de váter. Son los «servicios». No hay agua corriente. Dos veces al día los «esclavos», los prisioneros de la categoría más baja, les llevan bidones de plástico.

En cada una de esas habitaciones pasan su miserable vida entre setenta y ochenta desgraciados. Ocupan un espacio donde apenas cabrían veinte personas.

En el exterior se vigilan atentamente todos los movimientos.

Desde las torres de vigilancia, los guardias tienen órdenes de disparar sobre todo el que intente cualquier gesto que pueda parecerse a una fuga. El muro que rodea el campo mide cuatro metros de altura más otro metro de alambrada con púas. La parte exterior está rodeada por un foso desde el que los guardias acceden directamente a las torres por unas escaleras fuera del alcance de los presos. El resto, agua y fango. Una extensión donde los campesinos de la zona cultivan el arroz. Inclinados sobre el agua, contemplan Prey Sar y probablemente se sienten unos privilegiados.

En el campo no circulan armas, solo los bastones de los kapos, a los que apoyan los guardias

armados con Kaláshnikovs para los casos más comprometidos: por ejemplo, las incursiones en los dormitorios de los prisioneros.

El director de la cárcel, Mon Kim Heng, es un individuo muy importante en la jerarquía de los funcionarios públicos camboyanos. Controla la vida de unos hombres que, en parte, no son unos prisioneros cualesquiera. Muchos fueron poderosos, luego cayeron en desgracia. Otros pusieron su vida al servicio de una causa que el dictador Hun Sen hace todo lo posible por destruir. Finalmente, otros son elementos que, por las razones más diversas, simplemente tienen que desaparecer.

Cuando Mon Kim Heng supo que el italiano estaba en las manos de Darrha, quiso saber más cosas. Se enteró de que el teniente del CID le iba trasladando de un escondite a otro. Se olió el negocio. Empezó a moverse. Entre otras cosas, Darrha estaba haciendo cabrear a los americanos, y eso nunca es bueno. De modo que hizo lo posible por trasladar el *problema* a un ámbito más normal y, sobre todo, más controlable.

Hizo que un médico visitara a Kasper. Cuando este suplicó que le proporcionaran cuidados médicos se lo concedió. El internamiento en el hospital Preah Monivong supuso arrebatárselo a Darrha. Y, tras un período de tratamiento, le abrió las puertas de Prey Sar.

Ahora, el valioso rehén es el único occidental entre los centenares de huéspedes, la mayoría camboyanos. Mon Kim Heng sabe que la familia de Kasper ya ha pagado grandes cantidades. También sabe que el agregado diplomático italiano en Phnom Penh ha pedido visitar a su compatriota.

«Es posible, pero se necesita paciencia», fue su respuesta.

El director se ha tomado su tiempo. Ha querido saber qué piensan los americanos. El director de Prey Sar es uno de esos camboyanos que prefiere estar en buenas relaciones con los americanos.

Llaman a Kasper a la dirección. El kapo de siempre le indica adónde debe dirigirse.

«Tienes visita, italiano —dice escupiendo al suelo—. Recuerda que tienes que pagar».

Kasper se dirige hacia el portón que le separa de las habitaciones donde algunos presos pueden entrevistarse con sus abogados y sus familiares. Llega al patio interior arrastrando sus sandalias Hô Chi Minh. No sabe adónde dirigirse. Un guardia armado con un Kaláshnikov le indica con un gesto que entre en una habitación. Una mesa, dos sillas de plástico y ninguna ventana.

Al otro lado de la mesa está sentado un occidental.

—Soy italiano —se presenta.

Se llama Marco Lanna. Es el agregado diplomático de Italia en Phnom Penh. Acento del norte. Ligur tal vez. Le pregunta cómo se encuentra.

—¿Podemos tutearnos? —propone.

—Por supuesto, podemos tutearnos —sonríe irónicamente Kasper—. Aunque no sé muy bien quién eres: no eres el embajador, no eres de la Farnesina…

—Soy el representante diplomático en Phnom Penh —explica Lanna—. Cónsul honorario. Tal vez no lo recuerdas, pero ya nos hemos visto antes. Trabajabas en la Isla del Amor Fraterno, con los padres combonianos. Nos presentaron…

Kasper hace un ligero gesto de negación con la cabeza.

—Tienes que perdonarme.

—No te preocupes. En cualquier caso, no soy diplomático de carrera. Me dedico a otras cosas, pero cuando hace falta…

—Cónsul honorario: una especie de hobby —asiente Kasper.

Lanna encaja su sarcasmo. No replica. Le basta mirarle para saber lo que está pasando ese italiano. Sabe perfectamente lo que es Prey Sar. Lo sabe como cualquiera que trabaje en el ámbito de las relaciones diplomáticas. Las organizaciones humanitarias han realizado decenas de informes sobre ese *centro de reeducación*. Entrar en él provoca escalofríos. Para el cónsul es la primera vez.

—Me ha informado nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores. Quisiera ayudarte, como sea… Cuéntame qué te ha ocurrido.

Kasper le mira sin experimentar ningún sentimiento especial. Tiempo atrás le habría agarrado por los hombros. Le habría sacudido gritándole: «¿Realmente queréis ayudarme? Muy bien, sacadme de aquí. ¡Inmediatamente, joder!».

Pero ahora se ha apoderado de él una extraña apatía. Es como si en ciertos momentos consiguiera abstraerse. Salir de su cuerpo para contemplarse desde arriba.

Ha aprendido a hacerlo durante las torturas y palizas.

El dolor lo siente, por supuesto, durante días y días. Pero él está en otra parte. En otra parte donde puede pensar en otras cosas. Ahora se ve allí y se ve solo, perdido en un laberinto del que no saldrá. O si sale, será con medios no exactamente normales. Tal vez excepcionales. Tal vez definitivos.

Lanna le observa en silencio.

Desde luego no debo de tener un aspecto que incite a la conversación, reflexiona Kasper. Es posible que le dé pena al señor cónsul. Un poco de asco, incluso.

Imagina que puede suscitar en él piedad. Una piedad humana, muy corriente. Tal vez a ese impecable señor de cuarenta años que se ha establecido en Phnom Penh y que en la vida se dedica a otras cosas, que probablemente tiene una esposa camboyana y tal vez hijos, realmente le inspiro lástima. Puede que se esté preguntando qué puede hacer por el compatriota prisionero que sea realmente útil. Algo que dé un sentido a su pasatiempo diplomático.

—¿Qué quieres saber, señor cónsul? —El tono es brusco. Pero no lo suficiente, piensa Kasper. Puedo hacerlo mejor.

Lana abre mucho los ojos oscuros y respira hondo.

—¿Quién eres realmente? Quisiera saber por qué… por qué te ha ocurrido esto.

Esto.

—Empecemos por *esto* —murmura Kasper.

Lo intenta. Pero su mente sigue caminos desordenados y misteriosos.

Los recuerdos son flashes incoherentes. Sin embargo, no son alucinaciones.

Como la música oriental con las bailarinas vestidas con el traje regional y la sonrisa estereotipada.

Como el silencio sepulcral que rodea el edificio de estilo francés en el que entra conteniendo la respiración.

Como cuando, bajo la luz del neón, se encuentra ante montones de billetes de dos metros de

altura apilados sobre palés.

No son alucinaciones, pero podrían serlo. Distorsiones de la memoria. Piruetas de su pobre mente maltratada. Porque no consigue encontrar un hilo que las una a un pensamiento racional.

A nada lógico.

Por eso, mientras Lanna le escucha, empieza a poner en orden aquellas semanas y aquellos meses. Lo intenta. Parte de la detención, siete meses antes. El secuestro y el cautiverio. Las torturas. Las amenazas y la extorsión.

Por la cara que pone su visitante, Kasper entiende que la magnitud de lo que le está ocurriendo va más allá de su propia percepción.

Lanna no le interrumpe ni un momento, pero deja escapar expresiones como «no es posible», «no puedo creerlo», «es de locos». Hasta que Kasper se detiene en seco. Ha perdido el hilo sutil del relato y ha perdido también la paciencia.

Le mira fijamente y susurra irritado:

—Desde luego, es *increíble*. Pero tú me ves, ahora. ¿Me ves o no?

—Te veo, sí… —balbucea Lanna.

Entonces Kasper se sube la camiseta y le muestra los moratones y las heridas. Le acerca la oreja infectada, le enseña el pie machacado y las manos destrozadas.

—¿Qué dices, ahora, señor cónsul honorario?

Lanna tiene los ojos brillantes y los labios fruncidos. Por fin rompe el silencio.

—En Phnom Penh fundaste una delegación de la Isla del Amor Fraterno…

—Es una fundación —interrumpe Kasper—. Se dedica a acciones humanitarias. Hace lo que los señores de las ONG no hacen. Ellos van en sus Toyotas con aire acondicionado. Nosotros, en un camión de mierda, proporcionamos ayuda de verdad a la gente que vive en los vertederos de la capital… ¿Has visto dónde viven esos desgraciados? ¿Has percibido alguna vez el olor de esos lugares? Creo que no. Bien, cuando regresas de allí tienes que tirar la ropa. Lo tiras todo y te lavas durante horas. Nosotros vamos los jueves. Yo iba… Espero que los demás hayan seguido haciéndolo. Solo somos nosotros, algún que otro voluntario norteamericano y un fraile francés.

—Sé que tu novia se ocupó de algunos de esos niños…

—Patty es veterinaria, un médico al fin y al cabo: sabe cómo se curan una infección en los ojos o una bronquitis infantil… Escucha, no perdamos más tiempo. No creo que todo esto tenga nada que ver con mi encierro en Prey Sar.

—Tienes razón —sonríe Lanna—, yo tampoco creo que tenga mucho que ver. —Se aclara la voz y dice—: Cuando pedí información sobre ti, desde Roma me dijeron que eres un ex carabiniere. Además, un ex piloto de Alitalia. Sé que aquí tienes el Sharky's, ese local cerca del Tonlé Sap. Cuando te conocí, asistías a una velada de *fundraising* con los padres combonianos de la fundación. Sin embargo, circulan por ahí un montón de historias sobre ti…

—¿Es importante eso?

—Podría serlo, si quieres que te ayude.

—¿Me ayudas como diplomático a tiempo parcial?

Lanna niega con un ligero movimiento de cabeza.

—Como un italiano que conoce a bastante gente.

—¿Qué gente?

—Gente seria. Que podría echarte una mano.

—¿Qué quieres saber?

—Qué hace una persona como tú en Camboya. Cómo llegaste… Quiero saberlo.

—Según tú, ¿quién soy yo?

—Alguien que ha pisado algún callo importante.

—Ya… Escucha, señor cónsul, sería una larga historia. Y no tenemos tanto tiempo, me temo.

—Tú empieza. Yo volveré mañana y los próximos días.

Kasper menea la cabeza.

¿Qué es lo que pretende que haga? ¿De qué sirve todo esto? Es inútil. Charlatanería diplomática. Tal vez la enésima trampa. En cualquier caso, un suplicio.

Una prolongación de su agonía. Eso es lo que es.

Querría decirle: prefiero que me hables tú. Háblame del mundo normal: de una velada en el cine, de una excursión a la playa o simplemente de una botella de agua mineral, o tal vez de un plato de pasta. Sí, la pasta que no quería comer nunca, pobre idiota maniático; en cambio, ahora daría cualquier cosa por conseguir una ración de vez en cuando. Un plato de rigatoni a la putanesca y una botella de Nepi: hablemos de eso. Háblame de la civilización. De sus pequeñas y fundamentales tonterías diarias.

Para no morir antes de que nos maten.

Suspira.

—Hacerme hablar es inútil, créeme. Además… recordar no sirve para nada.

—Tú empieza —insiste Lanna—. Empieza por donde quieras…

—*Empieza*, dices… ¿Y por dónde empiezo? Bah, tal vez hace diez años, en Roma. Era 1998. No, me equivoco: era 1997, hace once años. Era el mes de abril de 1997. Podría empezar así…

13
Nuestro hombre en Phnom Penh

Comandancia del ROS,
Villa Ada, Roma,
abril de 1997

El Ferrari 348 es de ese color rojo vivo que uno espera de un Ferrari.

Es resplandeciente, brillante en todos sus acabados, como si acabaran de lavarlo y de darle lustre. Kasper pasa a pocos metros de distancia y el joven suboficial que le acompaña al edificio de la Comandancia hace un gesto como diciendo «¿no está mal, eh?». Luego, sin mover ni un milímetro la cabeza susurra:

—Lo encontramos ayer, junto con otra media docena de coches entre Mercedes y BMW, todos de alta gama. Se cuidan mucho los delincuentes de Roma.

Kasper echa una mirada, pero al lado del Ferrari, bajo la cubierta que sirve de depósito, los otros coches requisados a los «delincuentes de Roma» no están. Ni Mercedes ni BMW. En cambio, reconoce la «ballena», una de las furgonetas utilizadas para la videovigilancia de los objetivos. Es un viejo Ford beige de aspecto decadente y convenientemente modesto. Nada que ver con la «gama alta», pero para lo que tiene que servir es perfecto.

La última vez que Kasper utilizó una «ballena» fue precisamente en Roma, delante del chalet de un narcotraficante mexicano que en sus frecuentes momentos de relax recibía decenas de prostitutas. Una de ellas, una albanesa de veinte años, hizo un gran trabajo: le colocó en la casa tantos micrófonos ocultos que, desde la «ballena», se podía oír cualquier ruido, incluso cuando iba al baño.

—Os encontraréis en el bar —dice el suboficial.

—En el bar, de acuerdo.

El bar de la Comandancia está en la esquina opuesta al edificio principal. Las reuniones informales a menudo se celebran allí. Las reuniones informales son aquellas en las que se decide realmente algo. En cambio, las reuniones formales son aquellas en las que las decisiones ya han

sido tomadas en otro lugar y solo han de ser comunicadas oficialmente.

Es un hermoso día de abril, en Roma. La cita es a las once. Kasper ha llegado con unos minutos de anticipación. Ha atravesado el habitual vaivén de apasionados del jogging que se dirigen a Villa Ada, uno de los parques públicos más hermosos de la capital.

Pasan por delante de la verja del cuartel de los carabinieri Talamo, donde habitualmente tiene su sede la división de unidades móviles y especializadas Palidoro, y siguen por la entrada principal del parque, a pocos metros de la via Salaria.

Aquí todo huele a siglos.

La Salaria, esa calle machacada por el tráfico, hace más de dos mil años era utilizada para transportar a la antigua Roma la sal cargada en las costas del Adriático. Aquí, cada capa de tierra representa una época. Desde el rapto de las Sabinas al Imperio romano y a las sucesivas vicisitudes de los Saboya. En 1943, Benito Mussolini fue detenido precisamente en Villa Ada y sacado en una ambulancia. Cada piedra, los enormes pinos y las encinas seculares son testigos de páginas de historia.

Un cuartel de carabinieri es perfecto, aquí dentro, piensa Kasper.

El Talamo está dentro de Villa Ada y para los romanos es como si formase parte del paisaje: muros coronados con alambradas de púas y los habituales carteles amarillos que prohíben penetrar en el perímetro militar. Nadie hace caso. Uno de los muchos cuarteles esparcidos por la capital.

Sin embargo, este es un cuartel especial.

Para Kasper ciertamente lo es.

En él tiene su sede el Raggrupamento Operativo Speciale, el ROS, con el que Kasper colabora desde que fue creado oficialmente: era el año 1990 y él tenía poco más de treinta años.

Aquí están sus jefes.

Aquí están su pasado y su presente. Y también el futuro, confía.

Le esperan en el bar. El suboficial se detiene a pocos metros de distancia y dice: «Le dejo». Señala la mesa al aire libre. Allí están. El general, el coronel y el capitán. Parecen tres señores que disfrutan del ambiente primaveral mientras esperan la comida. Será una casualidad, pero todas las otras mesas al aire libre del pequeño bar están desiertas.

El general conserva el mismo aspecto de siempre, serio y severo en su traje gris oscuro ministerial. Escucha con atención al coronel. El capitán le sigue con ligeros movimientos de la cabeza. Ven llegar a Kasper y se interrumpen.

Apretones de mano, algunas frases de compromiso y el general, invitándole a sentarse, dice: «Podemos quedarnos aquí; en todo caso, luego nos trasladamos arriba».

El coronel y el capitán asienten, Kasper debe limitarse a sentarse, tomar un café y hablar si se presenta la ocasión. Sabe muy bien cómo funcionan estas reuniones que, pese a ser informales, no dejan de ser asuntos entre militares. Cuando se trasladen «arriba», se dirigirán al despacho del coronel para ultimar los detalles necesarios para completar la reunión y hacerla operativa.

Bebe el café americano que ha pedido y escucha mientras los tres retoman el hilo del discurso interrumpido.

El coronel continúa con su explicación. Se trata de algo que tiene que ver con una operación contra el blanqueo de dinero mafioso en el exterior. Habla con una precisión mecanográfica, no dice

ni una palabra de más. Sobre todo, no tiene nada que ver con la prosa del carabiniere. Es su estilo. Kasper lo conoce bien: frío y seco. Hombre de montaña, de costumbres y vida monacales, que rechaza la escolta y viaja por Italia en segunda clase acompañado tan solo por un viejo Colt Cobra 38 de dos pulgadas.

El capitán le escucha y asiente puntualmente. Es el único que no lleva corbata, viste camisa azul desabrochada y americana azul. Kasper anota el detalle. Inconscientemente lo relaciona con su historia reciente. El capitán acaba de regresar al ROS tras realizar un trabajo en Sudamérica como agregado militar de embajada, y está a la espera de ascender a comandante. Un oficial en alza que tiene el mérito de pertenecer al grupo de los «sicilianos», los operativos que han acumulado una enorme experiencia en la lucha contra la mafia.

El general escucha impasible, pero de vez en cuando sus ojos oscuros miran a su alrededor y se posan en él. Kasper sabe que dentro de poco le llegará su turno. Es como un examen. Más que un examen.

El coronel termina su explicación y el general recalca: «Muy bien». Solo esto, «muy bien», que es como decir «pasemos a otra cosa». Y en efecto, se vuelve hacia Kasper y con un ligero movimiento de cabeza, más de cabeza de familia que de superior, le pregunta:

—¿Cómo van las cosas en el Sharky's?

—Hay mucho movimiento —responde.

—¿Y el socio americano? —interviene el capitán.

—Socios —le corrige—. Son dos.

—¿Funcionan?

—Funcionan.

—¿Ambos de la *Compañía*?

—Solo uno.

—El que tú llamas Clancy.

—Clancy —confirma—. Solo él estuvo en la *Compañía*. El otro trabajaba como proveedor para las Naciones Unidas. Está en Camboya desde mediados de los ochenta. Fue suya la idea de abrir el bar en Phnom Penh.

—El Sharky's —dice con una risita el capitán.

—Una buena idea —le anima el coronel—. Phnom Penh cada vez resulta más interesante.

Kasper está a punto de decir algo apropiado, pero el general se aclara la voz y dice:

—Antes de hablar de Camboya, me gustaría saber en qué punto estamos con la Operación Sinaí. Me equivoco ¿o estamos en un punto muerto?

—No exactamente, señor.

—No exactamente —repite el general.

—Creo que es conveniente hacer un resumen —interviene el coronel. Es su invitación a exponer la situación.

Es exactamente lo que esperaba Kasper.

La Operación Sinaí está en marcha desde hace un año. Desde que logró entrar en contacto con Michael Savage.

Savage es un narcotraficante de Bangkok. Importa cocaína de Colombia a Europa, SEÑOR R

principalmente a España. Un tipo muy especial. Entre otras cosas, porque, aunque vive en Bangkok, no es tailandés, sino irlandés. Además, porque querría trasladar la base del negocio en Europa de España a Italia. Y, finalmente, porque con el dinero del narcotráfico echa una mano, como le gusta decir, «a esos muchachos del IRA». El Ejército Republicano Irlandés, en el que militan su hermano, otros familiares y muchos amigos suyos.

Michael Savage tiene aproximadamente cuarenta años, la misma edad que Kasper, y es alto y delgado aunque no atlético. Es simpático y una buena compañía. Un ferviente católico del tercer milenio, como se define a sí mismo. Le gusta el Sudeste Asiático al menos tanto como a Kasper. Le gusta todo de esta parte del mundo: las ciudades, la cultura y la comida. Las mujeres. Está casado con una tailandesa y tiene un hijo. Habla varias lenguas, ha viajado por el mundo, conoce la naturaleza humana y su precio. Un tipo que sabe actuar.

Savage tiene proyectos ambiciosos. Sus contactos son de altísimo nivel. Para muchos estadounidenses de origen irlandés que apoyan al IRA es un punto de referencia. Un eslabón estratégico. Kasper le fue presentado a Savage por Wanchai, un narcotraficante chino. Wanchai habló de Kasper como de un italiano cabal. Un ex militar. Un piloto que por dinero está dispuesto a todo. Incluso a llevar un avión lleno de cocaína desde Colombia hasta Italia. Y no un avión pequeño de carga: un DC-8 de gran capacidad de carga.

Diez mil kilos de mercancía purísima. Ese es el golpe que quiere dar Michael Savage. Todo de una vez.

—¿Entiendes lo que quiero decir? —recalca Savage mirándole fijamente con sus ojos azules rodeados de pecas de rebelde.

—Diez mil kilos son diez toneladas —observa Kasper en tono didáctico.

—¿Te parece demasiado?

—¿A ti no?

—A mí me parece bastante.

—Puede hacerse —responde Kasper. Y luego pone su precio: Dos millones de dólares.

Se pusieron de acuerdo de inmediato.

Savage le pidió un plan. Quiere que el avión aterrice en algún lugar del norte de Italia, a lo sumo en el centro, como la Toscana. Le gusta muchísimo la Toscana. Le encanta Florencia, adora Siena, la ciudad de la madre de Kasper. Le gustaría ver el Palio algún día. Le fascinan los orígenes toscanos de su nuevo *asesor*. Este exuberante florentino de madre sienesa y padre medio luqués y medio americano.

Y además desde la Toscana con un camión se llega rápidamente al norte. Porque buena parte de la droga colombiana tendrá que dirigirse al norte de Europa. Cuanta menos distancia, menos riesgos se corren.

—Quiero un plan que sea consistente. Nada de gilipolleces —le advierte Michael—. Ten en cuenta que Italia la conozco bien.

—Perfecto, así podrás juzgar por ti mismo sin preguntar demasiado por ahí.

—¿Qué quieres decir?

—Vosotros, los irlandeses, siempre habláis demasiado. Montáis grandes follones.

—En cambio, vosotros, los italianos…

—Yo soy de padre americano.

—Italoamericanos cabrones.

—Irlandeses capullos.

Así empezaron las cosas, y empezaron bien.

Michael es un pelirrojo hijo de puta que piensa a lo grande. Kasper le cae simpático y él le cae simpático al piloto de dos millones de dólares. Gracias a criminales de este calibre tiene sentido el trabajo de los agentes encubiertos del ROS. Puede tener sentido arriesgar las pelotas.

Michael no se imagina que es uno de los próximos objetivos del ROS.

Porque así es como irán las cosas.

Porque lo que Michael no sabe es que unos años antes, con un objetivo análogo, Kasper contribuyó a llevar a cabo la Operación Piloto, uno de los golpes más sonados y espectaculares que las fuerzas del orden italianas hayan dado jamás contra el narcotráfico.

Lo que Michael Savage no sabe es que Kasper ha tenido otros nombres. En la Operación Piloto era el «comandante Carlos», el agente encubierto que en 1994 se cargó la organización de Guillermo Munera y José Durán, este último hombre de confianza de Pablo Escobar hasta su caída.

El ambicioso Michael Savage no imagina que el ROS está tejiendo a su alrededor una red que no le dejará ninguna vía de escape. Ni a él ni a su banda de cómplices irlandeses y colombianos.

Desde hace unos meses Kasper ha estado trabajando a fondo. Se ha reunido con Savage en Bangkok, en Phnom Penh y en Europa. Ha ido desarrollando el plan ante sus ojos paso a paso. Ahora todo está ya preparado. Solo falta la señal de partida del irlandés. En ese momento la Operación Sinaí entrará en la fase decisiva.

Kasper está preparado.

Estará en ese avión. Pilotará esa bestia con la panza llena de cocaína cargada en Medellín y la hará aterrizar en Pisa. Diez mil kilos: una montaña de coca. El mayor decomiso de droga llevado a cabo en Italia.

La Operación Sinaí será más sonada aún que la Piloto.

El viento de Villa Ada sopla a ráfagas suaves y se lleva las últimas palabras de Kasper. El general registra mentalmente sus explicaciones sin mover una pestaña, los ojos oscuros fijos en él y los labios prietos coronados por un fino bigote que parece dibujado a lápiz.

—Diez mil kilos en un único transporte. —Asiente casi imperceptiblemente—. ¿Cuántos eran los decomisados en la Operación Piloto?

—Mil, señor.

—¿Y el irlandés quiere llevar diez veces más? ¿Cuánto es en dólares?

—Unos quinientos millones, aproximadamente.

—¿Solo cocaína?

—Es posible que también un poco de crack. Pero eso va más al mercado estadounidense.

El general y el coronel se miran. Parece una señal. O tal vez Kasper se lo imagina, porque inmediatamente después el coronel mueve la boca en una extraña mueca.

—Ahora dime una cosa; ¿qué es esa historia del encuentro con Savage en Suiza?

SEÑOR R

La perspectiva no le gusta. Es fácil intuirlo. No le gusta ni a él ni a los demás. Pero Kasper también se esperaba esta pregunta. Se ha preparado.

—Tenemos que vernos dentro de unas semanas en Ginebra —responde en el tono de quien da la explicación más natural del mundo.

—¿Por qué justamente en Ginebra? —interviene el capitán.

—El DC-8 que queremos alquilar pertenece a la Jet Aviation de Ginebra. Volaremos desde Medellín a Pisa y ese vuelo deberá estar camuflado como transporte humanitario de las Naciones Unidas. Lo he preparado todo. Tengo la documentación que nos permitirá un plan de vuelo: una *United Nations call sign*…

—En las últimas escuchas telefónicas tu amigo irlandés parecía bastante nervioso —le interrumpe el capitán.

—Puede que tenga problemas con sus socios colombianos. Imagino que todavía no han logrado ponerse de acuerdo sobre las cantidades que cada productor del cártel puede cargar en el avión.

—¿Crees que es la única razón? —El coronel habla en el tono de quien está sugiriendo algo. Como tomar en consideración otras posibilidades. Algo que tal vez podría salvarles el culo.

—No veo otra explicación.

—¿Y si de repente se olieran algo?

—Lo habríamos sabido por las escuchas, creo.

—Es posible. O tal vez este viaje a Suiza podría no ser del todo saludable.

A Kasper no le gusta contradecir al coronel. Ni siquiera lo intenta. Sabe lo que esperan de él. No es la versión del agente bravucón la que quieren, aunque por talante, carácter y orígenes toscano-americanos es la que mejor le saldría. Quieren la versión tranquilizadora.

Y se la da. Extiende los brazos y se pone su mejor máscara.

—Si llegase a percibir el más remoto peligro… Ningún riesgo. Nada que nos pueda exponer a…

—¿No es extraña esa cita en Ginebra? —insiste el capitán.

—Pero si no acudo será mucho peor. Sería como retirarse del negocio. Un año de trabajo echado por la borda. Precisamente ahora que estamos a un paso…

—De acuerdo —interrumpe el general—. Pero si las cosas se tuercen, estás solo. Ya lo sabes.

Asiente. Basta un gesto. El habitual de siempre.

—Ahora hablemos de Camboya —dice el general—. Todavía dispongo de unos minutos. Después podréis seguir sin mí.

Se produce un minuto de silencio. Se trata simplemente de resetear la confrontación.

—Camboya, sí —empieza el coronel—. Bien, es muy sencillo. Los datos de que disponemos nos indican que, a las puertas del 2000, mafia, camorra y ndrangheta están invirtiendo cada vez más en el exterior. Centroamérica y el Sudeste Asiático: es ahí donde el blanqueo de capitales ilícitos está teniendo el mayor incremento. Varios bancos locales permiten blanquear el dinero y reinvertirlo en actividades que sobre el papel son legales. Tailandia, Vietnam, Indonesia y Camboya son algunos de los países asiáticos a los que están afluyendo cada vez más los capitales mafiosos. En muchos casos el dinero regresa con la cobertura de sociedades e individuos orientales aparentemente limpios.

Kasper conoce el tema. En Phnom Penh se cruza a menudo con comerciantes sin escrúpulos,

banqueros, traficantes de todo tipo. Fundaciones sauditas como la Umm al-Qura, que financia la escuela coránica al-Mukara de Phnom Penh, frecuentada por Riduan Isamuddin, más conocido como Hambali, brazo derecho de Osama bin Laden en Indochina.

Son personajes que se mueven con soltura entre las altas finanzas y la complicidad con los gobiernos y subgobiernos de países que oficialmente se detestan, pero que cuando se trata de negocio —el negocio que cuenta— tocan todos la misma música.

La gran criminalidad italiana está echando raíces en Oriente. Los mafiosos están metidos de lleno.

—Hemos pensado abrir una delegación del ROS en Phnom Penh —explica el coronel—. Se trata de un trabajo totalmente encubierto. Ninguna información a nuestros diplomáticos de la zona. Ningún acuerdo con las fuerzas de la policía local, naturalmente. Necesitamos a alguien que ya esté introducido, que ya sea conocido y con los contactos adecuados.

El coronel mira a su alrededor solo un momento. Sus ojos se entrecierran apenas tras las gafas, y luego se permite algo parecido a una sonrisa.

—Hemos pensado que eres el hombre adecuado para esta labor. Si te ves con ánimos.

¿Si se ve con ánimos? Joder, casi no se lo puede creer. ¿Quería adrenalina? Bien, ya la tiene. Una maravillosa, gigantesca ola de adrenalina que está a punto de romper sobre él.

—¿Está ya decidido? —osa preguntar.

—Por supuesto que no —rebate el general—. Es nuestro proyecto. Necesitamos permisos gubernativos y una adecuada cobertura económica. Pero querríamos conocer tu valoración. Factibilidad y márgenes de riesgo.

Kasper mide las palabras. Se necesita una estructura reducida, dice. Pocos colaboradores bien introducidos en el contexto social, posiblemente de nacionalidades distintas. Se necesita una actividad de cobertura. No, el Sharky’s no sirve. Al menos, no del todo. Es un local frecuentado principalmente por diplomáticos y funcionarios de las embajadas.

—Y por los espías, probablemente —sonríe el capitán—. Espías y traficantes.

—Espías de todo tipo —responde con una hermosa sonrisa de lameculos florentino. Y también traficantes, sin duda. Un ejército de traficantes. Pero sí, lo admite, sabe muy bien que su cobertura es fuente de habladurías. A alguien no le ha gustado nunca. Propietario con aquellos dos americanos de un local como el Sharky’s: ¿qué sentido tiene?, ¿qué traman esos tres?, estamos seguros de que…

Los indecisos de los palacios romanos son una categoría que no decae nunca.

En cualquier caso, insiste, como cobertura ese bar no es la solución idónea. Se necesita algo más apropiado.

—Clancy y yo estábamos pensando en iniciar una labor de asesoría para inversiones financieras en la zona. Eso nos conduciría directamente al objetivo.

El general y el coronel le observan con atención. El capitán está de acuerdo.

—Imagino que es imposible hacer algo sin que la *Compañía* esté al corriente.

Kasper se limita a extender los brazos como se hace para indicar una obviedad. Desde la guerra de Vietnam hasta hoy, la CIA no solo ha echado raíces en aquella parte del mundo, sino que muchos de sus hombres —llegados para hacer Historia— se quedaron allí y han construido

muchísimas historias, con intereses y vínculos de todo tipo.

Clancy, su amigo y socio Clancy, es uno de ellos. Amigo fraternal desde hace veinte años ya. Casi un tío. «Tío Clancy».

Se conocen desde principios de la década de 1980, desde que el estadounidense trabajaba en una compañía de transportes aéreos de Miami. Con los C-123K suministraba armas a la Contra en Nicaragua y organizaba la ayuda militar para los guerreros Karen en Birmania.

Clancy, en la CIA, fue sobre todo un logístico y un analista.

En 1985 se vio envuelto en el escándalo Irán-Contra del coronel Oliver North y fue apartado de sus cargos. Luego fue trasladado a Singapur como «asesor» y desde allí comenzaron sus continuos viajes a Phnom Penh. Oficialmente era un periodista, no escribía mucho ni se acostaba temprano.

En Phnom Penh, Kasper y Clancy coincidieron casi de inmediato, y en 1994 —junto con Robert King, el estadounidense ex proveedor de la ONU— decidieron abrir el Sharky's.

Para Kasper Clancy es un amigo, un socio e incluso algo más: es el radar que le guía en la nebulosa galaxia de la CIA con la que, como operativo externo de los servicios de inteligencia italianos, ha tenido tratos desde principios de la década de 1980. El tío Clancy es su primera opción para todo tipo de contactos. También es el hombre que, por vías diversas, le ha permitido entrar en contacto con los narcotraficantes dirigidos por Savage que quieren hacer de Italia su nueva base. La plataforma mediterránea de la cocaína entre Colombia y Europa.

Con Clancy, además del Sharky's, comparten en Phnom Penh la casa, el coche con chófer y el presupuesto familiar. Tienen costumbres y pasiones muy distintas: Kasper boxea, participa en competiciones de muay thai y tres veces por semana se entrena en el polígono con todo tipo de armas. De vez en cuando consigue saltar con su viejo paracaídas estadounidense, un TU7 que ha conseguido de los camboyanos.

Él, el tío Clancy, es un analista: lee de todo y escribe sobre cualquier aspecto que le resulte interesante.

Pero son, justamente, como una familia.

Pedir a Kasper que monte una delegación del ROS en Phnom Penh y que se lo oculte a Clancy es algo que escapa a su imaginación. El *hermano mayor americano* ha de estar automáticamente al corriente de un proyecto como ese.

¿Dará su bendición?

Por supuesto que sí. A condición de que, como siempre, el *hermano menor italiano* no haga, ni piense siquiera, nada que pueda perturbar los juegos de la *Compañía*.

14
Jaulas de tigre

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
octubre de 2008

Los cerdos llegan en ciclomotor.

Son pequeños. Talla camboyana. Los criadores de los alrededores los transportan hasta Prey Sar, donde son adquiridos y despiezados. En el campo hay un matadero que funciona a pleno rendimiento. Está situado en la parte central, justo enfrente de la enfermería, a poca distancia del arrozal interior y del gran huerto de lechugas, tomates y cebollas.

El arrozal, el huerto y el matadero son los símbolos de la proclamada «autonomía alimentaria» de Prey Sar. Raro ejemplo de equilibrada gestión de la esfera pública camboyana.

En la cercana enfermería se cura a los presos, pero, sobre todo, se realizan las torturas más refinadas. Pinzas y bisturí y mucho uso de electricidad.

Los gritos del que es «tratado» tienen resonancias animales. En algunos momentos se funden con los alaridos de los cerdos conducidos al matadero. El terror tiene una base arcaica. Distinguir entre hombres y animales nunca es fácil.

Cada criador lleva su animalito. Los cerditos llegan atados como embutidos y con la columna vertebral rota ya a bastonazos para que no puedan moverse demasiado.

También muchos prisioneros llegan con los huesos ya destrozados.

Los descargan de los furgones o de los coches, encadenados de pies y manos. Como Heng Pov, el ex jefe de la policía. Cuando llegó a Prey Sar ya no estaba muy bien. Lo llevaron a la enfermería y le tuvieron allí durante horas.

Por la noche la intensidad de las luces del campo se redujo varias veces por una caída de tensión. La energía eléctrica producida por el generador era absorbida por los instrumentos que utilizaban en la enfermería. Los gritos de Heng Pov rompieron el habitual silencio del toque de queda.

SEÑOR R

Los instrumentos de tortura nivelan las diferencias sociales. Anulan las antiguas jerarquías. Los seres humanos olvidan quiénes han sido y solo piensan en qué podrían convertirse.

En esos primeros días Kasper ha aprendido mucho sobre Prey Sar. Pero le falta todavía un paso fundamental: la celda de castigo.

Una zona del campo está destinada al castigo. La dirige el hermano del director y está organizada fundamentalmente en celdas donde se agrupan a los prisioneros en la oscuridad durante períodos indefinidos.

Y, además, están las «jaulas de tigre».

Son hoyos excavados en tierra, de tres metros de profundidad, a los que algunos presos son arrojados durante días, a veces semanas. Permanecen allí, hacinados e inermes, con un bidón común para los excrementos y una reja metálica sobre la cabeza a la que hay que pegarse cuando las lluvias monzónicas producen inundaciones que reducen progresivamente el espacio vital. Para no ahogarse hay que mantener la cabeza sobre el agua y nadar.

Es una experiencia por la que han pasado muchos. Basta con mostrar una actitud hostil y ya tienes el billete.

Hostil.

¿Cómo se mide la hostilidad en un lugar así? No hay un código al que atenerse, ni siquiera cuando evitas cruzar una mirada, ni siquiera si te portas tan bien que pareces un zombi que no ve nada ni a nadie.

Ellos desean tu hostilidad. La buscan. Quieren saber cuánta agresividad tienes dentro. Intentan sacártela.

La hostilidad es uno de los muchos detonantes de su violencia lista para explotar en cualquier momento.

Por eso Kasper teme que, antes o después, le tocará también pasar por el área de castigo. Lo único que se pregunta es cuándo sucederá, y si será suficientemente hábil para evitarlo.

Pero no es posible evitarlo.

Es una noche más silenciosa que las otras cuando se le echan encima. Es algo que ya ocurrió los primeros días de su llegada. Era la *bienvenida* y todavía conserva las marcas.

En esta ocasión se trata de una paliza propedéutica para los pagos: el kapo que dirige el comando de matones pretende hacerle entender que existe un sistema. Con reglas muy precisas. Por eso un prisionero como el italiano no puede zanjar la cuestión con propinas de unos pocos centenares de dólares.

Las monedas son para los mozos de cuerda y los camareros. Los verdugos son más caros.

La historia del teniente Darrha que durante meses obtuvo regalitos de miles de dólares hace tiempo que circula por el campo. Todo el mundo la conoce.

El kapo que dirige el comando va armado con un bastón de hierro recubierto de goma. Los otros tres que van con él, también. Les escolta un guardia que sostiene un Kaláshnikov.

Kasper les oye llegar. En esta ocasión está atento, su radar funciona. Ha observado el movimiento de los otros prisioneros en el dormitorio: un rápido boca a boca y rápidamente se han

apartado de él.

Manada en fuga y matones de la noche que están al caer desde hace dos horas.

Sostiene entre las manos su wok calientaplatos y espera. Con paciencia. Perfectamente inmóvil. Espera a que estén cerca. Tan cerca que puede percibir su respiración jadeante. O excitada, da igual.

Les recibe.

Ciertamente, algo de hostilidad siente en ese momento por dentro.

Se siente decididamente *hostil*.

Una patada en círculo al rostro rompe la mandíbula del primero, que se desploma. Luego Kasper lanza el wok y derriba a dos más. El kapo que habitualmente vocifera cae ahora con un quejido. Al cuarto le golpea entre las piernas y, cuando se inclina doblado por el dolor, le da en la cara con la rodilla.

Solo queda el guardia armado. Que se queda parado con el Kaláshnikov a un metro de Kasper.

Le bastaría con otro golpe de krav magá para derribarle. Y con el fusil de asalto entre las manos, en plena noche camboyana sin luna, podría montar cierto follón.

Son momentos que valen una vida: detenerse o llegar hasta el final.

Toma la decisión de la que se arrepentirá durante meses.

Se detiene.

El guardia le apunta, duda, y trata de mantenerle en el centro de su línea de tiro. Kasper permanece quieto. Perfectamente inmóvil. Y casi casi está deseando que al cabrón se le escape una ráfaga. Un buen desfile de proyectiles a la altura del hombro y ahí se acaba la historia. De una vez por todas.

Pero el guardia retrocede dos pasos, grita alguna cosa a los kapos, que se levantan lentamente, recogen al que no puede tenerse en pie y se alejan bajo la mirada estupefacta de los otros prisioneros.

A partir de ese momento Kasper es un individuo del que hay que mantenerse alejado.

La «bestia» para todos.

Pocas horas después, su sitio está en el fondo de una jaula de tigre.

—He sabido que has estado en una celda de castigo.

Marco Lanna le observa detenidamente como si estuviera viendo a alguien que acaba de salir del centro de la Tierra.

—Las noticias vuelan —murmura Kasper.

—Dicen que machacaste a otros presos.

—No como habría debido hacerlo.

—Que desarmaste a un guardia.

—Si lo hubiera hecho ahora no estaría aquí.

Desde su primer encuentro, el cónsul honorario ha vuelto a Prey Sar varias veces. La respuesta del director era siempre la misma: «De momento, desgraciadamente, está en una celda de castigo. Vuelva a pasar dentro de unos días».

Así han pasado casi dos semanas.

—He intentado hablar con alguien del ministerio, en Roma. Alguien que pudiera darme noticias fiables sobre lo que piensa hacer nuestro gobierno. Por ti.

—Bien.

—He hablado también con Barbara Belli, tu abogada. He hablado con la señora Sánchez, que está cuidando a tu madre… —Lanna hace una pausa y se aclara la voz—. Las noticias no son buenas.

—Mi madre no está bien.

—La enfermedad avanza. La señora Sánchez dice que cada vez está más fatigada.

Kasper hace un leve gesto de asentimiento. Algunos males, como algunos hombres, no conocen la palabra tregua. Más bien no la admiten.

—También pregunté por tu hoja de servicios en los carabinieri —prosigue el cónsul—. Me respondieron que no existe. Les informé de que, en cualquier caso, tu nombre aparece en algunos artículos de periódico sobre operaciones del ROS…

—¿Y qué te dijeron?

—Nada. Ahí se acabó la conversación.

Kasper mira hacia el techo. Cuántas veces se lo repitieron: si algo va mal, recuerda que estarás solo.

Pero nunca se había sentido tan solo.

Nos quedamos solos cuando los demás nos abandonan. Pero cuando ignoran nuestra existencia, todavía estamos más solos. Irremediablemente. Y no hay pensamiento, acción o refugio mental que pueda librarnos de la sensación de estar ya muertos.

—Yo ya estoy muerto —dice con un soplo de voz.

Sus palabras resuenan como un triste tañido en aquel silencio de cementerio.

Lanna niega con la cabeza con fuerza.

—¡Eh, no! —estalla. Una reacción instintiva, impropia de un diplomático—. Si tú eres realmente el comandante Carlos, y si eres Kasper, el agente encubierto, y si realmente eres todos los otros que has sido, no puedes decir una cosa así. ¡De ningún modo! Tienes que recordar quién eres. Lo que has hecho. Tú no eres de los que se rinden.

—Ya no quiero recordar nada.

—No, señor. Ahora vas a hacer exactamente esto: recordar. Sí, señor, y me vas a explicar la continuación de la Operación Sinaí. Me hablas de Michael Savage, de los narcotraficantes y de las otras misiones.

—No tengo ganas, señor cónsul. Estoy cansado.

—¡Basta ya! Escucha, cualquier detalle puede sernos de utilidad. De un modo u otro.

—De un modo u otro —repite Kasper mecánicamente.

—Adelante, agente Kasper. No perdamos más tiempo. ¿Dónde nos habíamos quedado? En tu inminente viaje a Ginebra…

15
Los exámenes no acaban nunca

Aeropuerto de Ginebra,
junio de 1997

Míster Gordon exhibe una amplia sonrisa.

Parece que está realmente contento de verle. A Kasper no le ocurre a menudo ser recibido así a su llegada a un aeropuerto, por eso deja que le abrace. Le devuelve el abrazo estrechando sus huesudos hombros.

Míster Gordon es Michael Savage. Su código prevé que se llamen con los nombres que han elegido.

—Estás en forma, Kasper, a pesar de los espaguetis —le dice en su inglés seco, de irlandés que no concede más que lo indispensable. El italiano «comeespaguetis» es una figura indispensable en su imaginario ligeramente racista.

Kasper hace un ligero gesto de asentimiento y en su inglés muy americano dice que sí, que se siente muy en forma, mientras que él —pobre irlandés— está envejeciendo a ojos vistas.

—*Fuck you*, Kasper —ríe burlón Michael mientras le indica la salida.

Pocos minutos después están en un taxi. Kasper no hace preguntas. Espera. Savage le ha pedido al chófer que se dirija a la estación. Explica:

—Vamos a Zurich.

—A Zurich. Bien.

—Nos reuniremos con una persona.

Kasper se estremece ligeramente. No es solo por el modo en que lo ha dicho. Y tampoco por el breve suspiro con que parece concluir ese conciso anuncio. Es que hasta aquel momento no estaba previsto ningún encuentro. Por tanto, sabe que el anuncio es una prueba para comprobar sus reacciones.

Que son nulas.

Suelta un largo bostezo y farfulla:

—Puede que en el tren consiga dormir un poco. ¿Cuánto se tarda en llegar a Zurich?

—Poco más de dos horas.

—¿Dónde nos alojaremos?

—Tienes una reserva en el Mövenpick.

—¿Tú no?

—Yo dormiré en casa de unos amigos.

—Creía que los amigos de Gordon eran también mis amigos —sonríe.

—Yo también lo creía —replica. Y no añade nada más porque ya han cubierto los seis kilómetros que separan el aeropuerto de la estación. El taxi ha llegado. Gordon paga el viaje y dice —: Vamos, el tren sale dentro de unos minutos.

Se dirigen a las vías. No hay mucho movimiento. Kasper mira a su alrededor y no ve rostros que tenga que memorizar. Antes de subir se detiene en medio del andén. Savage camina unos metros, luego se vuelve y retrocede.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Explícame qué sucede, Gordon.

—¿Por qué? ¿Algo no va bien?

—Dímelo tú.

Juega al ataque. El irlandés no parece sorprendido. Parece casi aliviado. Se acerca más, están el uno frente al otro, entre la gente que camina apresurada y les sortea como dos obstáculos inoportunos.

Están cara a cara.

En sus ojos Kasper entrevé una chispa de inquietud y de curiosidad, en el cuello un reguero azul. Su vena de reconocida locura irlandesa.

—En Zurich tenemos que ver a una persona —murmura Savage con los labios apretados. Violáceos.

—Ya lo has dicho.

—Esa persona afirma que te conoce. Dice que no eres el que pretendes aparentar. Dice que ya les jodiste una vez, a los colombianos…

—Les jodí, ¿cómo?

—Dice que no eres un simple piloto.

—Nunca he creído ser un *simple piloto*.

—Un agente antidroga. Eso es lo que dice que eres.

—¿Es colombiano?

—¿Quién?

—El capullo que suelta esas gilipolleces. ¿Es colombiano?

—Sí…

—¿Y es a él a quien vamos a ver? ¿Es él quien afirma que me conoce?

—Exactamente.

—Bien. Pues vamos. —Señala el tren—. Quiero verle. Quiero que me mire bien y me repita a la cara esas gilipolleces.

Están sentados en primera clase, uno frente al otro. El vagón está medio vacío.

SEÑOR R

El tren atraviesa el paisaje suizo. Kasper lee una insulsa revista de truchas y de caballos abandonada sobre un asiento. De vez en cuando mira a través de la ventanilla. Michael hace lo mismo, pero no deja de observarle. No durará mucho, ahora ya le conoce, pero Kasper quiere que sea él quien haga el primer movimiento. Espera.

—¿Tienes hambre? —le pregunta el irlandés al cabo de media hora de viaje—. ¿Quieres que comamos algo?

—Lo único que quiero es llegar pronto —responde.

—¿Estás cabreado?

—Mucho. Resolvamos el asunto y acabemos esta historia.

—¿En qué sentido?

—Kasper se retira.

—¿Qué cojones dices? —murmura Savage inclinándose ligeramente hacia delante.

—No trabajo con quien da crédito al primer cocainómano colombiano y durante días no me dice nada…

—Quería decírtelo personalmente.

—Ahora entiendo los retrasos y las dudas de estos días. Entiendo…

—Quería hablarte de ello en el momento oportuno.

—Porque esperabas a ver cómo reaccionaría. Bien, aquí estoy. Vamos a ver a ese colombiano de mierda, oigamos lo que tiene que decir. Pero quiero pruebas. Quiero el cómo, el dónde y el cuándo. Veamos… y de acuerdo, si soy de la antidroga, haces que me disparen en la frente. Pero si tu amigo colombiano dice gilipolleces, me pagarás igual: exactamente así, depositas el dinero, todo, hasta el último dólar. Y para tu vuelo te buscas otro piloto.

—No puedes dejarlo.

—Ya lo verás —sonríe Kasper—. Y ahora, si me permites, voy a mear.

En el lavabo se mira al espejo. ¿Qué tal he estado?

No está mal, le responde el ex mocetón bronceado que tiene enfrente. Pero solo estás empezando. Ahora vuelves allí y juegas al menos otra mano. La apuesta es muy alta. Es tu piel la que está sobre el tapete verde.

—He comprado dos bocadillos de queso —sonríe Michael mientras se sienta de nuevo—. Y dos cervezas.

—Espero que la cerveza no sea irlandesa como tú.

—No, es una mierda de cerveza alemana con mucha graduación —le dice ofreciéndole la lata.

—Mi preferida.

Comen y beben como dos pasajeros con pocas ganas de hablar, pero Kasper sabe que Michael no abandonará el tema. Tiene demasiadas dudas. Antes de entregarle a sus amigos colombianos querrá estar seguro. No hará nada de lo que no esté plenamente convencido.

Kasper tiene que jugársela.

Pero en el momento adecuado.

Por eso espera y lee la insulsa revista. Truchas y caballos, castas sonrisas de rubias muchachas vestidas con el traje típico entre típicos paisajes suizos. Si va hacia el patíbulo, le ha tocado el camino más aburrido del mundo.

SEÑOR R

El revisor anuncia que llegarán a Zurich a la hora prevista. Nadie le ha preguntado nada, pero él se cree obligado a decirlo y además lo hace con cierta solemnidad.

—Suizos de mierda —se burla Michael cuando están de nuevo solos—. ¿Estás preocupado? Si eres de fiar, el vuelo se hará.

—¿Y quién certifica que soy *de fiar*? ¿Un cabronazo que probablemente se pasa el día atiborrándose de coca y de alcohol rodeado de una comitiva de putas? ¿La palabra de un colombiano contra la mía, o incluso contra la de Wanchai? ¿Desde cuándo conoces a Wanchai, eh?

—Desde hace más tiempo que tú —afirma tranquilamente Michael.

—¿Y a tu nuevo amiguito colombiano?

—No le he visto nunca. Le conoceré esta noche.

—Perfecto. Estará contento Wanchai cuando se entere del asunto.

—Solo quiero que le veas. Quiero que pueda volver a Medellín y decir a los otros: me he equivocado.

—Pero ¡qué cojones dices, Gordon! —resopla sobre las pecas—. ¿No conoces a esa gente? ¡Con tal de ascender en la jerarquía serían capaces de vender el culo de su madre en el lecho de muerte! ¿En qué mundo vives? Parece que no hayas salido nunca de Dublín, ¡joder!

—Ya veremos.

—Efectivamente, y no hablemos más del asunto. Zurich está cerca, por suerte.

Tiene una habitación en el tercer piso.

Michael Savage le ha dicho que tiene que esperar allí. Kasper está seguro de que su colombiano se encontraba en el vestíbulo cuando han llegado al Mövenpick. Y probablemente no estaba solo.

Kasper ni siquiera ha mirado a su alrededor. Sabe que cualquier gesto suyo, cualquier posible señal de nerviosismo sería traducido e interpretado al instante. Que se vayan a la mierda.

Deposita su pequeña maleta negra sobre la cama y la abre.

No lleva armas, evidentemente. Pero lleva las cuñas. Las ha fabricado él mismo, y las utiliza de vez en cuando. Son cuñas de madera que coloca en las cuatro esquinas de la puerta de la habitación para atrincherarse. Para poder entrar, deberían reventarla por el centro. Por eso, en teoría, tendría tiempo de hacer algo.

Saltar por la ventana del baño, por ejemplo. Unos metros más abajo hay un tejadillo. Una vía de escape aceptable.

Se sienta en la cama. Intenta reordenar sus ideas.

Podría llamar a Wanchai, decirle que su amigo irlandés ha caído en el jueguecito de los colombianos. Imagina su llamada y la obligada conclusión: «Haré lo que tengo que hacer, querido Wanchai, y luego me salgo. Peor para ellos, no trabajo con aficionados».

¿Serviría de algo? Probablemente no.

Ha pasado más de un año desde que Wanchai los presentó.

Wanchai es el traficante tailandés al que tuvo acceso gracias a Clancy y a sus amigos de la *Compañía*. Es simpático y ágil de mente, un boss de origen chino que encubre sus actividades de tráfico de heroína con criaderos de crustáceos diseminados a lo largo de la costa de Tailandia.

Cuando se conocen, a Wanchai le fascinan sus experiencias como piloto y paracaidista. Supone que Kasper ha tenido relación con los servicios secretos y no le parece nada mal: en la gran familia de los espías, los italianos tienen fama de ser los que actúan con más desenvoltura. Nada que objetar: es una versión que conviene. Por eso la refuerza. Y, en cualquier caso, precisa, él ya no participa en esos juegos.

—Negocio. Lo único que me importa es hacer negocio.

—Conozco gente a la que podrías resolver algunos problemas —le suelta Wanchai.

—Solo es cuestión de precio. Soy un poco caro…

—De acuerdo, preguntaré si están dispuestos a pedir un préstamo al banco —sonríe Wanchai mientras se traga el enésimo J&B, una pasión que le vale el apodo de Whisky.

Un mes más tarde, Wanchai le invita de nuevo a Bangkok. La cita es en un rascacielos todavía en construcción en la Wireless Road. Se accede en ascensor hasta el piso treinta, pero los otros quince hay que subirlos a pie. Wanchai desaprueba con la cabeza, mueve sus ciento cincuenta kilos escaleras arriba y gruñe frases misteriosas. Blasfemias. O propósitos de venganza.

Estos esperan ver al piloto corrupto y un poco penco, piensa Kasper. Vamos a sorprenderles.

Se presenta vestido como un hombre de negocios: traje de seda gris antracita confeccionado por su sastre de Singapur, corbata de Hermès ligeramente aflojada sobre la camisa blanca, mocasines Bass Wayfarer Penny Loafers, que si son auténticos han de sonar *cric croc*.

Si quieren el personaje, lo tendrán, piensa. Pero a mi modo.

El *personaje* ya está allí.

Preside la reunión Michael Savage. Traje de lino de color marfil, mocasines marrón sin calcetines, panamá blanco por el que asoman unos mechones rojos y los ojos azules que destacan entre una constelación de pecas. Está sentado en un sillón negro. A sus espaldas dos guardias armados con Uzis.

Kasper no esperaba encontrarse con un europeo. Un irlandés pelirrojo, y además… Buen tipo, piensa.

Lo cachean. No lleva armas, no lleva micrófonos, ni siquiera un billetero con documentos y dinero.

—Al parecer, no eres de los que invitan a una copa —sonríe Savage.

—Por lo general, tengo crédito.

—Un italiano que habla inglés como un americano.

—Son las buenas compañías —replica Kasper.

Savage sonríe burlón y le presenta a los otros invitados a la reunión. Hay dos tailandeses que trabajan con él y un israelí tocado con la kipá. Es muy joven, con la mirada de quien sabe exactamente lo que quiere. Pocas palabras y Kasper sabe que es del Mosad. Lenguaje de operativo. No finge, no se esconde. Juega con las cartas descubiertas.

¿Qué hace un agente del servicio secreto israelí en una reunión para tratar sobre el comercio de cocaína de Colombia?

Sencillo: la coca le sirve para financiar algunas operaciones encubiertas cuyo coste no puede figurar en el presupuesto oficial. Nada extraño.

Es lo que hacen todos, diría Clancy si estuviera presente.

SEÑOR R

El israelí prácticamente es el centro de atención. Kasper comprende que es básicamente suya la idea de «reforzar» los envíos de Colombia a Europa. A Italia, posiblemente. Diez mil kilos de golpe, y es tan solo el comienzo: si funciona, se abre una línea aérea. Simpático, el amigo. Ojos negros y profundos, parece el diablillo tentador. Sabe cómo actuar. Métodos expeditivos e ideas claras.

Le gusta el israelí: está llevando a los narcos directamente a donde Kasper quiere que vayan. Entonces se le ocurre llamarla Sinaí. Sí, a la operación del ROS que está naciendo en ese momento, en el rascacielos inacabado de Bangkok, la llamarán Sinaí. En honor del diablillo israelí. Y que trabaje o no para el Mosad, le parece un detalle completamente irrelevante.

La Operación Sinaí será el mayor golpe del ROS al narcotráfico colombiano.

Todo eso un año antes.

Kasper todavía piensa en aquel rascacielos de Bangkok cuando suena el teléfono de su habitación del hotel de Zurich.

—Estoy aquí abajo, en el vestíbulo —dice Michael Savage—. La cita se aplaza hasta mañana.

—¿Qué ocurre, tu amigo colombiano anda corto de dinero?

—Eres un poco desagradable para mi gusto.

—Si hubiera querido pasar las vacaciones en Zurich, me habría echado una novia suiza.

—Nos veremos por la mañana. Que duermas bien —corta Michael.

Kasper decide no llamar a Wanchai. Podría interpretarse como un signo de debilidad. Y si han decidido cargárselo, desde luego no serviría para salvarle el culo. El culo, piensa, tengo que salvármelo yo solo. Como siempre.

Revisa mejor la habitación.

Aparentemente no hay rastro de micrófonos ni de otros aparatos similares. Kasper cierra cuidadosamente las cortinas, saca de la maleta un teléfono móvil de reserva con una tarjeta nueva. Llama a Clancy. Le explica la situación.

—Si el irlandés quería acabar contigo, no te habría llevado hasta Zurich —observa Clancy—. Significa que duda del colombiano.

—Yo también lo creo.

—Puede que todo termine en una gran carcajada.

—Depende de quién ría el último —objeta Kasper al optimismo americano de Clancy, vagamente insoportable.

—Cierto. Siempre es mejor estar prevenido. Tenemos a alguien en la zona. Intentaré hablar…

—Solo necesito una pistola. Tú sabes cuál prefiero.

Kasper cuelga y llama al coronel a Roma. Le resume lo indispensable. Para el coronel ya es muchísimo.

—Podría mandar un equipo a cubrirte, pero necesitaría autorización. Y aunque la pida, pasarán horas. O bien puedo dirigirme a los locales…

—Ninguna de las dos cosas.

Kasper le habla del contacto con alguien de la *Compañía* justamente allí, en Zurich. Clancy sabe

qué necesita y desde luego no le dejará solo.

—Armado me siento mejor —resume.

—Si esa gente ha decidido acabar contigo, desde luego con una pistola no vas a hacer nada.

—Solo tengo que convencer a Savage de que los colombianos le están jodiendo.

—¿Y si no lo consigues?

—Lo conseguiré. Todo acabará con una carcajada, lo presiento —dice repitiendo las palabras de Clancy.

—Espero que seas tú el que ría el último —replica el coronel.

Esta frase ya la he oído, piensa Kasper.

Sale del hotel y sube a un taxi.

Tarde, casi de noche, pero todavía hay mucha luz.

Sigue un recorrido tortuoso. Está seguro de que no le vigilan. Sin embargo, toma toda clase de precauciones, incluso manda parar al taxista detrás de una estación de servicio y le hace cambiar de calle un par de veces.

—Oiga, que no nos sigue nadie —le dice el taxista en un torpe italiano haciendo un leve gesto de negación con la cabeza.

—Bien —replica Kasper.

Le mira a través del retrovisor.

—¿Y usted quién es, un actor? ¿Un político italiano o algo parecido…?

—Soy cantante —responde.

—No parece un cantante.

—Lo sé. Todo el mundo me lo dice.

Nueve minutos más tarde, el taxi se detiene en la Bellevueplatz. Kasper paga y baja del viejo Mercedes.

El bar al otro lado de la Ramistrasse tiene una hilera de mesitas en el exterior, todas ocupadas. La mujer con gafas sentada en la segunda mesa de la izquierda está leyendo el *Financial Times*. A Kasper le recuerda a su profesora de letras del instituto de Florencia. Solo que está algo más delgada y tiene un aire ligeramente menos distraído. Le vigila desde que ha bajado del coche. Kasper se acerca y le pregunta qué hora es.

—La hora exacta. Buenas tardes, Kasper.

Le indica la silla libre a su derecha.

Kasper se sienta de medio lado con los hombros apoyados en una columna. Pide un café americano. Ella toma otra Coca-Cola.

—Me han dicho que me quede solo unos minutos —comenta con su marcado *texan drawl*.

—Me lo imagino —le sonríe Kasper.

Es muy joven, ni treinta años siquiera, y una preciosa cara que ahora, sin las gafas, es todavía más luminosa y fresca. Los ojos oscuros le exploran sin ninguna sombra de incertidumbre.

—La próxima vez nos conoceremos mejor —le promete.

—Seguro —ríe como si realmente le divirtiera aquel frívolo compromiso. Como si, en aquella mesa al aire libre, no estuviese hablando con un posible objetivo de los cabreados colombianos—. ¿Ha tenido cuidado al venir? Me han dicho que hay mucho tráfico por aquella zona.

—Ningún problema. Lo difícil será al volver al hotel. Ya sabe, podría encontrarme la habitación ocupada.

—En la bolsa que hay debajo de la mesa encontrará lo que necesita. Me han dicho que sería suficiente…

¿Puede ser suficiente?

Con cierta gente necesitaría otra cosa muy distinta, pero de momento está bien así.

—Sí, perfecto. Será suficiente. —Kasper sabe que no es una respuesta. Es un mantra para sí mismo.

La chica asiente y pregunta:

—¿Puedo hacer algo más por usted?

—De momento no, desgraciadamente.

—De acuerdo, que vaya todo muy bien.

Bebe dos sorbos de Coca-Cola, se levanta y se despide con un breve apretón de manos. Nombre en clave: Gloria. Kasper nunca sabrá su verdadero nombre.

El arma que prefiere. La Glock 18C, dos cargadores de 33 disparos.

Dios bendiga a la CIA, piensa mientras está sentado en la cama y comprueba de nuevo el funcionamiento de la pistola. Perfecta. Usada pero perfecta. Las matrículas están borradas a conciencia, los cargadores llenos de proyectiles 9 × 19 de procedencia china y, por tanto, imposibles de identificar. La bolsa de deporte no contenía nada más, excepto unas toallas de rizo para envolver el arma y una funda de plástico.

El regreso al hotel ha requerido una vuelta más larga que a la ida. Entrar en la habitación, concretamente, no ha sido un paseo. El temor de que le estuviera esperando un comité sudamericano no ha desaparecido hasta haber tomado posesión de la habitación. En cualquier caso, ha enviado por delante a un empleado del hotel con el pretexto de hacerle comprobar el funcionamiento del aire acondicionado.

Pero no había nadie esperándole.

Ahora, con las cuñas colocadas en las cuatro esquinas de la puerta, se echa sobre la cama y espera.

En el bar de la Ramistrasse ha comido dos bocadillos, en la nevera de la habitación hay agua y bebidas en abundancia. Suficiente para resistir un asedio.

Sus dedos acarician la culata de la pistola, una música lejana le dice que en alguna habitación hay quien está montando una juerga o tal vez, como él, se siente solo y está esperando a alguien.

Se le ocurre que podría llamar al conserje y pedirle que le procure compañía. Unas horas de despreocupación de pago. No hagas gilipolleces, se dice un instante después.

Lentamente se sumerge en el sueño.

SEÑOR R

Duerme y se despierta, se vuelve a dormir y se vuelve a despertar. Así pasa la noche. No puede ser de otro modo.

Le pasan por delante los rostros de sus mejores años: acaba de cumplir los cuarenta y sabe, como todo el mundo, que no se puede volver atrás. No son pesadillas, sino algo peor. Son las lamentaciones. Las lamentaciones son los rostros, las voces, los gestos y, sobre todo, las ocasiones perdidas. Lo que no entendió entonces y que ha entendido cuando ya era tarde.

Las cosas que no dijo a quien le amó.

Como Silvia, la muchacha colombiana que se enamoró de él. Hermosa como una aparición. Melancólica como quien por instinto parece percibir la inevitabilidad de su destino.

El destino.

Con Silvia se ven en las noches húmedas de Medellín y hacen el amor olvidándose de todo.

—La próxima vez voy a Italia contigo, comandante Carlos —le dice en vísperas de su segundo vuelo entre Colombia y la Toscana—. Si realmente me quieres y si todo va bien —añade.

—Claro que quiero que vengas conmigo —le responde, pero el comandante Carlos sabe que *si todo va bien* no habrá una *próxima vez*, porque aquel vuelo es el último: se apoderarán de la droga y será el fin de los narcos.

Si todo va bien.

El plan es un éxito. Todo ha ido bien.

En pocos días se escribe el final de la historia.

Silvia es una de las primeras víctimas de la Operación Piloto. Ajusticiada por los narcos por ser culpable de haber amado al espía, al infiltrado, al agente piloto que les ha jodido.

El comandante Carlos.

Y como ella mueren otros. Los que se fiaron de él. Los que le creyeron.

El amanecer de Zurich tiene los colores de la tregua.

Salta de la cama. No está cansado. Está destrozado. La Glock está a la derecha de la marca que su cuerpo ha dejado sobre la cama. Piensa que, si muere, lo que quedará de él será solo una sombra. Una sombra con una pistola a la derecha.

Llama al coronel.

Le explica que todavía está esperando. Ahora va armado, pero, si le dejan tieso, hay un lugar donde están guardadas todas sus cosas. Incluidos los documentos sobre su vida como agente encubierto para el SISMI y para el ROS.

—Hay mucho material interesante, haga buen uso de él —murmura intentando no resultar patético.

El coronel no se inmuta.

—Si ocurre algo, el irlandés no regresará a Tailandia.

Kasper intuye que su jefe se debe de haber puesto en contacto con los americanos. Por eso no se extrañaría de que Gloria, o alguien más de la *Compañía*, estuviesen ya en el hotel sin él saberlo. El SEÑOR R

coronel no añade detalles y él no hace preguntas.

—Volveremos a hablar —concluye.

Dos horas más tarde desayuna en la habitación un zumo de fruta y unas wafer. Tomará café cuando pueda.

A las nueve en punto suena el teléfono.

—Buenos días. ¿Estás listo? —le pregunta Michael Savage.

—En unos minutos.

—Deja la habitación. Nos vamos.

Kasper no hace preguntas. Llama a la recepción y pide que le manden a la camarera de la planta. Quita las cuñas de la puerta y se prepara.

La Glock en la cintura, en su funda, debajo del chaleco.

Cuando la camarera llama a la puerta, le grita en inglés que abra con su llave porque está en el baño. La camarera abre, Kasper asoma por la puerta del baño y le pregunta si se ha terminado la fiesta.

—¿Qué fiesta, señor? —le pregunta un tanto perpleja.

—¿No ha habido una fiesta en alguna habitación cercana?

La camarera hace un gesto como diciendo que no sabría decirle.

—Por aquí no se ve un alma, señor.

Es lo que quería saber. Sale del baño, le da diez dólares y coge la maleta. Ella le mira y sin duda piensa que hay mucha gente rara en el mundo.

No se imagina cuánta.

Toman café en una sala semidesierta. Kasper mira a su alrededor y únicamente ve a unos señores nórdicos muy contenidos, un par de parejas probablemente estadounidenses y un árabe absorto en la lectura del *New York Times*.

—Tranquilo, los colombianos no están —sonríe Michael Savage.

—¿Dónde nos esperan?

—No nos esperan.

—¿Qué significa…?

—Que no hay reunión.

La primera impresión es: ya estamos.

Fin del trayecto.

Dentro de unos segundos se abrirá una puerta, aparecerá un camarero de rasgos ligeramente sudamericanos y de debajo de un carrito de la comida sacará un AK-47 con el que pondrá fin a su estancia en Suiza y, en términos generales, sobre la Tierra.

Kasper observa instintivamente el vaivén de los camareros. Efectivamente ve movimiento. Un ayudante jovencísimo, rollizo y de cara colorada, está recibiendo órdenes del maître. No es una escena agradable. El muchachito está a punto de llorar.

Kasper levanta la mano y llama al maître.

—¿Has estado en el ejército? —le pregunta en inglés.

El maître abre mucho los ojos oscuros, niega con su abultada cabeza apenas cubierta por cuatro cabellos que se prolongan en unas enormes patillas grises.

—No, señor. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque en el ejército a los que torturaban a los reclutas los hacíamos trizas.

—Le ruego que crea que…

—Creo en lo que veo y en lo que siento. Y no me gusta. Está claro, ¿no?

—Por supuesto, señor.

—Tengo varios contactos en este hotel. Me informarán. Hasta la vista.

—Sí… he comprendido, por supuesto, he comprendido.

Mientras el maître se aleja, Michael mira a Kasper con una sonrisa socarrona y se inclina hacia él.

—Te adoro, Kasper.

—No eres mi tipo, Gordon.

—Haré que cambies de idea. —El irlandés se ríe burlón, luego se pone serio—. Le hice algunas preguntas al colombiano. Se achicó, no estaba seguro de nada. Un imbécil. Le dije que por mí el encuentro no tendría lugar. Le dije que no me jugaba un piloto por unos rumores. Si crees que es de antidroga, ve y mátalo, le dije. Pero yo me mantengo al margen y ruega a tu Dios que tengas razón.

—Eso le dijiste.

—Exactamente eso.

—Todo eso anoche, mientras yo estaba en la habitación esperando esa cita de los cojones. Qué bueno. En realidad querías ver qué haría. Desde luego podía huir. O suicidarme. Me estabas poniendo a prueba.

—Ya sabes el dicho, ¿no? Los exámenes no terminan nunca.

—¿Y quién me garantiza que no me volveré a encontrar a tu colombiano pegado al culo?

—Yo. Y debería ser suficiente. —Hace una pausa y asiente—. Se ha marchado esta mañana. Que se vaya a la mierda. Ahora volvamos a las cosas serias. Quiero ese vuelo.

Unta la tostada con mermelada de albaricoque, pide un expreso. Sonríe.

—Bienvenido de nuevo a bordo, Kasper.

—¿Qué es lo que te ha convencido?

Savage le mira por encima de la tostada.

—No te lo diré nunca.

Acaba con una carcajada.

Después de todo, Clancy lo había previsto.

16
Dólares, dólares y más dólares

Florencia,
noviembre de 2008

El tren avanza por un paisaje de lluvia y montañas. Y de nubes como montañas. Llovía en Roma y sigue lloviendo a dos horas y doscientos kilómetros al norte.

Noviembre.

Barbara odia ese mes.

Y precisamente en días como esos debería decidirse a hacer como algunos de sus clientes. Proponer de una vez por todas a su marido y a sus hijos irse a vivir a algún país tropical, o al sur. A los cuarenta años todavía se puede hacer. Algún lugar del mundo como el Caribe o las Canarias. O incluso Tailandia.

Camboya precisamente no.

Las últimas noticias son pésimas. Kasper ya no está en el hospital, sino en un centro de detención cerca de Phnom Penh. Se llama Prey Sar y goza de una fama espantosa. El cónsul honorario con el que ahora está en contacto le ha confirmado que es como un campo de concentración.

Un lager.

¡Dios mío!, piensa Barbara. Un lager en 2008, en un país que figura en los paquetes de los principales operadores turísticos.

De Prey Sar es fácil salir con los pies por delante y Kasper parece ir por ese camino. Está desnutrido y enfermo. Desmoralizado, le ha explicado Marco Lanna, el diplomático italiano.

«No entiendo por qué nadie quiere hacer nada concreto por ese hombre».

Una declaración honesta. De solidaridad y de impotencia.

La misma impotencia que siente ella. El gobierno italiano no se mueve. Los magistrados tampoco. No le consta que la Fiscalía de Roma haya abierto un expediente.

La Farnesina se arruga. En cuanto al Ministerio de Justicia: no recibido.

SEÑOR R

Los canales oficiales no conducen a nada, Barbara ya lo ha comprendido. Pero la familia no quiere que se tomen iniciativas ruidosas. No quiere que intervengan los medios de comunicación. El temor a perjudicar a Kasper frena cualquier paso público.

El tren hacia Florencia atraviesa montañas y nubes bajas. Unas filas más adelante, un joven de unos treinta años con un traje azul de raya diplomática explica por teléfono un reciente viaje a Cuba. Los trópicos vistos por un macho italiano. Un tórrido reportaje con todos los adjetivos adecuados. Los otros pasajeros se enteran, aunque no quieran.

¿Por qué un hombre como Kasper elige vivir en Camboya?, se pregunta Barbara mirando la fotografía que guarda junto con los otros documentos. Las facciones regulares, el cabello cortísimo y los ojos claros. La expresión sonriente, ligeramente arrogante. Un hombre guapo, desde luego. Consciente de serlo.

¿Cómo demonios acabaste en Camboya?

Desde luego no por el clima tropical ni por el sexo exótico. Ni tampoco para dedicarse a la filantropía con la Isla del Amor Fraterno. Las escasas explicaciones de la madre y de la novia hasta ahora no la han ayudado en nada. No, hay otra cosa. Pero ¿qué?

Hace semanas que Barbara se lo está preguntando, está trabajando en ello, ha reunido datos e informaciones de todo tipo, pero todavía no ha encontrado una respuesta convincente. Tan solo abismos de hipótesis y de suposiciones. De sospechas. ¿Por qué un ex carabiniere y ex piloto de Alitalia acaba en Phnom Penh, donde, a mediados de la década de 1990, abre un local de moda con dos socios americanos? ¿Por qué frecuenta el polígono de tiro? Y finalmente, ¿por qué esa investigación sobre los superdólares de la que habla la prensa camboyana?

Kasper no es un hombre corriente, de acuerdo. Seguramente le gusta la aventura, le excita el riesgo. Hay casi una vena de locura que cree reconocer en todo lo que ha podido reconstruir de su vida.

Pero Kasper no es un loco. Es un personaje controvertido, eso sí.

Lo que Barbara ha descubierto sobre él lo dice todo y lo contrario de todo. Kasper ha trabajado para el ROS, pero siempre ha sido investigado por los delitos más extraños. En 1993, un juez llegó a sospechar que había proyectado un golpe con una incursión aérea sobre la RAI, en Saxa Rubra. Era un bulo, como se aclaró luego, pero en la red todavía circulan artículos sobre ese increíble episodio.

Tiene un pasado de derechas: cuando era un muchacho formó parte del Fronte della Gioventù. Una periodista de la *Repubblica* escribió que participaba en las asambleas estudiantiles acompañado de un dóberman. En cambio, durante años fue uno de los hombres de confianza de Pier Luigi Vigna, fiscal Antimafia hasta 2005, un magistrado al que desde luego no se puede definir de derechas. Esto no lo ha escrito nadie, pero en los medios judiciales es un hecho probado.

Tiene contactos evidentes con la CIA —véase su amigo Clancy—, pero a la novia le ha dicho que detrás de su secuestro están precisamente los estadounidenses que trabajan para la agencia. Una detención anómala: un italiano y un americano, informa el *Phnom Penh Post*, que investigaban sobre los superdólares.

Superdólares.

¿Cómo investigaban? ¿Y para quién?

SEÑOR R

Este detalle tal vez podría explicar la inacción del Ministerio de Asuntos Exteriores y del de Justicia. El muro de indiferencia italiano con el que ha ido chocando puntualmente.

La abogada Barbara Belli sabe que a menudo, para juntar las piezas del puzle, no sirve de nada devanarse los sesos. Hay que volver a empezar desde el principio y, si es posible, partir de un punto diferente. Por eso ahora va a Florencia.

Su nuevo punto de partida tiene un rostro y una historia. Se remonta a quince años atrás. Y tiene un nombre, que todavía hoy le produce escalofríos.

Manuela Sánchez.

Un nombre que la hace retroceder en el tiempo. Corría el año 1993…

El encargo de su jefe parecía sencillo.

Se lo habían presentado como un trabajo importante, pero al fin y al cabo corriente: tenía que verse con esa mujer y establecer con ella un plan de trabajo.

En 1993 Barbara era una joven licenciada a la que el titular del bufete estaba encargando su primer trabajo serio. La mujer con la que tenía que encontrarse vivía en Zurich. Ese viaje le daba a su «misión» un aire de excursión al extranjero que para una muchacha romana siempre es una sensación estimulante. Un poco como escabullirse del ombligo del mundo y, durante unos días, echar un vistazo a los territorios circundantes. Por eso se había informado sobre lo que había que ver, tal vez comprar, en la *agradable* Zurich de finales de mayo.

Planificó alegremente sus «tres días» divirtiéndose al imaginar la envidia de los otros jóvenes del bufete. Fue a Fendi y se compró un vestido nuevo para la ocasión. Un traje de chaqueta gris oscuro de abogada aguerrida. Se calzó zapatos de tacón alto y pasó horas en la peluquería haciéndose mechas.

Subió al tren.

En Zurich la estaba esperando Manuela Sánchez, una italiana de cuarenta años que vivía habitualmente entre Colombia, Marruecos y Suiza. Había visto las fotografías y había leído su currículum.

Mujer de aspecto vulgar, casi descuidado, con una vida que como mínimo calificaríamos de complicada.

De joven, Manuela adoptó el apellido del primer marido, un boss colombiano, y se olvidó de su apellido italiano.

Fueron años turbulentos en los que debió de ver mundos de una galaxia criminal de la que es difícil regresar. Tráfico de droga, corrupción a los más altos niveles, blanqueo de dinero. Asesinatos y secuestros, naturalmente. Años más tarde, tuvo un segundo marido, también boss del narcotráfico, en esta ocasión en Marruecos.

Pero ahora Manuela parecía decidida a dialogar con los jueces italianos. Se beneficiaría de importantes reducciones de la pena y de ayudas económicas. Como todos los que pactaban su «arrepentimiento».

Colaboradora con la justicia.

Una *arrepentida*, en el lenguaje común. Una *infame* para quien inevitablemente la odiaría.

SEÑOR R

Los colaboradores con la justicia eran clientes muy importantes en el bufete en el que Barbara había conseguido entrar al acabar la carrera de derecho. En aquel breve período de tiempo había visto pasar los casos de algunos boss de la mafia, pero también los expedientes de oscuros criminales de los que nadie leería nunca una línea en los periódicos.

Manuela Sánchez debía de formar parte de esta última categoría. De no ser así, no la habrían enviado a ella a Zurich. La *pipiola* del despacho.

Barbara no podía ni imaginar hasta qué punto estaban equivocadas determinadas suposiciones.

Manuela la recibió en su apartamento cerca del centro y no le hizo ninguna de las preguntas que Barbara había imaginado como preámbulo de un trabajo normal. No le preguntó si había tenido buen viaje, ni dónde se alojaba ni cuánto tiempo se quedaría. Nada de todo eso.

—Necesito sus servicios. Ya —le dijo.

Barbara se quedó mirando a aquella mujer de rostro duro, enérgico, con ojos pequeños y oscuros de águila hambrienta.

—Estoy aquí para eso —sonrió, dispuesta a entrar en su papel.

—La razón por la que está usted aquí la abordaremos más tarde. Ahora tenemos que pensar en otra cosa.

—Otra cosa…

Manuela la hizo sentarse, le sirvió un té que Barbara no había pedido, le puso un terrón de azúcar que habitualmente evitaba como la peste y le explicó lo que tenía que hacer.

Cuando hubo acabado de hablar, Barbara se encontraba en un mundo nuevo. Aterrador pero inevitable.

Los dos sicilianos iban vestidos de oscuro. Elegantes y de pocas palabras. Ambos en la cincuentena. Se sentaron en torno a la mesa de cristal y abrieron el maletín de piel marrón. El más estirado de los dos, el que se había presentado como «el economista», sacó unos paquetes de documentos. A Barbara le recordaban los bonos del Tesoro.

—Aquí están —dijo. Alargó un paquete a Manuela y otro a la joven abogada romana llegada de Roma para representar a los posibles compradores italianos. Así había presentado Manuela a Barbara a los dos huéspedes poco antes.

—Petrobras Bond, vencen todos dentro de dos años —precisó el economista.

El otro, el que parecía el jefe, intervino con los ademanes suaves de un vendedor de diamantes:

—Como podéis ver, se trata de una cantidad de obligaciones que tienen un valor moderado. Estamos dispuestos a negociar un precio que nos permita cerrar el trato rápidamente.

Barbara apoyó las manos sobre la mesa para evitar que se le notara el temblor. Manuela no se inmutó, asintió a las palabras del economista y preguntó:

—¿De cuánto estamos hablando en total?

—Aquí dentro hay quinientos millones de dólares en Petrobras Bond.

—Quinientos millones —repitió el otro, por si no había quedado suficientemente clara la importancia del negocio—. En dólares estadounidenses. —Se sorbió la nariz y siguió hablando—: Podemos discutir si negociamos una parte o todo. Como ya hemos dicho, no tenemos intención de

malvender, pero tenemos necesidad de cobrar en un plazo aceptablemente rápido.

Se permitió una sonrisa. Fijó la vista en Manuela.

—Hace años que realizamos negocios y nunca ha habido problemas entre nosotros. ¿Me equivoco?

—Nunca —confirmó Manuela, tan seca como de costumbre. Y añadió—: El encuentro de hoy es para una primera toma de contacto. Mi tarea consiste en facilitar el negocio y a todos nos interesa que se haga lo antes posible. Los próximos días la abogada informará a sus clientes de lo que ha podido ver. Si se dan las condiciones, en un plazo relativamente breve se realizarán las negociaciones propiamente dichas.

Los dos hombres dieron su conformidad de forma casi imperceptible.

El economista cogió otro paquete de obligaciones, lo puso sobre la mesa y se lo tendió a Barbara, como si aumentando la cantidad pudieran aumentar las posibilidades de iniciar el negocio con mayor rapidez.

El otro emisario, el que hacía de jefe de la delegación, se permitió una risita:

—En este momento, querida *abogada*, tiene entre sus encantadoras manos unos cincuenta millones de dólares. Debe de ser una buena impresión, para una profesional tan joven…

Barbara sonrió y trató de controlar al máximo la voz. Era un ejercicio que había aprendido en la universidad para los exámenes más duros y ahora le resultaba útil.

—Desde luego es una buena impresión, pero usted ya sabe cómo son las cosas: se acaba acostumbrando uno a todo.

—¡A todo! ¿Incluso a esto?

—Incluso a esto, créame.

Cenaron en un pequeño restaurante del centro. A Barbara todavía le temblaban las manos.

Se trataban ya de tú y estaban solas. Manuela le explicó quién era, a qué se dedicaba y por qué quería dejar atrás esa vida. Le agradeció que se hubiera prestado a representar aquel papel unas horas antes, pero no quería arriesgarse a decepcionar a los dos sicilianos llegados expresamente de Londres para verla y para hablar con el posible comprador.

Barbara había representado el papel de *comprador*.

Obviamente, los sicilianos no sabían que, al cabo de unos pocos días, Manuela Sánchez desaparecería sin dejar rastro. Por eso, mientras tanto, había tenido que representar aquella breve y divertida comedia.

Divertida.

—¿Esos tipos eran quienes creo que eran?

—Enviados de la Cupola. Muy importantes. Son los que mueven los capitales en todo el mundo. Gente de cuello blanco, muy profesionales. No son de los que disparan. Ellos no.

—En todo caso, hacen que te disparen.

—Tranquila. Les diré que el grupo italiano al que representas está valorando diversas opciones. Es gente que no juega en una sola mesa. —Hizo una pausa y miró a su alrededor—. En este mundo no se juega nunca en una sola mesa.

—Tú tampoco.

No le respondió, pero sonrió. Por primera vez desde que se habían conocido.

Durante los dos días siguientes trabajaron en el plan programado, mientras Manuela, para no levantar sospechas, seguía operando con regularidad y manteniendo contactos con los mundos que le resultaban familiares.

Manuela Sánchez no era un personaje de reserva ni una comparsa.

Era el cerebro financiero de una importante organización del narcotráfico que el ROS estaba intentando atacar por varios flancos. El juez que dirigía la investigación la había convencido de que estaban muy cerca de incriminarla. Más pronto o más tarde lo conseguirían. Y entonces un tipo como Kasper, un agente de buen aspecto pero muy decidido, se presentaría para detenerla. Dondequiera que estuviese.

Podía arriesgarse a una condena de veinte años de cárcel o, como alternativa, empezar la negociación más difícil de su vida: abandonar a los narcos y cambiar. Todo.

Este fue el objeto de la misión de Barbara en Zurich. Preparar una primera hipótesis de memoria que sirviera de base al acuerdo con la Fiscalía para convertirse en colaboradora de la justicia. Un borrador que luego su jefe y mentor revisaría y corregiría.

Para nada un trabajo sencillo. Una inmersión total en el crimen internacional. Sin disponer ni siquiera de una hora para ir de compras por la *agradable* Zurich de finales de mayo.

Florencia está empapada de lluvia, pero ahora brilla el sol.

El tren de Barbara ha llegado a la hora exacta, el taxista es amable, un poco verborreico. La cita es en el anfiteatro romano de Fiesole, junto a la plaza central.

Manuela Sánchez la espera allí.

Media hora más tarde están sentadas a mitad de las gradas, con dos diarios como almohadillas y sin más compañía que la de unos gatos. Han pasado muchos años desde su primer encuentro, pero no es su estilo perder el tiempo en las pequeñas hipocresías femeninas. Por eso evitan las formalidades y se preguntan simplemente: ¿cómo va?

—Bien —dice Manuela.

—Bien —repite Barbara.

Manuela está cuidando a la madre de Kasper. La anciana profesora ha empeorado en los últimos meses. Tiene un cáncer y la terapia es dura.

—Luego podemos pasar por su casa —propone Manuela—. Tiene ganas de verte.

Barbara le explica lo que ha hecho durante esos meses, desde que la madre y la novia de Kasper entraron en su despacho romano. Le habla del muro de indiferencia contra el que ha estado chocando inútilmente y de lo que ha logrado reconstruir. Mientras habla, observa el rostro de la mujer que tiene cerca y sabe que nada de lo que está diciendo representa para ella una novedad.

—¿Qué son los superdólares? —le pregunta de repente.

Manuela entrecierra los ojos.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Creo que Kasper iba tras la pista de algo así. Él y Clancy, aquel yanqui amigo suyo.

Manuela mira a su alrededor. Lo hace a menudo. Antiguas costumbres de la clandestinidad. O tal vez nuevas precauciones. O, simplemente, una forma de reordenar las ideas.

—Superdólares —murmura—. Hace muchos años que se habla de este tema y con significados distintos. Puedo decirte lo que significaban en mi época.

—En tu época…

—Hasta hace unos quince años. Estados Unidos siempre ha manejado el dinero con gran desenvoltura. Me refiero justamente al objeto-dinero, el papel moneda. Al acabar la guerra imprimieron billetes especiales destinados a unos pocos y útiles amigos. Unos billetazos muy especiales.

—Especiales, ¿por qué?

—Puedo asegurarte que he visto circular billetes de un millón de dólares. Los he visto con mis propios ojos. No en el supermercado, obviamente. El gobierno estadounidense, para recompensar a algunos aliados, imprimía ex profeso *Washington* o *Kennedy*, así los llamaban entre ellos, con los que los beneficiarios podían presentarse en ciertos bancos y cobrar el equivalente. Bancos estadounidenses o suizos por lo general.

—Un billete de un millón de dólares… Es de locos.

—Tampoco tanto. En realidad, eran *pagarés* que Estados Unidos emitía al portador. Lo hicieron con Noriega, con Marcos, y antes con Chiang Kai-shek en China, con Lon Nol en Camboya y luego con Pol Pot. Con Sadam Husein, antes de invadir Irak. Y quién sabe con cuántos más. Gente que tenía importantes cuentas en Suiza. Pagar a los dictadores era un modo de lograr la estabilidad en determinadas áreas del planeta. La política cuesta mucho dinero. No sé qué promesas de pago circulan todavía. En cualquier caso, el panorama hoy es muy distinto…

—¿Qué quieres decir?

—A partir de 2001 todo ha cambiado. Ha cambiado la estrategia. En nombre de la seguridad interna, el aparato estadounidense ha podido permitirse cosas que antes del 11 de septiembre no habría podido hacer. El 11 de septiembre es una terrible tragedia colectiva, eso no se discute. Pero también marca una frontera muy clara. ¿Sabes qué son las *wet operations*?

Barbara niega con un leve gesto de la cabeza.

—Operaciones mojadas, textualmente. En la práctica, es aquello que se hace en el ámbito de la lucha global contra el terrorismo, pero que es mejor no decir.

—¿Como el secuestro de Abu Omar en Milán?

—También. Pero hay mucho más. Cosas muy inquietantes. Y que cuestan dinero. Un montón de dinero. Dólares, dólares y más dólares.

—Estás diciendo que los superdólares sirven para pagar…

—No lo sé. Pero sí sé con toda certeza que en algunas zonas del mundo circula una cantidad impresionante de dinero. Desde hace años se dice que buena parte de ese dinero son superdólares.

—Era eso lo que Kasper investigaba.

Manuela asiente vagamente.

—En realidad, lo que investigaba desde hacía años era el blanqueo de capitales mafiosos e, inevitablemente, acababa encontrándose con los superdólares. Conocí a Kasper a mediados de la década de 1990, cuando hacía poco que yo había salido de ese mundo pero conservaba todavía

todos los contactos. Conseguí presentárselo a un financiero internacional: Rakesh Saxena. Supongo que no sabes nada de Rakesh Saxena.

—Nunca había oído ese nombre —admite Barbara.

—Saxena merecería un tratado para él solo, pero en pocas palabras te diré que es un señor que, junto con otros como él, provocó hacia 1996 la crisis financiera asiática. Fue acusado, entre otras cosas, de haber provocado la ruina del Bank of Commerce de Bangkok, y por esto Tailandia lleva diez años pidiendo su extradición a Canadá. En aquella época Saxena vivía entre Zurich y Praga, desde donde conseguía llegar a todas partes. Un genio. Un auténtico genio. Trabajaba con derivados financieros, especulaba con las materias primas. Se sospechaba que financiaba golpes de Estado. El último en el que intentó participar fue el que se produjo a causa del petróleo en Guinea Ecuatorial en 2004.

—¿Qué buscaba Kasper de un personaje como ese?

—Remontaba la corriente. Trataba de conocer el recorrido del dinero. Yo le ayudé a infiltrarse presentándole como un ex militar capacitado para dialogar con los sicilianos. Saxena hacía grandes negocios con algunas organizaciones mafiosas que blanqueaban dinero en el Sudeste Asiático. Gracias a su enorme liquidez, podía garantizar la rápida conversión de bonos y títulos al portador. Obviamente, a cambio de los correspondientes porcentajes. Utilizaba mucho las boiler rooms. Había una en Bangkok, que estaba en manos de Ian Travis, otro viejo conocido de Kasper.

—Ian Travis. ¿Quién es?

—Un ex militar neozelandés. Estuvo en las fuerzas especiales, luego fue consultor, que es una manera más elegante de decir mercenario, y en los años noventa abrió un bar en Phnom Penh. Pero sus negocios estaban en Bangkok. Travis siempre estaba cargado de dólares. Los amigos bromeaban a su costa: decían que tenía una fábrica de moneda en casa. En realidad, es probable que estuviera bien metido en uno de los grandes flujos de superdólares. En marzo de 2002 tenía que haberse reunido con Kasper en Bangkok, pero aquel encuentro nunca se produjo.

—Nunca…

—A Ian Travis le mataron dos sicarios en la calle. La policía encontró en el coche decenas de miles de dólares y una agenda de la que nunca se ha sabido nada.

17
Chou Chet

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
noviembre de 2008

Chou Chet es el único guardia que no grita.

Es un jovencito pulcro, siempre bien peinado y sus movimientos nunca son bruscos. Nunca es violento. Sus colegas le respetan, pero no le implican en las actividades colaterales. No forma camarilla con ellos ni participa en las palizas. Cuando pasa a su lado, Kasper le mira y él le sonríe. No es una mueca, es una breve sonrisa auténtica. Algo que pertenece al mundo que Kasper perdió hace ocho meses.

Por eso Kasper intenta iniciar una conversación. No es fácil. Chou Chet habla un inglés muy rudimentario, con muchos huecos y vacilaciones. Pero habla. No vocifera ni insulta.

Kasper le da a entender que puede darle dinero, si le ayuda.

—¿Qué quieres? —le pregunta el carcelero camboyano.

Kasper se muestra modesto de momento.

—Analgésicos. Algo de comer que no sea la bazofia del campo. Y un poco de agua mineral. Sí, agua embotellada. Agua verdadera. No esa porquería que no quita la sed y provoca disentería.

—Lo pensaré —responde el guardia.

Apenas dos días después, Chou Chet le dice dónde puede encontrar lo que le ha pedido. Está todo en una bolsa de tela, escondida junto al primer dormitorio. Los analgésicos no los encontrará. Sonríe: los tiene él. Le entrega una pequeña bolsa de plástico.

—Paracetamol, te irá bien.

Kasper examina los siete comprimidos blancos. Su mirada debe de ser un libro abierto, porque Chou Chet le hace un gesto con la cabeza y repite:

—Paracetamol. Nada más. Tómate uno. Solo uno.

Kasper se siente mejor.

La ayuda de Chou Chet le ha animado un poco, pero lo que le ha levantado de improviso la moral es otra cosa. Desde hace unos días en el campo hay una novedad importante. Que le mantiene alerta. De nuevo atento y dispuesto a reaccionar. Más que las visitas de Marco Lanna. Más que los relatos autobiográficos que el cónsul honorario le obliga a hacer. Un trabajo psicológico encomiable, casi conmovedor, pero que desde luego no le ayudará a salir de allí. Kasper lo sabe muy bien.

En cambio, esa novedad podría ayudarle mucho más.

En Prey Sar están trabajando en el muro que rodea el campo. Kasper lo vio hace unos días, pero en aquel momento no le dio importancia. Los obreros estaban utilizando una escalera muy alta para arreglar el enlucido y sustituir la alambrada. En lugar de la clásica, ponen una nueva. Es el modelo inventado por los sudafricanos: alambre con cuchillas triangulares que cortan como hojas de afeitar.

El progreso avanza, incluso en Prey Sar.

Por la tarde, cuando los obreros ya se habían marchado, la escalera seguía allí. Por lo menos tres metros de altura. La habían separado del muro y la habían apoyado horizontalmente en el suelo. A poca distancia de una de las torres de vigilancia.

Una escalera.

Kasper le preguntó a Chou Chet cuánto durarían los trabajos.

«No tengo ni idea. Aquí las cosas siempre van así, las obras de las administraciones públicas duran una eternidad», sonrió burlón el guardia.

Parece que estamos en Italia, pensó Kasper cada vez más excitado. Luego le habló a Chou Chet de algunas calles de Roma cuyo asfaltado duró años y al final seguía habiendo socavones. Hablaba y reía con Chou Chet, pero mientras tanto pensaba en otra cosa. Pensaba en cómo aprovechar aquella novedad. Aquel inesperado golpe de suerte.

Una escalera bajo el muro.

Para intentar el salto. Para largarse.

El salto.

Por supuesto, la escalera no le basta. Para lograr su objetivo necesita algo más.

Necesita a Chou Chet.

Su carcelero preferido últimamente le resulta ya indispensable. Kasper ha conseguido que el dinero que recibe de Italia llegue en parte a Brady Ellensworth, que puede pagar a Chou Chet sin que los verdugos de Prey Sar lo sepan.

Ese dinero a Chou Chet ya le ha cambiado la vida. Su sueldo normal es de poco más de cincuenta dólares al mes. Gracias a unos pocos pagos de Italia ha cobrado al menos veinte veces más.

—Somos amigos —le repite el guardia en su inglés macarrónico.

Bien, piensa Kasper, ha llegado el momento de comprobar hasta dónde llega esta *amistad*.

—¿Quieres ganar diez mil dólares?

Chou Chet abre desmesuradamente los ojos y retrocede como si le hubieran lanzado un directo al esternón. Mira a su alrededor. Vacila.

—¿Qué estás diciendo?

—Diez mil dólares. De una vez.

—¿Qué… qué tendría que hacer?

—Necesito una ayuda especial. Pero tú puedes conseguirla.

—¿Qué quieres?

—Una pistola y una granada.

Es un gancho al hígado. Después del directo, un golpe más fuerte aún. Es el uno dos que puede derribarle.

Chou Chet se dobla sobre sí mismo. Murmura algunas palabras.

Crazy.

Kasper solo entiende esto.

—No estoy loco —le susurra acercándose a pocos centímetros—. Yo de aquí no saldré nunca. Y tú lo sabes. Estos me dejarán morir. Te aseguro que no quiero matar a nadie…

—Por mí puedes matarlos a todos —le interrumpe Chou Chet—. Pero si intentas huir, el que pierde el pellejo soy yo.

—Nadie sabrá nunca nada. Ni bajo tortura.

—La tortura, dices. —Ríe. El terror asoma por sus dientes blanquísimos—. Todavía no has visto nada de torturas. No has estado nunca en la enfermería. Y nunca te han llevado a Bang Klong.

Bang Klong.

Los bajos fondos del infierno. El matadero humano borrado de los mapas. El lugar al que se va a morir.

Bang Klong es la cárcel que se encuentra en la frontera con Vietnam y comparándola con ella la mítica Cajenne es un centro de vacaciones para privilegiados y Prey Sar tan solo un buen laboratorio. Pronunciar ese nombre equivale a evocar una muerte segura. Y atroz.

—Tienes que ayudarme —insiste Kasper—. Quince mil dólares.

—Una pistola y una granada. Estás loco…

—Y un teléfono móvil.

Chou Chet abre de nuevo desmesuradamente los ojos. Parece realmente aterrorizado. Luego asiente y dice:

—No sé qué podré encontrar. *Veinte mil*.

—¿Quién es Manuela Sánchez?

Marco Lanna observa sus reacciones, pero Kasper no tiene reacciones. Apenas alza la vista y responde a las preguntas del cónsul honorario encogiéndose de hombros.

—Una amiga.

—Muy amiga, imagino.

Kasper confirma lentamente.

—Cuida a mi madre. ¿Qué quieres saber?

—Me pregunto por qué lo hace.

—¿Por qué hace qué?

—Por qué una persona así.

—¿Así cómo?

—Venga ya, los dos sabemos de qué estamos hablando.

—¿Tú lo sabes?

—Me lo dijo ella misma. Manuela Sánchez es una…

—Una mujer que decidió dedicar su vida a los demás —interrumpe Kasper.

—¿Tiene algo que expiar?

—¿Y si fuese así? Cuando la conocí, era consciente de que pronto los narcos ofrecerían una recompensa por su cabeza y tendría que reinventar su vida. Conocía las cuentas de las grandes organizaciones del narcotráfico y no sabía si viviría para contarlo. Aun así, me ayudó. Sin ella, habría sido mucho más difícil construir mi red de relaciones. Manuela Sánchez respetó todos sus pactos con la justicia.

Lanna se apoya en el respaldo de la silla con un suspiro.

—En Italia la controlan.

—Si ahora te confieso que no me cuentas nada nuevo, ¿te ofendes?

—No, no me ofendo —sonríe el diplomático—. Me pregunto por qué, en esta situación, te fías tanto de ella y no de cualquier otra persona. De Patty, por ejemplo. Tu novia…

La irritación de Kasper está toda contenida en la mueca que de pronto le parte el rostro, pero Lanna no cede. Y añade:

—Al fin y al cabo tu novia ha estado aquí, conoce este país…

—Ella no puede… —le interrumpe Kasper en un tono repentinamente agresivo. Demasiado. Se da cuenta y lo suaviza un poco—. Patty tiene que mantenerse al margen. Al margen quiere decir *al margen*. Ella es de otro mundo.

—Pero sabe dónde estás y sabe que tu vida está en peligro. Conoció a Manuela. Fue ella la que contactó con la abogada Barbara Belli.

—En efecto. Ya ha hecho demasiado —recalca Kasper—. No intentes implicarla…

—No veo cómo podría. —Lanna extiende los brazos.

—Olvídate de ella.

—De acuerdo. Solo quería saber.

—¿Saber qué?

—Qué sé yo… cómo os conocisteis. Por qué una muchacha así…

—¿Así cómo?

—Una persona que no tiene nada que ver con tu mundo…

—¿Has terminado?

Saber. ¿Qué hay que saber?, se pregunta Kasper mientras regresa a su prisión. Y, sobre todo, ¿por qué le tendría que explicar a Lanna, o a cualquier otro, qué representa para él una mujer como Patty?

Su novia.

Desde luego, ella no tiene nada que ver con su mundo. Con *ese* mundo.

SEÑOR R

¿Acaso no es eso lo que la hace especial? ¿Acaso no es su aire de limpieza y de consistencia, sus ganas de vivir, lo que la convierten en una persona especial? Su mirada amable y decidida cuando habla con los animales que cura, cuando se ocupa de su salud sabiendo que en ese momento también está cuidando a sus dueños. Exactamente igual que el pediatra que, a través de los niños, percibe las vibraciones de ansiedad de los padres.

Cómo os conocisteis…

Kasper ha pensado muchas veces en aquel día. Ha estado pensando continuamente. Durante esas semanas ha sido uno de los recuerdos a los que más se ha aferrado. Ha sido el antídoto contra los peores propósitos.

El día que conoció a Patty.

Kasper llegó a la clínica veterinaria con Bendicò, su enorme mastín que parecía a punto de morir. Le había mordido una víbora, respiraba con dificultad y se doblaba de dolor. El animal estaba realmente mal. De modo que Kasper también estaba mal.

Patty examinó con detenimiento al gigantesco old english mastiff, sonrió ante su nombre de reminiscencias gatopardianas e inmediatamente dijo: Bendicò podía curarse. Con unos pocos días de estancia en la clínica, suero y unas curas complementarias, Patty lo puso en pie de nuevo. El perrazo se enamoró de ella. Kasper también.

Durante semanas Kasper continuó yendo a la clínica. No le faltaban excusas. Pero tuvo que pasar mucho tiempo hasta que logró que la veterinaria y él comieran una pizza juntos.

Así empezó su historia, como empiezan muchas historias de personas normales. Porque Patty es la persona excepcional de ese mundo excepcionalmente normal al que Kasper se aproximó, aunque sin penetrar realmente en él. Es el mundo al que ahora quiere regresar. Para entrar de verdad en él y no salir nunca más. Para alejarse del pasado y de sus sombras. Para tornarse inalcanzable.

Pero eso no tiene por qué interesar a Lanna. No tiene por qué interesar a nadie.

18
El chico malo florentino

Habitación de la madre de Kasper,
Florencia,
noviembre de 2008

—¿Dónde estará ahora? ¿Qué le estarán haciendo? Hace tanto tiempo que no hablo con él…

La profesora está sentada en su elegante butaca de terciopelo azul. Mira a Barbara, luego se vuelve hacia Manuela, que permanece inmóvil, de espaldas, en el hueco de la ventana. La luz que se filtra le da una apariencia de criatura diáfana, casi impalpable. La antigua señora del narcotráfico parece un ángel, y probablemente para la madre de Kasper lo es de verdad. Si no estuviese allí para ayudarla, sería aún más difícil afrontar la enfermedad.

Barbara está sentada frente a la anciana, en el viejo sofá dispuesto en medio del salón de la casa florentina de la familia. Un hermoso piso burgués a poca distancia de la colina de Fiesole. De las paredes cuelgan cuadros de paisajes toscanos, fotos de una vida pasada. Muchísimos libros. De toda clase.

Es la casa donde creció Kasper.

Han pasado siete meses desde el día en que se reunieron en su despacho de Roma. Desde entonces, Barbara solo ha vuelto a ver a Patty, la novia de Kasper.

Siete meses de angustia y de escasos resultados.

La situación no ha avanzado. La enfermedad, desgraciadamente, sí.

—¿Cuándo fue la última vez que consiguió hablar con él? —le pregunta Barbara.

La señora mueve levemente la cabeza y se vuelve hacia Manuela, que recuerda con seguridad.

—Hace tres semanas.

—Tres semanas, exacto. Me llamó por el teléfono del cónsul italiano, el que ahora le visita en aquel horrible lugar. Dijo que no nos preocupáramos. Dijo que saldría de allí. Siempre dice lo mismo. Nunca pierde la fe.

Se dirige de nuevo a Manuela.

SEÑOR R

—Te acuerdas, ¿no? Incluso cuando acabó en la cárcel por aquella historia increíble… Cuando los jueces querían acusarle por el asunto de Milán. Nunca se desanimó. Y eso que tuvo motivos.

—¿Qué es el asunto de Milán? —interviene Barbara.

—Explícaselo tú, Manuela, por favor —suspira la profesora.

—Es una historia muy extraña —dice—. Tenía que interceptar a un individuo, un suizo que llevaba una maleta muy especial… El encuentro debía tener lugar en la estación central de Milán. No sé qué era lo que transportaba. Por lo que he sabido, era una operación montada por los servicios secretos estadounidenses. Probablemente la CIA. Pero el encuentro nunca llegó a producirse, porque en un momento dado aparecieron los hombres de la Guardia di Finanza y se lo llevaron. Los jueces de Roma le acusaron de intento de robo. De modo que acabó en Regina Coeli, donde permaneció un par de meses. Poco a poco la acusación fue perdiendo consistencia, y entretanto en la cárcel conoció a mucha gente, incluidos los religiosos de la Isla del Amor Fraterno. Y eso es todo.

—Todo —asiente Barbara. Un resumen realmente breve, piensa. Pero se abstiene de hacer comentarios. Conoce a Manuela, por eso evita hacer preguntas que no obtendrían respuesta. Sabe lo suficiente para poder investigar por su cuenta. Investigará. Una cosa sí le resulta ya clara: Kasper es como un armario sin fondo. Cada vez que lo abres encuentras algo nuevo.

Dirige de nuevo la mirada a la profesora, que la examina con una expresión cansada.

La anciana entrecierra los ojos con una sonrisa afectuosa.

—Ese tunante ha cumplido los cincuenta, hace unos meses, lo sabe, ¿no? Mire, abogada, mi hijo siempre ha hecho lo que ha querido. De pequeño soñaba con ser piloto de avión y lo consiguió. Paracaidista, y lo hizo. Le gustaban los perros, los caballos, todos los animales: ahora vive en una casa que parece una granja. Y además su novia es veterinaria. Una gran muchacha, con la cabeza bien puesta. Él es un tunante, pero sabe hacerse querer. Soñaba con hacer algo heroico y ahora…

Se le quiebra la voz y los ojos se convierten de pronto en dos pequeños charcos húmedos. Pero se repone enseguida.

—¿Sabe por qué se hizo carabiniere?

—Iba a preguntárselo —reconoce Barbara.

—Fue por mí.

—Por usted.

—Para evitar que cayera. En lo más bajo, en la subversión negra.

—Temía que se convirtiese…

—En un terrorista. Exactamente.

En los años setenta el ambiente en Italia está enrarecido.

Es la época de las grandes tensiones políticas, de la lucha armada y de las matanzas de Estado. Los choques callejeros son habituales. En las calles a menudo se da el toque de queda. En las calles, a veces se dispara y se muere.

Florencia es una de las ciudades donde la agitación es mayor.

Kasper todavía es un muchacho, va al instituto. Es un instituto de izquierdas, con profesores

muy a la izquierda. Algunos pertenecen al movimiento Lotta Continua.

Él, por reacción, elige la derecha.

Entra en el Fronte della Gioventù. Es campeón de judo y cuando hay que pelear no se arredra. Se gana fama de duro. De alguien con quien es mejor no discutir.

—Nosotros no éramos una familia de derechas —explica la profesora—. Mi marido, profesor de entomología en la universidad, procedía de una familia de Lucca de la antigua burguesía terrateniente. Conservadores, sí, pero moderados. Y yo era una profesora de matemáticas completamente normal. Me gustaba la enseñanza. Me gustaba la escuela. Algunos colegas se burlaban de mí por mis orígenes nobles, y yo también hacía bromas. Me sentía una noble toscana un poco anómala. Soy sienesa, de la región de Lupa, emparentada con los Piccolomini de Aragón, con los Corsini y con los Celli. Mi hermana estaba casada con un Bellini delle Stelle, que en la lucha partisana era un apellido con cierta solera. En resumen, teníamos poca cosa en común con los fascistas.

Suspira, se permite una sonrisa para reordenar las ideas. Probablemente imagina que, con esas premisas, tiene un montón de cosas que explicar. Pero no se echa atrás. Mira fijamente a Barbara.

—Usted tiene hijos, si no recuerdo mal.

—Dos, todavía pequeños.

—Bien, piense que en un momento dado mi pobre marido y yo vimos que nuestro único hijo, que apenas tenía dieciocho años, iba por un camino que llamarlo preocupante sería poco. Entendámonos, hasta entonces no había hecho nada grave. Algunas peleas callejeras, pero también las había tenido en el Palio de Siena con los otros contradaioli. Algún golpe de genio como participar en las asambleas del Fronte della Gioventù. Cositas así. Y al fin y al cabo estudiaba. En el instituto iba bien en todo, tal vez algo menos en matemáticas… Además, tenía una novia de izquierdas. Todavía recuerdo su nombre: Rossana. Le adoraba. Los amigos de la chica le tomaban un poco el pelo, pero a la toscana: sin pasarse. Al final le aceptaron. Pero un día mi marido y yo le vimos hablar seriamente con cierta gente… Muy mala gente. Neofascistas auténticos, de esos que disparan. Que de hecho poco tiempo después acabarán en la cárcel. Entonces le dije a mi marido: o hacemos algo ahora o luego será demasiado tarde.

Se interrumpe de nuevo, le hace una señal a Manuela.

—¿Qué te parece si tomamos un té?

—Yo lo preparo —responde Manuela mientras se dirige a la cocina.

—Entre los amigos de la familia había algunos jueces. Uno era Pietro Cassano, una gran persona, no como algunos personajes de la magistratura que hemos conocido en estos años. Cassano habla con otros jueces y uno de ellos, vista la situación, nos dice: mirad, solo se puede hacer una cosa y hay que hacerla rápido. En cuanto acabe el instituto, encontramos una solución para el chico. ¿Y sabe cuál fue la solución? Hacerle entrar en el Cuerpo. Aquel juez fue extraordinario.

—Carabiniere.

—Exacto. Carabiniere, así empezó.

—¿Puedo preguntarle quién era aquel juez?

—Pier Luigi Vigna. Una gran persona. Un hombre de palabra.

—¿Y luego?

—Luego ya es otra historia. De lo que hizo después sé muy poco. Nunca he querido saber demasiado. Trabajaba para el Estado y para mí era suficiente. Pero de una cosa estoy segura: si mi hijo se encuentra en esta situación es porque ha descubierto algo ilegal. Y los que le han hecho prisionero tienen miedo. Miedo a la verdad.

19
Feliz Navidad, Kasper

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
diciembre de 2008

Ha vuelto a entrenarse. Nada excepcional, pero ha empezado de nuevo con los abdominales y las flexiones. Hace estiramientos, trabaja el tono muscular de los bíceps. Si de verdad quiere saltar el muro, los músculos de los brazos son los que tendrán que trabajar más. Para saltar y largarse de allí.

El salto.

Esa idea es una droga.

Es una transfusión continua de endorfinas.

Es el proyecto que le mantiene despierto por la noche. Largas horas pensando. Valorando todos los detalles, cualquier posible imprevisto. Los imprevistos posibles son decenas, pero Kasper los pone en fila, por orden, y los examina cuidadosamente uno por uno. Puede conseguirlo. Solo necesita un poco de suerte. Solo un poco de suerte, joder. De lo demás se ocupará él. Sobre todo si Chou Chet le proporciona lo que le ha encargado.

—Te he conseguido un Nokia.

Han transcurrido unos días desde su petición y aparece el guardia camboyano. Parece satisfecho.

—Ahora puedes llamar.

—El móvil, bien. ¿Y el resto?

—Para el resto tendrás que esperar.

Hace un gesto de desaprobación con la cabeza. El tiempo es un lujo que no puede permitirse. Pero por supuesto no tiene que explicárselo a Chou Chet. Que afirma:

—Unos días. Tienes que tener paciencia unos días más.

Querría decirle que no dispone de esos días, porque en Prey Sar cualquier hora puede ser la última. Hace unos días mataron a bastonazos a dos prisioneros. En el campo corre la voz de que lo

han comentado las televisiones extranjeras. La CNN, dicen. También la BBC. Son muchos los que están esperando que irrumpan en el campo tropas estadounidenses o inglesas. ¿Cómo es posible que no vean que ese campo es un lager? ¿Cómo es posible que no reconozcan el infierno?

Sí, ¿cómo es posible?

Han apartado unos metros la escalera.

Ahora está más lejos de la torre de vigilancia, pero por la noche los obreros siguen dejándola allí. La apoyan en el suelo, a lo largo del muro. Tres metros de escalera de bambú a la que nadie dirige ni una mirada. Kasper piensa que, si tuviese un arma, lo intentaría en aquel mismo momento. Le bastaría la pistola. En cuanto a la granada, paciencia; si no es posible conseguirla, pasará sin ella. Pero una mierda de pistola de algún sitio ha de poder salir.

En su fuero interno maldice a Chou Chet y su lentitud.

«Phnom Penh no es lo que era hace unos años —le ha explicado su amigo—. Conseguir un arma hoy es mucho más difícil».

Kasper le mira con malos ojos, pero tiene que admitir que hay algo de cierto en sus palabras.

En los años noventa, Phnom Penh era una armería al aire libre. La criminalidad había llegado a unos niveles estratosféricos, los secuestros estaban a la orden del día y en las calles se moría con sorprendente facilidad. El que podía se organizaba. Se iba a la compra con el Colt, como en el Far West. Los occidentales circulaban con guardaespaldas, pero seguían teniendo una molesta sensación de inseguridad.

La comunidad internacional se quejaba. Se quejaban sobre todo las agencias de viajes. Entre Tailandia y Vietnam, no hubiera estado mal ofrecer un poco de Camboya.

De modo que en un momento dado los americanos decidieron tomar cartas en el asunto.

Sin demasiadas diplomacias, obligaron al primer ministro Hun Sen a regular el sistema. Le explicaron que no se puede permitir que posea un arma todo el que tenga dinero para comprarla. Si luego un loco irrumpe en una escuela y provoca una matanza, de quién es la responsabilidad, ¿del loco o del sistema? ¿Es que nunca han oído hablar de Blacksburg, Columbine o Red Lake, por citar solo algunos casos?

Los americanos conocen bien el problema. Son aliados competentes. Sus consejos siempre tienen cierto peso en el gobierno camboyano. De modo que Hun Sen le dio uno de sus estrujones al sistema. Echó a algunos altos cargos oficiales, aumentó el poder de intervención de los cuerpos paramilitares encargados de la seguridad e impuso normas severas para el comercio de pistolas, fusiles y todo lo demás.

El resultado es que ahora las armas siguen circulando, pero de forma más moderada. Y, sobre todo, son mucho más caras.

Naturalmente, gran parte del arsenal es de fabricación estadounidense.

—He visto a tu amigo Brady Ellensworth.

Kasper examina con detenimiento la expresión atenta de Marco Lanna. Ya conoce algunos de

los rasgos fundamentales del cónsul italiano. Uno es que difícilmente habla por hablar. Si saca a colación al amigo americano es porque quiere comunicarle algo.

—Un buen tipo, Brady. Simpático. Está preocupado por ti.

Kasper asiente. Le sigue la corriente. Solo espera que no tenga nada que ver con su plan de fuga. Brady sabe que no debe decir ni una palabra a nadie. Aunque le llamen de Italia, no debe decir ni pío. Ni siquiera a Patty. Porque los teléfonos italianos podrían estar controlados. Porque ciertas informaciones no deben circular.

Porque cuando Kasper dé el salto, Brady tendrá que estar allí.

El amigo mecánico tendrá que estar preparado con su Yamaha en el exterior de Prey Sar. Tendrán que salir disparados entre los arrozales y correr a toda velocidad hacia los montes Cardamomo. Exactamente el mismo plan que en el hospital Preah Monivong. Pero esta vez no habrá un kamikaze camboyano que le robe el protagonismo.

—Brady es uno de los pocos que no han desaparecido en todo este asunto —dice Kasper.

—Un americano bueno —bromea Lanna.

—Un americano justo.

—Me parece intuir que te está ayudando mucho.

—Hace lo que puede.

Lanna asiente y hunde las mejillas. Lo hace cuando quiere medir las palabras. Kasper también conoce este gesto de su amigo diplomático part-time.

—Si le implicas en algún jodido asunto, le crearás serios problemas. Supongo que ya lo sabes.

—¿Qué tipo de jodido asunto?

—Sabes muy bien de qué estoy hablando. ¿Crees que no he notado tu cambio de estos días? Estás demasiado animado. Una de dos: o estás planeando algo importante, o has encontrado un camello interesante.

—Ja, ja —se ríe irónicamente Kasper.

Lanna le mira y sus mejillas ya no están hundidas.

—¿Qué estás tramando?

—Seguir con vida. Te aseguro que aquí dentro es un plan notablemente ambicioso.

—Bravo —asiente el cónsul. Suspira y abre una carpeta. Saca unas hojas que repasa a gran velocidad. Vuelve a meterlas en la carpeta y la cierra—. ¿Cómo acabó la Operación Sinaí?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Me hablaste de Michael Savage y de su plan para transportar cocaína desde Colombia a Italia. Pero no me dijiste si aquel vuelo realmente se realizó. No me contaste el final.

—Mira, míster Lanna —suspira Kasper—, aprecio tu esfuerzo, probablemente esto me está ayudando a mantener la moral, pero hoy no tengo intención de deleitarme en mis recuerdos durante horas.

—Conozco a una persona que puede ayudarte.

—¿Ayudarme cómo?

—Todavía no puedo decírtelo. Pero le estoy explicando la situación. Le estoy convenciendo. La cosa va así: cuantas más cosas sé sobre ti, más convincente soy con él.

—¿Pertenece al gobierno italiano?

SEÑOR R

—No puedo decir nada por ahora. En cualquier caso, nada que ver con el gobierno. Es de otra camarilla.

—Pero qué estupideces…

—Palabra de honor.

—De honor, seguro —se ríe Kasper—. Hablar de honor aquí dentro es como hablar de castidad en un burdel.

—No conmigo. Ahora basta ya y cuéntame el final. ¿Qué ocurrió en 1997, después de aquel encuentro en Zurich con el narcotraficante irlandés?

—Volvimos a vernos en Tailandia.

—Bien, partamos de allí. De Tailandia.

—Me pides demasiado. Es como si hablara de otra vida. ¿Lo entiendes? De otra persona.

De un hombre que creía en lo que hacía, que creía en las instituciones. En algunas personas de las instituciones. Un hombre que ya no existe.

—Escucha, faltan pocos días para Navidad —sonríe Lanna—. Imaginemos que me haces un regalo. —Se detiene y le pone una mano en el hombro—: Feliz Navidad, agente Kasper.

Y Kasper regresa de nuevo al recuerdo de aquel 1997. Once años antes. En Tailandia…

20
Same-same but different

Pansea Beach,
Phuket, Tailandia,
junio de 1997

Está hecho polvo.

Se tira y se sumerge bajo el agua. Permanece en el fondo unos segundos. Cuando emerge de nuevo, allí está Elizabeth. Le mira y sonríe, pero en su expresión hay más ironía que dulzura. Kasper lee en sus ojos un complacido «te ha atizado el pequeñín, ¿no?». Luego con una mano le salpica con descaro y con su acento australiano dice algo así como: «cachorrito, estás realmente para el arrastre…».

Ahora vas a ver al cachorrito, piensa Kasper.

Y debe de ser una intención muy evidente, porque la muchacha abre desmesuradamente los ojos de color esmeralda y pone cara de susto. Lanza un gritito, y hace como quien sale huyendo hacia la orilla. Hermosa retirada. El espectáculo es sugerente, puede competir con la puesta de sol sobre el mar de Andamán y está a poca distancia de él.

Kasper la sigue gruñendo como un animal del jurásico.

Le duele todo. O casi todo. Elizabeth tropieza o más probablemente finge que tropieza. Kasper la alcanza y la agarra por los hombros. La estrecha contra sí. Esos pocos segundos de contacto son suficientes para que Elizabeth comprenda que, si bien el entrenamiento de la tarde ha sido muy duro, casi extenuante, aquel hombre conserva energías suficientes para olvidarse del ring, de los enormes guantes y de los golpes de un mierdecilla tailandés que zumbaba como un obseso.

El muay thai no es enemigo del sexo: ahora es oficial.

Elizabeth es una espléndida muchacha de la adinerada *upper class* australiana, temporalmente dedicada a ganar dinero en el Sudeste Asiático. Trabaja con su padre en la gran distribución y entretanto se dedica a disfrutar de la vida.

Kasper y ella se ven cuando surge la ocasión. Últimamente surge a menudo.

SEÑOR R

Elizabeth mira a su alrededor, prudente, porque un revolcón en el agua, entre los bañistas, no resulta muy elegante. Pero no hay bañistas. No hay nadie en un radio de medio kilómetro. En cualquier caso, Kasper ataca como el tiburón de Spielberg: la arrastra mar adentro.

«Vas a ver lo que te hace el cachorrito de tiburón», le susurra al oído.

No consigue decirle nada más porque Elizabeth se escurre como una anguila y desaparece entre las aguas transparentes de Pansea Beach. Hasta que siente sus manos que casi le arrancan la goma del bañador. Ha venido a comprobar la situación.

«Life is beautiful», le gusta decir a Elizabeth en ciertas circunstancias.

Siempre hay buenos momentos: en la tierra de Kasper, en la Toscana, se dice así.

Es una cena elegante e informal al mismo tiempo.

Una veintena de invitados, un pianista de esmoquin que toca fragmentos de clásicos y un menú que ofrece lo mejor de la cocina thai con una opción extra de sushi para los apasionados. La señora de la casa es una fascinante tailandesa del norte, el hijo de once años es un muchachito modelo que estudia en el colegio más exclusivo de Bangkok y la mansión al borde del golfo de Pansea merecería ser portada de una revista de decoración.

Ambiente de ensueño, entre hectáreas de palmeras y el cielo estrellado.

El dueño de la casa, míster Gordon, presenta el habitual look cuidadosamente inapropiado. Parece cualquier cosa menos un narcotraficante de categoría mundial. Es como el personaje de un cómic: para él no pasa el tiempo.

Kasper le mira y baja la voz. Le provoca.

—Joder, Michael, esos mocasines me recuerdan a mi profesor de historia y filosofía en el instituto. No se los quitaba nunca, como tú.

Michael Savage se encoge de hombros y sus ojos azules, engastados entre las pecas, se convierten en dos reflectores.

—¿Me estás diciendo que se nota en los zapatos que no nací rico? Bien, es exactamente lo que pretendo.

—Pero ahora eres rico.

—Por eso puedo dar cenas como estas, hablar mal de los americanos delante de huéspedes americanos y beber el mejor vino francés. Te aconsejo el Château Lafite. Es del 85. Un año excelente. Tú bebes vino, ¿no?

—Por supuesto —sonríe Kasper—. Pero si me ofrecieses un Brunello Biondi Santi del 77 te querría más.

Michael menea levemente la cabeza.

—Me encanta la Toscana, ya lo sabes, pero los vinos franceses…

—¿Los vinos franceses qué?

No sabe bien por qué, pero algo le sugiere que no abandone el tema. ¿Me quieres desafiar con los vinos? Aquí estoy. Kasper acepta el reto del irlandés.

—Ahora te explico dos cositas, *Gordon*.

Dedica los siguientes minutos a hacer ostentación de sus conocimientos enológicos. Cultivo de

la vid, terrenos y técnicas. Improvisa, pero no del todo. Al fin y al cabo desciende de una familia vinculada a la tierra y a sus productos. Su abuelo paterno era un latifundista de Lucca, burguesía rural dedicada a los productos simples. La finca de la familia tenía tratos comerciales con Bertolli, el del famoso aceite, y exportaba a Estados Unidos, tanto es así que su padre nació en Memphis, en Tennessee. Sus parientes americanos de Saint Louis todavía hoy importan a Estados Unidos productos alimentarios italianos.

—Un currículum notable —observa irónicamente Michael.

Kasper piensa que si conociera todo su currículum todavía lo encontraría más interesante. Entretanto agita, examina y aspira el Château Lafite servido en copas balón. Y empieza precisamente por las copas, porque para degustar un Château Lafite las copas balón no son las más adecuadas. Son preferibles las copas «tulipán», grandes cálices con forma de campana que permiten un mejor contacto con los sabores y perfumes de este vino. Pero no se detiene aquí. Apenas ha comenzado.

Prueba el vino, realiza todos los gestos pertinentes y afirma:

—Nada que decir del Lafite. De este, además… Es de una añada realmente excelente. Por otra parte, si ya en la época de Luis XIV lo llamaban «el vino del rey», por algo será. Huélelo. Es elegante, sedoso, perfecto de aromas, casi insinuante. Y envolvente al paladar, firme, no chirría. Ni un punto de aspereza. Un tanino extraordinario. Bien, auténticamente noble…

Se detiene, lo prueba otra vez. Comenta:

—Pero el Brunello… Mira, el Brunello de Montalcino es otra cosa. Tarda cinco años en salir, mientras que los Burdeos tienen ya todos un precio de mercado tres meses después de la vendimia. Pruebas el Brunello y notas su terciopelo, pero también la densidad de su textura. Incluso cierta aspereza. Y además el olor. Huele a experiencia vivida, a tierra, a bosques, a caza. A sensaciones primarias, profundas, de la vida. Este es el Brunello. Y si al principio te parece un poco duro, has de saber que está hecho para ir a la caza de emociones. Exactamente como nosotros dos.

Michael Savage le escucha con atención, parece realmente interesado. Incluso divertido.

—Desde luego, para ser alérgico al alcohol…

—¿Alérgico al alcohol? —se sorprende Kasper—. A la única cosa a la que soy alérgico es a algunos amigos tuyos colombianos.

No es más que una frase, pero en el momento mismo en que la pronuncia se pregunta si no hubiera sido preferible morderse la lengua; sin embargo, obtiene el mejor resultado posible: Michael hace una mueca para susurrar «Those shits», ríe y brinda. Y Kasper no imagina hasta qué punto esa frase ha sido una pincelada apropiada.

En efecto, Michael propone un nuevo brindis. Pero en esta ocasión brilla en su mirada una luz distinta. Intensa como un mensaje. Desafiante como un llamamiento a las armas.

—Estás en forma, Kasper.

—Tú también, Gordon.

—Somos muy parecidos nosotros dos. Diría que casi iguales. —Hace una pausa—. Iguales y distintos.

—Same-same but different —sugiere Kasper, recurriendo a esa expresión típica del inglés indochino.

—Same-same but different —repite Gordon.

Beben, de pie, en la gran zona del patio que se encuentra en el lado opuesto al pianista y a la que ningún invitado osa acercarse por miedo a interrumpir su conciliábulo. Gordon hace una señal en dirección a la piscina.

—Caminemos un poco, ¿te parece?

Deambulan entre las palmeras que rodean la mansión, vigilados de cerca por el discreto servicio de seguridad. Hace una noche espléndida, la luna llena parece querer bañarse en el golfo. A lo lejos, las luces de un barco.

—Un barco de carga —afirma Michael apuntando al horizonte con el índice derecho—. Transporte de armas y municiones hacia las costas de Malasia.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Gordon suspira, luego se da la vuelta. A la luz de la luna Kasper intuye la falsa sonrisa del traficante irlandés.

—No lo sé —replica—. Pero quería ver qué cara ponías. De vez en cuando a mí también me gusta soltar estupideces.

Se ríen como dos tontos.

—Oye, que mis explicaciones sobre el vino no eran estupideces —precisa Kasper—. Deberías haber tomado apuntes.

—Sin duda, sin duda —se carcajea Michael. Se detiene de golpe y señala de nuevo las luces mar adentro—. El primer viaje tendremos que hacerlo por mar. Nada de avión.

Kasper sabe que no está jugando. La broma se acabó. Ahora se habla en serio y se habla de negocios. El tono sigue siendo ligero, pero sabe que Michael Savage es capaz de utilizar ese tono para tratar cualquier tema.

Es el tono de Gordon.

—Mis socios colombianos están divididos —explica—. Alguno todavía no se fía. Haremos un primer transporte por mar desde Venezuela hasta Italia, y si sale bien, subiremos de nivel.

—¿Cuánta mercancía?

—Unos mil kilos. En un contenedor. Necesitamos un puerto seguro. Posiblemente también en la Toscana. Los colombianos tienen una base en Florencia y quieren estar presentes. ¿Crees que podrías organizar igualmente este asunto?

—Creo que sí —murmura Kasper mientras trata de familiarizarse con *este asunto*.

El escenario ha cambiado. Tiene que avisar al coronel. Tendrá que hacer un montón de ajustes.

—Por supuesto con un vuelo habría sido más fácil —subraya—. Más rápido y…

—No es posible —interrumpe Savage—. Al menos por ahora no.

—Por ahora no.

—No, por ahora no —recalca Savage—. Y hay que darse prisa.

—De acuerdo. Dentro de unos pocos días…

—Poquísimos. Podemos utilizar un portacontenedores israelí que dentro de una semana zarpa de Venezuela hacia Italia. Se dirige a Livorno. ¿Qué te parece Livorno?

Dice que le parece bien. Le recuerda que al fin y al cabo con el avión habrían aterrizado en Pisa, que está a unos pocos kilómetros. Sí, Livorno está bien. Ha de saber… ha de organizar la llegada al SEÑOR R

puerto.

—Si Livorno te parece bien, tienes todo el tiempo para organizarte —dice—. El barco tardará unos veinte días. Te enviaré a alguien para ayudarte. La semana próxima uno de los míos sale hacia Italia. Tendrá su base en Roma. Tienes que trabajar con él.

—No hace falta que envíes a nadie.

—Tengo que hacerlo. —Se interrumpe, se aclara la voz y repite—: Tengo que hacerlo.

Luego le mira con su habitual sonrisa y levanta la vista al cielo. Suspira.

—Haremos grandes cosas juntos, querido Kasper. Pero tú sabes mejor que yo que, una vez en el ring, el combate es largo y el adversario puede hacer daño. Incluso cuando parece pequeño… —Se concede una pausa y vuelve a mirarle—. Fíjate en el tipo de hoy. No te llegaba ni a la cintura y te ha atizado a base de bien…

—Es un profesional del muay thai. Y, en cualquier caso, me he defendido bien.

—En los dos primeros asaltos te ha dejado destrozado.

—No hagas caso a lo que te diga Elizabeth. —Sonríe.

—Elizabeth no tiene nada que ver. Yo estaba allí.

La expresión incrédula de Kasper le divierte mucho.

—Sí, en el gimnasio. Tú no me has visto. Estabas demasiado ocupado intentando que no te arrearan.

—No seas imbécil.

—He ido a animar.

—Al tailandés, seguro. ¿Qué has ido a hacer?

—Observar a un hombre que pelea es como espiarle mientras hace el amor. Placer y sufrimiento son momentos de verdad absoluta.

—¿Y qué verdad has aprendido hoy?

—Que nosotros dos somos iguales. Y distintos. Same-same but different.

Rodean la piscina, caminan entre los perfumes de la vegetación y se detienen de nuevo junto a un prado de forma oval que desciende suavemente. Desde allí se divisa un espléndido panorama sobre toda la bahía, en el que destaca la lujosa estructura del Amanpuri Resort.

—Ahora me podrías ofrecer un ron —dice Kasper.

—Estaba pensando exactamente lo mismo —dice Michael—. Zacapa XO Solera Gran Reserva Especial. Solo tengo este.

El mejor, naturalmente.

—Sublime. Sabes cómo lo llaman los entendidos: el coñac del ron.

—No me digas que también eres experto en ron —se burla Michael. Y como no para de reír, Kasper sabe que eso no es todo. Hay algo más. Pero ¿qué?

—Al parecer, la cosa te alegra.

—Muchísimo —replica Michael—. No sabes cuánto.

Se ponen en camino hacia las luces y los sonidos de la casa. El pianista debe de estar descansando, porque la música que suena ahora es new age: arpa e instrumentos étnicos. Una de las piezas de Andreas Vollenweider que más le gustan a Kasper.

—No puedes entender hasta qué punto es reconfortante tu competencia en materia de vino, de

licores… —continúa Michael.

—Reconfortante.

—Si esta noche estás aquí y no unos centímetros bajo tierra, se lo debes al alcohol.

—Interesante.

—Mira, hay una cosa que los colombianos me explicaron muchas veces del piloto infiltrado, ese cabrón del que todavía se habla en Medellín. Era alérgico al alcohol. Así es. El cabrón no podía probar ni vino ni cerveza. Ni siquiera olerlos. Y menos los licores de alta graduación. Si conoces un poco a los colombianos, entenderás que este detalle les llamó mucho la atención. Para ellos un hombre alérgico al alcohol es como un hombre alérgico al coño. De modo que pensaba en nosotros… recordaba que en las ocasiones en que nos habíamos visto, por ejemplo en Bangkok, habíamos tomado alguna bebida moderadamente alcohólica. Pero no estaba del todo seguro. De manera que en el tren de Ginebra a Zurich te ofrecí una cerveza. ¿Recuerdas? Una mierda de cerveza alemana indigna del dinero de un irlandés, pero te la tragaste en un minuto.

—De modo que si te hubiese dicho: no gracias, no bebo…

—Ya.

—Me pusiste a prueba.

—Una pequeña prueba, sí.

—Con una cerveza.

Se detienen de nuevo. Kasper pone cara de gran desconsuelo y extiende los brazos.

—Salvado por una cerveza alemana —recalca—. Y yo que pretendía iniciarte en el Brunello di Montalcino… Qué pérdida de tiempo. ¿Sabes qué se dice en mi tierra en estos casos?

—¿Qué se dice?

—Echar perlas a los cerdos.

—¿Se dice en tu tierra?

—En la Toscana, y en otras partes, supongo…

Michael se pone repentinamente serio, con un tono de voz más bajo de lo habitual y el timbre de una solemnidad inédita:

—«En aquel tiempo Jesús dijo a sus discípulos: no deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen con sus patas, y luego se revuelvan para destrozaros a mordiscos». —Aparta la mirada, se santigua y reanuda la marcha—. Del Evangelio según Mateo. En esta ocasión la Toscana no pinta un carajo, querido Kasper.

El vuelo de la Thai Airlines que desde Phuket le lleva de regreso a Phnom Penh es más pesado que de costumbre. Hace un tiempo de mierda. Borrascas monzónicas. A baja altura, al aproximarse a tierra, sopla además un fuerte viento descendente, el maldito *windshear* que Kasper tan bien conoce por propia experiencia.

Aterrizan con dos horas de retraso tras haber bailado todo lo bailable.

En el aeropuerto encuentra a Clancy. Ha ido a esperarle, parece ansioso de hablar con él.

El chófer toma una carretera que no lleva a la ciudad.

—¿Adónde vamos? —le pregunta Kasper.

—Al polígono de tiro. Le he prometido a Victor Chao que pasaríamos a verle. Está obsesionado con esa idea de la killing house que le metiste en la cabeza. Si no se la montas, no nos dejará en paz.

En las objeciones de Kasper se trasluce malhumor. Está cansado, no ve la necesidad de tanta prisa.

Clancy asiente socarrón y mientras tanto controla que no les siga nadie. Lo hace de forma automática, desde siempre, en cualquier parte del mundo. Es posible que algún día le disparen, pero no será porque no se haya dado cuenta de que alguien le estaba siguiendo. «Sería una muerte demasiado estúpida —afirma—. Aunque todavía no he encontrado una muerte inteligente».

El polígono está cerca del aeropuerto. Peligrosamente cerca. Locuras habituales de este rincón del planeta, donde el que se entrena con armas pesadas antiaéreas corre el riesgo de encontrarse en la ruta de aproximación de los aviones de línea.

Recorren la NH4, atraviesan páramos semidesiertos que alternan con núcleos rurales que parecen reventar de gente. El chófer conduce entre el caos del tráfico como se conduce en estos lugares. Sin reglas.

Un camión roza su parachoques posterior.

—Si vuelve a hacerlo, le disparo —anuncia Kasper, simplemente para dar rienda suelta al mal humor que le ha provocado el vuelo—. En Camboya, un choque trasero es una de las mayores putadas que pueden ocurrirte. Nadie te indemniza, entre otras cosas porque son pocos los que disponen de póliza de seguro. Además, está el detalle no menor de que en el portamaletas del Mercedes llevan un polvorín. En Phnom Penh, uno va al polígono de tiro con su propio arsenal. Cualquier arma. A veces llevan incluso explosivos como el Semtex, con sus correspondientes detonadores.

Victor Chao les espera. No pueden decepcionarle, insiste Clancy.

—Proyéctale esa killing house y estaremos todos más contentos.

Kasper no le responde. Está sentado en el asiento trasero y mira con obstinación a través de la ventanilla.

Victor Chao nos espera. Y qué cojones, piensa, ¿no podíamos haberle hecho esperar un poco más?

Tal vez no, se responde inmediatamente a sí mismo.

Victor Chao es el propietario del famoso polígono Marksman Club. Pero también es propietario del Manhattan Club, el único casino autorizado de la capital (y del país) para el juego de azar, que tiene anexos un restaurante y una gran discoteca. Por la noche se le puede encontrar tocando la batería con un sombrero de cowboy: su gran pasión.

Pero eso no es todo.

Victor es también, y sobre todo, el jefe de la Eagle Force, un cuerpo especial paramilitar dependiente directamente de Hun Sen, el primer ministro.

Los hombres de la Eagle Force se encargan de la «seguridad», que, desde siempre, es un concepto extremadamente vago en Camboya. De ahí que esos mercenarios tengan amplios poderes. Pueden intervenir en cualquier situación crítica, y por lo general no se andan con chiquitas. Visten

pantalón y camiseta negros, botas negras y boina negra con un águila de latón como distintivo. Viajan en Toyota Landcruiser con largas antenas de radio, luces azules destellantes y sirena. Van armados hasta los dientes. Y disparan. El cuerpo está constituido fundamentalmente por franceses, rusos de distinta procedencia, algunos tamiles, gurkas nepalíes y algún que otro *sujeto* pescado en cualquier rincón de la peor historia reciente.

Los camboyanos, mano de obra de baja cualificación, se mantienen al margen. Victor no los tiene en gran estima. Él es chino de Taiwan, hijo de un general del Guomindang, representante de una aristocracia que se mueve entre antiguos privilegios y nuevas actividades a escala internacional.

Pero su verdadero negocio son las drogas sintéticas y el blanqueo de dinero.

Las *sustancias*, como las llama.

Victor Chao representa a una de las Tríadas chinas.

Llegó a Phnom Penh en 1993, con poco más de treinta años, cargado de dinero y con un mandato muy preciso: establecer acuerdos con los gobernantes del país. Extraordinariamente delgado, elegante y con una sonrisa de photoshop, tiene el physique du rôle para este trabajo. Se parece al actor Jackie Chan y juega a hacerse el simpático. Sobre todo con las extranjeras que están de paso.

Habla cinco lenguas, entre ellas un inglés-americano perfecto. Estudió en el extranjero y ha visto mucho mundo. Es un narrador extraordinario, al que le gusta sorprender a sus interlocutores, especialmente si son occidentales. Es un hombre que no se pone límites porque los límites, como le gusta decir, solo sirven a los que tienen miedo.

Corre el rumor de que recién llegado a Phnom Penh consiguió que le recibiera Hun Sen y, como primer gesto de cortesía, le puso sobre la mesa un millón de dólares en efectivo. Así, solo para confraternizar un poco. Puede que sea una leyenda, una de las muchas que circulan sobre el primer ministro dictador. Pero una cosa sí es cierta: en pocos años, Victor Chao organizó los pretorianos de Hun Sen, obtuvo los permisos necesarios para explotar el único casino del país y pudo construir un megapolígono en una zona que sería inservible.

—¿Por qué inservible? —le preguntó Kasper la primera vez que escuchó sus kilométricos relatos.

Chao le miró y sonrió.

—¿He dicho inservible?

—Puede que lo haya entendido mal.

—No, tienes razón. Lo he dicho.

Y sigue con la narración. Su tema preferido. Le describe el comienzo de las obras para el nuevo polígono. Primer día de trabajo. Los obreros comienzan a allanar el terreno y de repente de la tierra removida por las excavadoras comienzan a surgir calaveras humanas, con dientes y huesos. Esqueletos por todas partes. Millares de huesos, algunos con colgajos de ropa aún pegados.

—Mierda, no podía creerlo. Parecía una película de terror de esas que ponen en Estados Unidos a altas horas de la madrugada. Mando parar las obras y me voy a ver a Hun Sen. Le digo: gracias por el terreno, pero, qué cojones, tal vez no sepas que me has mandado a las fosas comunes abandonadas por tus amigos jemeres rojos. Entonces me mira con su único ojo bueno y me dice: lo sé perfectamente. Si no te lo daba a ti, ese terreno habría sido *inservible*. No lo habría querido nadie.

No excaves. Cúbrelo todo, construye encima tu polígono y dispara todo lo que quieras, joder.

—¿Y tú qué hiciste? —le pregunta Kasper.

—Exactamente lo que me dijo. Traje toneladas de tierra y luego lo cubrí todo con cemento. Elevamos un poco el terreno y mandé construir el muro antibalas más alto. La solución le gustó.

En pocos años Victor Chao se convierte en uno de los hombres más poderosos de Camboya. En 1995, según explica, el premier le propone abrir otro casino, una filial del Manhattan Club, pero en vez de combinarlo con una discoteca y un restaurante, en este caso se piensa en un gran burdel. Putas de altos vuelos, un ambiente para ricos de verdad. Se necesita una ubicación estratégica. Sin embargo, en la zona elegida no hay ningún local adecuado. Habría que construirlo, y eso llevaría demasiado tiempo.

Victor Chao tiene una idea: llama a sus amigos de China y le envían un barco. No una barca o un yate, sino exactamente un barco. Un portacontenedores, una vieja cafetera rehabilitada rápidamente con dos buenas capas de barniz.

«No tenemos que navegar por el océano —explica Victor—. Tenemos que quedarnos allí, sujetos al amarre».

Y, en efecto, coloca el barco en el Tonlé Sap, el río que atraviesa la capital, a poca distancia del Palacio Real y de los barrios ricos. Ubicación perfecta. Tiene pensado llamarlo Manhattan Club 2, pero luego opta por Naga.

Naga, el barco del placer.

«Genial», se congratula Hun Sen.

Porque Victor Chao, a su modo, es un verdadero genio.

El nombre de Naga no lo ha elegido al azar.

Según la leyenda, Naga era una serpiente de siete cabezas protectora de Buda, que poseía un gran reino en el océano Pacífico. Su hija se casó con el príncipe indio Kambu, primer rey de la antigua Camboya, y dio origen al pueblo camboyano. Las siete cabezas de la serpiente representan la energía masculina, la inmortalidad, el infinito, la feminidad, la corporeidad, la mortalidad y la Tierra.

—En resumen, has entendido el mood: gilipolleces de este tipo, pero que aquí funcionan siempre —se ríe por lo bajo Victor mientras le explica a Kasper el proyecto realizado pocos años antes.

El casino burdel flotante funciona de maravilla. Se folla, se juega, se establecen contactos. Y todo ello no limit.

Pero lo mejor está en las bodegas donde se almacenan las rentables *sustancias* que afluyen en las barcazas de los distintos productores listas para la venta.

En un salón del puente principal, los domingos por la mañana, se echan cuentas de lo que hay que dar al primer ministro como comisión semanal. Por lo general, el pago tiene lugar en su residencia privada, una mansión de origen francés que limita con la embajada de Corea del Norte.

El cartel situado a la derecha indica que han llegado al Marksman Club.

Cruzan la verja del polígono y embocan el largo paseo bordeado de magníficos parterres y

césped perfectamente cuidado. Es como entrar en el parque de una villa palladiana, de no ser por el tanque antiaéreo ZSU-23-4 aparcado a la entrada, y por algún otro detalle pintoresco, como el gran estanque circular ocupado por media docena de cocodrilos.

El polígono de Marksman Club es la base de la Eagle Force.

Aquí se adiestran los pretorianos de Hun Sen dirigidos por Victor Chao. Que ahora les sale al paso, delgado y nervioso, vestido con el uniforme negro de jefe de esta legión extranjera a la que no le falta nada. Gracias al tráfico de *sustancias* en connivencia con el régimen, tiene dinero a espuertas y material humano para cualquier tipo de necesidad.

Solo falta una killing house, piensa Kasper.

Que le prometió proyectar, le recuerda Victor tras darle un abrazo.

—Para ya de dar vueltas por el mundo, estúpido italiano. Quédate aquí en Phnom Penh y trabaja para mí —se ríe Victor guiñando el ojo a Clancy, que asiente plácido, impenetrable como de costumbre, y parece decir: es lo que yo también le aconsejo siempre.

Se dirigen a la sala de reuniones. Todo es nuevo, moderno y eficiente. Da la impresión de estar en una empresa que cotiza en Bolsa y no en un lugar donde se dispara.

Victor Chao convoca a algunos de sus colaboradores que parecen sus clones y a una jovencísima ayudante que toma apuntes con gran diligencia. Está presente también un invitado especial: Ian Travis, un neozelandés ex coronel del 22.º SAS que frecuenta el polígono. Ian es el dueño del Dmz Bar en Phnom Penh. Tras un período como asesor militar, se introdujo en el mundo de las finanzas más arriesgadas. Está siempre muy informado sobre los grandes movimientos de dinero, y en Bangkok regenta una boiler room. Un tipo simpático que a menudo termina las noches en el Sharky’s en compañía de Kasper y Clancy.

—Tienes la palabra —anuncia Victor Chao. Y Kasper empieza.

Explica que la killing house es una recreación de un ambiente urbano constituido por uno o más edificios con habitaciones, ventanas y accesos varios. Cada detalle constituye una trampa, detrás de cada esquina puede ocultarse un enemigo, precisa con ese tono ligeramente profesoral que le recuerda un poco a su padre, el gran entomólogo de la universidad florentina. De los insectos a los proyectiles. Cómo cambian las generaciones, piensa.

Traza sobre la pizarra luminosa unos garabatos que recuerdan vagamente un plano. Cuando se actúa en este tipo de ambientes, se utiliza el término «sanear». La complejidad de este trabajo viene dada por el número de operadores utilizados en el asalto. Pueden aparecer terroristas, delincuentes comunes o situaciones de guerrilla urbana.

Pasa a dar unos breves apuntes históricos. Los primeros que proyectaron una killing house fueron el SAS británico, y luego les siguieron las fuerzas especiales de muchos otros países.

Ian Travis aprueba complacido.

Kasper va desgranando ejemplos, subraya la necesidad de operar evitando el fuego enemigo, pero también el amigo.

—Es conveniente seguir reglas aceptadas internacionalmente —precisa.

Se extiende sobre la necesidad de construir los tabiques con una doble capa de neumáticos de camión rellenos de arena y no alineados: procedimiento que resulta largo y costoso pero que permite el uso de fusiles de asalto de mayor calibre.

Traza algunos posibles recorridos, dibuja la estructura necesaria para el entrenamiento, plantea escenarios tácticos variables con figuras de papel y figuras de metal. Los objetivos.

—Los pepper poppers —interviene Victor Chao levantando la mano, en un tono de persona entendida.

—Exacto, muy bien —le premia Kasper.

Habla durante más de una hora en medio del silencio casi absoluto de los presentes y el trasfondo de los disparos de armas de fuego a pocas decenas de metros de distancia. Reconoce una secuencia de M60 mal realizada. El polígono está en plena actividad.

Cuando Kasper termina su exposición, Victor Chao se levanta y aplaude, imitado inmediatamente por todos los demás. Ian Travis da su aprobación alzando el pulgar derecho. Aplaude también Clancy. Kasper tiene la vaga impresión de que el socio americano se está divirtiendo un montón en aquel ambiente surrealista.

—¡Excelente. Fantástico! —proclama Victor—. Esta noche sois mis invitados en el Manhattan. Y ahora, todos a disparar unos tiros.

No es una discoteca. Es un círculo dantesco.

Kasper mira a su alrededor y, como en el *Infierno*, le parece reconocer a hombres y mujeres de todas las bolgias.

Al que se acerca a su mesa le conoce bien. Pero todavía no ha decidido si asignarlo a la sexta bolgia, la de los hipócritas, o a la octava: consejeros fraudulentos. O más bien a la novena: sembradores de discordia. Sin embargo, después de todo, no consigue resultarle antipático. No, Rudolf no es antipático. Es tan solo un alemán perennemente cabreado con el mundo.

Rudolf es alto, delgado y todavía fuerte pese a haber superado con creces los sesenta. Saluda mostrando los dientes amarillos entre el espeso bigote gris y Clancy le invita a sentarse a su mesa. El alemán pide una cerveza negra y pone una mano sobre el hombro de Kasper.

—Y bien, ¿cuándo quedamos para organizar ese curso?

—No puedo decirte. Acabo de llegar de Tailandia. Dentro de unos días tengo que hacer una escapada a Italia.

—Sé que habéis estado con aquel.

Rudolf señala a Victor Chao, que está en la tarima tocando la batería con una expresión de estrella del rock. Cubierto con su habitual sombrero de cowboy parece un hombre feliz. O completamente flipado.

—Así que le estás proyectando la killing house —dice Rudolf.

—Las noticias vuelan —replica riendo Clancy.

—Realmente no os entiendo —farfulla el alemán contemplando su jarra de cerveza—. Qué cojones pintamos nosotros, los occidentales, con gente como esta. Ese chino de las Tríadas, además…

Clancy hace una mueca que podría significar muchas cosas, incluso un sereno llamamiento a la prudencia. Kasper, como piloto experto, prefiere virar y sobrevolar. Sabe muy bien lo que piensa Rudolf. Detesta a Victor Chao. Piensa que no solo es un criminal, sino un payaso y un

incompetente. Piensa que antes o después saltará en pedazos porque esos tipos son como los globos de los niños: durante un tiempo suben hacia lo alto, pero no llegan lejos. Explotan.

—Él dice que no conoce límites —sentencia Rudolf—, pero los límites antes o después le conocerán a él.

Kasper todavía no lo sabe, pero es una profecía.

Rudolf entiende mucho de límites. Durante muchos años estuvo en las fuerzas especiales alemanas, el GSG-9, las unidades de élite. Estaba en la unidad que el 18 de octubre de 1977, en Mogadiscio, acabó con el comando de la RAF que había secuestrado el Boeing 737 de la Lufthansa. Aquella incursión, realizada con la ayuda de dos expertos del SAS británico, es el punto de llegada de cualquier conversación con él. De aquella experiencia, y de los muchos años pasados en el GSG-9, Rudolf extrajo sus tres reglas fundamentales: no subestimar a nadie, no fiarse de nadie, no amar a nadie.

Así es Rudolf. Ha construido en Phnom Penh un polígono de tiro que hace la competencia al Marksman Club de Victor Chao. Por si esto no fuera suficiente, tiene línea directa con Hun Sen y su gobierno. Entrena a algunas unidades camboyanas, y por este motivo intenta contratar a Kasper: para que imparta un curso de krav magá, una técnica de combate cuerpo a cuerpo de origen israelí que estuvo practicando durante mucho tiempo en Tel Aviv y Netanya. Quiere que sea su instructor. Le gusta cómo trabaja. Le gusta joder a Victor Chao.

Que en ese momento está mirando hacia ellos y en el punto culminante de su orgasmo como batería lanza las baquetas al aire, las recoge y las estrella contra el tambor. Se acabó la exhibición.

Clancy se levanta y se dirige a Rudolf:

—¿Puedo hablar un momento contigo?

El alemán no se inmuta. Tal vez entiende que Clancy pretende simplemente alejarle de allí antes de que llegue el dueño de la casa. O puede que ambos tengan realmente algo que discutir en un ambiente más tranquilo. Bebe el último trago.

—Hasta la cerveza da asco, en esta mierda de local.

Victor Chao llega precedido de una botella de Veuve Clicquot.

—¿Es tu preferido, o me equivoco? —grita en medio del estruendo.

Kasper levanta el pulgar. Por Rudolf no consigue sentir auténtica aversión, pero por Victor experimenta auténtica simpatía. Uno de los peores bandidos, pero demasiado divertido.

Kasper piensa que tal vez hay que amar un poco a los bandidos para poder llegar a incriminarlos. Por suerte, Victor no es su objetivo. Puede abrirles el mundo que interesa al ROS: el de los delincuentes italianos que blanquean dinero en el Sudeste Asiático.

Chao le mira y parece intuir sus pensamientos. Levanta la copa para brindar y sonríe como lo hace siempre.

—No creas ni una palabra de lo que te diga ese engreído alemán de mierda.

—A decir verdad, no es que hable mucho. —Nuevo viraje.

—Ni unidades de élite ni nada, un gilipollas, eso es lo que es —resume Victor—. Lo único que hace es ponerse medallas con la dichosa incursión en Mogadiscio, cuando todo el mundo sabe que SEÑOR R

de no ser por los dos del SAS a estas horas los alemanes estarían todos bajo tierra. Los alemanes, ¡pufff! Para lo único que sirven es para hacer coches, salchichas y máquinas para imprimir dólares. Nada más.

—¿Máquinas para imprimir dólares?

—¿No lo sabes? ¿Cómo crees que imprimen los billetazos estadounidenses? Con máquinas fabricadas en Alemania. En cuanto a esto, poco hay que decir de los alemanes.

—Interesante.

—Sí, muy interesante. —Se ríe. En realidad, es una risa excesiva. Niega con la cabeza y se ríe. Va muy acelerado, a causa del alcohol y de la coca, la energía que desplegaba en la batería era mucha. Demasiada incluso para un manojo de nervios como Victor.

Mira a su alrededor, agarra la botella y luego cambia de idea y la suelta.

—Ven conmigo, quiero enseñarte una cosa.

Kasper le sigue. Salen de la bolgia, se alejan escoltados a distancia por un número indeterminado de esbirros vestidos con chaqueta negra. El único que lleva pantalones claros y camiseta es Kasper. Un intruso casual en un séquito de elegantes criminales.

Entran en el casino y, desde un pasillo por el que se accede a la dirección del Manhattan Club, llegan a la «habitación de los botones».

Victor Chao abre de par en par la puerta de su inmenso despacho y le invita a sentarse en el sofá de piel clara, delante de una mesita de cristal. Parece hecha a propósito para las rayas de coca. Antes de cerrar la puerta, encarga a sus hombres otra botella de champán.

«¡Un Veuve! —grita en el pasillo—. Frío, no helado, fucking idiots!»

Se sienta en una butaca, se arrellana, las piernas y los brazos relajados, la sonrisa inexpresiva y los ojos semicerrados. Se pasa una mano por la cara.

—Debería afeitarme —murmura.

Llaman a la puerta y llega el cubo con el Veuve Clicquot. La muchacha es china, guapísima, con los ojos vidriosos de una muñeca. Descorcha la botella con un ligero pop y llena las copas. Sale silenciosa como una mariposa.

Siguen bebiendo, Victor abre los ojos unos segundos y los cierra de nuevo. Manifiesta algo más a propósito de Rudolf, dice que algún día el alemán acabará bañándose con los cocodrilos. Se pregunta por qué no se va a tomar la cerveza a otro sitio, en vez de ir al Manhattan, y cuenta que una vez se la alargó con un poco de su orina todavía caliente.

—No lo creo —niega Kasper.

—Y haces bien —ríe Victor—. Yo soy un caballero chino de Taiwan. No hago esas cosas de camboyano de mierda.

Siguen hablando durante más de media hora, en un delirio creciente, concéntrico, hasta que Victor se levanta repentinamente de la butaca color marfil, abre bien los ojos y dice:

—Quiero enseñarte una cosa. ¡Por eso estamos aquí!

Kasper piensa: ya estamos. No tiene ningunas ganas de esnifar. Por eso se prepara para una negativa cortés, pero Victor se inclina sobre la mesita de cristal y deposita dos billetes de cien

dólares. Los estira y se los acerca con cuidado.

—Uno de los dos es auténtico. ¿Cuál?

Parecen perfectamente iguales. Kasper se encoge de hombros.

—No sabría decirte. Necesitaría la máquina para…

Dicho y hecho. Kasper abre un armario y saca un detector profesional de billetes de banco. Lo apoya sobre la mesa.

—Por favor.

Es un aparato que Kasper conoce bastante bien. En la época de la Operación Piloto lo utilizó a menudo. Prueba con el primer billete. Auténtico. Prueba con el segundo. Auténtico.

Mira a Victor Chao.

—¿Y bien?

El chino se ríe como un loco.

—Fuerte, ¿no?

—Fuerte —repite Kasper—. Pero ¿qué significa?

—Same-same but different —dice Victor—. Este ha sido producido por la fábrica de moneda de Estados Unidos. —Levanta el primer billete—. Este, en cambio, en otro sitio. Muuuy cerca de aquí.

—¿O sea?

—Adivina.

—En tu casa.

Victor estalla en una risa contagiosa. Ríen a carcajadas como chiquillos en clase con la profesora suplente. Ríen incitados por el alcohol y el sueño: ríen hasta saltárseles las lágrimas.

—No lo has adivinado.

—Lástima.

—Este es un dólar asiático —se calma Victor mientras bebe otra copa de champán—. Impreso en una fábrica de moneda estadounidense en Asia. Exactamente. Y, además, en un país enemigo. Un mal sitio, lleno de gente mala. Oh, yes!

Coge los dos billetes y los levanta poniéndolos uno junto a otro.

—Estás completamente ido —ríe Kasper.

—Es cierto —admite Chao—. Estoy borracho. —Se echa hacia atrás sin soltar los dos billetes. Arrastra las palabras—. Same-same but different —repite. Luego baja los brazos y también los párpados. Parece un niño con las mejillas rugosas.

—Buenas noches, Victor.

No responde. Se ha ido de verdad.

Kasper abre la puerta y llama al jefe de la escolta que está instalado en el pasillo.

—Duerme. Metedle en la cama.

21
La maleta misteriosa

Bellamonte, Passo Rolle,
Trentino,
diciembre de 2008

La foto es en color. Formato clásico. Cuatro cuarentones sonrientes bajo las Pale di San Martino en una tarde de agosto.

Kasper es el primero por la izquierda. Junto a él, pasándole el brazo por los hombros, está Marzio De Paoli, sin barba y con las gafas de sol apoyadas en la frente. Ex jovenzuelos de permiso por las montañas de Trentino.

Marzio observa ahora la expresión de Barbara.

—La foto es de hace diez años —explica—. Estábamos en Malga Venegiota. Los otros dos son Marco y Salvatore. Estaban conmigo en el *Grupo*. Bueno, ellos siguen ahí. Soy yo el que ya no está. El que tuvo que dejarlo.

Barbara le devuelve la foto y finge que no ha notado el deje amargo. Asiente.

—Esta zona de las Dolomitas en verano es preciosa. Pero en invierno ya es espectacular.

Para Barbara, ir hasta allí en pleno diciembre ha sido una hazaña. Ha subido en coche en medio de la nieve, que no paraba de caer, y de las comitivas de esquiadores. Pero no podía aplazarlo. Varios días antes, cuando hablaba con la madre de Kasper, salió a relucir ese nombre: Marzio De Paoli.

Un carabiniere retirado que no se había olvidado de la amistad. Y que le había escrito a su anciana profesora: «Me he enterado de lo que le está pasando. Cuente conmigo para lo que haga falta. Dentro de mis posibilidades, siempre estaré ahí».

Un hombre con el que tenía que hablar.

—Venía a estas montañas cuando era poco más que un chico —cuenta Marzio—. Era alumno oficial de la Guardia di Finanza. Aquí está la escuela de la academia y también se organizan los cursos de supervivencia del servicio aéreo. Me gustaban estos lugares. Me gustaban tanto que me

casé aquí y no he dejado de venir. Ni siquiera después, cuando me destinaron a la Folgore, luego al regimiento Tuscania y por último al GIS. Ni siquiera después del accidente.

Marzio De Paoli sonríe a la señora que, junto a él, está sirviendo el café. Ella le pregunta a Barbara cuánto azúcar y Barbara contesta de inmediato: amargo. La tacita blanca es la de la vajilla buena que está en la cómoda de enfrente.

Anna es una mujer menuda, de ademanes enérgicos y mirada seca. Ojos y gestos de montañesa, aunque ha pasado gran parte de su vida fuera, no en sus amadas Dolomitas, sino al lado del hombre que la ha llevado por toda Italia. Un hombre especial. Que ahora depende muchísimo de ella.

Marzio De Paoli era un suboficial del GIS, el Grupo de Intervención Especial de los carabinieri. Durante una misión, el helicóptero AB-412 del que se estaba descolgando con la soga rápida tuvo un problema en un motor. Un «plantón», en la jerga oficial. El helicóptero perdió altura bruscamente.

Ahora vive postrado en una silla de ruedas. Ya son seis años.

—Si yo no estuviera en estas condiciones, sabría lo que hay que hacer —asevera con la sobriedad de quien explica la cosa más normal del mundo—. Bastaría con un okey, lo justo. Sin tanto papeleo ni autorizaciones. Cuatro o cinco de nosotros, un contacto en el sitio, y al florentino nos lo traeríamos de vuelta a casa. Puede jurarlo.

Barbara hace un leve gesto afirmativo.

—¿Por qué el Cuerpo no está haciendo nada? No digo una acción relámpago de sus fuerzas especiales, que me temo que sería ilegal, pero ni siquiera una acción ante nuestro gobierno. O si acaso ante la magistratura competente para…

Marzio hace un leve gesto negativo.

—No sé si estamos haciendo algo. Quizá sí, aunque no se diga nada. El Cuerpo es así. Estaría dentro de su estilo, al fin y al cabo. Pero una cosa es segura: Kasper, como usted le llama, no es un personaje que despierte muchas simpatías. El florentino es un personaje incómodo. Un elemento totalmente anómalo para los servicios secretos italianos.

—Anómalo.

—Sin duda, de esos que cuanto menos se hable de ellos, mejor. Habría que dar demasiadas explicaciones, como: ¿qué extraña clase de carabiniere es? ¿Por qué trabajó varios años como piloto de Alitalia? ¿Y por qué trabajó también para los estadounidenses?

—¿Me está diciendo que ha sido un hombre de la CIA?

—Las cosas no son nunca tan sencillas. Por supuesto, también trabajó para *ellos*. Por otro lado, lo que usted quizá no sabe es que toda una división de nuestra estructura de inteligencia, la octava, está prácticamente en manos de los estadounidenses. La dirigen ellos, es su casa. Si entra en esas oficinas romanas no tiene la impresión de estar en la Pineta Sacchetti. Le parece que está en Langley. Tienen un enorme poder de gestión y de intervención. De veto. Tienen relaciones preferentes con magistrados, abogados, políticos, periodistas. Tienen su lista de *italianos* con quienes pueden contar. Contactos importantes. Y los utilizan. Vaya si los utilizan.

Barbara toma nota mentalmente. No es que todo esto le pille de nuevas, al fin y al cabo trabaja de abogada en Roma, y no desde hace poco. Pero comprende que es el buen camino para conocer a Kasper. Para comprender quién es, realmente, su *cliente*. Termina el café, deja la taza en la bandeja

y da las gracias.

—Pero Kasper, desde hace más de diez años, pertenecía al ROS —objeta con tono de quien reflexiona en voz alta.

—Ya, y con excelentes resultados —confirma Marzio—. Baste con pensar en misiones como la Piloto y la Sinaí. Pero ¿cree que con eso se hizo querer más? En los servicios secretos italianos no se respira precisamente aire de montaña. Hay polvo, mucho polvo tóxico. No me extrañaría que muchos de los colegas de Kasper piensen que en el fondo él se lo ha buscado. «¿Qué demonios estaría haciendo en ese culo del mundo que no le interesa a nadie?», «Si se hubiera andado con cuidado, si hubiera sido más listo ahora no estaría en un campo de concentración camboyano». Este es el pensamiento que prevalece en ese ambiente.

—Pero sus superiores…

—Olvídese. ¿Tiene idea de cómo son nuestros llamados «hombres de los servicios»? Algunos son gente legal, faltaría más. *Algunos*. De otros hemos conocido hazañas no precisamente ejemplares. En todo caso, la mayoría son personas que han encontrado un puesto en los *bancos*. En las altas esferas de los bancos. Viven en Roma o en otras situaciones cómodas, tienen las puertas abiertas en todas partes, gastan sin mayores restricciones de presupuesto y de contabilidad. Tampoco tienen que ofrecer resultados. Notas e informes, eso es lo que hacen. Los mandan a la Presidencia del Gobierno, cuyo titular a menudo es precario o está de paso. *Notas*. No sé si me explico. ¿Y sabe cómo los hacen? Buscando en internet. Como si fueran estudiantes de ciencias políticas. Para algunos de ellos el principal problema es qué corbata van a ponerse esa mañana, para que se fije en ellos su interlocutor adecuado en la oficina adecuada.

—Según tengo entendido, a Kasper, también le gustaba lucir en ocasiones buenos trajes… —desdramatiza Barbara.

—Oh, usted probablemente no sabe… —ríe Marzio—. En Singapur se hacía coser los trajes a medida. En Singapur, no vaya a pensar que en Arezzo… Nosotros le tomábamos el pelo llamándole florentino esnob, y a él en el fondo le encantaba. Pero teníamos claro que personajes como él no abundan. De lo contrario, no habría podido hacer lo que hizo en estos años.

Barbara vuelve a pensar en lo poco que ha encontrado sobre él en la red. En los viejos artículos periodísticos. Siempre le viene a la mente el dóberman con el que, según el periodista de *La Repubblica*, se presentaba en las asambleas estudiantiles. Un detalle que es una instantánea. Una pincelada que, por sí sola, describe un personaje. Y lo fija para siempre en una imagen.

—Usted le pinta como un héroe —dice Barbara—. Pero si lee los recortes de prensa o los documentos de algunos jueces, Kasper parece un bala perdida de la derecha golpista.

—¿Héroe? ¿Quién ha dicho héroe? —disiente Marzio—. La palabra *héroe* no saldrá nunca de mis labios. Entre nosotros hay héroes, vaya si los hay, pero no oirá hablar de ellos en los periódicos ni en la tele. Y tampoco en el Parlamento, por desgracia.

Hace una pausa, vuelve a coger la foto de esos cuatro amigos en la montaña, frunce los labios en una sonrisa que le corta transversalmente la barba.

—Kasper no es un boy scout —prosigue—. No es el buen chico políticamente correcto que está tan de moda hoy. Y nunca será santo. Pero en tiempos de globalización y criminalidad internacional, debería ser un capital muy preciado.

—Un capital.

—Veámoslo desde la perspectiva económica. ¿Cuánto vale, en una organización de inteligencia, un elemento así? Un agente operativo capaz de pilotar cualquier tipo de avión, que sabe lanzarse en paracaídas en cualquier sitio, campeón de tiro táctico y tiro dinámico que puede usar cualquier tipo de arma y explosivo, experto en artes marciales y en las distintas técnicas de combate cuerpo a cuerpo, como el krav magá, que aprendió directamente con los instructores del Mosad. Tenga en cuenta además que habla inglés como un nativo, conoce el español y el árabe, es capaz de hacer investigaciones, analizar documentos y escribir sobre cualquier tema. Ya, las famosas *notas*. Imagínese, también sabe hacer eso. Y añada que es un actor consumado, es simpático y gusta a las mujeres…

—No es un hombre, es una película —ríe Barbara.

—Es alguien que ha nacido para hacer ese trabajo.

—El agente encubierto.

—Agente secreto, espía, 007, agente provocador, topo… llámele como quiera. Italia tiene muy pocos como él, capaces de trabajar en el extranjero. Y no olvide que el florentino ha sido agente secreto en momentos muy especiales. Piense en lo que era el mundo antes de la caída del Muro. Pues bien, en el 89 él ya llevaba varios años operativo. Y no digo más.

Barbara hace un cálculo mental. En el 89 ella todavía estaba en el instituto. Kasper, en cambio, tenía treinta y un años.

—Treinta y uno, ¿verdad?

—Eso. Y ya era piloto instructor, paracaidista y… todo lo demás.

—Parece que le conoce desde hace mucho tiempo.

—Desde hace tiempo, sí.

—¿Cuánto?

—Oiga, abogada, ¿y si lo dejamos aquí?

—Por favor. No soy periodista. Soy su abogada, quiero ayudarle…

Marzio guarda silencio. La conversación podría haber terminado. En el fondo, ya le ha contado todo. Más de la cuenta, incluso.

Pero luego añade:

—Nos conocemos desde los tiempos de la Stay Behind.

—¿Cómo ha dicho? Perdone.

—Stay Behind, Gladio, si lo prefiere. Estábamos juntos.

—Espere un momento —balbucea Barbara—. Usted me está diciendo…

—Formábamos parte de Gladio. Ha oído bien. Éramos los que, en el caso de una invasión soviética, se habrían mimetizado en cuevas y escondites en el terreno para salir después de la primera oleada de carros armados. Tendríamos que causar los mayores daños posibles al enemigo. Éramos un cuerpo escogido de soldados dispuestos a morir por la patria. Por la patria, así de claro, cuando en Italia todavía había gente que veía el comunismo y la Unión Soviética como una perspectiva maravillosa. Hoy les escucho por televisión, a algunos de ellos, y parecen de otro planeta. Han soltado astutamente todo el lastre. Hoy son demócratas de toda la vida… Pero hasta la caída del Muro la posibilidad de que la llamada guerra de baja intensidad se convirtiese en una

guerra de verdad existía, ya lo creo. El frente Norte-Este era una realidad. Sabíamos que el punto de ruptura estaba un poco más allá de Gorizia. Nosotros seríamos de los primeros en intervenir.

Barbara se acuerda muy bien.

La existencia de Gladio fue desvelada oficialmente por Giulio Andreotti en 1990, cuando era presidente del gobierno, pero ya otros habían hablado del asunto. Uno de los primeros, si no el primero de todos, fue William Colby en 1979 en su libro *Honorable Men. My Life in the CIA*.

Porque la CIA había financiado Stay Behind.

—¡Santo cielo!, resulta que tenían razón —murmura Barbara.

—¿Quiénes, abogada?

—Los que afirmaban que la CIA, de alguna manera, estaba metida en eso. No andaban tan desencaminados.

Marzio menea su hermosa cabezota de yeti.

—Son los enemigos los que enaltecen a la CIA —dice recalcando las palabras—. Debe comprender que los espantajos, verdaderos o supuestos, son la razón de ser de la *Compañía*. ¿Cuánto costaba Stay Behind? Es incalculable. Todos los países de la OTAN tenían su Gladio más o menos secreta. Los italianos dependíamos de la 8.ª División del SISMI, la que controlaban los estadounidenses. Nos adiestraban sobre todo en Capo Marrargiu y en Poglina, en Cerdeña. Éramos un buen equipo. Hombres preparados para operar en clandestinidad con acciones propias de una guerra irregular: infiltraciones, sabotajes, técnicas de interrogatorio, penetraciones en cualquier territorio para apoyar movimientos de resistencia. Cada uno de nosotros tenía su especialización.

—Usted, ¿qué…?

—Neutralizaciones silenciosas.

—Neutralizaciones.

Marzio se pasa el pulgar por la yugular. Ninguna complacencia, pura información.

—Máquinas de guerra —silabea Barbara.

—Soldados, abogada. Simplemente buenos soldados. Había muy buena gente. Podría darle nombres de personajes que ni se imagina. Le aseguro que ninguno de ellos, llegado el momento, se habría echado atrás.

Se detiene para tomar aliento. No debería acalorarse, la mano de su mujer en el brazo se lo recuerda con la dulce determinación de siempre. Marzio asiente y sonríe. Pero no ha terminado aún.

—Usted, señora, ha venido hasta aquí desde Roma para hablar conmigo. Lo ha hecho porque ha descubierto que soy uno de los pocos amigos que tuvo Kasper en este ambiente. Bien, me agrada mucho conversar con usted. Pero ¿sabe una cosa? No debería buscar a sus amigos. Debe buscar a sus *enemigos*. A los que ahora están de mirones, esperando a ver cuánto resiste en ese culo del mundo ensangrentado que es Camboya. Los que en Italia le metieron en el trullo cuando estaba a punto de recibir la medalla de oro al valor civil. Los que le acusaron de una cosa que claramente no se tenía en pie… Le acusaron de intento de atraco y blanqueo de dinero, una locura, pero así se lo quitaron de en medio. ¿Y qué andaba investigando Kasper cuando le encerraron en la cárcel Regina Coeli? Contésteme.

—Se refiere al año 2005. Estación de Milán. El suizo con la maleta misteriosa…

—¿Misteriosa, dice usted? —ríe Marzio—. Ese hombre se llamaba Bishoff y su maleta no tenía

nada de misteriosa. Solo que Kasper, por orden de la magistratura, fue detenido por la Guardia di Finanze mientras que Bishoff se fue de rositas. Un procedimiento cuando menos insólito, ¿no le parece, abogada Belli?

—¿Qué llevaba Bishoff en esa maleta?

Marzio hincha las mejillas dando a su cara un bonito efecto matoso. Con un lento suspiro dice:

—Algo cuyo nombre probablemente no le dirá gran cosa.

—¿Puede decírmelo, de todos modos?

—Se lo diré y usted lo olvidará un segundo después.

Barbara hace un vago ademán afirmativo.

—Superdólares, abogada. Pero no me pregunte más.

22
La Befana de Kasper

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
lunes, 5 de enero de 2009

Si estuviera en Italia se dispondría a celebrar el 6 de enero, la Epifanía.

De niño esperaba despierto el calcetín lleno de golosinas y carbón de mentira. Carbón de azúcar de mentira, y además negro.

Le encantaba la fiesta de la Befana.

La idea de que los regalos llegasen con una abuelita que volaba pilotando una escoba le animaba en sus planes para el futuro. A los cuatro años ya soñaba con ser piloto de aviación y con tal de volar habría empezado así, con una vieja escoba de zahína, por qué no.

En Prey Sar su Befana ha pasado un día antes. Le ha dejado los regalitos que había pedido.

Una pistola y una granada de mano.

La Befana tenía los rasgos profundamente angustiados de Chou Chet.

«Ahora tienes que esconderlo todo. Esconderlo bien».

Kasper no le ha explicado que esos dos *regalitos* piensa usarlos muy pronto. Por eso le ha rogado que le consiga unas cuantas bolsas de plástico y cinta de embalar. Para las próximas horas va a necesitar un escondite seguro y solo se le ocurre uno. El depósito de agua común. Una tinaja grande de la que los presos sacan agua para su aseo. Y para beber.

Como buen militar, Kasper ha aprendido que las armas, si están bien protegidas, pueden resistir la humedad mucho tiempo. También ha aprendido que en el fondo de los depósitos de agua se encuentra de todo, porque no se revisan regularmente. Hay lugares donde la higiene no es una prioridad. En Prey Sar sencillamente, no existe.

La pistola es china. La granada es rusa.

Una TT de 7,62 mm con una bala en la recámara y ocho más en el cargador.

Una F1 de deflagración casi inmediata: tres segundos y medio, seiscientos gramos de metralla.

SEÑOR R

Es su armamento para fugarse. Para intentarlo, por lo menos.

Pero el elemento más importante es otro. La escalera.

Y la escalera sigue ahí.

La desplazan a lo largo del muro. Un poco cada vez, las obras van despacio, son interminables. Dios bendiga la indolencia camboyana que le ha dado tiempo para organizarse.

Ahora ya está listo. Para saltar y largarse de allí.

El salto.

De noche la escalera está apoyada en el suelo y nadie advierte su presencia. Su enorme valor. Sus extraordinarias posibilidades.

Kasper ama esa escalera. Conoce todos sus detalles. Los largueros de bambú y los peldaños muy separados entre sí, atados con rafia. Los pegotes de cal y las salpicaduras de una vieja pintura roja. Una escalera muy pesada que los obreros suelen mover entre dos. Él tendrá que arreglárselas solo.

Ha calculado el plazo de su obra de mantenimiento. Están trabajando en un tramo del muro equidistante de dos torres de vigilancia. Las torres son ocho: cuatro en las esquinas del campo y otras cuatro en el centro de cada lado. Si sus cálculos son correctos, al día siguiente los obreros se acercarán por lo menos cuatro o cinco metros a uno de los puestos de guardia. De modo que al otro día la escalera estará junto a la torre central, por detrás de la enfermería.

Ese será el momento. Apoyará la escalera y empezará la fiesta.

Lo tiene decidido. Un día más de paciencia. Solo uno. Luego entrará en acción.

Por la noche se esconde junto al edificio del matadero y con el Nokia avisa a Brady para que esté listo.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —le pregunta su amigo.

—¿Tienes miedo?

—¡Claro que tengo miedo! Tengo miedo de que te dejen seco mientras trepas por ese muro del carajo.

Kasper no le cuenta los detalles. Algunos serían fundamentales, pero no hace falta que Brady entienda nada. Solo tiene que sacarle de allí.

Por eso Kasper no le explica que no va a trepar al muro, sino a la torre. Porque saltar el muro con el guardia armado sobre tu cabeza sería como un tiro al blanco. Un suicidio.

No, el primer objetivo es él, el hombre de la torre.

Para eso necesita la pistola china. Para dispararle en la cara cuando se asome a ver lo que pasa. Luego, con el Kaláshnikov del camboyano, tendrá que disuadir a los posibles valentones que le salgan al paso. Un cargador solo tiene treinta y dos balas, pero bastará con unas ráfagas cortas.

Las ráfagas de AK-47 reducen drásticamente el grado de heroísmo.

Y cuando llegue el momento, la granada.

Entonces es cuando deberá saltar el muro. Porque las torres tienen escaleras para que suban los guardias desde fuera. Tendrá que darse prisa, ¡y luego, a correr!

El despegue.

Lo tiene bien planeado. Ha sopesado cada movimiento, ha analizado todos los detalles. Procedimiento estándar: derribar el primer obstáculo significa duplicar las posibilidades de éxito.

—Tendrás que acercarte al perímetro solo cuando me veas saltar —le explica a Brady—. Procura que no te disparen antes de tiempo.

—¿Cómo sabré cuándo es el lado? El lado del salto.

—Lo intuirás fácilmente.

—Qué demonios quieres decir. No me digas que…

—Tú ocúpate de la moto —le corta Kasper—. Y no olvides llenar el depósito.

Marco Lanna le ofrece un cigarrillo. Kasper niega con la cabeza. Nunca ha fumado y no tiene intención de empezar ahora. Se lo dice, y añade:

—La salud es importante, sobre todo en sitios como este.

El cónsul italiano inspira profundamente su Marlboro y sonríe. La ironía le gusta, porque suelen tenerla las personas que aún están vivas. Que quieren seguir viviendo.

Pero ¿Kasper quiere seguir viviendo?

Buena pregunta. Las señales son contradictorias, aunque Lanna cree que empieza a entender algo del hombre que tiene delante.

Entiende que sabe disimular. Sabe hacerlo tan bien que es prácticamente imposible leer en su rostro sus verdaderas intenciones. Es una dote genética refinada con años de adiestramiento y experiencia. Lanna piensa que esa característica es propia de unas pocas categorías de individuos: los abogados, los comerciantes y las esposas. Los agentes secretos, probablemente, son la cuarta categoría. Los agentes como Kasper, por lo menos.

—He hecho algunas averiguaciones —dice el cónsul para romper el hielo—. He leído varias cosas interesantes sobre la Operación Sinaí.

—Bien. Habrás comprobado que no me la inventé.

—Estoy preparando el expediente. Cuantos más elementos me des, más capaz seré de preparar…

—Déjate de expedientes.

—¿Qué quieres decir?

—No sirven para nada. No pierdas el tiempo. Dedícate a la familia. Al golf. Sal con tus amigos, ve al gimnasio…

—No me estás sugiriendo nada nuevo —dice Lanna con una risita.

Kasper aprecia el chiste, pese a todo, pero insiste:

—No pierdas el tiempo.

—No pierdo el tiempo. Te prometí que lo hablaría con alguien…

—Alguien.

—Ya estamos hablando. Pero tengo que darle más elementos.

—Si es Rambo, no creo que necesite muchos papeles.

—No, no es Rambo —vuelve a sonreír el diplomático—. No se le parece en nada.

—Entonces no me sirve.

Ríen. Pero el cónsul no se imagina hasta qué punto es sincero Kasper. Porque lo que necesita es justamente un Rambo. Alguien capaz de cubrirle las espaldas cuando trepe por esa escalera.

Alguien con una M60 bien calada haciendo el vacío alrededor, mientras él salta fuera de Prey Sar. Alguien a quien no le interese saber muchos detalles, pero que en cambio sepa disparar. El tiempo de la diplomacia ha terminado. Quizá no ha empezado nunca.

—La Operación Sinaí fue un éxito —cambia de tema el diplomático, sacándole de sus reflexiones con olor a cordita.

Kasper le mira con ese ceño tan toscano que mezcla escepticismo y sarcasmo.

—Un éxito, dices. ¿Qué te hace pensar eso?

—Los periódicos escriben que la droga… bueno, al final hubo una incautación récord.

—La Sinaí fue un fracaso a medias —silabea Kasper—. Todo fue bien hasta esa noche en que Michael Savage me dijo que el primer transporte llegaría por mar y con una cantidad muy inferior a la prevista.

—Esa noche en Phuket, en su villa.

—Eso mismo. Me vi obligado a aceptar el nuevo plan. De Colombia salió para Italia un cargamento de seiscientos kilos de cocaína y crack. El barco, como estaba previsto, era un portacontenedores israelí. El contenedor llevaba pieles producidas en Chile. Organizamos el recibimiento adecuado. El desembarco se hizo en Livorno, donde un expedicionario muy próximo al Cuerpo nos puso a disposición su almacén. Llevaron el contenedor allí y evidentemente pasó todos los controles aduaneros. Pocas horas después estábamos en condiciones de llevar el cargamento en un camión. Lo conducía un holandés. El destino era Bélgica. Porque no se podía detener esa droga. Tenía que llegar a su destino. Solo así habría podido seguir el rastro y reconstruir todo el mapa de la organización de Michael Savage.

—Así que la incautación fue un accidente.

—Mucho peor. El camión estaba a punto de cruzar la frontera entre Italia y Austria, pero cambiaron los planes. Los jueces que coordinaban la operación dieron marcha atrás. Decidieron que no se podía repartir por Europa toda esa cocaína. Años antes, en la Operación Piloto, el juez competente se había responsabilizado, pero ese señor se llamaba Pier Luigi Vigna y por algo acabaría siendo el fiscal nacional Antimafia. En la Sinaí las cosas fueron distintas.

—El camión fue detenido en la frontera. Era el 6 de febrero de 1998.

—En Vipiteno. Y los periódicos sacaron titulares sobre la incautación récord. Así acabó la Sinaí.

—He leído que también cogieron a Michael Savage, alias Gordon.

—A Gordon le detuvieron después. A pesar de mis esfuerzos por salvarle.

—¿Salvarle…?

Marco Lanna se echa ligeramente hacia atrás, mira a Kasper como si estuviera bromeando.

—Claro que sí. Hice todo lo posible por impedir que le encerraran. Alguien como él podía ayudarnos a reconstruir una de las mayores organizaciones de narcotráfico que operan en el mundo. ¿Qué eran seiscientos kilos de mierda en comparación con lo que habríamos podido desmantelar? Por eso, justo después de la incautación de Vipiteno, volví a Tailandia.

—Me estás diciendo que con Gordon seguiste fingiendo…

—Mi papel todavía no se había descubierto, de modo que intenté el enésimo farol. Llegué a Bangkok y tuvimos un encontronazo bastante duro. Le dije que la incautación no había sido ningún SEÑOR R

maldito accidente. Era mucho más probable que hubieran descubierto a alguno de los suyos y que ahora todos corríamos peligro. Le rogué que se quedase en Tailandia, porque en Europa podían detenerle. Le propuse que organizara otro envío, esta vez por avión. Así yo habría podido conocer también la parte colombiana de la organización.

—De locos. ¿Y Gordon por qué no te dejó seco?

—Habría podido hacerlo en un nanosegundo, desde luego. De hecho, mis jefes del ROS se habían opuesto a ese viaje. Les parecía una locura. Pero fui de todos modos. Por entonces me creía invulnerable. Y luego el hecho de que estuviera allí, completamente expuesto y también un poco cabreado, inclinó la balanza de mi parte. Una vez más, Michael Savage se fio de mí.

—Como cuando, en ese tren de Suiza, te hizo la prueba del alcohol.

—Ya, la alergia… —sonríe Kasper—. Esa vez tuve bastante suerte. Años antes, en la Operación Piloto, los narcos me retuvieron en Medellín durante muchos días. No era una vida fácil: muchas horas sin hacer nada, rodeado de borrachuzos armados hasta los dientes. Para no participar en sus curdas colosales solo había un sistema…

—Fingir alergia al alcohol…

—Eso mismo. Si los colombianos no querían perder a su valioso piloto tenían que dejar que me mantuviera al margen. Ese *detallito* me convertía en un personaje esquivo. Y bastante discutible.

—Un hombre un poco menos macho de lo que se espera de él.

—Algo así.

—Entonces en Zurich ese *detallito* te salvó la vida.

—Es posible —asiente Kasper—. Pero siempre pensé que Michael Savage quería creerme… creerme más allá de cualquier duda razonable. Lo deseaba. Como todos los románticos, Michael pretendía que la realidad se ajustara perfectamente a su visión de las cosas.

—Un narcotraficante irlandés y romántico. Un personaje realmente insólito.

—Insólito y obstinado. Le detuvieron en Holanda. Me lo encontré poco después en el juicio. No pareció muy contento de verme.

—Pareces disgustado.

—Sí, me disgustó mucho, porque un criminal como él no debía acabar así. Podía habernos dado muchísimo. Pero ahora hay jueces que son como los gerentes de las grandes empresas. No trabajan para el mañana. Trabajan para hacerse ricos y los que vengan detrás que arreen.

Kasper hincha el pecho con un suspiro lento y prolongado que da paso al silencio.

—Entiendo lo que sientes —murmura el diplomático italiano—. Estar encerrado aquí, en esta situación… Todo parece increíble.

—¿Tú lo entiendes? —replica Kasper—. ¿De verdad? Vaya, es un consuelo. Entonces también entenderás que hablar de todo esto no sirve para nada. Solo sirve para flagelarse. Para hacerse daño. La memoria es un instrumento de tortura.

—No estoy de acuerdo. Yo creo que, por el contrario…

—Claro, claro.

Kasper asiente y frunce los labios con algo que podría parecerse a una sonrisa. Se levanta de la silla y le da la mano.

—Mis historias han terminado. Creo que no tenemos nada más que decirnos, señor cónsul.

—¿Qué demonios significa eso?

—Que se acabó lo que se daba. Gracias por lo que has hecho o intentado hacer. Pero lo dejamos aquí. Adiós, míster Lanna.

SEÑOR R

23
Fuego cruzado

Carsoli, Abruzos,
a 67 km de Roma,
enero de 2009

El americano es un gigante.

Barbara le ve hablando con el dueño del restaurante, que no es precisamente canijo. Un hombretón de casi uno noventa y por lo menos cien kilos. Pero al lado del otro, desaparece. El americano parece su hermano mayor.

Ciento cincuenta kilos de hombre, como mínimo.

El americano es el Profesor.

Barbara está citada con él un poco más tarde. Mientras tanto le observa a distancia. Ha llegado con varios minutos de antelación. Se lo toma con calma.

Se queda en el coche y observa la escena.

Él fuma un puro toscano y charla con el dueño en el frío seco y punzante de ese día espléndido y soleado. Los dos están delante de la entrada de L'Angolo d'Abruzzo, en la plazuela de Carsoli, un pueblecito situado a seiscientos metros de altitud, poco después del límite con el Lacio. Al Profesor le gusta hacer escala aquí en sus viajes entre Roma y la costa adriática. Una corta desviación de la autopista para ir a uno de esos lugares que te hacen amar Italia.

Ahora disfruta del toscano y la espera a ella. De vez en cuando se arregla los pantalones del traje de pana marrón y se los sube. La chaqueta deja entrever los tirantes rojos como anchos meridianos que recorren su mole esferoidal. Sobre la camisa azul no lleva corbata, sino una pajarita granate. Cabellera gris y espesa. Peinado con un ventilador, se diría. O con un petardo.

El Profesor tiene casi setenta años. Barbara no recuerda haberle visto nunca joven. Ni siquiera en las fotos de su biografía de analista político internacional. Es así desde siempre. Muy sabio y muy viejo. Muy estadounidense también, con ese modo de hablar como si estuviera siempre mascando un par de chicles.

SEÑOR R

La cita es a las trece en punto. Para conversar de asuntos que «no son para hablarlos por teléfono». Eso le dijo cuando decidieron dónde iban a verse.

«Si no le importa acercarse a Carsoli, la invito a comer y hablamos delante de una chimenea encendida».

Barbara aceptó sin dudarlo. Al Profesor le conoce de oídas, pero nunca habría podido llegar hasta él. El contacto se lo facilitó el senador después de oír su último informe. El encuentro con Marzio De Paoli había aclarado aspectos bastante importantes.

«Creo que ahora lo que necesitas es un hombre con ciertos códigos», le dijo el senador.

Ciertos códigos.

El senador no tuvo que pensárselo mucho.

«Veamos si el Profesor está dispuesto a recibirte. No creo que el asunto le interese demasiado, pero está en deuda conmigo. A lo mejor acepta».

Le llamó y le explicó los motivos de la petición. Pocos detalles, los indispensables. Apeló a su experiencia y, naturalmente, le dio una palmadita a su ego. La deuda que tiene con él apenas la mencionó. Lo justo para recordársela. La respuesta fue muy estadounidense: «Sabes que contigo no puedo negarme, viejo cabrón, así que dile a tu alumna que estaré encantado de verla. Dile también que podía haber encontrado un caso menos desesperado».

Desesperado, y tanto. En los últimos días Barbara se lo ha preguntado continuamente. ¿A qué grado de desesperación habrá llegado Kasper? ¿Qué pasa por la cabeza de un hombre como él al cabo de varios meses de prisión? De torturas físicas y psicológicas. De abandono.

Barbara había vuelto a hablar con el diplomático italiano en Phnom Penh.

«Tengo mala impresión —le había confesado Marco Lanna—. La última vez que le vi en Prey Sar tenía ese brillo en la mirada… Inquietante, como poco. Me temo que sé lo que es. No querría que estuviese planeando un gesto definitivo…»

Definitiva solo es la muerte, y planearla significa algo muy concreto. Sobre todo para un hombre como Kasper, que ama Oriente y sus artes. También las marciales. Hay una palabra que le ronda la cabeza: seppuku.

Seppuku.

En el código de honor de los antiguos samuráis japoneses el seppuku era un gesto de orgullo y dignidad.

Definitivo, desde luego.

Ante la imposibilidad de luchar, se sale de escena. Para librarse de una muerte que considera deshonrosa, el guerrero opta por la solución extrema.

Muchos años antes, durante unas vacaciones en Tokio, Barbara había asistido a una representación de *Chushingura*, el drama que cuenta el seppuku colectivo de los «Cuarenta y siete Ronin», y había quedado impresionada por la sensación de inevitabilidad que acababa embargando al espectador; este dejaba de ser juez para convertirse en cómplice.

El suicidio como gesto terrible, pero, en definitiva, aceptable.

Para Kasper no. Él no puede acabar así. Alguien como él, no.

Barbara había pasado los últimos días revisando los legajos de su cliente. Idas y venidas por el piazzale Clodio, entradas y salidas del Palacio de Justicia. Cada legajo es una historia. Y cada

historia se relaciona con otras historias. Había buscado confirmaciones, cruzado datos y circunstancias, encontrado nexos. Había estudiado.

Los papeles cuentan una guerra.

Hay una cuenta pendiente entre el ROS y algunos jueces. Eso está claro. Algunos oficiales de los carabinieri se han pasado media vida defendiéndose. Sospechas y acusaciones amplificadas por los medios. Con gran acompañamiento de basura.

«Los extraños métodos del ROS», reza uno de los titulares de periódico que ha encontrado en la red. El artículo habla de la Operación Piloto, la sensacional redada antidroga que tuvo como protagonista al comandante Carlos, alias Kasper, alias un montón de personajes más.

Leyendo el artículo se queda uno de piedra. El resultado excepcional del ROS queda eclipsado por las declaraciones disparatadas de uno de los imputados: un narcotraficante que durante el juicio acusa al ROS y al comandante Carlos de haberle «provocado» proponiéndole el transporte aéreo de droga a Italia. Todo lo demás, como la cocaína incautada, mil kilitos de nada, o la desarticulación de la red criminal… puro trámite.

Y luego basura y más basura.

Al parecer, cuando se persigue a los criminales, las salpicaduras son inevitables. Sobre todo porque siempre hay alguien dispuesto a enchufar el ventilador en el momento más oportuno.

Pero eso no es nuevo para Barbara. Siempre lo ha conocido. Ella trabaja en Roma, no es una abogada matrimonialista de la adormecida Italia profunda. Sabe que hay gente dispuesta a dar alas a cualquier iniciativa que perjudique a los carabinieri y en general a las fuerzas del orden. El megáfono siempre está listo. Por lo demás, entre policía, carabinieri y Guardia di Finanza hay competencia, es fuerte, a veces exacerbada. Ellos tampoco son unos angelitos. Hay héroes, pero también auténticos cabronazos.

Las «manzanas podridas», así les llaman ellos.

Solo que las manzanas podridas, cuando llevan un uniforme del Estado, están podridas y agusanadas.

El agente Kasper, en todo esto, puede ser de gran valor. Para algunos jueces es como una lupa. Es un sujeto muy particular, y algunas de sus hazañas son acrobacias al límite de lo inverosímil. Es alguien que se arriesga, que se expone personalmente. Asume su responsabilidad y a menudo se queda solo.

Vulnerable.

A través de él, algunos jueces piensan que pueden descubrir una trama, un plan, probablemente una organización.

¿Quién ha autorizado? ¿Quién ha decidido tal cosa? ¿Quién ha utilizado a quién?

El marketing judicial no hace descuentos a nadie, ni siquiera a los esbirros. Las investigaciones no se abren: se lanzan. Son productos de consumo. A veces duran poco, pero mientras tanto irrumpen en el mercado de las últimas noticias y dan la campanada.

Kasper no es el objetivo principal. Pero yendo a por él, la justicia —esa justicia a tiro hecho— puede dar el gran golpe: enchironar a un coronel, o a lo mejor a un general, a algún pez gordo de los servicios secretos o de la política. Los titulares de los periódicos ya están listos. Las entrevistas en la tele no se hacen esperar. Las carreras son prometedoras.

SEÑOR R

Es una pelea interna de los aparatos del Estado en la que poco tiene que ver la Justicia, la auténtica. De esta guerra de poderes y venenos a la opinión pública solo le llegan jirones, añicos, migajas de verdad en medio de un lodazal de mentiras.

Italia es así, después de todo. Y no es cosa de hoy.

—Mi antiguo jefe dice que usted es un hombre con los códigos adecuados.

El Profesor la mira un momento por encima de las gafas bifocales con las que está repasando el menú. Sonríe y vuelve a sopesar su elección. Se diría que podría pedir todo lo que hay, pero ya le ha dicho cuando se han presentado que iba a comer poco: «Luego tendré que conducir trescientos kilómetros, por lo menos. Pero usted no se prive, por favor».

Le ha comentado cuáles son sus preferidos: los raviolis de requesón, los tagliolini de trigo duro molido a la piedra y los ñoquis de patata turquesa. Pero también los bocaditos de cordero criado junto a las fuentes del Turano, el queso scamorza de vaca a la brasa y el solomillo de conejo.

Cuando ha mencionado los postres Barbara ya tenía una dolorosa sensación de saciedad. No había llegado hasta el punto de la pastilla de menta de Monty Python, pero sí sentía una bola en la boca del estómago. Estaba tentada de pedir una ensalada. Pero podía ser un mal comienzo para la entrevista.

Una menestra de verdura con setas. Vale, que sea la menestra. La eterna vía del compromiso.

—Muy buena elección —asiente el Profesor. Y añade—: Para abrir boca es lo mejor.

Barbara le resume la historia y él la escucha con interés. Sus comentarios son escuetos, serenos, nada que ver con el énfasis dedicado a la comida que mientras tanto va pasando por su mesa.

Barbara no revela sus fuentes. No menciona los superdólares, pero sobre todo lo demás no ahorra detalles.

En realidad, ¿qué puede perder Kasper?

—Esa es la situación —dice al final de su resumen.

—Conozco bien a su hombre. —Y antes de que ella pueda hacerle una pregunta el Profesor la detiene con un gesto comedido de la mano—. No personalmente, entiéndame. Pero en ciertos ambientes Kasper es bastante conocido.

—Si se refiere a los ambientes de la derecha italiana…

—Olvídese de eso —sonríe él—. Deje esas memeces para los periodistas perezosos y los jueces que con tal de hacer carrera se meten en investigaciones improbables. Hablemos de cosas serias. Pero antes, abogada, tengo que dejarle algo claro.

—Usted dirá.

—A Kasper, como usted le llama, no conseguirán sacarle de Camboya. Por lo menos con los procedimientos oficiales.

—¿Por qué me dice eso?

—Lo entenderá cuando oiga lo que le voy a contar.

En los años setenta y ochenta, explica el Profesor, había una organización llamada IFF, SEÑOR R

International Freedom Foundation.

La IFF debía actuar contra los enemigos de Estados Unidos y de las democracias occidentales. Sobre todo con propaganda, pero no solo con eso. Eran los tiempos de la guerra fría y todos los medios se consideraban lícitos. La propaganda pasaba por los medios informativos tradicionales, pero también a través de otras iniciativas. Por ejemplo: desacreditar a hombres considerados peligrosos, organizar escándalos, crear dificultades a los adversarios y enemigos, o a quien trabajara contra Estados Unidos y sus aliados.

—Puede que no fuera un buen mundo —observa el Profesor con una risita—. Pero por lo menos las cosas estaban claras. Nosotros aquí, *ellos* allí, y a torta limpia. La IFF formaba parte del equipo, porque era una filial de la CIA. Nada distinto de lo de ahora. Era eso: una de las muchas ramificaciones de la famosa *Compañía*. La IFF tenía agentes en las principales ciudades del mundo. En Roma el agente era un joven piloto. Un chico brillante y bastante temerario.

—¿Me está diciendo…?

—Se lo acabo de decir, señora. Y no ponga esa cara de asombro; de lo contrario, significa que usted aún no sabe en qué planeta vive mientras se ocupa de este asunto. Nuestro amigo, hombre de los servicios secretos italianos y representante de la IFF, empezó a trabajar también para el BOSS de Sudáfrica. BOSS significaba Bureau of State Security, en la práctica una especie de IFF a la sudafricana.

—Más CIA, entonces —observa Barbara.

—Perfecto, veo que me sigue —confirma el Profesor—. El BOSS tenía planes, digamos, interesantes. Los tenía en particular para los hombres del Congreso Nacional Africano, los opositores, a los que entonces el régimen sudafricano consideraba terroristas. En Europa esos hombres estaban dirigidos por Nelson Mandela desde la cárcel, y por su mujer Winnie Madikizela, dirigente del brazo armado, la Lanza de la Nación, que luchaba con sabotajes y atentados contra el gobierno de Pretoria encabezado por Botha.

—¿Qué planes tenía el BOSS para los opositores?

—Eliminarlos. Acabar con los hombres de Mandela. Sin contemplaciones. Mandar una señal inequívoca. Son asuntos que no se pueden valorar con la mentalidad de hoy: entonces había una guerra. Una guerra de verdad. Por eso los sudafricanos, con la aprobación de sus aliados occidentales, le pidieron a nuestro Kasper que organizase la *cura* apropiada. Él tenía que ocuparse de los representantes de Mandela en las capitales europeas. En Roma estaba Benny Nato de Bruyn. Era el primer objetivo.

—Está de broma —murmura Barbara.

—¿Le parezco alguien que bromea delante de un Montepulciano de Valentini?

El Profesor la observa divertido, con sus ojillos grises de marinero avejentado y desencantado. Alza su copa de tinto. Barbara amaga un brindis. Un brindis mientras se habla de gente que planea matar a otra gente. No está turbada. Está disgustada. Pero hace lo posible por disimularlo.

Un movimiento de la boca para saborear el cuerpo del vino y el Profesor prosigue satisfecho:

—Kasper obedeció las órdenes y planeó la *cura*. Eliminaciones quirúrgicas. También fue a París, Londres y Madrid. Hizo lo que tiene que hacer un agente operativo. Todo estaba listo, pero al final no se hizo nada. De repente la *Compañía* dio orden de parar. El impacto de semejante acción

sobre la opinión pública internacional habría sido devastador y solo habría servido para acelerar la caída de Botha. Por eso el proyecto se suspendió. Mientras tanto, los sudafricanos habían apreciado al joven italiano y le emplearon durante algún tiempo como piloto militar, porque a pesar del embargo usaban aviones italianos de Aermacchi. Kasper volvió a encontrarse a los mandos de un MB-326 para atacar a los convoyes angoleños del SWAPO. Un período de guerra verdadera, auténtica, que le dio un gran prestigio en el ámbito de los servicios de inteligencia italianos. Un hombre que gustaba a los estadounidenses porque hablaba, y combatía, como un estadounidense. Les gustaba tanto que en los años posteriores pasó mucho tiempo en Estados Unidos trabajando para ellos.

—Todo eso con el aval de los servicios de inteligencia italianos —murmura Barbara.

—Evidentemente. Hombres como él, en los servicios italianos, no hay muchos. Piense que mientras estaba en Estados Unidos, desde Roma le pidieron que cazara a los neofascistas italianos huidos a Paraguay. ¿Y qué hicieron cuando los encontró? Le pararon. Tenía que llevar a Italia a un *nero* bastante importante, Elio Massagrande. La CIA estaba al corriente de la operación, creo que había dado el visto bueno. Massagrande era huésped en la hacienda de un grupo de terroristas franceses de la OAS refugiados en el extranjero. Pero en el último momento Roma lo paró todo. Sin dar explicaciones. Y Kasper volvió a Estados Unidos. Por entonces se había echado novia, una fotógrafa de Seattle. Una chica encantadora, él la introdujo en su ambiente.

—¿La convirtió en espía?

—Algo así. Una buena pareja, mientras duró.

Barbara piensa que quizá debería mostrar entusiasmo. Que podría acribillarle a preguntas complacientes. Decirle que es un relato fantástico, alucinante, que por sí solo es una novela de espías. Pero solo tiene una sensación de vacío.

De acuerdo, querría decir, no soy Blancanieves ni Alicia en el País de las Maravillas. Soy una abogada de la capital, a veces me he ocupado de asuntos importantes y he tenido clientes con los que en otra vida no me habría tomado ni un café. Pero estos, ¡santo Dios!, estos pertenecen a un mundo que juega a la guerra cuando no hay guerra, y si la hay es porque se la han declarado entre ellos y pelean sobre la cabeza y la piel de la gente corriente. De todos nosotros. Lo hacían después de Yalta y no han parado nunca. Con nuestro dinero de contribuyentes acosados por Hacienda, además.

¿Cuánto más puede durar hoy un sistema así?

—La noto desconcertada —sonríe el Profesor.

—Hay cosas que no entiendo —replica ella. Trata de recuperar la concentración. Tiene que hacerlo, son los malditos gajes del oficio, al fin y al cabo. Pregunta—: Por ejemplo, no entiendo que, si Kasper ha tenido una relación tan estrecha con la CIA…

—¿… por qué ahora está en apuros?

—Eso.

—A lo mejor es por esa misma razón —replica el Profesor, impávido—. Si no hubiera tenido ninguna relación con la CIA, probablemente hoy no estaría preso en Prey Sar.

—Pero la CIA…

—La CIA está formada por hombres —la interrumpe—. Por hombres y mujeres que viven en su

tiempo. Y cada tiempo comporta necesidades nuevas.

—¿O sea?

—La CIA es el servicio secreto del país más poderoso del mundo. De modo que, en teoría, es el servicio secreto más cojonudo del planeta. Tan cojonudo que en su larga historia se la ha relacionado con casi todos los acontecimientos más complicados y controvertidos de los últimos sesenta años de historia de Estados Unidos, y de otros países. Golpes de Estado, matanzas, guerras, secuestros; en fin, usted ya lo sabe, habrá leído libros y visto sus buenos peliculones, me imagino.

El Profesor observa la expresión atónita de Barbara y sonríe.

—Hasta aquí, dirá usted, nada nuevo. En efecto. Luego está la National Security Agency, NSA, a la que irónicamente se la conoce como No Such Agency porque hasta hace algunos años no eran muchos los que conocían su existencia. La CIA y la NSA trabajaron al alimón en los años cincuenta y son responsables de la seguridad del país. Pero también está el mítico FBI. Sin olvidarnos de la DEA, la agencia especializada en la lucha contra el narcotráfico. Desde hace unos años también está la Homeland Security. De modo que si en Italia los carabinieri y la policía tienen sus piques, imagínese el ambiente que debe de respirarse en Estados Unidos. En teoría deberían colaborar, pero en realidad la competencia es despiadada. Despiadada, literalmente. Además, usted ya sabe cómo funciona esto: en los últimos años la seguridad ha fundido miles de millones de dólares de financiamiento público.

—Que, sin embargo, no han sido suficientes —apostilla Barbara.

—Ahí está el asunto —asiente el Profesor—. La existencia de Echelon ya la conoce hasta el gato. Gracias a Echelon se controlan millones de comunicaciones sin ningún respeto a la privacidad. Después del 11 de septiembre ha habido una escalada de los sistemas de vigilancia. Una escalada costosísima. La Ley Patriota, en el título II, se ocupa exactamente de eso: la vigilancia como prevención del terrorismo. Para este fin el gobierno de Estados Unidos ha dado poderes que hasta hace unos años eran impensables. La cosa, evidentemente, ha tenido consecuencias. De entrada, una: el desarrollo de una industria particular con intereses de todo tipo. Hombres, medios, instrumentos, nuevas entidades, como agencias gubernamentales y paragubernamentales. Tipo Blackwater, pero le podría mencionar otras.

—¿Me está diciendo que el controlador es incapaz de controlarse a sí mismo?

—No solo eso. Le estoy diciendo que en la guerrilla interna del aparato estadounidense algunos no ven la hora de joder a su vecino de pupitre que es un empollón. Por eso, cuando usted me cuenta que su Kasper fue captado por alguien que se presentó como de la CIA mientras que ahora está amenazado por alguien que se presenta como del FBI o como del Homeland Security, yo le digo que no solo es posible, sino incluso probable. No será la primera vez que se oye hablar de servicios de inteligencia fuera de control. No es una excepción. Es la regla. No olvide nunca esa película estupenda, *Los tres días del Cóndor*. Supongo que la habrá visto.

—No, creo que no.

El tono es el de una estudiante pillada en falta.

—Pues tiene que conseguirla. Ya es un poco vieja, pero el tema sigue siendo actual. Robert Redford, Faye Dunaway y un espléndido Max von Sydow en el papel de asesino. ¿Sabe a quiénes tiene que matar Max von Sydow? A unos hombres de la CIA. ¿Y quién le ha contratado? Alguien

de la CIA. De lo que se deduce que pueden existir varias CIA: CIA 1, CIA 2, y así sucesivamente. Porque, a fin de cuentas, querida mía, unas siglas no significan nada. Son los hombres quienes hacen las cosas. Los hombres y las mujeres. Y sus motivaciones suelen ser el poder y el dinero.

El dinero.

Barbara se apoya en el respaldo de la silla y mira al plato, con la menestra que apenas ha probado. Lo que ve es un pantano. Cieno y arenas movedizas. Donde uno puede desaparecer.

De modo que Kasper podía haber quedado en medio del fuego cruzado entre organizaciones gubernamentales estadounidenses. Es un polígono de tiro a la espalda, donde las alianzas y los oportunismos son más peligrosos que los proyectiles. Donde más que artes marciales se necesitan artes bizantinas. Es su destino, evidentemente, el quedar atrapado en medio de los peores juegos de poder.

Ahora vuelve a pensar en Marzio De Paoli y en sus juicios mordaces sobre los espías italianos. Quizá hacer vida de oficina y concentrarse en la corbata adecuada no sea una actividad tan denigrante.

—Se le va a enfriar la menestra —le dice el Profesor.

Ella hunde la cuchara, pero se detiene enseguida.

—Si yo ahora le dijera que Kasper estaba investigando algo muy… Algo que se llama superdólares…

El Profesor suspende el asalto con arma blanca. El solomillo de conejo está apenas empezado. Mira a su invitada apretando la mandíbula.

—¡No me diga! Menudo notición…

—Entonces lo sabe.

—Lo extraño sería que no lo supiera. —Aspira el aroma del plato. Parece convencido—. Superdólares —repite—. De ese asunto poco puedo decirle. Las noticias son confusas, contradictorias. Es cierto que están circulando dólares, enormes cantidades de dólares, a los que llaman *counterfeits*, pero que en realidad no son falsos. Son más bien copias. Llegan de Asia. Hay pistas que lleva a Irán y Corea del Norte. Los llamados «estados canallas». Quizá también haya algo en Pakistán, que en teoría es aliado de Estados Unidos.

—¿Dólares auténticos pero copias?

—Creo que no se da cuenta de lo que significa. Si alguien consiguiera imprimir superdólares tendría un poder enorme.

—No soy una experta, pero creo que a la economía estadounidense todo esto no le sienta nada bien.

—Es cierto, pero no hay ningún *plan superdólares* contra Estados Unidos, si es lo que está pensando. Más bien la presunción de que la economía estadounidense es un océano ilimitado en el que se puede hacer de todo: se puede navegar en la superficie pero también a varios metros de profundidad. Y es ahí abajo donde ocurren las cosas peores.

—Me temo que Kasper ha descubierto algo así —murmura Barbara—. Que ha bajado a cierta profundidad.

—¿A cuánta profundidad?

—Todavía no lo sé.

SEÑOR R

El Profesor vuelve al conejo. Corta un trozo, se lo lleva a la boca, pero antes de tragárselo se concede una nueva risita calcárea.

—¿Sabe una cosa? Tengo la impresión de que su cliente no le va a pagar la minuta. No llegará a hacerlo.

24
Visitantes

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
enero de 2009

Han llegado sin avisar, pero son personas que no necesitan hacerlo. Además, estaban seguros de encontrarle en casa.

En casa.

Son los *Visitantes*. Así ha llamado Kasper a los estadounidenses que le quieren sacar de Camboya. Vuelo directo a Estados Unidos. Billete gratis, pero solo de ida.

No tiene la menor duda. Si hubieran podido le habrían empaquetado sin tantos miramientos. *Extraordinary rendition*. Pero desde el secuestro del 27 de marzo ha pasado demasiado tiempo. Y son muchos, demasiados, los que saben que está en Prey Sar.

Ahora él debería dar su *aprobación* a ese viajecito a Estados Unidos. Para eso sirven las firmas que los estadounidenses quieren que estampe. Sirven para llevárselo a petición suya.

Kasper no lo hará. Ni por un momento se le ha pasado por la cabeza aceptar su *proposición*. Ya no se fía de nadie y menos aún de sus ex amigos estadounidenses.

Visitantes. Como los extraterrestres de la serie de televisión. Los poderosos enemigos llegados del espacio que solo se podían neutralizar con una misteriosa toxina. Kasper todavía no la ha descubierto y ya no le va a dar tiempo.

Tiene otros planes para su futuro inmediato.

Esta vez entre los *Visitantes* también hay una mujer. Rubia, delgada. Su presencia allí dentro resulta deslumbrante. Una punzada en los ojos. Y en el estómago.

Eau de toilette Christian Dior.

Es increíble cómo un detalle estúpido puede hacernos recaer en la angustia de la pérdida. Cómo puede hacer que nos sintamos irremediablemente alejados del mundo de los buenos perfumes y la elegancia. Del decoro. Del respeto a las reglas.

SEÑOR R

Se llama Rose y es estadounidense, naturalmente.

Vaqueros y chaqueta azul, un hilo de perlas sobre la camiseta blanca, maquillaje apenas esbozado. El pelo recogido deja ver los pendientes de oro, pequeños, sobriamente originales con su forma helicoidal. Mucho más evidente es su alianza con diamante en el anular derecho.

Rose tendrá treinta años o algo más. Una preciosa mamaíta americana, si no fuese por ese modo de hablar con incisiones cortas, quirúrgicas.

Dice que también es del FBI. Mira a Kasper y le sonríe de soslayo, suponiendo que eso sea una sonrisa. Pero la mayoría de las veces le observa con la expresión de alguien que querría disponer de él en otro lugar. En la cama no. Tampoco en un jacuzzi lleno de espuma. Más bien en una base estadounidense, a resguardo de miradas indiscretas. Lejos de quien no comprende los métodos de la nueva Gran Guerra por la Democracia.

Los americanos quieren saber si se lo ha pensado.

—¿Qué me ofrecéis? —pregunta Kasper.

—Firma y dentro de unos días estarás fuera de esta mierda —resume el estadounidense oscuro y tosco al que llama el cabreado.

—Habéis venido a salvarme.

—Algo así.

—Como hicisteis con mi amigo Clancy.

—¿Te has enterado? Él ha celebrado la Navidad en familia.

La Santa Navidad, claro. Aquí tampoco lo hemos pasado mal, le gustaría replicar. Pero se detiene de inmediato. Nada de cachondeo. Nada de chulerías a la toscana. Ahí fuera hay un muro que escalar. Y una vieja escalera de bambú que le está esperando.

El salto. El despegue.

Perfil bajo, se ordena a sí mismo. A ras del suelo.

—Estoy muy cansado —murmura.

—Lo creo —dice el rubio que afirma ser de la Homeland Security—. Llevas cuatro meses aquí. Me pregunto cómo consigues seguir vivo.

—¿No lo sabes? —interviene la mujer—. El italiano ha hecho amigos.

Un vuelco en el corazón.

Kasper lo recibe de lleno. Justo en el centro del pecho. Siente lo que se suele llamar «un vuelco» y ahora es cuando entiende bien lo que significa. Ha estado más de una vez en el filo de la navaja, pero esa alusión a sus *amigos* le ha dejado helado. No es únicamente por la perfidia, tan femenina. Es la sensación de que esas palabras son un bisturí. Y de que solo es la primera incisión.

La operación quirúrgica acaba de empezar. Si saben lo de las armas está acabado.

—¿A cuántos has sobornado hasta ahora? —dice el cabreado con una risita—. Está ese teniente mestizo, ¿cómo se llama? Darrha, creo. Te echa un huevo de menos. Cuando habla de ti, ¿sabes a quién me recuerda? Me recuerda a mi hermano cuando me hablaba de su primera novia.

—Ya, hemos tenido una buena relación —replica Kasper.

—¿Y aquí dentro con quién te has enrollado?

—No he encontrado a mi tipo ideal. Todavía no.

—Sin embargo, has hecho amiguitos —dice la mujer—. Sabemos que te llegan muchas cosas

buenas de fuera… Un poco caras, al parecer, pero que te ayudan a aguantar esto.

—Paracetamol —silabea Kasper.

—Paracetamol, claro —repite el cabreado—. Oye, colega italiano… puedo llamarte así, ¿verdad? No te ofendes… Así que, colega, te proponemos que vengas con nosotros y colabores con el gobierno de Estados Unidos de América. Aquí dentro vas a diñarla, tarde o temprano.

—Llevadme de vuelta a Italia. Colaboraré desde allí.

—Me temo que no es posible. Te damos unos días más para que te lo pienses. Nos gustaría volver pronto a casa. ¿Cómo se suele decir en Italia? *Teniamo famiglia*, ¿eh?

Lo dice en italiano porque, explica, sus abuelos eran de un pueblecito de Campania. O de Calabria. Ahora no se acuerda, pero le promete que se lo dirá. Y añade:

—Nos gustaría irnos pronto de este agujero. Ven con nosotros. Vuelve a los States, como cuando eras joven y correteabas entre Seattle y Florida. Con Clancy y los otros amigos del coronel North. Qué tiempos, ¿verdad? Vuelve con nosotros. Podrás oír a tu pobre mamá enferma. Piénsatelo, podrás hacerlo todos los días. Podrás hablar con tu Patty cuando quieras…

—Cabrones —murmura Kasper.

—¿Has dicho algo?

—Que tengo que pensarlo —asiente—. Dejadme unos días.

La escalera está donde había previsto. Sus cálculos son exactos.

Unas horas más. Una noche y unas horas más de espera. De observación. Tendrá que arreglárselas para vigilar «la obra». Una observación discreta. Luego se pondrá en acción. Podría hacerlo cuando los albañiles paran a almorzar, pero con el sol alto todo es mucho más peligroso. Es mejor al atardecer, cuando los albañiles retiran la escalera, la tumban en el suelo y se van.

Levantarla él solo no será fácil, pero tiene que conseguirlo. No hay alternativa.

Pero antes tiene que pescar.

Tiene que recoger la pistola y la granada de mano. Tiene que sacarlas del fondo, quitar el envoltorio impermeable y guardarlas en otro sitio durante unas horas. Ha preparado un hoyo pequeño en la orilla de la huerta y lo ha camuflado con papel, tierra y hierbas. Un hoyo ciego, como los que hacía cuando era pequeño en la playa de Viareggio, para que los adultos cayeran en la trampa.

Hasta ahí la parte fácil.

Luego entrará en danza el destino.

Kasper deberá confiar en que esas armas que tanto le han costado, llegado el momento, funcionen. Deberá confiar en que Chou Chet no le haya proporcionado unas piezas de museo. Porque la pistola la tendrá que usar enseguida y no podrá prescindir de ella. Cuando haya eliminado al hombre de la torre y se haya encaramado allí, la música será otra. Con el Kaláshnikov en las manos todo será más sencillo.

O la fuga, o la muerte.

En Prey Sar estás perdido por mucho menos que matar a un carcelero. Cargarte a uno de ellos y no lograr huir significaría entregarse a las prácticas más demenciales de la tortura asiática. En tal

caso es mucho mejor quitarse la vida.

Memorando para el día siguiente: reservar por lo menos un tiro.

A Chou Chet no le ha dicho nada.

Ni siquiera le ha contado las alusiones de los *Visitantes*. Se limita a recomendarle que sea prudente. No está claro que los americanos sepan algo. El dinero que manda su madre desde Italia va directamente al director del campo y a los colaboradores que Mon Kim Heng decide premiar en su círculo de corrupción sistemática. Chou Chet forma parte de otra línea de sobornos. Controlada directamente por Brady.

Brady, el insustituible. El único de quien puede fiarse realmente.

Su amigo mecánico está listo. Tendrá que esperar en los alrededores del campo ya al mediodía. Nunca se sabe, a lo mejor hay que adelantar el despegue. Kasper le mandará un SMS al principio de las operaciones y él tendrá que contestarle repitiendo exactamente su texto. Si Brady escribe «Ok» u otro tipo de mensaje significará que hay problemas y es mejor dejarlo para otra vez.

Será el despegue más difícil de su vida.

Como volver a estar a los mandos de un jet. Ya en la pista. La voz de la torre de control en los cascos. La mediana alineada debajo de él. Los ojos fijos en los instrumentos, con sus agujas temblorosas, con leds e indicadores que se encienden y se apagan.

Coloca las palancas de los motores en posición intermedia y anuncia: «Takeoff thrust and time».

Una rotación decidida, un static takeoff con los frenos bien plantados hasta que los motores griten de alegría. El control automático indica los valores necesarios para el despegue, el EPR bien alto. Perfecto. Presión al máximo.

Su fuga será así, exactamente. Listo para lanzarse a la carrera final, con los motores impulsando hasta alcanzar la V1, la velocidad que ya no tiene vuelta atrás.

Trepar por la escalera de bambú con la pistola apuntando hacia delante, a la cara que asomará de la torre. Dos tiros a quemarropa. Nada personal, pero un despegue no se puede interrumpir. Ya no.

El vuelo ha empezado.

El avión separa su sombra del suelo.

Ahora a bajar de la torre. Al otro lado del muro. Al otro lado del infierno.

Positive climb.

«Gear up», contesta su voz: arriba el tren de aterrizaje. Ahora estamos volando.

¡*Gear up*, Brady! Fuera de Prey Sar y de Camboya, fuera a toda velocidad en esa moto japonesa que parece un avión. Alcemos el vuelo de esta tierra maldita, hacia las montañas Cardamomo y Tailandia.

Hacia la libertad.

Por ahora solo es un sueño.

—No teníamos que volver a vernos. ¿Me equivoco?

—Nuestros propósitos no siempre coinciden con la realidad —sonríe Marco Lanna—. Tú SEÑOR R

deberías saberlo.

Kasper observa la expresión del cónsul honorario y comprende que no está allí para perder el tiempo. Ni tampoco para hacerle un favor. Alguien le ha pedido que vuelva a Prey Sar. Con instrucciones muy precisas.

—¿A qué se debe esta visita?

—Tengo que preguntarte una cosa.

—Debe de ser importante para merecer el viaje.

—¿Qué sabes de los superdólares?

—Su-per-dó-la-res —silabea Kasper.

—Superdólares —repite Lanna—. ¿Qué sabes?

—Lo suficiente para estar aquí, creo.

—¿Quién más está implicado?

—¿Quién quiere saberlo?

—Alguien que puede ayudarte.

—Ya —sonríe Kasper—. El próximo misterioso benefactor. Bueno, puedes decirle que por mi parte se acabaron los superdólares. Ya dije todo lo que sabía. Ya conté todo lo que vi.

—¿Y qué viste?

—Cosas que los humanos no podéis imaginar.

Lanna menea lentamente la cabeza. No le hace gracia. Quizá porque esa cita de *Blade Runner* recuerda sobre todo la frase final, cuando el replicante Roy Batty dice: «Es tiempo de morir». O más bien porque en Kasper sigue viendo una maraña irresoluble de verdades evidentes y verdades destinadas a permanecer en la sombra. Como si, después de casi un año de prisión en Camboya, el agente italiano siguiera ocultando algo. O a alguien.

—Ya te habías ocupado antes de los superdólares. Era el año 2005: la detención en Milán. ¿Verdad?

—Has estudiado.

—Contéstame, por favor. ¿Es así?

—En cierto sentido.

—Pero unos años después has vuelto a ocuparte. ¿Por qué?

—Esa sí que es una buena pregunta —ironiza Kasper—. Imagino que también es un encargo de nuestro misterioso amigo.

—Más o menos. Solo te pido que me aclares esto.

El suspiro de Kasper es largo. Lento y modulado.

—La historia de los superdólares no empieza en 2005. Empieza en 2000. O tal vez en 2001. Fue por entonces cuando oí hablar de ellos explícitamente por primera vez. Y claramente. Fue en 2001 cuando comprendí que los superdólares podían entrar de lleno en mi trabajo… —Se detiene, observa la expresión de Lanna—. Ya sabes cuál era mi primera misión en Camboya.

—La sección del ROS en Phnom Penh…

—Exactamente. Tenía que investigar sobre los flujos de capitales ilícitos procedentes de Italia. La mafia invierte en estos países enormes cantidades de dinero. A través de sus emisarios se relaciona con financieros provistos de grandes sumas líquidas que pueden llegar a todo el mundo. SEÑOR R

Uno de ellos era Rakesh Saxena.

—¿El magnate indio que hacía negocios con Khashoggi?

—El mismo. En ese círculo también estaba un neozelandés al que conocía bien. Un tal Ian Travis, dueño de una boiler room en Bangkok. Tenía un pasado militar como coronel de los SAS, luego había trabajado con los karen y los rebeldes de Sri Lanka. Un verdadero soldado, pero con espíritu y ambiciones de pequeño especulador financiero. Fue él quien me habló explícitamente de los superdólares.

—Ian Travis. ¿De qué me suena ese nombre?

—También era dueño del Dmz Bar de Phnom Penh.

—Creo que nunca he estado allí.

—Entonces habrás oído hablar de él porque se lo cargaron. Habíamos concertado una cita, justo en esos días. Pero llegué demasiado tarde. Dos sicarios le mataron. Era el 1 de marzo de 2002, estábamos en Bangkok.

25
Boiler room

Sukhumvit Road,
Bangkok, Tailandia,
viernes, 1 de marzo de 2002

El BMW 325 sale del garaje en la Soi 8 para enfilar la Sukhumvit Road. El tráfico de Bangkok es tan indolente y caótico como de costumbre, pero Ian Travis no tiene prisa. Un poco más adelante tiene que recoger a su mujer para la velada de costumbre.

La noche es bastante cálida e Ian saborea de antemano la cena en su restaurante preferido: el Baan Khanitha, en la Sukhumvit 23. Desde que Kasper se lo indicó, lo ha elegido como etapa fundamental en sus estancias en Bangkok. Le gusta todo lo del Baan Khanitha, incluida su despampanante dueña.

Ian frena, deja pasar a un furgón y entra en el primer carril de la Sukhumvit Road.

No le da tiempo a pensar en más.

El primer disparo de Magnum 357 le da en el hombro, el segundo en el cuello.

El chico tailandés que dispara, a pocos centímetros de la ventanilla derecha, tiene la expresión concentrada de quien no puede fallar.

Ian aún tiene tiempo de ver al otro joven, el que mira a los lados y cubre las espaldas al asesino. Luego suenan otros tres disparos que le aciertan haciéndole rebotar en el respaldo del coche.

Los dos sicarios huyen entre la muchedumbre y se montan en una moto que han dejado cerca.

Ian Travis es una máscara de sangre, pero no está muerto. Todavía no. Abre la puerta y sale del coche. Es un cuarentón musculoso, un ex SAS que se mantiene en forma gracias a muchas horas de gimnasio y artes marciales. Pero contra las balas de poco sirve el entrenamiento físico.

Sabe que las fuerzas le abandonarán enseguida.

Sabe que es el fin.

Pero aún trata de perseguir a sus asesinos. Se tambalea en la acera, tropieza con la gente que se aparta y le mira espantada. Alguno piensa que es el típico occidental víctima de los excesos de

Bangkok, el borracho molesto expulsado de uno de los gogo bar de la Sukhumvit Road.

Pero Ian tiene cinco agujeros en el cuerpo. Está dejando tras de sí un reguero de sangre que pronto se agotará.

Doscientos metros. Luego cae de rodillas entre los gritos de la muchedumbre. La última cara que le parece reconocer es la de su mujer. Su joven esposa tailandesa que, con la ayuda de algunos transeúntes, le lleva de nuevo al coche. Y se pone al volante y corre, tocando el claxon, hacia el hospital Bumrungrad, el más cercano.

Es inútil. Ian Travis ya ha partido para su último viaje.

Kasper ha pasado la tarde nadando en la piscina del hotel Grand Millenium.

Lleva unas horas en Bangkok y trata de relajarse antes de las citas del día siguiente. Al salir de la piscina se da una sauna, con masaje tailandés para terminar.

Solo cuando empieza a vestirse ve que tiene tres llamadas perdidas. De Clancy las tres. Le llama.

Su amigo habla con el tono formal de las malas noticias. «Han disparado contra Ian Travis. Está en el hospital. Creo que ya está muerto».

Kasper no hace preguntas. Llama a uno de los chicos de la boiler room de Travis. El tailandés chapurrea algunas palabras para explicarle lo ocurrido: cuando Ian llegó al hospital ya no respiraba. Según la policía fueron dos asesinos locales, «no profesionales», es la primera versión. Por lo demás, ninguna pista.

Kasper busca la noticia en la televisión. No es difícil. Está en todos los noticiarios del país.

Al principio las autoridades intentaron hacer colar la versión del atraco, pero Travis llevaba encima por lo menos treinta mil dólares y los asesinos ni siquiera intentaron abrir la portezuela del coche. Por eso ahora se habla de venganza. Un ajuste de cuentas: Ian era un bróker dinámico, traficaba con títulos falsos y derivados. Con su boiler room se había enemistado con mucha gente, incluidos dos ex socios estadounidenses. Al final, por estos pagos, siempre te acabas encontrando con alguien que te descerraja un tiro.

Esta es la versión que se sirve a los medios.

A lo mejor hasta ha sido así, piensa Kasper. De todos modos, trata de hablar con Rakesh Saxena. Quiere entender lo que está pasando. Saber cuánto escuece este asesinato.

El banquero indio no contesta. Sus hombres tampoco. Eso no le gusta. Llama a uno de los emisarios sicilianos que tratan habitualmente con Saxena y que en los últimos meses usaban a Ian para blanquear dinero. En ese número le contesta una voz que no conoce: «Nos pondremos en contacto contigo».

Media hora después, le llama Rosario Meli. Es el hombre que negocia con Rakesh Saxena. Ya sabe todo lo de Travis. Sabe incluso demasiado y no trata de ocultarlo.

«Con alas de cera, cerca del sol, no se puede volar», dice con su acento que recuerda a Vito Corleone. Pero no hemos sido nosotros, le da a entender. Este mundo es una sola y gigantesca boiler room. Hay que cuidarse de todo, en especial de los amigos.

Los amigos.

SEÑOR R

En el lenguaje de los sicilianos significa que alguien siente que se la han jugado y ha pasado factura. El neozelandés ha pagado su tendencia a ampliar el negocio. Últimamente lo había hecho. Vendía acciones y títulos hinchados de empresas fantasma o sin futuro. Lo hacía con mucho desparpajo. En el fondo, ¿para qué sirve un boiler room si no es para estafar dinero, especular y soñar?

No, no ha sido eso lo que le ha jodido.

Kasper intuye que lo que ha condenado a Ian ha sido el descuido con que ha puesto en circulación los superdólares.

Blanqueo.

Esa es la palabra clave.

La primera vez que hablaron de ello fue unos meses antes. Estaban en el polígono de Victor Chao. Ian estaba nervioso. Como un patrullero en vísperas de una misión especial.

«Por fin estoy dentro. He llegado al baile adecuado. Es un pastel enorme, hay para todos. Basta con saber moverse. Es un río de dinero, basta con saber encauzarlo. Estos son unos genios. Fabrican riqueza. Los llaman superdólares, ¿entiendes? Los superdólares hacen girar el mundo, pero el mundo todavía no lo sabe».

Estos.

Según Ian Travis los «genios» eran los orientales, con su capacidad de crear falsificaciones excelentes. Tan fáciles de colar como las originales. En cualquier sector. Vestidos y bolsos de cualquier marca. Objetos de todo tipo. Imitaciones sin límite.

Ahora también billetamen de cien dólares.

Superdólares.

Los superdólares eran «same-same but different». A Kasper le viene a la memoria la expresión usada por Victor Chao aquella tarde de hace cinco años, en el Manhattan Club. Una síntesis perfecta.

Los superdólares que hacen girar el mundo.

Kasper había dejado que hablara el neozelandés, mostrando el interés de quien aspira a sentarse a la mesa. No hacía falta gastar muchas palabras, se conocían desde muchos años atrás, desde que Travis se había asociado con Michael Savage para cierto asunto con los mercenarios de Sri Lanka. Travis, como Savage, corría detrás del dinero. Mucho dinero, y fácil. Pero a diferencia del irlandés, la droga no le gustaba. Los superdólares sí. Muchísimo.

Hay para todos.

Ian Travis le había prometido a Kasper una implicación gradual a condición de que él le pusiera en contacto con algunos de esos italianos que hacían negocios entre Tailandia, Laos y Vietnam. Sin olvidar Indonesia.

No sería complicado. Era fácil entenderse. El acuerdo ya estaba hecho.

Durante los meses siguientes, la red de las relaciones hizo progresos, hubo encuentros, cenas y aperitivos agradables. Kasper ya se había hecho una idea bastante clara. Fue en uno de esos encuentros cuando Ian le presentó al Relojero.

—¿Relojero en qué sentido? —le preguntó Kasper.

—Es un fenómeno. Pero no se trata de relojes —le contestó Travis riendo.

El Relojero era un norcoreano de unos cuarenta años que vivía en Alemania. Un ingeniero especializado en máquinas tipográficas, entre ellas las famosas impresoras de billetes de banco alemanas. Su habilidad le había hecho merecedor de ese sobrenombre, que evocaba, justamente, precisión y pericia.

El Relojero solía alojarse en casa de Travis cada vez que volvía a Europa desde Pyongyang.

—En realidad, de Pyongyang veo el aeropuerto y poco más —explicó una vez—. En cuanto llego a Corea del Norte mi destino es Pyongsong, la «ciudad cerrada». Trabajo allí, siempre durante el tiempo estrictamente necesario. Tengo nombre y cara de norcoreano, todavía me quedan parientes en el país, pero para ellos ya soy un occidental que tiene que quedarse lo menos posible. No como esos estadounidenses que pueden estar allí el tiempo que quieran.

—¿Estadounidenses en Pyongsong? No me lo puedo creer —le provocó Kasper.

Pero el Relojero no le oyó: Ian Travis ya había desviado la conversación hacia temas más divertidos. Porque la etapa de Bangkok era una bicoca para el ingeniero norcoreano: los amantes tenían que ser jovencísimos y nunca menos de dos a la vez. La capital tailandesa le brindaba lo que en Alemania y Corea del Norte no podía permitirse.

El Relojero y Travis se habían conocido años atrás y habían trabado una relación basada en pasiones comunes. «El dinero y el rugby. En cuanto al sexo —precisaba Ian con un gesto inequívoco—, yo sigo prefiriendo esa cosa como está hecha, ¿está claro?»

El círculo de Ian Travis estaba lleno de personajes interesantes. Gente como el Relojero. Gente acostumbrada a nadar en un río de dinero. Kasper solo tenía que averiguar cuál era la fuente original de ese río.

Tenía previsto otro encuentro con Ian en Bangkok a primeros de marzo.

Solo le faltaba esa pieza del rompecabezas. Pero dos sicarios tailandeses se le habían cruzado en el camino.

26
En las entrañas de los ROS

Villa Ada,
Roma,
enero de 2009

La puerta se abre a la hora prevista.

Es un portillo casi invisible disimulado entre la vegetación. Una chapa metálica marrón claro mimetizada en una vieja tapia con alambre de espino en lo alto.

Se abre y deja pasar una figura masculina.

Es la una en punto. La puntualidad, como todos saben, es una de las virtudes del Cuerpo.

El hombre va vestido de corredor, con un chubasquero gris metálico. Cierra la puerta tras de sí, camina unos pasos hasta el camino principal y mira su reloj. Corpulencia normal, bigotito gris y un gorro de lana para protegerse de la tramontana encasquetado en la calva. El frío de Roma es muy poca cosa para alguien como él, un chicarrón del norte que ronda los sesenta pero todavía está en forma. De todos modos, va bien abrigado. Hasta lleva guantes. Son de lana, grises como el chubasquero.

Barbara no le pierde de vista. En chándal, mientras hace sus estiramientos, se mantiene a una distancia prudente. Unos cuarenta metros, más o menos.

Es sábado y Villa Ada está llena de amantes del jogging y la bicicleta. Es un día espléndido, frío, con cielo de tarjeta postal.

Barbara Belli cree en los signos.

Si ese portillo se ha abierto exactamente a la hora prevista, significa que las cosas van a salir bien. Cuando llegue el momento atrapará a ese hombre. Y, al parecer, solo hay una forma.

Cuando Marzio De Paoli se lo explicó, ella no daba crédito.

«Saldrá por la puerta falsa del cuartel a la una en punto. Correrá cuarenta y cinco minutos. Hará gimnasia durante otra media hora. Volverá haciendo exactamente el mismo recorrido. El comandante tiene costumbres fijas».

SEÑOR R

Comandante.

Ese hombre es el general. El jefe del ROS, Raggruppamento Operativo Speciale de los carabinieri.

Barbara ha hecho todos los intentos posibles para hablar con él. Durante un par de semanas, por lo menos. Pero ha sido inútil, el comandante es inaccesible. No conoce a nadie que pueda ayudarla, ni siquiera esta vez el senador.

«Lo siento, querida, pero te lo diré claramente: el general está siendo investigado, los magistrados le pisan los talones y le están preparando una encerrona en el juzgado. Sus métodos de lucha contra el narcotráfico, tú ya lo sabes, siempre fueron muy particulares. Quizá despiadados, pero eficaces. Ahora le acusan de haber cometido irregularidades y abusos, de modo que, se mire como se mire, está jodido. Jodido él y jodido el ROS. Si alguien trata de acercarse a él, automáticamente le intervienen las conversaciones. Esta vez déjame fuera».

Fuera. Vale.

Pero ella tiene un cliente que está *dentro*.

Dentro de un campo de concentración camboyano, donde su vida corre peligro. Y si hay alguien capaz de ayudarlo, esa persona es él, el general. El hombre que en la época de las operaciones Piloto y Sinaí era el coronel del ROS. Su jefe directo. El que lo sabe todo —o casi todo— de Kasper y sus hazañas. El que sería capaz de encontrar un modo de salvarle, si es que existe. El que seguramente puede decir qué demonios es esa historia de Kasper y los superdólares. Porque, argumentaría un juez, el general no podía ignorarlo.

Atraparlo es dificilísimo.

Marzio De Paoli era su *último recurso*. El ex incursor del GIS está confinado en una silla de ruedas, pero la cabeza le funciona bien. Cuando Barbara le llamó, pareció que se alegraba. Era como volver a estar entre viejos amigos. Ella le explicó el problema. Marzio se lo pensó diez segundos y no tuvo ninguna duda.

—La única solución es una acción relámpago.

—¡Una acción relámpago! Marzio, ¿es que ustedes los del GIS no saben pensar en otra cosa?

Él soltó una carcajada y la tranquilizó.

—Calma, abogada, no le estoy diciendo que secuestre al jefe del ROS. Pero solo se me ocurre una manera de acercarse a él y hablarle. O por lo menos de intentarlo.

El portillo por el que ha salido el general está en una zona poco concurrida de Villa Ada. Para ver el movimiento hay que estar allí mismo y conocer ese pasadizo.

Solo tiene que recorrer varios metros entre los árboles y confundirse con los otros tipos con mallas que trotan por los caminos del parque. Anonimato completo. Corre solo, sin escoltas y sin defensa de ningún tipo. Su mejor protección es el gorro gris que le cubre la cabeza. El sano sudor del esfuerzo atlético le iguala con los demás.

—¿Cree que es capaz de intentar un acercamiento así?

Es una locura. Fue lo primero que pensó.

—Lo intentaré —respondió con determinación.

Sabe que es un poco loca. Y le parece que Kasper la está contagiando. Desde un agujero, a miles de kilómetros de distancia, le está transmitiendo su locura impulsiva.

SEÑOR R

Y ahora está aquí, a cuarenta metros del general. Que hace estiramientos y, de repente, sale corriendo hacia la parte alta del parque. Una cuesta del demonio que rompe enseguida las piernas.

¿Quién es capaz de mantener ese ritmo?, piensa Barbara.

Pero echa el resto. Intenta tranquilizarse: tres cuartos de hora, en el fondo, pasan pronto. Cómo no. Ya está sin resuello, suda como un boxeador al final del combate y su bazo parece recién salido de un par de maratones.

Mierda, comandante, ¿por qué no te habrá dado por el pilates?

El general trepa hacia el Belvedere.

Tiene casi sesenta años, pero va como si estuviera dopado. A lo mejor es que lo está, piensa Barbara. Va tras él. Por lo menos lo intenta. Resiste. Procura no perder el contacto.

Cuando bajan hacia Villa Reale bordean un picadero y bajan por el recorrido acondicionado en medio del bosque. Hasta la laguna. Media vuelta rápida y vuelta atrás.

¿Cuántos kilómetros quiere hacer este hombre? Alguna vez tendrá que parar, piensa Barbara. Pero mientras tanto son los cuarenta y cinco minutos más largos de su vida. Él vuelve a meterse en el bosque, ella detrás.

Dan la vuelta a unos restos arqueológicos de la época romana. Él acelera.

No me lo puedo creer, piensa Barbara.

Ahora sí que va deprisa, probablemente son los últimos minutos de «repeticiones», la carrera que impone cambiar de ritmo en ciertos intervalos. Ella también acelera, pero las piernas no le responden. Hace un esfuerzo supremo, aunque no lo consigue. Curva acentuada a la derecha, otra cuesta arriba. Jesús, dame un teleférico.

Tropieza y cae.

De bruces. Por suerte tiene el reflejo de poner las manos. Se le escapa un grito y cae sobre el césped en cuesta. Rueda varios metros por la hierba hasta que se para, con los ojos mirando al cielo y los brazos extendidos. Una rendición sin condiciones.

Soy una loca, sentencia definitivamente. Joder, qué batacazo.

—¿Se ha lastimado? —pregunta una voz por encima de ella.

El joven del chándal azul es completamente calvo. Intenta poner expresión de socorrista, pero en sus ojos la diversión prevalece sobre la cortesía. A Barbara no se le escapa ese brillo maligno. Ironía, sarcasmo y el insoportable *complejo de superioridad* del macho italiano. Por otro lado, la caída ha debido de ser bastante cómica.

—Estoy bien, gracias.

—¿No se ha roto nada?

—Nada, salvo la dignidad.

El joven suelta una carcajada. Ella asiente y sonríe. Él le tiende la mano, ella la acepta e intenta levantarse. Entonces es cuando lo ve. Al general. Quieto en lo alto de la loma. Como un jefe apache en espera de una señal. Que el joven Pelón le hace puntualmente levantando el pulgar de su mano derecha. Como si dijera: todo en orden, podemos irnos.

De modo que era eso: ella seguía al general y otro la seguía a ella.

Un guardaespaldas. El Pelón. Uno del ROS.

—Bueno, por suerte no se ha hecho nada…

—¿Puede decirle a su comandante que necesito hablar con él?

El brillo se apaga de inmediato en los ojos del joven. En su lugar, aparece una rigidez marcial.

—Perdone, ¿cómo ha dicho?

—Por favor —silabea Barbara—, dígale al general que tengo que hablar con él. De lo contrario, seguiré corriendo detrás de él, lo juro. Hasta dentro de su oficina.

El chándal ajustado está roto en las dos rodillas y en el trasero debe de tener un moratón del tamaño de un filete. En el glúteo izquierdo, para ser precisos. Barbara estira las piernas, primero una y luego la otra, y se sienta en el banco con un suspiro.

El general la observa permaneciendo de pie. Típico del militar, piensa Barbara. Ahora me preguntará quién soy y qué demonios quiero de él. Se prepara.

—Usted jugaba al baloncesto, ¿verdad?

Barbara le mira sorprendida.

—¿Cómo lo sabe?

—Se nota en su forma de correr. Su estilo habla por usted.

No se imaginaba que tuviera un estilo, pero encaja la observación.

—Usted, en cambio, da la impresión de que se está entrenando para un maratón —replica.

—He corrido alguno, sí —sonríe el general. Y sin dejar de sonreír, pregunta—: ¿Qué quiere, abogada?

—Sabe quién soy, evidentemente.

—Sería grave si no lo supiera.

Barbara espera a que pasen dos ciclistas y dice:

—Kasper.

—Ya —asiente él—. Kasper.

—Ya sabe dónde está.

—Sí, lo sé. —Y añade—: Me ha escrito una carta desde Prey Sar. Pocas líneas, muy lúcidas. Una gran compostura…

—¡Ah, sí, claro! —le interrumpe ella—. La compostura. ¡Dios santo, la compostura! Eso es lo único que les importa a ustedes los del ROS. Estamos en 2009, a uno de sus hombres lo revientan a torturas y en Italia nadie habla de ello, pero lo importante es que guarde la compostura. Un agente… que le ha traído a casa misiones increíbles, y usted me habla de compostura… ¡es de locos!

El general la observa sin mover un solo músculo; luego le hace una seña a su hombre, que se ha quedado a diez metros de distancia. El Pelón levanta una mano y se va.

Ahora están solos. Solos entre un centenar de romanos que corren y sudan.

—Señora Belli, hay un conocido chiste cuartelero que ilustra muy bien cómo en ciertas ocasiones cuanta menos agitación, mejor.

—Lo conozco. Es un chistecito que también está de moda en los juzgados.

—Justamente. Kasper ya se ha encontrado en situaciones muy críticas y siempre ha salido adelante. Él sabe que está en nuestro corazón…

—Porque ustedes los del ROS tienen corazón.

—Por supuesto. Pero de momento no podemos hacer gran cosa por él.

—Entonces, ¿qué respuesta va a dar a su carta?

—Ninguna.

—Estupendo —dice ella con una risita—. Tenga cuidado, no le vaya a dar un infarto.

—Abogada, a lo mejor todavía no tiene claro que Kasper anda metido en un asunto tan turbio y tan increíble que la única esperanza de sacarle de allí es mantener un perfil sumamente bajo y esperar a que alguien, o algo, intervenga a su favor.

—A ver si lo entiendo. ¿Es esa su estrategia? ¿No mover un dedo y confiar en la Providencia?

—Lo siento, no tengo ninguna estrategia —sonríe el general—. Ya se habrá enterado de que últimamente tengo algunos problemas. Es un asunto muy desagradable, pero pese a todo confío en la justicia. Tarde o temprano las cosas se aclararán, aunque mientras tanto tengo que defenderme. En cuanto a Kasper, alguien se ocupará de él. Es inevitable.

—Inevitable.

—Escúcheme bien. Cuando le atraparon corrió un serio peligro de muerte. Afortunadamente, se salvó. Ahora el que quería eliminarle tiene muchos más problemas. El asunto que estaba investigando no nos concierne. Italia no tiene nada que ver en eso, es una historia estadounidense…

—No estoy tan segura —le interrumpe Barbara—. Si no me equivoco, en 2005 a él le detuvieron en Milán por el mismo motivo: superdólares. No me irá a decir que el ROS no tenía nada que ver…

—Así es —replica el general—. Kasper recibió el encargo de un americano. Trabajó con total autonomía. Tenía que interceptar a un correo en la estación central de Milán con una maleta llena de billetes de esos.

—Bishoff.

—En efecto. Cuando Kasper llegó al lugar de la cita, de inmediato se percató de que la zona estaba llena de agentes. La Fiscalía de Roma había mandado al GICO, el Grupo de Investigación del Crimen Organizado, de la Guardia di Finanza. A Kasper le detuvieron y la maleta desapareció en la nada, junto con su correo. Pero lo más interesante es esto: el mismo hombre que en 2005 le pidió que se reuniera con Bishoff en Milán volvió a ponerse en contacto con él en 2007 para pedirle que investigara en Phnom Penh.

—También sobre los superdólares.

—Eso es.

—¿Quién es ese hombre?

—No lo sé. Solo puedo decirle que el contacto con Kasper tuvo lugar en Bangkok a través de su socio…

—Clancy.

El movimiento de cabeza es casi imperceptible, pero supone una confirmación. El general guiña los ojos y sonríe.

—Abogada, ¿usted ha entendido quién es realmente Kasper?

SEÑOR R

—Lo estoy intentando, créame. Pero es un hombre…

—Kasper es una encrucijada de la historia.

—Una encrucijada.

—Hay por lo menos cuatro fechas que debería tener presentes: la primera es 1956.

—Yo aún no había nacido —sonríe ella.

—Kasper tampoco. Es del 58. Pero 1956 es el año de la rebelión de Hungría contra Moscú. Ese año Washington decidió que, en todo el mundo, sus servicios secretos tenían que apoyar e instigar las actividades que favorecieran los intereses de Estados Unidos y sus aliados contra el bloque comunista. Nacieron organizaciones financiadas generosamente por los americanos. Gladio, por ejemplo. O Stay Behind, si lo prefiere.

—Sé lo que es.

—Luego está el año 1989.

—La caída del muro de Berlín.

—El Muro, eso es. Acaba la guerra fría y acaba una época. Se liquidan proyectos y organizaciones. Una de ellas es precisamente Gladio. Los mejores de Gladio son asignados a departamentos escogidos y Kasper, antiguo carabiniere, viene con nosotros al ROS. Luego está el 11 de septiembre… estamos en 2001.

—La guerra global contra el terrorismo.

—Cierto. El nuevo Gran Enemigo obliga a reorganizar los servicios de inteligencia en todo el mundo occidental. Italia, de hecho, es una filial estadounidense, de modo que un hombre como Kasper vuelve a estar en primera fila. No tenemos muchos elementos como él. Tanto es así, que le encargan seguir el rastro de una organización próxima a al-Qaeda. Kasper se mueve como él sabe, encuentra pistas, llega hasta cierto punto, muy delicado, y alguien da la orden tajante de parar.

—¿Americanos?

—No lo sé, créame. Tampoco me pregunte los motivos: no los conozco.

—Falta una fecha, general.

—2007, hace dos años. Barack Obama anuncia su candidatura a presidente de Estados Unidos.

—Ha tomado posesión hace pocos días.

—Cierto. Entre 2007 y 2008 parece claro que puede lograrlo. Bush se va, los republicanos no tienen posibilidades y llega un demócrata a la Casa Blanca. Demócrata y negro, por más señas. En los aparatos son momentos delicados. Algunos jueguecitos de la CIA, y no solo de la CIA, ya no se pueden llevar adelante con tanta desenvoltura. Hay una buena cantidad de basura por barrer y con las prisas, ya se sabe, algunas cosas se hacen desaparecer con el menor coste posible.

—¿Alude a los superdólares?

—Señora, yo no aludo nunca. Yo reflexiono y a veces hablo. Pero ahora, si no le importa, me gustaría acabar mi hora de jogging.

—Una cosa más, general.

Él da un par de pasos y se detiene.

—¿Qué haría usted en mi lugar para sacar a Kasper de ese infierno?

—Hablaría con los estadounidenses. Con los adecuados.

Los adecuados.

SEÑOR R

—El problema es saber quiénes son los adecuados —objeta Barbara.
—Es el problema que tenemos todos, créame. Desde siempre.

27
La tormenta

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
enero de 2009

Kasper no ha dormido. No ha podido pegar ojo.

Por eso la ha oído llegar.

Encerrado en el dormitorio, entre decenas de cuerpos hacinados, ha oído el ruido de la tormenta que de repente, en medio de la noche, ha robado el silencio del toque de queda y ahora se está cobrando los ruidos habituales del despertar colectivo.

El estruendo es tan fuerte que lo cubre todo.

Hace horas que llueve, y no es la lluviecita «que repiquetea argentina en las tejas viejas», como en la poesía de Novaro que aprendió de niño en el colegio Carducci de Florencia. Es una tromba de agua que sumerge Prey Sar y sus alrededores. Que convierte el mundo en un aguazal sofocante. No es normal a finales de enero, uno de los períodos menos lluviosos del año. Pero el clima se ha vuelto loco, piensa Kasper. O es que hay alguien allá arriba que por fin se ha hartado del género humano.

No es la primera vez que asiste a un cataclismo parecido.

En uno de los últimos, en noviembre, la palmó Hok Lundy, el nuevo jefe de la policía camboyana nombrado directamente por el primer ministro Hun Sen. Su helicóptero se estrelló no lejos de Prey Sar, dicen que a causa de un rayo.

Un accidente, al parecer.

Días después de ese *accidente*, el director del campo llamó a Kasper y le pidió su parecer sobre la versión oficial. Mon Kim Heng conoce el historial del italiano. Sabe que el prisionero es un piloto experto. Quería un juicio «imparcial».

Kasper le contestó que los helicópteros de ese tipo evitan los vuelos nocturnos. Además, con ese tiempo, volar es poco menos que un suicidio. Pero la explosión que se entrevió en el cielo

tormentoso no la causó un rayo. Probablemente fue un misil tierra-aire.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó Mon Kim Heng.

—Es una hipótesis —contestó él—. Una mera hipótesis.

En realidad, tendría que haberle dicho, es mi esperanza.

Por supuesto que lo espera. Espera que los opositores de Hun Sen tengan el valor de dispararle en el culo, al dictador y sus compinches, algunos de esos misiles que guardan desde hace diez años.

Kasper sabe dónde los tienen.

Están escondidos desde 1997, cuando los partidarios del príncipe Norodom Ranariddh intentaron dar un golpe de Estado. Fue un golpe torpe, dirigido entre bambalinas por Estados Unidos y sofocado por Hun Sen en una sola noche. Un baño de sangre digno del régimen anterior de los jemeres rojos.

Aquel verano del 97, Kasper acababa de regresar a Phnom Penh.

Se estaba encariñando con esa ciudad tan llena de contradicciones, de miserias humanas y al mismo tiempo de tradiciones que hunden sus raíces en una historia misteriosa. Estaba fascinado por unas creencias populares y supersticiones de lo más sorprendentes. Como la adoración al elefante de la Wat Phnom, la colina del centro, donde está la pagoda venerada por los habitantes de la capital.

Todas las tardes el elefante de la Wat Phnom salía de la pagoda guiado por su cuidador hasta su morada. Era un animal viejo, superviviente de los jemeres rojos, y todos los días debía cruzar la ciudad por la orilla del río, donde hay decenas de bares y chiringuitos típicos, en una deliciosa recreación colonial francesa de otros tiempos. Los clientes y los dueños de los locales públicos del Tonlé Sap le ofrecían al elefante cestas de pan y otras exquisiteces. Los más afortunados recibían a cambio una gigantesca meada que a veces salpicaba las mesas.

El pis de elefante se consideraba señal de buena suerte y los vasos tintineaban en brindis de entusiasmo.

Esta también era Phnom Penh, desdichada capital de Oriente, mientras fuera del centro los pobres morían (y mueren) en los basureros y la gente sigue saltando por los aires a causa de las minas sembradas hace varias décadas.

Aquel verano del 97 hacía un calor horrible. Pero Kasper no imaginaba cuánto subiría la temperatura varios días después. Por una vez estaba completamente al margen de los juegos de guerra del momento. Espectador involuntario de una intentona que sembró el país de cadáveres. También las aceras de enfrente del Sharky’s.

Era el 4 de julio, día en que los estadounidenses celebran la independencia. Kasper había pensado celebrarlo en la casa que compartía con Clancy. Una cena para algunos amigos con menú italiano a base de pasta al pesto. La albahaca camboyana tiene hojas gruesas y muy olorosas. Los piñones son gigantescos. Los quesos parmesano y pecorino en casa no faltaban nunca, ajo tenía en cantidad. El aceite de oliva, en cambio, era australiano, lo había traído Elizabeth.

Eran cinco comensales. Además de Kasper y su chica australiana estaban Clancy, el abogado Bretton Sciaroni y el padre de Elizabeth, dueño de una gran cadena de distribución que hacía negocios en Tailandia.

Bebían. Como esponjas, como una pandilla de los viejos tiempos. Los americanos y los SEÑOR R

australianos se llevaban estupendamente, de modo que las botellas se vaciaban a velocidad de vértigo. El ambiente estaba bastante animado. Los ánimos muy eufóricos. Tanto que, en un momento dado, el padre de Elizabeth reveló que había firmado un acuerdo con un grupo de militares camboyanos. Un acuerdo excelente: durante un tiempo determinado debía avituallar a 1 700 hombres acampados a las afueras de la capital.

—Un contrato de nada, de un millón de dólares, no está mal, ¿verdad? —anunció mientras abría otra botella de champán procedente de su bodega.

—¡Menuda potra!

Bretton Sciaroni estremeció con una risotada sus ciento y pico kilos, dijo algo más o quizá estaba a punto de decirlo, porque Elizabeth les sorprendió a todos con su pregunta:

—Perdonad, pero ¿qué hacen 1 700 soldados acampados a las afueras de Phnom Penh?

—Un golpe de Estado —le aclaró Clancy, tan seco como de costumbre—. Ya ha empezado.

Y todos se echaron a reír. A reír como locos.

Poco después, las primeras explosiones.

Kasper coló las linguine, las aliñó con el pesto y las llevó a la mesa. Mientras tanto descubrió que un ejército pequeño y desordenado estaba asaltando el cuartel general de Hun Sen. El cual les tenía preparado un recibimiento. A lo grande.

Fue una escabechina.

A la mañana siguiente, la capital era un cementerio nauseabundo. Aquí y allá aún se oían tiros para apagar los últimos focos de rebelión.

Desde entonces Hun Sen es cada vez más fuerte.

Es el déspota con un solo ojo que tiene poder sobre la vida y la muerte de todo el mundo. Un amo absoluto, un Polifemo asiático al que atribuyen una fortuna inmensa y que ahora también les cae bien a los estadounidenses. Que gobierna bajo el terror, pero al mismo tiempo financia a los operadores turísticos de todo el mundo para acreditar el «país de las pagodas» entre las mecas orientales más cool.

Así, protegida por su imagen exótica y a pesar de las denuncias de muchas organizaciones humanitarias, Camboya puede seguir traficando con drogas, armas y enormes cantidades de dinero.

Ha pasado bastante tiempo desde la película *Los gritos del silencio* del inglés Roland Joffé. Y también parece que ha pasado un siglo desde el Programa de Estudios sobre el Genocidio Camboyano, financiado en 1994 por los estadounidenses más ilustrados. Ahora se hacen buenos negocios con el gobierno camboyano.

Hun Sen tiene un solo ojo. Los estadounidenses se tapan los dos.

Cuando la lluvia remite los prisioneros se preparan para salir.

Se agolpan en las puertas esperando a que los kapos les permitan ir a tomar el aire. La temperatura sube rápidamente. El clima ecuatorial no conoce término medio. En pocos minutos saldrá el sol entre la bruma. Todo volverá a hervir en un calor insoportable con la humedad al mil por ciento.

La luz de la mañana, por fin.

SEÑOR R

Kasper está fuera con los demás. Chapoteando: todo el campamento es un enorme charco. Lleva el teléfono móvil que ha escondido entre la ropa durante la noche. Quiere avisar a Brady para que esté preparado.

Hoy es su día.

Pero antes tiene que recoger la pistola y la granada.

Se dirige hacia donde ha cavado el hoyo. Chou Chet le ve desde lejos y sale a su encuentro.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada.

—Tienes cara de estar haciendo algo. No me gusta. Es una cara que da problemas aquí dentro.

Kasper le esquiva y sigue su camino. Hay agua por todos lados, el campamento es un pantano humeante y eso le preocupa. Si su paquete está debajo del barro todavía podrá encontrarlo, pero si el agua lo ha arrastrado, está perdido.

—Dime adónde vas —repite Chou Chet.

—La pistola y la granada. Están ahí, junto a la huerta.

—Ya las cojo yo, tú no te pongas nervioso.

—No estoy nervioso.

—Nos están mirando —dice Chou Chet.

Kasper no le hace caso, pero su amigo guardia tiene razón.

A menos de veinte metros está el kapo con el que tiene una cuenta pendiente. Le está siguiendo, sin perderse ninguno de sus movimientos. Dos guardias, cerca de allí, observan la escena. Hay otros prisioneros. Entre ellos Mr. T, un camboyano de origen nigeriano condenado a cien años. Le han puesto ese mote porque es igualito que el Mr. T de la serie de televisión *El equipo A*. Un armario negro que destila violencia por todos los poros. Que odia a los blancos. Y Kasper, allí dentro, es el único blanco.

Total, que el público no está de su parte.

Pero a Kasper le tiene sin cuidado. No ve a Mr. T, no ve a nadie. Ni siquiera a Chou Chet. Tiene que recuperar sus armas. Eso es lo único que cuenta ahora.

Demasiada prisa. Demasiados nervios.

—Las recojo yo —repite Chou Chet.

—Allá, al fondo —murmura Kasper.

Ojalá sigan allí, reza para sus adentros. Porque ha llegado el momento. El salto y el despegue. Ahora llamará a Brady, se acercará a la escalera…

La escalera.

Mira a su alrededor. La escalera no está allí. No está donde tendría que estar. No está apoyada al muro. Tampoco tendida en el suelo.

Recorre unos metros. Lo hace corriendo, chapoteando en el aguazal pútrido.

No está en ninguna parte. Vuelve atrás, también corriendo. No es posible.

La escalera.

Ya no está. Ni rastro de ella en ninguna parte.

Se aparta unos metros. Da vueltas como una peonza, en una danza histérica. Agarra a Chou Chet por los hombros.

—¿Dónde están? —jadea.

—¿Quién? ¿Qué?

—Los obreros. ¡Dónde están!

Chou Chet está asustado. Intenta zafarse de él mientras mira a su alrededor.

—Pero ¡qué dices! —susurra.

—¡Los obreros del muro! ¿Dónde están? —repite Kasper.

—Obra suspendida. Han vuelto a Phnom Penh. Basta. ¡Se acabó! —refunfuña Chou Chet, que acaba de entender y le mira como se mira a un loco.

Un loco suicida.

Un peligro para sí mismo y para los demás.

—La escalera —balbucea Kasper con el móvil en la mano—. No está.

Chou Chet menea la cabeza y se aleja. Kasper permanece petrificado, en el centro del patio; luego cae de rodillas y se agacha. Como un penitente, hasta rozar el barro con la frente.

El pie que siente en el cuello es un aviso de tormenta. Esta vez sin lluvia.

—Así, muy bien, italiano, cómete tu mierda —grita el kapo en su inglés rabioso. Le empuja hacia abajo.

Kasper inspira profundamente, no opone resistencia y cede al empuje. Su frente está ahora en el barro. Por un instante. Su movimiento es fulminante. Puro instinto. Echa el cuerpo a un lado, el guardia pierde el contacto con él y con la mano izquierda le agarra el tobillo. La pierna ahora está en el aire. Sin darle tiempo a reaccionar y golpearle con el palo, sin darle tiempo a intentarlo siquiera, Kasper ya le ha derribado. El tobillo retorcido y la cara en el barro. Kasper está de pie y le golpea con el talón en la espalda. Justo en el espinazo, una, dos, tres veces, a ver quién es el guapo ahora. Una serie de pisotones para aplastarle bien hasta hundirle bajo tierra. El kapo se debate gorgoteando algo y él aprieta el pie todavía más. Es la única posición posible para ese gusano.

Luego ve la molesta forma de un tubo de acero en la nuca y comprende que es la bocacha de un fusil. El Kaláshnikov, un viejo conocido. Los gritos neuróticos en camboyano son el último sonido que oye.

Antes de que todo se apague.

—¿Cuántos días has estado en aislamiento?

El cabreado le mira con la cara de asco de quien mira una chatarra en un desguace. Se vuelve hacia su colega rubio y menea la cabeza con gesto desconsolado.

—¿Lo ves? —le dice tan teatrero como de costumbre—. Aquí tienes a un italiano capullo.

—Ya —asiente el otro—. Un capullo medio muerto.

Kasper les mira, intenta enfocarles. Los *Visitantes*.

No es fácil permanecer sentado en esa silla. Ni siquiera le han atado. Está tan hecho polvo que podrían derribarle con un dedo. Ha pasado dos semanas en la jaula del tigre con visitas periódicas de los kapos y sus compinches.

No se han andado con chiquitas.

Tiene la cara magullada. Con la culata del Kaláshnikov le han repasado los dedos de las manos

y los pies. La nariz está rota otra vez y algunos dientes le han abandonado. Sus piernas sí que han recibido un trato especial. Sobre todo la derecha, con la que había brincado sobre la espalda del kapo.

Cuando los americanos han vuelto le han encontrado así. Una piltrafa.

El cabreado está sentado justo enfrente. Él es quien le ha mostrado la tarjeta del FBI. Y el rubio, de pie a su espalda, agente de la Homeland Security. La mujer esta vez no ha venido. Su ausencia le tranquiliza un poco. Porque la más peligrosa es ella. Kasper está seguro.

El cabreado y el rubio están sincronizados. Le hablan por turno y es el acostumbrado dueto de hijos de puta.

Dicen que de no ser por ellos, él todavía estaría en el foso de castigo. A lo mejor hasta tienen razón. Lástima que toquen siempre la misma partitura: firma nuestros papeles y te vienes con nosotros.

—Nos habías prometido que te lo pensarías, y en vez de eso, ¿qué has hecho? Has maltratado a un camboyano. —El cabreado suspira y prosigue—: Nos dijeron que tenías un Nokia. Qué mono, un prisionero con móvil. Apuesto a que eso no lo habías logrado antes, ni siquiera en las cárceles italianas. ¿Para qué querías el teléfono?

—Para llamar a tu mujer —masculla Kasper—. Dice que me echa de menos.

—Te comprendo —contesta él con una sonrisa maligna—. Dado que tu novia ha decidido dejarte.

Kasper asiente y devuelve la misma sonrisa. Pero la broma del americano no es como la suya. Suena siniestra. Suena a información. Suena a verdad.

—Y qué quieres, pobre Patty… —interviene el otro—. A su familia no le caes bien, sus padres y su hermano saben que tienes una vida un poco desordenada… por no decir una mierda de vida. Y ella… Patty es una chica estupenda…

—Como las de antes. Ha estudiado un montón. Se ha licenciado en Perugia. Es doctora veterinaria —silabea el cabreado.

—Veterinaria —repite el otro.

—Así que sabe curar animales, pero tú eres una mula parda. Una mula peligrosa, dicen. Demasiadas vidas y demasiados nombres. Un currículum con demasiadas novias. Y a tus chicas tampoco las tratas muy bien que digamos. Te lías a hacerles promesas y luego te las piras… A una incluso te la mataron. Te acuerdas de Silvia, la guapa colombiana, ¿verdad…?

Saben muchas cosas de él. Piensan que lo saben todo.

No le suena raro. Tanto si son del FBI, de la Homeland Security o de cualquier otra jodida agencia, están entrenados para hacer daño. Si ahora están ahí desde luego no es para darse un garbeo. Han estudiado, han recogido datos y los han elaborado. Unos cabronazos, desde luego, pero profesionales. Como los abogados, los periodistas y los políticos: trabajan con palabras. Las palabras hacen más daño que las balas. Ellos lo saben.

Es evidente que quieren que se derrumbe. Pero están mintiendo sobre Patty. Es un farol.

—Tu chica te ha dejado y pronto te dejará tu madre —asevera el cabreado levantándose de la silla—. Qué pena: a ella se la va a llevar su fea enfermedad y tú no la vas a ver. Porque estarás aquí, o a lo mejor en una zanja de mierda, entre un arrozal camboyano y otro. Qué final tan triste, querido SEÑOR R

colega.

No contestar, piensa Kasper. No decir nada. Y, sobre todo, no gritar.

La desesperación es un carburante que no debe desperdiciarse.

—Piénsate nuestra oferta —dice lentamente el rubio—. Tienes una semana a partir de hoy. Luego para nosotros estarás muerto.

—Última llamada, colega. —Y el cabreado sale dando un portazo.

Las pastillas están en una bolsita transparente, como siempre.

Chou Chet le mira como la primera vez, y como la primera vez repite:

—Paracetamol.

—No lo necesito —murmura Kasper—. Consígueme cianuro, más bien.

—Cianuro… no entiendo.

—Veneno. Consígueme veneno.

El guardia camboyano retrocede un paso, rígido como un carámbano.

—Estás bromeando —le dice.

—No, no bromeo.

Chou Chet niega con la cabeza y le mira a los ojos.

—Tengo las armas. Están en lugar seguro.

Kasper no contesta.

—También he recuperado tu Nokia.

—¿Cómo lo has conseguido?

—He pagado al guardia que te golpeó. Los americanos querían el móvil, pero al parecer se perdió.

—¿Funciona?

—Está lleno de barro. Tendré que conseguirte otro.

—Ya no puedo pagarte. No tengo dinero. A mi madre se le ha acabado.

—No importa. Hay alguien que paga por ti.

Esta vez es Kasper quien mira al camboyano como se mira a un loco.

—¿Qué estás diciendo? —murmura.

—Han pasado cosas mientras estabas en aislamiento.

—¿Cosas…?

—Ven, hay alguien que quiere verte.

No da crédito a sus ojos.

Y, sin embargo está ahí, delante de él. Vestido como un prisionero. Sentado como un prisionero. Con la expresión de un prisionero, aunque muy particular.

Victor Chao.

Se abrazan. Se miran a los ojos y vuelven a abrazarse.

—¿Cómo es posible? —le pregunta Kasper.

—No es propia de ti —sonríe el boss chino—. Esa pregunta no es propia de ti.

—¿Qué ha pasado?

Victor Chao le pone una mano en el hombro. Mira a Chou Chet y le hace una seña con la cabeza. El guardia asiente y se va.

—Buen elemento. Has escogido bien —dice volviéndose hacia Kasper—. Aquí dentro es el mejor, me han dicho.

—Pues sí —asiente Kasper. Se diría que es un cambio de impresiones sobre el personal de servicio. Un diálogo absurdo entre galeotes que les provoca la risa. Se sientan en un rincón del campo, no lejos de la enfermería.

—Te han tratado con guantes de seda —dice el antiguo comandante de la Eagle Force.

—Con sus guantes, sí.

—Lo raro es que todavía estés vivo. Si es verdad lo que se cuenta por ahí, deberías estar criando malvas desde hace meses.

—¿Qué es lo que se cuenta por ahí?

—Que has metido las narices en un asunto muy gordo. Has cabreado a un montón de gente. No, cabreado no es la palabra adecuada. Se dice que por tu culpa ha habido una cagalera general.

—¿Tú sabes de qué me estaba ocupando?

Victor Chao asiente y sonríe.

—En el fondo era el destino.

—¿Destino? ¿Qué quieres decir?

—Same-same but different. Te acuerdas, ¿verdad? Aquella noche, en mi despacho del Manhattan Club, los billetes de cien dólares…

—Me estás hablando de hace diez años.

—Diez años, es verdad. Un soplo en la vida.

—Estabas borracho, Victor. No puedes acordarte.

—Borracho una mierda. Me pidieron que te enseñara esos dólares. Me dijeron que lo entenderías enseguida. Alguien como tú no podía resistirse. Te habrías puesto en movimiento… Y, sin embargo, es evidente que no entiendes una mierda. Probablemente el borracho eras tú.

—¿Quién te lo pidió?

Victor le responde con una sonrisa de las suyas.

—Vale, y entonces ¿por qué yo?

—Porque hablarías del asunto con los americanos. Con tus americanos. Los que no estaban implicados, me imagino. Lo harías por tu cuenta y riesgo. Para algunos eras un valiente y un temerario. Para otros, un loco presumido. En todo caso, la cobaya perfecta.

La cobaya.

—No me lo creo.

—Como quieras. —Victor Chao se encoge de hombros—. Si te sientes mejor, no te lo creas. Yo a veces tampoco quiero creer que estoy aquí. Luego miro a mi alrededor, miro a los ojos de los que me rodean, y me reconcilio con la realidad.

Victor Chao lo ha perdido todo.

Su vida ha dado un vuelco en pocos días. Pero cuando habla de ello es frío y lúcido como el personaje en cuya piel se metió muchos años antes, cuando acababa de llegar a Phnom Penh para hacer negocios con el régimen de Hun Sen.

Ahora, le explica, se trata de entender cuánto podrá resistir. Porque algo va a suceder, tarde o temprano.

«Tarde o temprano», recalca Kasper.

Victor Chao resume el concepto. Lo hace a su manera.

Tarde o temprano Hun Sen decidirá quitárselo de encima para siempre.

Tarde o temprano alguno de sus amigos chinos le sacará de allí. Los *amigos* son importantes, solo hay que saber cuáles son sus cálculos. En las Tríadas funciona así.

El mundo, a fin de cuentas, funciona así, piensa Kasper.

Escucha a Victor Chao y no hace preguntas. No necesita hacerlas. El relato del antiguo comandante de la Eagle Force es de una claridad ejemplar. El fabulador no ha perdido su don. Con ese deje irónico que le arranca una sonrisa, pese a todo, y le asemeja a Jackie Chan, el actor del que se siente gemelo.

Recordando lo ocurrido diez años antes, a Kasper le viene a la memoria la siniestra afirmación de Rudolf, el alemán que odiaba a Victor y le había predicho una brusca caída.

La profecía se había cumplido.

Hasta unas semanas antes, Victor Chao era uno de los hombres más poderosos de Camboya. De las estrellas al infierno ha sido un suspiro. Tropezó con el hermano de Hun Sen, le acusaron de no haber pagado a la familia del primer ministro tal como estaba convenido.

Que lo hubiera hecho o no, poco importa. Era solo cuestión de tiempo. Con Hun Sen no puedes dirigir el juego de azar, y la prostitución, y el principal cuerpo paramilitar del país, y pensar que con semejante oficio vas a disfrutar de una plácida jubilación.

Te despachan antes. Y los «prejubilados» de Hun Sen, por lo general, no cobran pensión.

—Hagas lo que hagas, te ayudaré —le dice Victor Chao.

—Aquí no hay mucho que hacer —sonríe Kasper.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Claro que lo sé, piensa él. El caso es que no puedo fiarme de ti, ya no puedo fiarme de nadie. Solo puedo contar lo que me ha pasado y esperar a que alguien lo haga llegar a Italia. A mi madre, a Patty. A mi abogada romana, que ni siquiera conozco. Antes de que sea tarde.

Demasiado tarde también para recordar.

—Tengo que escribir —murmura ensimismado.

—Claro —asiente Victor Chao—. Escribir es muy importante. Yo lo hago continuamente. Te enseñaré lo que escribo. Y te conseguiré todo lo necesario. Para empezar, un sitio mejor que esa sala común donde pasas las noches. Y cuadernos. Cuadernos, ¿verdad? Cuadernos y lápices. Así podrás escribir.

—¿Por qué haces esto, Victor?

—No quiero que te mueras antes que yo —ríe el chino de Taiwan—. Eso es todo, amigo mío.

«Italian, you come here right now!»

El kapo le mira con su sonrisa siniestra, los colmillos amarillos bien a la vista. Le señala las oficinas de la dirección.

«Tienes visita, italiano».

Kasper se hace su composición de lugar. Todavía no ha pasado la semana, pero evidentemente los americanos están impacientes. Tienen su inaplazable *timeline*. En el último encuentro de unos días antes él estaba tan maltrecho que pensarían en la conveniencia de no dejar pasar mucho tiempo. En el fondo, para irse de allí, bastarían unas pocas firmas.

Mon Kim Heng le está esperando.

El director tiene el aspecto acostumbrado de jefe de oficina desaliñado. Pero esta vez no sonríe, el pequeño dictador de Prey Sar. No se hace el simpático, como de costumbre. Le señala un despacho y no es la sala de sus conversaciones con los agentes estadounidenses. Es un despacho de la dirección.

«Te está esperando ahí dentro», le dice.

Kasper no hace preguntas. Abre la puerta y entra. La puerta se cierra tras él. Mon Kim Heng se queda fuera.

—Buenos días.

El hombre que está sentado al otro lado de la mesa hace un ademán de anfitrión.

—Ponte cómodo.

Habla un buen italiano con un claro acento francés.

Kasper trata de situarlo. No está en su fichero. No lo ha visto antes. No se ha cruzado nunca con él. Está seguro.

En el despacho hace fresco. El aire acondicionado le parece una broma. El olor a colonia también. Un despacho con aire acondicionado. En Prey Sar. Se deja caer en la pequeña butaca y apoya los codos en la mesa de reuniones.

¿Quién puede reunirse en un lugar semejante?, se pregunta mientras sostiene la mirada inquisidora del tipo que tiene enfrente. Andará por los cuarenta, pelo corto, moreno, bigotito de chupatintas y ojos negros. Uno setenta escaso, viéndolo sentado. Ligero sobrepeso, también. Traje claro y camisa azul sin corbata.

—Soy Louis Bastien, un funcionario del gobierno francés —empieza—. Si no tienes nada que objetar, nos tuteamos.

Kasper hace un ligero gesto de asentimiento. Vuelve a mirar a su alrededor. ¿Dónde habrán escondido los micrófonos? ¿Y las cámaras de vídeo? No hay cuadros ni espejos, ni luces sospechosas. Pero los aparatos de grabación tienen que estar en alguna parte.

—He hablado mucho de ti con mi colega Marco Lanna, que te manda un saludo.

—Marco Lanna, claro —sonríe irónicamente Kasper—. ¿Tú también eres un diplomático a tiempo parcial? ¿Cuál es tu profesión, asesor matrimonial? ¿Fontanero, agente de seguros?

Louis Bastien asiente, pero no parece muy divertido. Se atusa las guías del bigote, apenas

mueve la cabeza:

—Toco la guitarra.

—Lo que faltaba, un músico.

—Músico, sí, y además bastante bueno. Pero es solo una afición. Mi profesión es diplomático.

—¿Y a qué te dedicas?

—Resuelvo problemas.

—¡Guau! Míster Wolfe en persona.

—Algo por el estilo.

—Pero aquí no estamos en una película de Tarantino, monsieur Bastien. Y yo no tengo un problema. El *problema* soy yo.

El diplomático francés asiente y dice:

—¿Un café? ¿Un té? ¿Una Coca-Cola, quizá…?

Kasper le mira como si se hubiera vuelto loco. Él se levanta y se asoma a la puerta. Llama al guardia y le pide algo en inglés. Vuelve a cerrar la puerta y le acerca su móvil.

—Llama a tus seres queridos. Invita Francia.

La llamada es corta.

Kasper llama a su madre. Desde su casa de Florencia le contesta Manuela Sánchez. La está cuidando con una dedicación infinita. Esa mujer, su amiga con pasado de narcotraficante, es un ángel. Por desgracia, la enfermedad en los últimos tiempos ha seguido avanzando. No es fácil para una persona de la edad de su madre. Está muy cansada, pero lúcida.

—Está descansando —explica Manuela.

—No la despiertes.

Kasper le pregunta si en esos días ha hablado con Patty.

Manuela contesta algo poco comprensible. Extraño. No es propio de ella titubear.

—Dime qué es lo que pasa —la corta él.

—No sé si…

—¡Por favor, Manuela! —Casi le implora—. Te lo ruego, no me ocultes nada.

—Tengo una carta suya para ti. Le prometí a Patty que te la haría llegar de alguna forma, quizá a través del cónsul honorario…

—Ábrela.

—Mira, yo no…

—Ábrela, no tengo tiempo.

Se la lee. Pocas líneas. Que rompen el corazón.

Patty no ha aguantado. Patty le ha dejado.

En el fondo es justo, me lo temía, se dice.

Pero no es verdad. Nunca pensó que fuera posible. Y qué demonios va a ser justo. Tenía que haber creído a los americanos cuando se lo restregaron por los morros.

La realidad es esa.

El cabreado, ese malnacido, solo le había adelantado la noticia. Ellos lo sabían. Tienen espías, SEÑOR R

informadores y servidores. De todo tipo. Siempre saben lo que hay que hacer. Ellos siempre lo saben todo.

—Léemela otra vez. Despacio —pide—. Manuela obedece sin rechistar.

Patty le pide perdón, pero ya no sabe quién es él. Sus familiares a lo mejor tienen razón, explica. Por lo demás, saben de él lo que saben todos, porque todos consultan internet, y en internet están esas noticias, siempre las mismas: que si extremista de derecha, que si piloto golpista, que si matón en el instituto… Y eso de no hablar nunca de lo que hace, esos largos viajes sin una explicación. ¿Qué le esconde? A lo mejor tiene una mujer, y también hijos, en otra parte del mundo…

Si de verdad es quien dice ser ahora, ¿por qué Italia no hace algo?

¿Por qué no habla de él la televisión? ¿Por qué el suyo no se ha convertido en un caso internacional? Uno de esos que ocupan titulares en las primeras páginas y los telediarios. Que menciona el Papa en el ángelus los domingos por la mañana.

«Perdóname, pero para mí todo esto es demasiado grande, demasiado extraño y demasiado difícil».

Patty se ha ido.

Kasper vuelve a escuchar sus últimas palabras. Ahora está realmente solo. Solo en medio de la tormenta que no acaba nunca. Que empeora continuamente.

Se despide de Manuela y termina la llamada. Le devuelve el móvil a Louis Bastien.

—Gracias. —Se pone de pie—. Vuelvo al campamento.

—Espera un momento. Si he venido hasta aquí es porque quiero hablar contigo.

Llaman a la puerta. Entra un guardia con una bandeja. Deja las bebidas en la mesa y se va. El olor a café caliente es un golpe en el estómago, pero Kasper lo encaja como ha encajado todo lo demás.

¿Cuánto hace que no bebe café? Eso ahora no es importante.

—Siéntate, por favor —repite el francés.

—Ya no hay tiempo, monsieur Bastien.

—¿Estás diciendo que ya no hay esperanza? *L’espoir fait vivre.*

—Ya… claro, vosotros y vuestros refranes franceses; yo también conozco alguno. *Chacun est artisan de sa fortune*. Es el que cuadra conmigo. Gracias por la visita. Gracias por la llamada. Pero yo no soy su problema.

Pronto no será un problema para nadie, piensa.

Se despide del diplomático y pide que le lleven al campamento.

Ahora sabe lo que tiene que hacer. También sabe cómo.

28
Bien hecho

Playa de Mondello,
Palermo,
febrero de 2009

—Dentro de un mes empezará la temporada de baños.

Giulia abre los brazos y da una vuelta sobre sí misma.

—¿Sabes qué? Con este tiempo increíble me daría un chapuzón ahora mismo.

Barbara sonríe y mira a su amiga que, en camiseta y con los vaqueros remangados hasta la rodilla, juega con las transparencias de la orilla. Han comido en Da Giovanni: erizos de mar, sashimi y cuscús de pescado. Pero, sobre todo, se han despachado una botella entre las dos.

Es un febrero que ya huele a primavera, el sol habla siciliano y eso las pone a las dos de buen humor. Han charlado como adolescentes, libres de decir tonterías. Despreocupadas, desenvueltas. Se han divertido como hacían de pequeñas, amigas inseparables, cuando compartían sueños y secretos.

Hacía tiempo que no se tomaban un par de días libres para ellas solas y los pasaban en alguna ciudad que invita a explorarla y vivirla. Dos esposas madres en libertad provisional, conscientes de que el fin de semana pasará pronto. Es una *fuga*: así la llaman.

Tendrían que hacer más a menudo fugas como esta.

Giulia, paduana criada en Roma, vive en Milán desde hace diez años y propuso Palermo para esta fuga. Barbara aceptó enseguida.

Han hablado de todo. En particular de él, Kasper.

Barbara le ha contado la historia. Porque Giulia es de fiar. Y también porque está casada con un hombre de negocios estadounidense bastante importante.

Influyente, se dice en estos casos.

—Influyente, sí, ese es el rollo —observa Giulia.

El *rollo*, naturalmente, es el adjetivo. Forma parte de la horrible jerga de los medios de negocios

lombardos, que ella, como buena milanesa de adopción, maneja con soltura. Por eso le ha explicado a Barbara que su marido estadounidense, adecuadamente *briefeado*, puede ayudarle a dar los pasos necesarios.

—¿Le *briefeas* tú?

—¿Quién, si no? —contesta Giulia—. Es mi cachorrón de Ohio.

Barbara está convencida. Es una posible vía. Quizá la única.

Se da cuenta de que, en su averiguación personalísima, ha llegado a un punto muerto. Está dramáticamente claro. El caso Kasper solo tiene una explicación: los estadounidenses lo han encerrado, y solo ellos pueden devolverle la libertad.

Los estadounidenses, claro. Pero los *adecuados*, como les llamó el general del ROS.

Si existen esos estadounidenses adecuados, Giulia es sin duda la mejor conexión con ellos que conoce. El marido de su amiga, el influyente «cachorrón de Ohio», pertenece a ese ambiente liberal que desde hace unos meses puede respirar aire fresco.

Barack Obama acaba de ocupar la Casa Blanca. Un negro en la poltrona más importante del planeta. George W. Bush pertenece al pasado. John McCain y Sarah Palin han sido derrotados. Los demócratas de todo el mundo han suspirado con alivio.

No es de extrañar que uno de los primeros actos del nuevo presidente fuera el anuncio de que iba a cerrar el campo de prisioneros de Guantánamo. Entonces, ¿cómo puede tolerar el gobierno estadounidense que existan en el mundo prisiones parecidas? Lager como Prey Sar, donde un ciudadano italiano también sufre la persecución de agentes estadounidenses.

—¡Dios mío, es una historia espantosa! —se indigna Giulia—. Ni siquiera soy capaz de imaginarlo. Hablaré de eso con mi marido. Ya verás, dentro de unos días te pasaré el mejor contacto. Tú tranquila: esta historia llegará a la mesa de quien tiene que conocerla. Muy pronto.

El domingo por la tarde, cuando regresa a Roma, Barbara siente que por fin está cerca de obtener un resultado concreto. El avión alza el vuelo en Punta Raisi y el cielo es una alfombra rosa.

Bien hecho, abogada Belli, se dice para sus adentros.

Comprueba que su móvil está apagado y lo vuelve a meter en el bolso. En ese mismo momento le está llegando un mensaje de Manuela Sánchez, directamente desde la peor tempestad posible.

Pero Barbara solo lo leerá varias horas después.

La ve salir del metro de piazza della Repubblica.

Su gabardina color marfil se confunde con la muchedumbre romana de la mañana del lunes. Desaparece y reaparece como en un juego de espejos. Barbara no se mueve, se queda junto a su Yaris.

Las instrucciones de Manuela han sido bastante sencillas: «Te encuentro yo».

Por eso ella espera.

Minutos después están sentadas en el coche de Barbara, circulando por via Nazionale en dirección a piazza Venezia.

—¿Dónde quieres que vayamos?

—Por ahí…

SEÑOR R

—¿A qué te refieres?

—Sin pararnos. Si tienes gasolina.

Barbara mira el indicador, que está un poco por debajo de la mitad. Se mete en el eterno atasco causado por las interminables obras.

—El maldito follón de siempre —despotrica en voz baja.

—¿Tienes mucha prisa?

—La verdad es que no —dice Barbara negando con la cabeza—. No.

Manuela sonríe y observa a los obreros que rehacen la calzada con adoquines.

—Mira qué hábiles —dice.

Al observarles se tiene una sensación extraña. Son hábiles, ciertamente, pero no es solo eso. La malla verde, por cuya abertura se ve la obra, es como una ventana a un remoto pasado que alguien ha transportado hasta allí, en el centro orgásmico de la metrópoli, abriendo el telón para mostrar a esos hombres que trabajan, inevitablemente, con las manos y herramientas de hace siglos. Con una gestualidad antigua. Nada que ver con los brutales asfaltadores y sus máquinas humeantes de asfalto hirviente.

Sus movimientos con las piedras son cuidadosos, metódicos, reminiscencias de un oficio que huele a historia romana. El golpeteo de los martillos es una burla a la modernidad. Se cuela como un sonido clandestino entre los bocinazos y los escapes de CO_2. Una provocación.

—Hay oficios que no morirán nunca —observa Manuela. Se encoge de hombros y saca un cigarrillo, pero no lo enciende. Lo tiene entre los dedos, juguetea con él—. Hay oficios que cuentan un mundo —prosigue—. Por ejemplo, el mundo de la droga.

—La droga…

—Eso. Puede que un día liberalicen la droga y entonces algunos oficios desaparecerán. Piensa en la cantidad de puestos de trabajo que se perderían. Piensa en todos los que tendrían que cerrar el negocio. Millones de personas y ríos de dinero tendrían que encontrar otras razones, otros destinos. Hombres que arriesgan la vida todos los días, en un bando y en el otro, tendrían que buscarse otra ocupación.

—Echas de menos ese mundo, ¿verdad?

La pregunta de Barbara es inesperada, deliberadamente seca, pero Manuela no se altera. Niega con la cabeza.

—No, no lo echo de menos. Estoy convencida de haber tomado la decisión justa hace quince años. Me falta la adrenalina, eso sí.

—La adrenalina.

—Esa sensación de peligro que hace que cada día sea distinto de los demás. Hoy es todo igual. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Es difícil acostumbrarse.

—Cuidas a los demás. Haces voluntariado con los presos. Asistes a personas enfermas…

—No es suficiente. No es como me gustaría… Pero el pasado no vuelve —sentencia Manuela —. No vuelve aunque tengas a dos capullos pisándote los talones y siguiéndote a todas partes.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Ahora también.

SEÑOR R

—Perdona, ¿qué quieres decir? —dice la abogada, nerviosa.

—Quiero decir que llevan varios días siguiéndonos. Ahora también, los tenemos detrás. Pero no te preocupes. Sigue conduciendo como hasta ahora, de este modo tan…

—¿Tan?

—Nefasto, como una romana cualquiera. Así es perfecto. Porque no nos los despegaremos del culo aunque crucemos piazza Venezia en dirección prohibida. Que se paseen ellos también. Cuando terminemos me llevas a la estación Termini. Tengo un tren dentro de un par de horas.

Pueden ser del FBI, de la CIA o de otras agencias estadounidenses. Pueden ser italianos que colaboran con los americanos. O también independientes contratados. Probablemente, de las personas con que Kasper suele estar en contacto, Manuela Sánchez no es la única vigilada.

Barbara cruza Caracalla y enfila la salida cambiando marchas como en un rally.

—¿Me estás diciendo que yo también…?

—Ten la seguridad.

—Mierda.

Piensa en su fin de semana en Palermo. ¿La han seguido? ¿Han oído sus conversaciones con Giulia? Preguntas inútiles a estas alturas. A lo mejor le pinchan los teléfonos. A lo mejor tiene el despacho lleno de chinches. Podría estar controlado también el coche en el que viajan en este momento.

—¿Y si te equivocas? —dice mirando por el retrovisor.

—No creo —replica plácidamente Manuela, que le indica una calle a la derecha—. Por ahí se va a la Garbatella, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—Tuve un novio en ese barrio hace años. Vamos a dar una vuelta por ahí.

Bajan por la Cristoforo Colombo entre los miles de coches que a esa hora del lunes recorren la carretera que va de Roma a la costa del Lacio. Es una marea de tráfico y no es nada fácil darse cuenta de si algún coche la está siguiendo realmente. Pero en cuanto giran por la via delle Sette Chiese y se adentran en el típico barrio de las casas rojas, el Hyundai verdoso se asoma como una lagartija entre los ladrillos.

—¡Santo Dios! Ahí están, son ellos, seguro —cuchichea Barbara.

—Tú como si nada. —Manuela le va indicando el camino. Un laberinto de callejuelas entre las típicas casitas y plazuelas de una Roma que de repente se convierte en pueblo. Ella se orienta como si fuera del barrio—. Mira, puedes aparcar allí.

Barbara observa el edificio con el rótulo azul.

—Pero ¡si es la comisaría de policía! —objeta.

—Justamente. Así los que nos siguen tendrán algo interesante que escribir en su informe del carajo. —Y añade—: No está tan mal haber tenido un novio policía. Sobre todo si luego te metes a criminal.

SEÑOR R

La situación de Kasper se ha precipitado.

Manuela se la resume en pocas palabras. Consiguió hablar con él por teléfono durante unos minutos. Lo notó desesperado y determinado. Estados de ánimo que, juntos, no presagian nada bueno. A no ser que…

—¿A no ser qué? —pregunta Barbara intuyendo, un instante después, la única respuesta posible.

Manuela le cuenta lo de la carta de Patty, la joven prometida de Kasper. Es una chica maravillosa, pero no puede enfrentarse sola a una situación como esta. Su familia no aprueba la pasión por ese hombre mucho mayor que ella. Los rumores que corren sobre él son tremendos, y en provincias no tardan en convertirse en leyendas. Internet está al alcance de todos y todos pueden leer, atar cabos. Y sentenciar.

—Pero ¡si son estupideces! —se rebela Barbara—. Retazos de unas historias mucho más complicadas. ¡Casos sensacionales en los que arriesgó la vida y logró resultados increíbles!

—Sí, pero eso no aparece en los artículos de esos periódicos —replica Manuela—. A él, durante años, todo eso le traía sin cuidado. Se reía de su fama. Yo le tomaba el pelo por eso. Hoy, cuando te invitan a cenar, le decía, llegas allí y todos creen que saben quién eres porque te han *gugleado*, se dice así, ¿no? Bueno querido, le decía, si lo hacen contigo es mejor que te quedes en la pizzería más cercana.

—¿Y él qué decía?

—Se reía. Acariciaba a sus perros y se reía. Es así.

—Y ahora Patty le ha dejado. ¿La madre de Kasper lo sabe?

—Se lo he dicho yo. He tenido que hacerlo. Me miró sin parecer sorprendida. Lo comprendo, pobre chica, fue su comentario. Y añadió que cada cual vive por lo menos con un fantasma. Patty encontró el suyo.

—Para Kasper la carta debió de ser como una puñalada.

—No lo sé. Me dio la impresión de que se lo esperaba. Y que estaba esperando algo así para tomar la decisión que lleva meses rumiando.

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir que está planeando su salida de escena. Pero no lo hará suicidándose. Por lo menos, no como podría imaginar una persona normal. Lo hará luchando. No me extrañaría nada que hubiera organizado…

—¿Qué quieres decir?

—Luchar… significa luchar, ¿no?

—¿Quieres decir que probablemente tiene un arma?

—No lo sé con seguridad. Pero el diplomático italiano en Phnom Penh habló con Brady, su amigo mecánico, y tiene la impresión de que podría suceder algo. Conozco a Kasper. Es capaz de todo. Y entonces, a quien le ha encerrado allí, no le resultará fácil explicar una muerte así.

Hace una pausa y abre su bolso de piel. Saca dos pequeños cuadernos con tapas de cartón negro.

—Hay otro motivo por el que pienso que estamos llegando al final del trayecto —explica—. Estos llegaron ayer a casa de su madre. Los mandó Brady.

SEÑOR R

—¿Qué son?

—Diarios y memorias. Kasper está escribiendo. Recuerda, cuenta. Está todo aquí, a lo mejor llegan más. Quiere que, llegado el momento, su abogada los entregue a los principales diarios. Por eso…

Manuela le da los dos cuadernos. Barbara los agarra con fuerza.

—Llegado el momento —murmura—. ¿Y cómo sé cuándo ha llegado el momento?

—Muy sencillo. Será el día en que te enteres de que ha muerto.

29
Mr. T

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
febrero de 2009

Allí dentro no son más que ocho. Los privilegiados de Prey Sar.

Kasper ha salido de la gran sala común donde los prisioneros se hacinan como animales. Ahora vive en otra, gracias a Victor Chao.

«Tranquilo, no me ha costado mucho —le aseguró el boss chino—. Me han hecho un precio global», ironizó como de costumbre, presentándole la nueva colocación y a sus nuevos compañeros.

Además de Victor Chao hay dos ex oficiales de policía, un funcionario de Hacienda y tres presos comunes. Gente que puede apoquinar. Uno de ellos es Mr. T.

No les controlan mucho, de modo que a veces consiguen usar el móvil. También pueden hacerse la comida y disponen de algunos centímetros más. Poca cosa, desde luego, pero están un poquito más anchos que los demás.

Para Kasper, la nueva situación tiene muchas ventajas. Y un solo inconveniente: la proximidad del gigante negro que odia a los blancos.

Mr. T no se alegró mucho de tener al italiano como compañero de celda, y al verle no se mordió la lengua: «¿Qué coño haces aquí con nosotros?».

Mientras lo decía acariciaba el mango del machete que suele esconder debajo de una manta.

Victor Chao intervino para poner paz.

«Si te provoca no le hagas caso», le aconsejó después a Kasper.

Kasper asintió. No había problema. Para él, Mr. T no era un enemigo. No le daba miedo, no sentía por él ninguna aversión.

Mide casi dos metros, es corpulento y de musculatura tersa, como los nigerianos de su complexión. Le mira continuamente y siempre tiene una expresión de caníbal hambriento que le recuerda ciertas historietas de su infancia. Le odia porque odia a los occidentales de piel clara.

SEÑOR R

Pero a él, por estar tan cerca, demasiado cerca, parece que le odia un poco más.

Kasper no habla con él. No le preocupa. No le odia. Lo considera un recurso, que llegado el momento podría serle útil.

Mientras tanto escribe.

Ya ha escrito dos cuadernos y gracias a Chou Chet ha conseguido hacérselos llegar a Brady. Su amigo estadounidense tiene que mandarlos a Italia por el medio más seguro y rápido posible.

Manuela Sánchez está al corriente. Sabe para qué sirven esos cuadernos y cuál es su destino. Cuando llegue el momento será ella quien se asegure de que Barbara Belli, su abogada, haga lo que tiene que hacer con ellos.

Ya no falta mucho.

Dos días antes Kasper tuvo visita de los padres combonianos de Phnom Penh. En otros tiempos había hecho mucho por ellos y por la Isla del Amor Fraterno. Había conseguido subvenciones para sus actividades filantrópicas. Había logrado implicar a varios occidentales ricos de la capital camboyana. Había organizado con Patty repartos de comida y ropa para la multitud de desesperados que viven en los basureros, a las afueras de la ciudad.

El religioso que va a verle a Prey Sar le explica que los combonianos, en cambio, poco pueden hacer por él. ¡Su situación es tan complicada!

Complicada.

Si no fuese complicada no llevaría casi un año aquí encerrado, piensa Kasper.

Pero no dice nada. Ninguna objeción. Solo le pide una cosa:

—Quisiera recibir la extremaunción.

El comboniano le mira como si le hubiese pedido un préstamo.

—Hermano, pero ¿qué dice?

—Le estoy pidiendo lo único que puede darme. Y que no puede negarme, padre.

Mr. T tiene un prisionero para que le cocine. Para la limpieza tiene otro que viene dos veces al día. Son sus esclavos. Les amenaza continuamente y de vez en cuando les pega. Puro exhibicionismo de gimnasio sádico. Le gusta dárselas de boss y probablemente, fuera de allí, un poco boss sí que había sido. Si le han caído cien años de prisión por la droga es evidente que en ese ambiente no era un cualquiera.

En el exterior de Prey Sar su familia se ocupa de él, y él echa muchísimo de menos a su familia.

Tiene una esposa camboyana de tez oscura, más alta de lo común. Una mujer bastante guapa. Sus hijos pequeños son espléndidos, dos obras maestras mestizas como solo algunas alquimias genéticas son capaces de producir.

Su mujer va a verlo a menudo, le lleva cosas ricas para comer y él las comparte de buena gana con sus compañeros de encierro. Con todos menos con el italiano.

Kasper se ha resignado.

Pasa los días escribiendo en sus cuadernos y hablando con Victor Chao. Puede usar el nuevo Nokia que le ha conseguido Chou Chet. De modo que casi todos los días llama a su casa. Ha intentado en vano ponerse en contacto con Patty.

SEÑOR R

La comunicación se ha cortado. Quizá para siempre.

Esa tarde Victor Chao llega con un regalo para él. Una colchoneta inflable.

—No pensaba ir a la playa —bromea Kasper.

—Te han molido a palos, no puedes seguir durmiendo sobre el cemento —dice Victor—. Acéptala, por favor.

Kasper coge la colchoneta. Esa noche duerme sobre una superficie menos dura que de costumbre. Pero el cambio no dura mucho. La noche siguiente, al volver a la celda, la colchoneta está hecha trizas. Cerca de allí Mr. T afila la hoja de su machete y parece de un humor excelente.

Kasper enrolla lo que queda de la colchoneta y hace una especie de almohada. No dice nada. Sus compañeros de celda cruzan miradas alarmadas. Él simula que no las ve, pero comprende el significado. Mr. T es un gigante bastante pendenciero, pero el italiano tampoco es un angelito. Allí dentro goza de cierta fama gracias a su dominio del boxeo y las artes marciales. Y al uso que ha hecho de ellos en varias ocasiones. Por algo los kapos le llaman «la bestia».

La temperatura podría subir peligrosamente y en esos pocos metros de espacio más vale que no te pille en medio.

Pero la bestia no reacciona. Y con la cabeza apoyada en la almohada, como las otras noches, se dedica a su diario.

A Victor Chao también le gusta escribir.

—Dime qué te parece lo que he pensado —le dice—. Es el fruto de profundas reflexiones.

El tono es solemne, quizá un poco engolado, recuerda a ese chino sabio que recita en internet perlas del tipo: «Si un perro ladra es porque no está bien cocido».

Pero Victor no se ríe. Su expresión es seria. Concentrada. Se aclara la voz:

—Se titula: *Cómo salir mejor parado después de haber caído*.

—Te escucho.

El antiguo comandante de la Eagle Force le lee su composición.

Lo que no nos mata nos hace más fuertes.
Cuando el camino es duro, solo los duros salen de él.
Quien sabe encajar los golpes durará más.
Quien consigue caer con gracia vivirá más.

Victor se detiene y le mira.

—¿Qué te parece?

—Bueno, parecen reflexiones interesantes. —Kasper asiente, hace gala de esa amable diplomacia florentina de la que aún le queda algo. Aprueba con decisión—. Son afirmaciones juiciosas. Muy juiciosas.

—Sabía que te iban a gustar. Escucha las demás:

La dirección justa no siempre es la más rápida.
La integridad del espíritu interior nunca debe ser destruida.

Hace una pausa, le observa y anuncia:

—Y ahora escucha esta. —Coge aliento, como si se preparase para una inmersión—:

«Nuestras debilidades son los verdaderos enemigos. Combátelas todos los días».

—Saca pecho y termina—: «Del degradado Victor Chao, el batería comandante de la Eagle Force». —Le entrega el papel—. Es tuyo. En recuerdo de estos días.

—Quédatelo. Ya me lo darás cuando te vayas de aquí —replica Kasper.

—No, amigo mío —sonríe él—. Vas a salir antes que yo. Lo soñé anoche.

El teléfono vibra cuando acaba de cenar. Kasper contesta y reconoce enseguida su voz.

Patty.

—Espera un momento, por favor.

Se aleja en busca del rincón más apartado. Son pocos metros, pero dan la ilusión de una intimidad aceptable. Da la espalda a los demás, se agacha. El teléfono le calienta la oreja. Parece un adolescente que no quiere que le oigan sus padres. Patty le explica que no podía dejarle con una carta. Le dice que le quiere pero no es capaz de seguir así. Así no. Le dice que a lo mejor Prey Sar no es tan terrible si le dejan usar un teléfono móvil.

—Exacto —asiente él—, a lo mejor no estoy tan mal.

Le repite las cosas que le ha escrito y que Manuela le ha dicho por teléfono unos días antes. La familia, los amigos, el ambiente donde vive y trabaja. Es todo endemoniadamente difícil.

Patty habla y él escucha. Palabra a palabra, pausas y suspiros. Y piensa que su chica tiene razón. Que todo es verdad, todo lo que dice. Es todo despiadadamente lógico. Es justo.

Solo le pide que le dé tiempo.

—No tomes decisiones precipitadas. Deja que resuelva esto, dame el tiempo de salir de aquí. Cuando vuelva a Italia te lo explicaré todo. Dejaré este mundo. Te juro que voy a salir. Yo también quiero tener hijos, una casa y una vida normal…

—No es verdad, no me lo creo. No te creo.

—Dame solo una oportunidad.

Patty llora: una oportunidad. ¿Qué oportunidad? Nadie dice nada. Nadie hace nada. ¿Dónde están las soluciones?

Ya, ¿dónde están las soluciones?

Ese llanto desesperado a miles de kilómetros de distancia es la banda sonora de su fracaso.

Que no te crea quien te ama. Esa es la peor manera de fracasar.

Por primera vez en su vida, Kasper ha tenido el valor de admitir un sí mismo distinto. Un hombre normal. Que vuelve a casa por la noche y se sienta a cenar con su familia. Que prepara la cena, organiza su casa, planea gastos y vacaciones. Un hombre como los demás, y no un instrumento bélico con presunción de invulnerabilidad.

Lo ha pensado y lo ha dicho. Porque desea realmente esa normalidad. Siente que es verdad.

Pero cuando lo ha dicho no le han creído.

Su fracaso no consiste en esa maldita investigación que acabó mal. No consiste en esos once meses de infierno. Su fracaso consiste en la pérdida de las pocas personas que le han querido de verdad. Y que por su culpa se han sentido solas. Como Patty, a la que un día dijo: «Puede que desaparezca sin dar explicaciones. Pero tú espérame. Yo vuelvo siempre».

Loco, fantasmón, inconsciente egoísta. Ahora le resulta fácil apuntar el dedo contra sí mismo. Contra su imagen marchita de superhombre. En el espejo empañado por el aliento de la desventura, lo que ve ahora es el perfil cada vez más lábil de un fantasma. «Esto es lo que soy ahora: un fantasma y un recuerdo».

Kasper piensa en su antepasado cruzado que, mil años antes, llevaba su nombre y quizá cargaba con su mismo destino.

«Lo importante no es volver a casa. Lo importante es partir a las cruzadas», le escribió a su esposa al partir de Florencia hacia Tierra Santa. No volvieron a verlo.

Él, en cambio, querría volver a casa. Para pedirle a su mujer que lo entendiera. Para explicarle que le habían traicionado. Para pedirle que fuera su esposa. Pero comprende que ha perdido la oportunidad. El fantasma ya no va a volver.

Y ella tiene que ser libre de marcharse. De vivir.

—Puede que tengas razón —le dice de pronto—. Puede que lo más justo es que cada cual busque su propio camino. El mío, en este momento, no va a ningún lado. Oye, acabemos de una vez. No me vuelvas a llamar. Borra este número. Bórrame.

Corta la comunicación y aprieta el móvil entre las manos como si lo quisiera triturar hasta reducirlo a un montón de polvo y residuos de una tecnología inútil que debería acercar a las personas en vez de alejarlas para siempre.

Mete la cabeza entre las rodillas y las abraza con resignación.

Ahora mátame, Dios, es su invocación silenciosa. Hiéreme con algo rápido, definitivo. Algo como un meteorito, que caiga en Prey Sar, que caiga sobre mi cabeza.

Y el meteorito llega puntualmente.

—¿Qué pasa, italiano? ¿Te ha dejado tu novia?

La voz de Mr. T se oye sobre el murmullo de los otros prisioneros. El silencio, de repente, es sepulcral.

—No se lo reproches, por fin se habrá dado cuenta de que no vales una mierda.

—Te equivocas, cabronazo —le contesta Kasper poniéndose de pie.

Un movimiento decidido pero lento, lo suficiente para ver a Victor Chao levantando las manos para frenarle, para decirle que no responda a esa provocación.

Es demasiado tarde.

Es el momento de ajustar cuentas. Todas. De echar el cierre y despedirse de los amigos y los enemigos.

SEÑOR R

El resto de su réplica es antológico. Directamente de las peleas de los buenos tiempos, entre contradaioli de Siena en los días ardientes del Palio.

—Verás, cabronazo, el caso es que de vez en cuando me tiro a tu mujer, pedazo de capullo. Y fíjate, se ha sabido hasta en Italia.

El de Mr. T no es un movimiento. Es un desplazamiento ciclónico.

Una imprecación, y se abalanza sobre él con el machete en la derecha. Vuelve a gritar algo incomprensible, un rugido cavernoso. Directamente de la prehistoria.

Una muerte de guerrero. Eso es lo que hace falta ahora, piensa Kasper.

El que avanza hacia él es sin duda el adversario adecuado. Por eso le espera inmóvil. Luchará lo que haga falta antes de sucumbir a esa máquina de guerra.

Los otros prisioneros se ponen a salvo pegándose contra las paredes de la habitación que pronto será una carnicería. Fracciones de segundo. Ni nada ni nadie pueden impedir el impacto.

Nadie, salvo Victor Chao.

El chino es flaco y muy ágil. Notoriamente loco, también. Salta sobre Mr. T agarrándose con las dos manos a su brazo que blande el machete. Un alfeñique aferrado al monstruo en movimiento. Consigue detenerle, pero acaba en el suelo. Y en su furia homicida el monstruo ya no distingue. El machete se abate sobre Victor Chao, no le alcanza por pocos centímetros y hace un agujero en el cemento. Vuelve a alzarse de inmediato. El segundo machetazo seguro que no fallará.

Y eso no puede ser, piensa Kasper.

Algo se enciende en él. Un circuito interrumpido vuelve a funcionar. Una llamita vuelve a arder. La resignación se disuelve en la rabia.

Kasper se abalanza contra Mr. T, finta un golpe en la cara, se agacha y con una patada circular de krav magá le golpea por detrás de la rodilla derecha. Es como pegar contra una columna de bronce. El dolor que siente en el pie descalzo es lacerante, pero el gigante se tambalea, grita. Su equilibro de pronto se ha vuelto precario.

Kasper agarra el wok todavía sucio de verdura y pega con él en el brazo que blande el machete. Un golpe de canto, dos, tres, hasta que el arma cae al suelo. Victor Chao se da prisa en cogerla.

Mr. T aúlla de dolor y, ferozmente, intenta avanzar. Los otros presos gritan llamando a los guardias. Grita también Kasper, pero la que grita es la bestia que anida en su interior y que ahora es incontenible. Su wok se abate sobre la cabeza del gigante negro. Una y otra vez, mientras la sangre y las esquirlas del cráneo lo salpican todo, el techo, las paredes.

Hasta que Mr. T se derrumba de bruces en el suelo.

Los guardias que irrumpen en la celda encuentran un paquidermo sanguinolento que respira con dificultad. A poca distancia, un hombre eléctrico que empuña un wok y parece salido de una película de terror.

Los otros prisioneros solo quieren salir de allí cuanto antes.

El único que no huye es Victor Chao.

—El italiano nos ha salvado de ese loco armado con machete —dice señalando a Kasper—. Puedo testificarlo.

Luego le ayuda a lavarse, hace que se siente. Kasper menea la cabeza, tiene un temblor imparable en los labios, en todo el cuerpo.

SEÑOR R

Es la primera vez que mata así.
Victor Chao le da algo para fumar. Es un porro. Se lo enciende y se lo mete en la boca.
—Respira con esto y no hables. No digas nada.
—¿Por qué te has interpuesto? —le pregunta Kasper con un hilo de voz.
—En dos lugares conocerás al verdadero amigo. Cuando estés enfermo y cuando estés preso.
—¿Qué coño es eso?
—Un refrán chino. No es mío. Todavía no, por lo menos.
—Me has salvado…
—Este mundo da asco, hermano. Pero tú habrías hecho lo mismo por mí.
—Yo le he matado.
—Bastante. No del todo, lamentablemente.
Y Kasper se echa a llorar. Por el mundo y por sí mismo.

30
El testamento de Kasper

Villa Borghese,
Roma,
marzo de 2009

La abogada Barbara Belli acaba de sentarse en un banco de Villa Borghese cuando el móvil le anuncia un nuevo mensaje.

«Media hora de retraso, pero voy. Perdona».

Suspira y responde: «Ok». Por un momento ha temido que Giulia quisiera aplazar la cita una vez más. Hace una semana que anda detrás de ella. Desde que su amiga ha vuelto de Estados Unidos, donde ha acompañado a su marido en uno de sus frecuentes viajes de negocios. El «cachorrón de Ohio» siempre está viajando por el mundo y Giulia, siempre que puede, va con él.

Barbara está en ascuas. Desde su fin de semana en Palermo han transcurrido casi tres semanas y no ha pasado nada. Cada vez que hablaban por teléfono Giulia la tranquilizaba: «Estoy trabajando en lo tuyo, no es sencillo».

Sencillo.

Pues claro que no es sencillo. Su cliente lleva un año preso. Recluido en Camboya. En un campo de concentración. ¿Cómo demonios podría ser *sencillo*?

Cada minuto que pasa Barbara siente que se acerca el momento que teme como la peor pesadilla.

El *final del trayecto*.

Siente que se acerca el día en que Manuela Sánchez le llamará y le dirá que todo ha acabado. Que esa historia increíble ha terminado de la peor manera.

Y entonces no habrá nada que hacer.

Tendrá que coger esos cuadernos que lleva siempre consigo y subir las escaleras de alguna redacción de periódico. Tendrá que llamar a las puertas de *La Repubblica*, el *Corriere della Sera* y *La Stampa*, tal vez del *New York Times*, el *Guardian* y el *Frankfurter Allgemeine*. Y explicar,

contar, dar a entender la increíble peripecia humana que se ha desarrollado en esos meses, mientras el mundo se consumía a sí mismo entre los escándalos y las intrigas de costumbre. Mientras sus páginas estaban llenas de los consabidos titulares sobre las historias de costumbre. Sobre los personajes acostumbrados, eternos.

Puede que en esas redacciones me vean como a una loca, piensa. Hojearán los cuadernos con desconfianza. ¿Lo harán? Distraídamente, es bastante probable. Me harán algunas preguntas, me prometerán que alguien se ocupará de eso. Tarde o temprano.

Y mientras tanto Kasper será un cadáver bajo tierra.

Pero si Giulia por fin le ha dicho «nos vemos» significa que algo habrá pasado. A lo mejor su marido ha encontrado un camino, ha tenido una idea. Alguien que ha invertido una buena cantidad de dinero en la nueva carrera de Barack Obama.

Barbara abre su cartera de abogado para sacar un botellín de agua que lleva siempre consigo. Y los ve. Están allí desde que Manuela se los dio. Los dos cuadernos de Kasper. Directamente de Prey Sar. Directamente del infierno.

Hasta ahora no los ha abierto.

Le ha faltado valor.

Ni siquiera los ha hojeado. Y no le da vergüenza reconocerlo. Es una actitud supersticiosa, se repetía una y otra vez. Superstición, desde luego.

Pero es una estupidez, se dice ahora a sí misma.

Se agacha sobre la cartera y los saca. Los observa. Los sopesa, casi. Y rápidamente vuelve a meterlos en la cartera. Toma un sorbo de agua. Cierra el botellín. Vuelve a coger el primer cuaderno. Lo abre. Lo hojea. Está escrito a lápiz, con una letra apretada pero ordenada, unas veces firme y otras más vacilante.

Sabe que los ha escrito Kasper.

Pero verlo explicado en los primeros renglones le pone la carne de gallina.

> Este es mi testamento. Es el testamento de un hombre condenado a muerte sin sentencia. Sin acusación y sin juicio. Traicionado, abandonado y asesinado. Por eso espero que ahora tengáis la paciencia de leer.

Barbara cierra el cuaderno y alza los ojos al cielo. El cielo perfecto de Roma.

¿Cuánta humanidad ha pasado bajo ese cielo? ¿Cuántas vidas y cuántos hechos?

Ha sucedido todo lo posible. El mundo ha agotado toda su imaginación y todas sus intrigas. Y ahora, en la era de internet, esta historia pequeña, pero enorme, parece salida de un Homero del siglo XXI. Una historia tan real que supera la fantasía. Que la compromete como abogada. Que la indigna como ciudadana. Que la implica hasta trastornarla, haciendo que se sienta marginal. Que se sienta inútil. Completamente inútil.

En su eterno trasfondo, la Capital se rumia a sí misma, desganada y frenética.

Sentada en el banco, en medio de un oasis de árboles, estatuas, estanques y bicicletas, Barbara comprende que antes de leer esas líneas tiene que hacer algo que debería haber hecho hace tiempo.

Coge el móvil y llama a su marido. No lo coge. Salta enseguida el contestador. Ella termina la llamada y escribe un mensaje.

SEÑOR R

Lo relee y lo corrige. Lo perfecciona. Lo manda.

Deja el teléfono, vuelve a coger el cuaderno.

Y piensa que ahora sí. Ahora está preparada para leer.

Este es mi testamento y querría que los periodistas hablaran de él con respeto. No pido nada más. Solo respeto. Y quizá un poco de ganas de entender.

Ahora que saben cómo me llamo quizá piensen que lo saben todo de mí. No saben nada, en realidad. Pero no importa. Si están leyendo este cuaderno es porque alguien se lo ha dado. Si alguien se lo ha dado es porque estoy muerto.

Ahora espero que se ocupen de mí. Espero, sobre todo, que vayan más allá de los apetitosos bocados de algún juez o las estupideces que circulan por internet.

En mi vida me he llamado de muchas maneras: Stingray, Hornet, Giorgio, comandante Carlos, Kasper…

Algunos de esos nombres me dieron suerte; otros, desde luego, no.

He sido un agente encubierto exterior o, si lo preferís, un agente secreto. Totalmente operativo. Adiestrado militarmente para hacer «lo que haya que hacer», alguien que cuando hace falta se ensucia las manos mientras los grises burócratas miran a otro lado, pero adiestrado sobre todo para «obedecer callando».

Esto es lo que le habría dejado escrito a mi hijo, si hubiera tenido uno. Esto es lo que me habría gustado decirle a mi maravillosa compañera, si hubiera logrado volver a casa.

Todo lo que he hecho ha sido en nombre de la patria y sus aliados. En nombre de lo que me presentaron como «justo» para los intereses de mi país y sus instituciones. Ciertamente, he cometido errores. He sido protagonista de acciones temerarias y gestos extremos. He rozado los límites de lo racional y a veces los he cruzado. Pero no he cometido acciones indignas. Nunca he atacado deliberadamente a inocentes.

No hace muchos años el Estado italiano estuvo a punto de concederme la medalla de oro al valor civil, pero a última hora el acto se suspendió por «oportunidades operativas». Peor aún, la medalla se la dieron a alguien que nunca había estado en primera línea conmigo. Pero el Cuerpo me concedió la más alta distinción «interna», que he conservado entre mis cosas más apreciadas e importantes. Cosas que, hasta hace algún tiempo, me traían buenos recuerdos.

El sonido del teléfono la aparta de la lectura. Es Isabella, la joven secretaria del bufete. Le dice que en la secretaría del juzgado están intentando localizarla. Pero no es urgente, explica.

—Si no es urgente les llamaré mañana —contesta Barbara. Pero aprovecha para pedirle a su secretaria que llame a la agencia de viajes—. Que te digan hasta qué hora tienen abierto.

—¿Esta noche?

—Sí, claro, esta noche. Luego me lo mandas en un SMS.

—¿No quiere que la vuelva a llamar…?

—Llámame solo para los asuntos urgentes. Muy urgentes.

Termina la llamada y vuelve a leer los diarios de Kasper.

Fui un chico de los años sesenta. Como tantos otros. Vivaracho, ingenuo y con las inseguridades de todos los adolescentes. Un chico de buena familia, nacido en Florencia a finales de los cincuenta, cuando empezaba el despegue económico. Acomodado. Hijo único de padres burgueses, personas discretas y cultas. En 1975 iba al instituto. Era un instituto público donde me había matriculado contra la voluntad de mi padre. Él sabía que estaba lleno de extremistas de Lotta Continua. Yo también lo sabía. La mayoría de los profesores también eran de extrema izquierda. Quizá por eso mismo yo opté por la derecha.

Mi familia no era de derechas. Eran liberales chapados a la antigua. Mi padre, profesor universitario, era un entomólogo: estudiaba los insectos. Lo sabía todo de los insectos. Mi madre daba clase de matemáticas y física. Ella enseguida se dio cuenta de mi evolución política. No le gustaba. Es más, le preocupaba. Yo era

buen estudiante y luego pasaba muchas horas en el gimnasio, donde me entrenaba con pasión. Mi disciplina era el judo. Gané los campeonatos estudiantiles de los Giochi della Gioventù, con una determinación que me dio cierta fama de duro.

Me reunía con chicos de derecha que en aquellos años teorizaban la lucha política y luego la ponían en práctica, a menudo con mucha violencia. Por entonces el Fronte della Gioventù era la organización más conocida. Pero en la izquierda no se quedaban atrás.

Mi madre pasó de la alarma a la desesperación. Creo que en sus lúgubres presagios me veía ya detrás de los barrotes, implicado en uno de los muchos procesos de la época. Un juez amigo de amigos de la familia se hizo cargo de la situación y cuando aún no había cumplido los veinte ingresé en el Cuerpo. Era un carabiniere. El juez que me ayudó era Pier Luigi Vigna, con el que, muchos años después, el destino me llevó a colaborar en operaciones de alto riesgo. Como la Operación Piloto, contra el narcotráfico internacional.

Mientras tanto di rienda suelta a una de mis grandes pasiones: volar. Hice el curso, me saqué mi primera licencia de piloto. El vuelo era también una inversión para el futuro: me decía que tampoco iba a pasarme toda la vida de carabiniere. Me imaginaba como piloto militar en los cazas a reacción. O tal vez como comandante en grandes aviones de línea, con mi uniforme azul, recorriendo mundo.

También tenía otro sueño.

Andaría por los once años cuando un verano, estando de vacaciones en la casa paterna de Lucca, acompañé a mi madre al mercadillo de los anticuarios. Yo leía muchísimo: Salgari era mi autor preferido. Pero en el mostrador encontré un libro de Ian Fleming en la colección Oscar de la editorial Mondadori: *007, misión Goldfinger*. Me alucinó. Lo leí y releí en pocos días. También leí todas las demás novelas del mismo autor y después todas las historias de ese género. Fue una pasión que llevé siempre conmigo hasta que se transformó en un trabajo.

En los carabinieri pasé al Tuscania, el batallón de paracaidistas, hoy regimiento. El paracaidismo es otra de mis grandes pasiones. Mi primer lanzamiento fue en 1977. Desde entonces no he parado.

Del Tuscania pasé a otro destino: el núcleo operativo de los carabinieri Firenze Oltrarno. Ingresé en la primera sección anticrimen, la que luego se llamaría ROS. Allí un oficial cazatalentos se fijó en mí. Se llamaba Olinto Dell'Amico. Tenía en la cabeza un perfil de agente especial. Un agente ideal para el servicio secreto militar. Y fue allí donde me destinaron: al SISMI, que había sustituido al antiguo SID en 1977. Yo tenía entonces veintiún años.

Siendo un joven agente del SISMI pedí y obtuve el traslado a Estados Unidos para perfeccionar mi preparación de piloto. Mis superiores me apoyaron, porque en los servicios italianos no abundaban los agentes capaces de pilotar aviones y helicópteros. La verdad es que tampoco abundaban los agentes capaces de hablar un inglés correcto y fluido. Los Ángeles, Nueva York, Seattle. En Seattle me eché una novia, Karie, una fotógrafa que luego logré que fuera reclutada en los servicios secretos. La experiencia americana fue mi maestría. A los veintitrés años ya era piloto instructor. Hablaba un inglés perfecto y me había puesto en contacto con una serie de personajes fundamentales para mi trabajo. Algunos de ellos eran miembros de la misma *Compañía*, la Central Intelligence Agency. Más conocida como CIA.

Empecé a ir y venir de Estados Unidos a Italia.

Fue por entonces cuando, durante mi primer regreso a Florencia, cumplí mi primera misión de agente encubierto.

El teléfono vuelve a sonar y esta vez es Giulia.

—Oye, todavía voy a tardar un poco, el tráfico está imposible, qué mierda, esta ciudad cada vez está peor. Es un desastre… ¿Quién es el alcalde ahora?

—Uno que piensa en las musarañas.

—Esto parece un país árabe.

—No te preocupes. Tómatelo con calma.

—Con calma… —se sorprende su amiga—. Pero tú ya estás ahí, ¿no?

—Sí, junto a la Casa del Cinema. Te espero. No te agobies.

SEÑOR R

—Llegaré —murmura Giulia—. Hasta luego…

Barbara suspira. Y vuelve a enfrascarse en el cuaderno de Kasper.

El objetivo de mi primera misión de agente encubierto era un representante de comercio checoslovaco. Tendría unos cincuenta años, era el comercial de una empresa checoslovaca de máquinas de varios tipos entre las que recuerdo las máquinas de coser.

Recorría la Toscana buscando contacto con directores de empresas que operaban en varios sectores industriales, algunos de ellos próximos también a Defensa. Era un tipo muy simpático, cordial, lleno de vitalidad. Se hacía querer. Vendía máquinas de coser, pero se presumía que su verdadero trabajo era otro: enviar a Praga informes y documentos reservados, incluyendo posibles secretos industriales. Era altamente sospechoso de espionaje.

Me matriculé en un curso de ruso en la Associazione Italia-URSS de Florencia, cerca de la Loggia del Porcellino, donde trabé amistad con un sindicalista de la CGIL, un florentino muy comunista que estudiaba ruso y según mis informes estaba en contacto con el representante checoslovaco.

Fue un período de muchos tragos, de peroratas sobre el imperialismo de Occidente y los magníficos horizontes del socialismo real. Yo les daba la razón a los dos, les tiraba de la lengua y les sobrepasaba «por la izquierda», quién lo iba a decir, yo que poco antes andaba a tortas con los rojos.

Pronto comprendí que el espía checo tenía escondido en algún lugar de su casa un radiotransmisor con el que, a ciertas horas del día y de la noche, se comunicaba con Praga. Poco tiempo después ese tipo de radiotransmisor sería una reliquia de museo, pero en los años setenta todavía desempeñaba su función. ¿Dónde lo escondía?

Una noche, durante un registro, varios agentes del SISMI y yo estuvimos buscando la radio. Nada. Cuando estábamos a punto de rendirnos nos dimos cuenta de que una parte de la mesa de escritorio estaba inexplicablemente caliente. La radio estaba justamente allí, en un compartimento secreto.

Mis colegas detuvieron al representante de máquinas de coser y se lo entregaron a nuestros superiores. Mi trabajo había terminado. Poco después pregunté qué había pasado con ese agente secreto del Este. Me dieron a entender que podían haberle reclutado como «doble». Es decir, que a lo mejor se había pasado a nuestro bando y trabajaba para los «imperialistas».

Fue mi primera misión. La que recuerdo con más nostalgia, casi con ternura, si el término puede ser compatible con cierto tipo de trabajos. Tenía poco más de veinte años y había puesto a prueba unas cualidades que hasta entonces siempre había desdeñado: labia, mimetismo, cierta creatividad para ganarme la confianza de otros. Nada de músculos. Nada de armas. El espía checoslovaco se había fiado de ese muchacho florentino, inteligente y un poco bocazas. Entonces pensé que tal vez las misiones serían siempre así. Pensé que el trabajo de agente secreto era más bien un asunto de sonrisas, buenas maneras y mentiras bien contadas. Al final me voy a aburrir, me dije.

Pero pocos días después de esa misión, mis superiores me llamaron. Me felicitaron, me dijeron que iba bien. Me dieron a entender que merecía otra oportunidad para demostrar mis dotes. «¿Sabes lo que es Stay Behind?», me preguntaron. Yo sabía lo suficiente. Era un cuerpo especial encargado de sabotear a los soviéticos en el caso de que salieran del Este e invadieran Italia. Hoy parece un disparate, pero en los años setenta y ochenta no lo era en absoluto. El fantasma de la tercera guerra mundial legitimaba ese mundo de armamentos y espías que hoy pertenece a los libros de historia y a las novelas de Fleming o Le Carré, pero hace treinta años era tan real como espantoso, por las vidas y los intereses que estaban implicados en él. Era el llamado «conflicto de baja intensidad»: consumía recursos, causaba víctimas y hacía prisioneros de los que a menudo no se volvía a saber nada. Como dice el capitán de La caza del Octubre Rojo: una guerra sin batallas y sin monumentos. Solo muertos.

Mientras esperaba la invasión soviética volví a Estados Unidos y durante algún tiempo solo pensé en volar y aprender con mis amigos de la *Compañía*. Pero de Roma me llegó la orden de viajar a Paraguay.

En Paraguay, como en Uruguay, Argentina y casi toda Sudamérica, había no pocos neofascistas huidos de Italia. Eran prófugos de la justicia. Las acusaciones contra ellos iban desde el porte de armas hasta la pertenencia a banda armada, el homicidio y, en algunos casos, el atentado terrorista y el intento de golpe de

Estado. Elio Massagrande, Sandro Saccucci, los hermanos Sparapani y otros figuraban entre los nombres más conocidos. Me encargaron ponerme en contacto justamente con Elio Massagrande. Tenía que averiguar qué estaba tramando, cómo vivía, con quién se relacionaba. Llegado el momento, tras ganarme su confianza, tenía que secuestrarlo, meterlo en un avión y mandarlo a Italia. Esa era mi misión. Lo que después se llamaría una *rendition*.

Massagrande no era ningún incauto. Era un tipo sanguíneo, pilotaba aviones y había sido paracaidista en la Folgore. Solía forzar los límites. Ocuparse de alguien así no era cosa de broma. En Paraguay había encontrado trabajo. Y menudo trabajo: era uno de los hombres de confianza del entonces presidente Alfredo Stroessner, el ex general que gobernaba desde el golpe de Estado de 1954, contando con el apoyo de Estados Unidos. Massagrande era un habitual de los círculos más o menos exclusivos que suelen formar los pilotos y paracaidistas. Fue justamente la Associazione Paracadutisti la que me pasó el contacto, que se concretó en el German Club de Asunción. Una experiencia inolvidable.

Al German Club acudía gente importante, por lo general de origen alemán y fuertemente relacionada con ciertos ambientes de Alemania. El propio presidente Stroessner era hijo de un emigrante alemán, bávaro, y de una sudamericana. En el club podías cruzarte con señoras elegantes y hombres de acento teutón pero apellidos misteriosamente latinos. A veces eran personajes de cierto renombre.

Una mañana, por ejemplo, vi a dos señores bastante mayores jugando en la cancha de tenis central. Era difícil no detenerse a mirar ese partido: a uno de los dos jugadores le faltaba la pierna derecha, pero se movía con mucho ímpetu. Ese señor era Hans-Ulrich Rudel, un as de la aviación alemana durante la Segunda Guerra Mundial, el piloto alemán más condecorado en la historia de su país. En cuanto a su adversario, bueno, ese tenía las dos piernas. Era, me dijeron, Josef Mengele, el famoso médico de Auschwitz que poco después murió (dicen que ahogado) en Brasil.

Pero Mengele no era el único nazi que acudía al German Club de la capital. El portero del club, que también regentaba la guardería y el club infantil, era otro personaje de historial interesante: SS y guardia del campo de concentración de Treblinka. Bastaba con mirarle para comprender muchas cosas del nazismo. Probablemente también él estaba en la lista de Simon Wiesenthal, pero mientras tanto se ocupaba de los hijos de los socios. Los padres le adoraban: era un niñero muy eficiente.

Frecuentando el German Club logré ponerme en contacto con Elio Massagrande. Le gustaba. Yo era joven, extrovertido. Con ese ardor marcial típico de las derechas. Además, pilotaba aviones y me lanzaba en paracaídas: justo las cosas que más podían gustarle a alguien como él y otros neofascistas, que soñaban con un modelo particular de sociedad. Pero lo que nos hizo amigos fue un episodio en el que ambos estuvimos a punto de perder la vida y nos salvamos gracias a la suerte y, un poco también, a mi sangre fría.

Con un Piper bimotor pilotado por él fuimos a una hacienda de ciertos franceses en la zona del Chaco Boreal, una región paraguaya que se adentra también en Brasil, Argentina y Bolivia. En aquella época no había carreteras propiamente dichas. Se llegaba después de horas de recorrido campo a través o en avión. Los franceses, por supuesto, no eran agricultores en el sentido tradicional de la palabra. Algunos habían militado en la OAS y organizado atentados en Francia y Argelia, y para escapar de la justicia se habían refugiado en Paraguay.

Elio Massagrande, en su calidad de factótum de Stroessner, iba a reunirse con ellos como hacía con muchos otros personajes del mismo tipo. Para él no era nada nuevo. Pero para mí era la ocasión que estaba esperando. En la hacienda de los franceses era donde tenía que rematar mi operación. La finca estaba apenas a una hora de vuelo de la frontera, y mis colegas italianos habrían podido recogernos con un vuelo bastante corto que nos habría dado el margen necesario para librarnos de una posible intervención de los cazas paraguayos.

Pero las cosas no transcurrieron así.

Nuestra llegada al Chaco Boreal fue una aventura. Aterrizamos cuando el sol se estaba poniendo. La pista de la hacienda era estrecha pero suficientemente larga. En plena maniobra de aterrizaje unas vacas irrumpieron de repente desde un campo contiguo, cruzándose en la pista en el momento más delicado. Massagrande hizo algo mal, el Piper se inclinó y el ala derecha tocó el suelo. Vi que la hélice del motor derecho levantaba un remolino de tierra. Massagrande perdía completamente el control. En fracciones de segundo. Por suerte yo estaba sentado a su lado. Tomé los mandos y di motor, alzando el vuelo. El motor de la

derecha vibraba pavorosamente, porque la hélice se había deformado al chocar con el suelo. Solo con el motor de la izquierda logramos dar una vuelta sobre la pista y, ya casi sin visibilidad, volvimos a aterrizar. Salió bien.

A partir de entonces mi relación con Massagrande fue más estrecha y confidencial. Evidentemente no imaginaba quién era yo. No sospechaba nada. Por eso yo pensaba que lo conseguiría. Le llevaría de vuelta a Italia. Se lo comuniqué a Roma con el código convenido. Todo estaba listo. Pocos días después, mis colegas alquilarían un avión fuera de Paraguay y con un pretexto cualquiera aterrizarían en la misma pista. Yo metería a Massagrande en el avión y nos largaríamos de allí. Misión cumplida.

Pero los días pasaban y de Italia no llegaba la orden. Permanecimos dos semanas en la hacienda de los franceses, mientras se reparaba nuestro Piper. Cuando el plazo estaba a punto de vencer, por fin alguien habló desde Italia. Para decir: «Misión anulada».

«¿Anulada o aplazada?» pregunté.

La respuesta fue: anulada. Massagrande se queda en Paraguay. Tú, por ahora, vuelves a Estados Unidos.

Volví a Seattle. Paraguay había sido una experiencia. Había aprendido mucho. Había conocido un país que estaba convirtiéndose en la encrucijada operativa del tráfico internacional de cocaína, a pesar de que allí no se cultivaba coca. Había conocido el mundo de los prófugos políticos, no solo de derecha, sino también de izquierda (había varios antiguos miembros de las Brigadas Rojas) que en Sudamérica intentaban que el mundo les olvidara o seguían planeando su mundo.

Pero, sobre todo, había aprendido una lección que después, por desgracia, no recordé a su debido tiempo: cuando te escogen para una misión el objetivo principal nunca es el que se declara «oficialmente». Quien me mandó para capturar a Massagrande lo que quería saber era cuáles eran sus puntos flacos y qué medidas había que tomar por su seguridad. Para que un día no tuvieran que llevarle de verdad a Italia…

Una enseñanza que no tuve en cuenta dos años después, en 2007, cuando me propusieron investigar los superdólares…

—Un retraso imperdonable, lo sé.

Giulia está de pie ante ella, pero Barbara está lejísimos de allí. La mira y casi no la oye.

—Eh, ¿estás bien?

Barbara se levanta del banco y abraza a su amiga.

—Sí, estoy bien —contesta—. Bien —repite.

—Se diría que has visto un fantasma.

—Estaba concentrada en la lectura. Perdona.

Vuelve a colocar el cuaderno junto al otro, en su cartera de piel, y la cierra con cuidado.

—¿Tomamos un café?

—Podemos quedarnos aquí.

Giulia se sienta, la mira y se aparta el flequillo de la frente. Un gesto que Barbara conoce bien.

—He estado en Washington y en Nueva York.

Giulia mira a su alrededor y carraspea.

—No hay buenas noticias —dice.

Barbara asiente.

—Lo había intuido por tu retraso.

—Lo has entendido, ¿verdad?

—Cuando te retrasas es que no tienes ganas de hacer algo. Cuando te inventas excusas es porque te gustaría estar en otro lado.

Y son los nervios los que hacen que te apartes el flequillo de ese modo, piensa.

SEÑOR R

—Realmente había atasco.

—No me digas…

—Es un problema serio en esta ciudad.

—Enorme.

Giulia asiente.

—Tú me conoces bien.

Barbara espera. Sabe que no tendrá que esperar mucho.

Giulia tose. Enciende un cigarrillo. Dice:

—Es como si hubieran escrito Don't touch it, ¿entiendes?

—No, si no me lo explicas.

Giulia suspira y lo intenta. Cuenta que su marido ha hablado con personajes importantes, gente que conoce a más gente, y no son precisamente unos pardillos. No le dirá los nombres, es mejor así, pero le asegura que para hacerle ese favor ha picado muy alto, su «cachorrón de Ohio». Total, que no hay nada que hacer.

—Dicen que *él* ha ido demasiado lejos. Que se ha pasado de la raya.

—¿Que se ha pasado de la raya? ¿Qué significa eso?

—¿Es que no lo entiendes? Los estadounidenses, como todo el mundo, tienen un miedo atroz de la guerra, pero la guerra la tienen en casa. Todos los días. Es una lucha de poder continua que no respeta nada ni a nadie. Espantoso: CIA, FBI, Departamento de Estado, NSA… Una gresca continua. Intereses enormes. Y a tu cliente le ha pillado en medio. Eso es lo que ha pasado. No sé cómo, pero está de mierda hasta arriba. Y es evidente que nadie quiere ensuciarse las manos. Ahora nadie le puede salvar.

—Es evidente…

—Oye, Barbara, ¿sabes qué le dijo uno de ellos a mi marido? «Dead men tell no tales».

Los muertos no hablan.

Hace por lo menos media hora que Giulia se ha ido y ella sigue allí, en el banco de Villa Borghese. El botellín de agua está vacío, el sol empieza a bajar y esa frase sigue resonando en su cabeza.

Si Kasper se muere en ese campo de concentración, solo será un italiano de pasado ambiguo que la ha diñado en el extranjero en circunstancias poco claras. Ya ha habido historias parecidas. Algún juez se ocupará de dar a la prensa lo que se debe publicar, quizá uno o dos periodistas menos desganados tratarán de entender algo más, y a lo mejor hasta salen a la luz retazos de verdad que durante uno o dos días tendrán el honor de un faldón o un suelto en las páginas 22 o 24.

Pero no puede acabar así.

Los muertos no hablan, pero los prisioneros sí. Lo que tenía que haberse hecho hace tiempo, tiene que hacerse ya. Sin perder más tiempo precioso. Y paciencia si…

El teléfono la sorprende cuando está saliendo del parque en dirección a la via Veneto.

Su marido.

—¿Qué significa el mensaje que me has mandado?

SEÑOR R

—¿Piensas quedarte en Roma esta semana?
—Pues sí, creo que sí… —contesta él.
—Bien. Tienes que ocuparte de los niños, porque yo voy a estar fuera unos días.
—Pero ¿qué…? Perdona, pero ¿dónde…?
—En Camboya. Esta noche lo hablamos en casa.
Dead men tell no tales.
No te mueras, Kasper. Ahora no.

31
Trueque

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
marzo de 2009

Vinieron todos. Todos menos él, el diplomático francés.

No contesta. No da señales de vida.

Desaparecido.

Kasper le había pedido incluso a Brady que hiciera un intento. Le había mandado directamente a la embajada francesa. «Ponte corbata y pregunta por él. Encuéntrale. Explícale quién eres. Explícale que ahora me urge verle».

Brady fue allí. Dio ese nombre y le miraron extrañados.

No conocen a ningún Louis Bastien. Le pidieron que dejara una nota con los motivos de la visita y referencias telefónicas. Nunca se sabe, el día menos pensado aparece algún Bastien en una oficina.

Los franceses. «Primer pueblo del Universo», decía Flaubert con la modestia típica de los gabachos. Kasper no ha leído nada de Flaubert. Pero Justine, su ex de París, lo citaba continuamente. Ella había estudiado en la Sorbona y un poco sí que creía en la superioridad de los franceses. También creía que amaba a un periodista italiano. Luego, casi por casualidad, descubrió que él era algo muy distinto y una mañana, con el primer sol, desapareció como un fantasma.

El mundo está lleno de fantasmas. A lo mejor Louis Bastien es uno de ellos. ¿De verdad existe un Louis Bastien, o es una ocurrencia más de quien ha arrastrado a Kasper hasta esa trampa?

Claro que para inventar a alguien así ya hace falta imaginación.

Hace falta imaginación para inventar a un diplomático francés dispuesto a ayudarle. A alguien que se presenta y lo primero que te dice es: «Toco la guitarra y además soy bastante bueno». No, no se imagina a los estadounidenses tramando algo así. Ellos son más expeditivos, por lo general.

Si Bastien existe, y si realmente es lo que dice ser, Kasper siente que no puede desaprovechar la

ocasión. Con los franceses se puede hablar. Él tiene algo que ofrecer. Algo muy interesante que contar.

Kasper también había hecho un intento con Sylvain Vogel, pero el profesor está en el extranjero. Entre Pakistán y Afganistán, como de costumbre. Es difícil saber cuándo estará de vuelta. Es difícil prever si Sylvain podrá echarle una mano.

Brady ha buscado a Marco Lanna. Pero el delegado consular italiano está en Italia. Tardará unos días en volver. Él, en teoría, sería la mejor conexión con Bastien.

«¿Por qué no intentamos hablar con él por teléfono?» había sugerido su amigo mecánico.

Pésima idea, pensó Kasper. A Lanna seguramente le espían. A todos nos espían. Los americanos controlan a todo el mundo. Habrá que esperar a que vuelva a Phnom Penh. Para hablar con él en un ambiente seguro.

Mientras tanto recibió la visita de Darrha.

El teniente del CID llegó el sábado por la mañana. Aprovechó la ausencia del director de Prey Sar y obligó a Kasper a reunirse con él. Una conversación corta pero intensa.

—Cincuenta mil dólares y te saco de aquí —le dijo.

—No me queda dinero. Se acabó.

—No digas estupideces. ¡Y no te pases de listo conmigo, coño! Me he enterado de que casi matas a ese negrazo. Me gustas así: cuando te haces el duro, joder. ¿Te acuerdas de nuestros jueguecitos con la pistola? ¡Siempre supe que los tienes bien puestos, joder! Pero ahora te lo harán pagar. No se trata así a un camboyano, aunque sea medio africano. Tú aquí la diñas, amigo.

Kasper no replicó. Le dejó hablar. Escuchó las amenazas de Darrha y su promesa de volver pronto.

Pocas horas después estaba de nuevo conversando.

Esta vez con los *Visitantes*.

El cabreado y el otro se habían enterado de que estaba bajo la protección de Victor Chao.

Mira que no va a durar mucho, le advirtieron los estadounidenses. «Tu amigo chino de Taiwan es un sucio traficante caído en desgracia. Tarde o temprano alguien vendrá a por él. Y entonces, ¿tú qué harás? ¿El huerfanito?»

Le recordaron que en Italia no le importa a nadie. Su anciana madre se está yendo al otro barrio y su novia le ha dejado. No ahorraron gentilezas.

Kasper les escuchó en silencio. Ninguna reacción.

Les miró como si fueran transparentes, cristales polvorientos a través de los cuales él, y solo él, puede ver un mundo completamente distinto. Menos simulado. Menos deprimente. Un poco más normal.

Quiere ir allí, a ese mundo.

Porque no quiere morir. Ya no.

Lo comprendió los días siguientes a la pelea con Mr. T.

De algo le ha servido Mr. T.

Si antes en Prey Sar le llamaban «la bestia» y muchos le admiraban, ahora Kasper se ha convertido en «la fiera». Las miradas que siente sobre él no son solo de desafío. Llevan dentro miedo, el miedo que entabla alianzas.

Kasper es el animal feroz que merodea alrededor de la aldea. Un peligro.

Un futuro trofeo.

Los amigos de Mr. T esperan.

Tarde o temprano sucederá: Darrha tiene razón. No estará siempre protegido. La protección de Victor Chao no durará mucho.

Los estadounidenses se han ido no sin antes advertirle que volverán pronto. Para presenciar su autopsia, si no acepta sus propuestas. Ellos también tienen razón.

Todos tienen razón.

También los padres combonianos. Que han vuelto para decirle que solo el Señor puede ayudarle. Rezarán por él en su iglesia de Phnom Penh.

Amén, hermanos.

Kasper se lo piensa. O por lo menos lo intenta.

La canción de los Dire Straits vibra en los cascos mientras el avión cruza el cielo del Atlántico Norte. Rumbo a Reikiavik en una noche de agosto. Islandia todavía está lejos.

Tiene los párpados de plomo. Antes de cerrar los ojos Kasper agarra la botella y bebe a grandes sorbos que le bajan por la garganta. Agua de Nepi, su preferida. Siempre lleva consigo. También ahora, a los mandos del Citation 1/SP en vuelo entre Montreal y Turín, a treinta mil pies, con la guitarra y la voz de Mark Knopfler en su «Money for Nothing». Qué maravilla ese equipo estéreo. Y qué maravilla la Nepi…

Vuelo en varias etapas, con el último despegue de Søndre Strømfjord a las 23.40. Su agua italiana está fresca, pero no le despeja. Mira a Silvio, el copiloto casi de su edad, un guapo treintañero presumido, por lo menos tan borracho como él.

Tienen que llevar ese jet a Italia. A bordo están ellos dos solos.

Despegaron de Canadá después de la fiesta con las chicas. Bebieron y comieron. Rieron e hicieron el amor.

—¿Estáis seguros de que podéis volar hasta Italia? —le preguntó Karie, su novia de Seattle.

—Bueno, tendremos que estar un poco atentos a los semáforos —contestó él.

—Y a los radares —añadió Silvio.

Y se partían de risa los cuatro. Parece cosa de locos. Sucede, cuando se está a tope. Cuando se está acostumbrado a mirar la vida desde arriba. Treinta mil pies. Donde hasta las nubes parecen detalles ornamentales de un mundo que se ve pequeñito y al alcance de la mano.

Han aterrizado en Groenlandia a las 21. Parada técnica. Antes de tres horas, de nuevo arriba. Por el aire.

—Tenemos que mantenernos despiertos —masculla Silvio.

—Empieza tú, yo voy a echar una cabezadita…

—Groenlandia es mucha Groenlandia.

—Es ancha. Un huevo de ancha.

El diálogo es demencial, digno de una película de serie B. Pero lo suyo no es ningún chiste. Es un vuelo transoceánico con un avión de millones de dólares que tiene que llegar a Turín. Si es

posible sin un rasguño.

El Citation viaja a 660 kilómetros por hora con el piloto automático. Y ellos, a los mandos, durmiendo como angelitos.

Velocidad de crucero, tiempo bueno, rumbo este-sudeste.

Islandia se acerca y se desliza por debajo. Siguen. Pasan de largo.

La música de los Dire Straits ha cesado. La voz en los cascos llama una y otra vez: «Vuelo november eight five fox sierra, ¿me oís? ¡Estáis fuera de rumbo! ¿Me oís? ¿Qué intenciones tenéis? ¿Me oís?».

Es una voz distante. Seca y alarmada. Que acaba por devolverles a la realidad. Kasper se despierta sobresaltado. Un vistazo a los instrumentos, con un vuelco en el corazón. El carburante está en las últimas, las costas islandesas han quedado atrás hace un buen rato.

«¡Rápido, hay que volver atrás! —grita poniéndose a los mandos—. ¡Silvio, Silvio! ¡Despierta, capullo! Hay que bajar, deprisa…»

Pero en el lugar de Silvio está la mirada crepuscular de Victor Chao. Que le pone una mano en la frente.

—Calma —le dice—. Has tenido una pesadilla. No estás bien.

Le acerca una botella de agua. No es de Nepi y no le apaga el ardor. Vuelve a tener fiebre. Altísima.

—Tienes que tomar las pastillas de Chou Chet.

—Paracetamol —murmura Kasper, alelado.

—Eso —asiente Victor Chao.

Mira a su alrededor. En la habitación-cárcel están todos despiertos. Les ha despertado él con sus gritos.

—Relájate —le dice Victor Chao—. Y ahora déjanos dormir.

—Quiero volver a casa.

—*Vouloir, c'est pouvoir!* —sonríe Louis Bastien—. Bien. Por lo que veo, estamos haciendo progresos.

Lo dice en italiano.

Habla estupendamente italiano, con ese acento de inspector Clouseau de la Pantera Rosa. El bigote también es igualito. Él es solo un poco menos flaco y unos centímetros más bajo. Tiene mirada de esbirro y las buenas maneras de un maître cinco estrellas.

Si este no es de los servicios secretos, yo soy Napoleón, piensa Kasper.

Bastien ha reaparecido de repente, cuando él ya no se lo esperaba. No explica si le ha llegado el mensaje que había dejado Brady en la embajada. Solo dice que acaba de volver a Phnom Penh.

Estaba fuera. De gira.

—¿De gira?

—Con mi grupo musical, *voilà*. Somos dos europeos, un norteamericano y dos camboyanos. Repertorio años ochenta: por aquí todavía les gusta muchísimo. Tocamos cover rock y pop. Hemos estado unos días por ahí. Es divertido.

—¿Qué tocáis?

—Sobre todo Queen, Genesis, algo de los Toto, de los Dire Straits…

La expresión de Kasper debe de parecerle de agotamiento extremo. Menea ligeramente la cabeza:

—¿Conoces «Africa» de los Toto? Esa que empieza con percusión y suena así:

I hear the drums echoing tonight
But she hears only whispers
of some quiet conversation.…

—Cantas bien —murmura Kasper—. No, creo que no la conozco.

—Entiendo —sonríe el francés—. Imagino que tu repertorio años ochenta incluye otros éxitos. A saber cuáles…

—Ya, a saber cuáles —repite Kasper.

Un diplomático rock y un repertorio de viejos éxitos. Esto es todo lo que tengo hoy, piensa Kasper.

Pero Bastien le gusta. Instintivamente, siente que se le parece. Y, además, parece que ha salido de su pasado. Directamente de su «repertorio años ochenta». Se lo dice. Le dice que le recuerda a un jefe del IFF al que había conocido en París hacía muchos años. Un actor teatral. Un artista prestado al espionaje. El hombre que debía hacer de enlace con un director de cine bastante conocido en esa época. Ese director era el responsable de la International Freedom Foundation para Francia.

El homólogo transalpino de Kasper.

Tuvieron un encuentro de trabajo en una brasserie de Montparnasse. El primero de una larga serie. Los dos tenían que escribir un guión muy especial. Eliminación física de un enemigo sudafricano de la OTAN que planeaba atentados. La acción se desarrollaría en París. Nada de ficción: armas de verdad y alguna comparsa inconsciente. Escenografía auténtica.

Hasta que llegó la orden de parar de la *Compañía*.

Bastien le escucha sin interrumpirle. Kasper hace memoria pero no consigue recordar esos nombres de sus días parisinos. Ni siquiera el nombre de aquella brasserie.

—Mi memoria, ¿adónde coño ha ido a parar mi memoria? —protesta.

El diplomático no puede ayudarle.

—Para mí son historias de una época lejana —comenta mientras se atusa el bigotito oscuro—. En los años ochenta pensaba seriamente en dedicarme a la música. Cantaba en un grupo, quería ir a Estados Unidos y pensaba en las chicas. También estudiaba.

Los años ochenta, ríe Kasper. Las locuras de esa época. De vez en cuando las rememora en sueños. Le cuenta también la pesadilla de dos noches antes. El vuelo de Montreal a Turín con una curda de campeonato y una cabezadita a treinta mil pies. Con los Dire Straits en los cascos.

—Increíble —comenta Bastien—. Si no hubieras oído la radio…

—Nos habríamos estrellado. O nos habrían abatido los cazas ingleses probablemente.

Bastien se divierte. Se comprende que la tragicomedia es su género preferido.

—¿Así que te despertó el controlador aéreo?

—¡Qué va! Fue el comandante de un Boeing de la TWA que volaba hacia Europa, varios miles de pies por encima de nosotros. Le di las gracias y eché la culpa a los instrumentos de a bordo. No sé cómo, pero conseguimos tomar tierra. En Reikiavik. Completamente a cero de carburante.

—Una vida siempre al filo de la navaja —dice el diplomático francés.

—Ya… pero ahora quiero volver a casa —repite Kasper.

—Hace dos semanas no parecías pensar lo mismo.

—Por poco mato a un hombre. Tarde o temprano alguien me matará a mí.

Bastien asiente. Se ha enterado de lo del prisionero que acabó en el hospital. También de que otros prisioneros han defendido al *italiano*. Han testificado a su favor.

—Has hecho algunos amigos aquí dentro.

—Es fuera de aquí donde no me lo monto bien —sonríe Kasper—. Ya sabes lo que pasa con los amigos, haría falta un radar.

—Por eso ahora te gustaría saber si yo soy tu amigo. *Cómo* de amigo.

—Marco Lanna me ha pedido informaciones para pasárselas a alguien que puede ayudarme. Si tú eres realmente ese alguien…

—Los cuentos de Lanna no me han servido de gran cosa —le interrumpe Bastien—. Y, además, algunas informaciones ya las conocía en gran parte.

—¿Qué quieres entonces?

—Solo tenía que saber quién eres ahora. Quién eres realmente.

—¿Crees que ya lo sabes?

—Digamos que últimamente he hecho progresos. Trataré de ayudarte a salir. Siempre que tú quieras, naturalmente.

—¿Que si quiero? Puedo contártelo todo si me ayudas a salir de aquí. Un trueque.

—Lo intentaré. No será fácil, tengo algunas ideas… Pero yo no lo llamaría trueque.

—¿Por qué lo haces entonces?

—Porque somos europeos y somos primos, ¿no? —sonríe Bastien. Luego, de repente, se pone serio—. Porque me han pedido que lo haga. *Voilà*.

—No ha sido Lanna. El cónsul es solo un enlace.

Bastien se permite otra breve carcajada.

—Pero naturalmente tú eres lo bastante experto para no preguntarme quién me lo ha pedido. Ya te lo habría dicho, si hubiera podido.

Kasper asiente.

—¿Tienes un plan?

—Yo siempre tengo un plan. Pero todavía no me convence. Por lo menos, no del todo. Pronto te hablaré de él.

—Yo te contaré lo que me ha pasado —dice Kasper—. Y por qué.

—No hace falta.

—Tengo que hacerlo. Alguien tiene que saberlo. Si no lo consigo… si no consigo volver a casa… en fin, no quiero llevarme a la tumba lo que he visto. Lo que he descubierto.

—Como prefieras —asiente Bastien. Se levanta y se despide—. Nos vemos mañana. Tú ándate con ojo. Ni una palabra a tus amigos. Y… por curiosidad: ¿cuál es la canción de los Dire Straits que más te gusta?

—«Brothers in Arms».

—A mí también.

32
Licencia para matar

Aeropuerto Leonardo da Vinci,
Roma,
marzo de 2009

Aún no son las once de la mañana.

Barbara está en su puerta de embarque.

El vuelo de la Thai para Bangkok sale a las 13.30, pero probablemente se retrasará. Una media hora, es la previsión. Se sienta y mira a su alrededor.

Esa zona de la Terminal T3 está llena de caras orientales. Sudeste Asiático, en gran parte. Occidentales muy pocos. Durante una semana por lo menos tendrá que acostumbrarse. En Bangkok embarcará en un vuelo para Camboya. Llegada prevista a Phnom Penh, nueve de la mañana.

Una eternidad con el culo en el aire, piensa mirando a su alrededor.

No le gusta volar.

No le hace gracia perder completamente el control de su destino. Cuando estás ahí arriba dependes totalmente de otros. Para empezar, de los dos pilotos. Que mientras no se demuestre lo contrario, son hombres. Hombres como los demás, con sus limitaciones y sus debilidades.

Con sus secretos.

Hombres como Kasper, piloto de línea desde finales de la década de 1980 hasta mediados de la de 1990.

No sabe muy bien por qué, pero imaginárselo con su uniforme de Alitalia le arranca una sonrisa. Puede que hasta se cruzara con él en algún aeropuerto. Bien planchado, atildado y metódico, como esos colegas suyos que se ven pasar hacia los embarques, con sus maletines de ruedas todos iguales, la gabardina bien plegada sobre el brazo y la mirada de quien se siente en vuelo incluso cuando, simplemente, va andando.

Kasper al mando del avión.

Barbara había conseguido que le facilitaran su hoja de servicios en la compañía de bandera.

SEÑOR R

Un elemento excelente. Calificaciones muy altas en los exámenes periódicos y muchas contribuciones al perfeccionamiento de las normas de seguridad: informes, propuestas, ideas. Reconocido como un excelente instructor en el proyecto Human Factors y el proyecto Ati Cargo. Numerosos certificados de excelencia.

Con bastantes períodos de permiso.

Ausencias prolongadas, gestionadas directamente por la dirección de la compañía, que evidentemente estaba al corriente de que ese trabajo era una tapadera de su verdadero oficio.

Piloto de línea con licencia para matar.

Porque Kasper era alguien que podía matar. Que había matado. De eso no parecía haber ninguna duda. ¿Qué otra cosa podría significar lo que escribe en su memorial?:

> He sido un agente encubierto exterior o, si lo preferís, un agente secreto. Totalmente operativo. Adiestrado militarmente para hacer «lo que haya que hacer».

La gente normal piensa que estas son cosas de la literatura de género y las películas de evasión. Porque la vida real es otra cosa, naturalmente. De modo que a lo mejor te peleas en un aparcamiento y no sabes que el tipo con quien estás discutiendo es un señor de modales amables que en tres segundos podría dejarte hecho una piltrafa.

Barbara todavía tiene ante sus ojos el sobrio gesto de Marzio De Paoli cuando le explicó cuál era su función en Gladio. El pulgar cruzado sobre la garganta y una sonrisa para decir: «Neutralizaciones».

Neutralizaciones.

Los hombres así tienen que estar pensando en la muerte todos los días. En el fondo, ¿quién no piensa en ella?, se pregunta Barbara. Pero los que son como Kasper deben tener del *suceso* una idea completamente distinta. Conviven con él por contrato. El mismo contrato que les empuja a arriesgarse, a atreverse. A tensar el destino hasta que se rompe.

A no percatarse de que un paso más allá hay una trampa.

En los días previos a su viaje a Phnom Penh la abogada estuvo releyendo los documentos judiciales de su cliente. Todo lo que había logrado reunir. Trabajó, reconstruyó hechos. Y comprendió que Kasper, más que huir de la muerte, se había pasado la vida huyendo de las trampas de sus enemigos.

Y de sus amigos.

Kasper estuvo encarcelado en el 93 porque un juez que investigaba a un grupúsculo de presuntos golpistas le detuvo tomándole por un loco. Le acusó de ser el piloto del helicóptero encargado de fumigar con gas nervioso los estudios de la RAI de Saxa Rubra. Decir que eso era ciencia ficción es quedarse corto, pero el juez soñaba con grandes titulares y fue a lo suyo.

Kasper, en realidad, estaba vigilando a esos aspirantes a golpistas para saber hasta qué punto eran peligrosos. Ya estaba convencido de que eran unos pardillos cuando dio con sus huesos en una celda de la cárcel de Rebibbia. No se puso nervioso. Esperó pacientemente órdenes de sus superiores.

Pero en vez de sacarle de allí y revelar que era un topo, el ROS de los carabinieri decidió

aprovechar su reclusión y la fama de piloto loco que tenía entre los presos. Así fue como Kasper se infiltró entre los narcos colombianos detenidos en la cárcel romana que, justo entonces, andaban buscando un hábil «narcoaviador» para su tráfico entre Sudamérica y Europa.

Fue una idea genial. De ahí nació la Operación Piloto.

De trampa en trampa se llega a 2005. Y fue en esa fecha en la que Barbara se detuvo más. Porque la detención de Kasper en la estación central de Milán y su posterior encarcelamiento en Regina Coeli eran cosas que no lograba entender. Sobre todo, lo que no entendía era por qué los del GICO no detuvieron también a Bishoff, el suizo de la maleta llena de superdólares.

Superdólares.

Nadie habla de ellos, no hay ni rastro de los superdólares.

Leyó y releyó los documentos, las actas, repasó las lacónicas declaraciones de Kasper, y cuando parecía que lo había revisado todo se percató de ese nombre.

Zelger. Bob Zelger.

Un apellido alemán para un estadounidense llamado Bob.

El que tomó nota de la declaración escribe que el imputado (Kasper) dice que la información sobre el paso por Milán de Bishoff se la había dado «un no mejor precisado Bob Zelger, ciudadano estadounidense».

¿Quién es Zelger?

«A la pregunta responde el imputado: no lo sé».

Eso dicen los documentos.

Pero ese nombre ya lo había oído antes. Está segura de que se lo ha encontrado en alguna parte. El caso es que no recuerda cómo ni dónde.

Bob Zelger. ¿Dónde te he visto antes?

La voz de Manuela Sánchez es baja. Casi un susurro. Habla así para no despertar a la profesora. La vieja señora ha pasado una noche difícil y ahora descansa. Dos días antes había logrado hablar por teléfono con su hijo. Le había notado con la moral muy baja. Había comprendido que la situación cada vez se vuelve más difícil.

—Es una mujer fuerte, pero está poniéndose en lo peor —explica Manuela con el aparente distanciamiento de quien ve la realidad de las cosas—. Se está haciendo a la idea de que su hijo tal vez no vuelva.

—¿Crees que acabará así?

—Acabe como acabe, no será una historia destinada a caer en el olvido de los italianos. Te lo puedo asegurar.

—Necesito que me des una información —le dice Barbara.

—¿Por teléfono?

—No hay más remedio. Ahora mismo salgo de viaje y…

—Está bien, pero no des nombres.

—Pues un nombre es justamente lo que necesito que me digas.

El silencio al otro lado es más elocuente que cualquier comentario.

SEÑOR R

Un suspiro prolongado.

—Adelante —murmura Manuela.

—Un americano llamado Bob Zelger.

—Está detrás del asunto de Milán, el de 2005.

—¿Nada más?

—No creo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es un nombre que me he encontrado en otros sitios. Ya lo había oído. Pensaba que me lo habías dicho tú…

—Yo no.

—Quizá Lanna, el delegado consular.

—Basta de nombres. Pero puede ser.

Barbara reflexiona. Intenta recordar.

—Sí, puede ser —murmura—. Se lo preguntaré en cuanto consiga hablar con él en Phnom Penh.

—¡¿Qué has dicho?!

El tono de Manuela ha subido de repente una octava. Una reacción brusca.

No es propia de ella.

—Estoy saliendo para Phnom Penh —explica Barbara—. En el aeropuerto. Dentro de poco…

—No lo hagas.

—Pero ¿qué dices?

—¿Te lo ha pedido alguien?

—No, a decir verdad…

—¿Es una iniciativa tuya?

—Una idea mía, sí…

—No vayas.

—¿Qué…? Pero si ya he pasado el control… ¡Estoy en la puerta de embarque!

—Mira, no te lo puedo explicar. Ahora no. Pero no lo hagas. Repito: *no vayas*. Quédate en Roma. Rompe ese dichoso billete, recoge las maletas…

—Si solo tengo equipaje de mano —balbucea Barbara sintiéndose un poco estúpida por esa aclaración inútil—. ¿Qué… qué demonios me estás diciendo?

—Que no debes, repito, *no debes* ir a Phnom Penh. Ahora no. Por favor.

—Entonces, según tú, ¿qué tengo que hacer? ¿Volver a casa y decir que era broma? O sea, que, según tú, cuando llamen para embarcar, yo ya estaré en la circunvalación…

—Eso es. Es exactamente lo que tienes que hacer. Voy a Roma y te explico por qué. Entenderás que has hecho lo que debías.

—Lo que debía…

—Lo único que podías hacer —termina Manuela Sánchez—. Tienes mi palabra. Y… Barbara.

—¿Qué?

—No vuelvas con las manos vacías.

—¿Cómo?

—Antes de salir del aeropuerto cómprales un regalito a tus hijos. Y otro a tu marido.

SEÑOR R

SEÑOR R

33
Hoy hace un año

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
viernes, 27 de marzo de 2009

El grupito es el mismo de siempre.

Son diez, forman un corrillo. Se turnan para mirar a su alrededor.

Le observan.

Pero ninguno es tan imprudente como para dar un significado a su mirada. Si le miran, es solo durante unos segundos. Y nunca más de uno a la vez. Dos, como mucho. Ninguno se detiene más de lo debido.

Se diría que Kasper no está en su radar. Sin embargo, es el objetivo.

El blanco.

Hablan y se ríen por lo bajo. Presos comunes entre cientos como ellos. Unos llevan la voz cantante, otros se limitan a reír. Y a asentir. En el grupito hay una jerarquía, y se respeta. Es una ficción. Teatro en estado puro.

En esto todas las cárceles del mundo se parecen. Kasper conoce bien esos corrillos. Ya los ha experimentado.

En Regina Coeli, en 2005, decidieron eliminarle.

Tenía que ocurrir pocos días antes de que saliera de la cárcel romana. Varios *comunes*, instigados por dos *políticos*, le estaban preparando una fiesta. Alguien había hecho correr el rumor de que él no era un preso cualquiera. Que había sido un esbirro de mierda. Un esbirro muy particular, agente del ROS especializado en misiones encubiertas.

Pésimas referencias.

No es lo que se dice el pedigrí ideal para estar tranquilo en una cárcel. Por lo menos no lo es en Regina Coeli.

En Prey Sar, en cambio, a nadie le interesa su pasado.

SEÑOR R

Es mucho más sencillo: en Prey Sar piensan que un occidental no puede machacar a un camboyano, por mucha piel negra y facha nigeriana que tenga. Por muy violento, prepotente e insoportable que sea. Porque Mr. T es uno de ellos. Un camboyano que tiene familia camboyana y que fuera de allí todavía tiene la posibilidad de poner en circulación un montón de dinero.

Kasper comprende que tiene los días contados.

En cuanto tengan ocasión le tenderán una emboscada. Y le harán picadillo.

También lo ha entendido Victor Chao. Pero su punto de vista nunca es previsible. Siempre es original. Para él, los días que pasan no llevan necesariamente a la venganza contra Kasper. Si acaso llevarán a una aclaración oportuna y definitiva con los amigos comprados de Mr. T.

—Les matamos a todos y luego hago que maten a sus parientes. O al revés. —Suspira y se encoge de hombros—. Es el único lenguaje que entienden. Son camboyanos. Es un pueblo que en pocos años casi ha quedado reducido a la mitad por la ferocidad humana. Y solo a través de la ferocidad puedes transmitir conceptos fundamentales.

El primer *concepto fundamental* es: no lo volváis a intentar, cabrones.

Victor Chao es de Taiwan: otro mundo. El *complejo de superioridad* de ciertos chinos es algo mayor que el de los franceses. Una filosofía vital. Que en la interpretación de alguien como él abre horizontes con tonos rojo oscuro.

Pero un baño de sangre en Prey Sar es lo último que quiere provocar Kasper.

Él solo quiere salir de ahí.

—Hoy hace un año —dice Kasper.

Louis Bastien le mira y se atusa el bigote. Arruga la frente como quien trata de interpretar cada sonido como es debido.

—Un año…

—Un año exactamente desde que me atraparon. Era el 27 de marzo de 2008.

—*Oh merde!*, amigo mío. Un año aquí dentro…

—No solo *aquí dentro*. También en el hospital Preah Monivong y los demás lugares donde me han tenido encerrado los primeros meses.

Kasper le cuenta el secuestro en la frontera con Tailandia, los días en el cuartel del CID. Luego el peregrinaje por cárceles improvisadas, en las aldeas que rodean Phnom Penh. Las incursiones de Darrha. Las ejecuciones simuladas. La ruleta rusa.

—Pero sigues vivo.

—O todavía no estoy muerto. Depende del punto de vista.

—El teniente que te mantuvo vivo para exprimirte a conciencia… ese Darrha medio francés: si de verdad se ha puesto a los americanos en contra, puedes estar seguro de que tarde o temprano lo pagará caro. Su avaricia le pasará factura. Una mañana le encontrarán boca abajo en un arrozal. *Voilà*.

—Es posible. Pero mientras tanto ha vuelto a pasar por aquí hace unos días. Quería más dinero.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que el dinero se ha acabado. La verdad.

Bastien asiente.

—Amigo mío, ha llegado la hora de irse. —Y añade—: Ánimo, demos un sentido a mi visita de hoy.

El sentido es lo que han acordado.

La fuga.

Aunque Bastien nunca la llama así. Ni fuga ni evasión. Él la llama *la partida*.

Al fin y al cabo es un rockero: el sonido de las palabras es música para él.

La fecha ya está decidida. El sábado, 11 de abril.

Voilà.

Bastien tiene un plan. Se lo presenta de nuevo.

Examinan todos los detalles. Todos los pasos. Cualquier posible fallo.

Sobre el papel es un plan bastante sencillo. En la práctica da miedo. Si algo sale mal no habrá manera de echarse atrás.

—Si no sale como está previsto tienes que prometerme que no harás nada —dice el diplomático francés—. Encontraremos otras maneras. Pero tú no tienes que perder la sangre fría. No inventes. No reacciones. No hables. Tú no sabes nada. No has hecho nada. ¿De acuerdo?

Kasper hace un ligero gesto afirmativo.

—En las próximas dos semanas tendré que espaciar mis visitas. ¿Entendido?

—Entendido.

—Pero para cualquier eventualidad ya sabes cómo encontrarme.

—¿Te vas de gira musical…? —bromea Kasper.

—Giras suspendidas. Hasta el sábado, 11 de abril.

—Listos para la *partida*.

—Todo saldrá bien, ya verás. —El francés respira profundamente—. Les daremos por culo a los camboyanos. Y de paso a tus amigos americanos. También se dice así en italiano, ¿no?

—¿El qué?

—Darles por el…

—Sí, se dice, vaya si se dice —ríe Kasper—. Se dice y se pone en práctica. Es el deporte nacional en Italia.

—¿Cómo empezó todo? Le he estado dando vueltas a esa pregunta los últimos doce meses. Porque si hay algo que he aprendido es que de cada hecho, de cada historia, hay que recordar siempre el principio. El preciso momento en el que lo que no estaba, de repente apareció. Lo que no se veía en el horizonte, de pronto se perfiló hasta hacerse visible. Así que: ¿cómo empezó todo?

—Todavía no has encontrado la respuesta.

La voz de Manuela Sánchez, al teléfono, tiene el tono bajo de costumbre, pero a Kasper le parece increíblemente cercana. Es como si le estuviera hablando desde la habitación de al lado y no desde su casa de Florencia, a miles de kilómetros.

—Pero ¿es tan importante eso ahora? —le pregunta ella—. Justamente ahora —añade, subrayando ese «ahora» como quien conoce la agenda de los próximos días.

Ella es la única que lo sabe. La única a la que Kasper le ha contado lo que va a ocurrir. Unas pocas palabras en clave, y lo ha entendido.

Manuela sabe que a partir de ahora tendrán que espaciar los contactos. Suspender cualquier iniciativa. Evitar cualquier imprevisto. Horas antes ha detenido a la abogada Barbara Belli, que estaba a punto de viajar a Phnom Penh. Justo a tiempo.

—No sirve de nada recordar el pasado —dice Manuela. Es verdad que no sirve. Y, sobre todo, no es cuestión de hablar de eso ahora, por teléfono, con la sospecha fundada de estar intervenidos —. Déjalo —insiste—, no es importante.

—Importante… ¿qué significa *importante*? —replica Kasper—. Nunca supe cómo se medía la importancia de las cosas. ¿Existe una objetividad? ¿Dónde está, quién la conoce? ¿Quién es el juez medidor oficial? Yo oigo la voz que grita dentro de mí. Siempre lo he hecho. Intento contestar a sus preguntas. A sus dudas. Como todo el mundo, creo yo.

—¿Como todo el mundo? Yo *no* lo creo.

—Bueno, pues yo funciono así. A pesar de esta fea historia, sigo siendo así.

Silencio. De repente entre ellos se instala ese extraño silencio. Una larga pausa en las palabras que, sin embargo, no les turba. Armisticio telefónico intercontinental. Que oculta las respiraciones y a cada cual le deja la libertad de imaginar la expresión del otro.

Él en su rincón del campo de Prey Sar. Ella en su cuarto de estar florentino.

—No gastes energías —dice Manuela—. Ahora no. Las necesitarás.

Pero Kasper, ahora, está realmente lejos. Es como si no la oyera. Como si hubiera olvidado que está hablando por un móvil clandestino. La irracionalidad que guía nuestros actos a veces puede ser fatal. Él debería saberlo, piensa Manuela. No debe cometer errores. Ahora no.

—¿Es importante entender por qué estoy aquí? ¿Acaso no es importante reconstruir el camino que he recorrido? Si cometí errores. Si no di importancia, si no vi lo que tenía que ver. O si lo vi demasiado bien… ¿O es más importante tratar de irse de aquí y luego olvidar? Por lo menos intentarlo. Dejarlo todo atrás.

Porque quizá es eso lo que quieren todos, piensa Kasper. Los enemigos y los amigos. Los que intentan acabar conmigo y los que parecen dispuestos a ayudarme. Olvídate de todo, italiano chiflado.

—Olvidar el pasado… —murmura con un temblor de rabia.

—El pasado no te puede ayudar. Hurgar en él: ahora no, eso seguro. Y, además, el pasado casi nunca ayuda a nadie.

—Ya. Quizá sea como tú dices, Manuela. En el fondo es así para todo. Estamos en la sociedad de los desmemoriados. ¿Para qué mirar atrás? Estamos tan pillados por el presente y tan proyectados en nuestro breve futuro, que si volvemos la cabeza nos hacemos daño. Demasiado esfuerzo. ¿Cómo dice la canción? «Quien tuvo, tuvo; quien dio, dio…»

—«Olvidemos el pasado…» Estoy completamente de acuerdo.

—Porque tú lo has hecho, Manuela.

—Sí, era la única posibilidad.

—¿La única posibilidad para qué?

—Para sobrevivir a mí misma. Y es lo que tienes que hacer tú también, si quieres seguir vivo. Si

quieres volver a casa.

Solo han pasado cuatro días desde su última visita.

Louis Bastien viste como de costumbre: traje de algodón claro, camisa azul clara con el cuello abierto, sin corbata, y mocasines negros con hebilla dorada.

Kasper también viste como siempre: pantalones cortos y camiseta verde oliva. Lleva puesta la misma ropa desde hace meses: se podría tener de pie. Calza sandalias con suela de neumático de coche. Las míticas Hô Chi Minh.

Están sentados frente a frente, en la improbable sala de reuniones, junto a las oficinas de la dirección de Prey Sar. Esperan en silencio a que el guardia deje la bandeja con agua, café y Coca-Cola. Cuando la puerta se cierra el diplomático francés se inclina sobre la mesa. Le hace una seña para que se acerque.

—Es dentro de tres días —dice en voz baja—. Tres —repite remarcándolo con la mano derecha. El índice, el corazón y el anular no dejan lugar a dudas.

—¿Tres? Pero ¡si estamos a 1 de abril! ¿Qué es esto, una broma?

—Tenemos que adelantarnos. Es para el 4 de abril.

—¡Adelantarnos… una semana!

—*Le chat parti, les souris dansent*. Por eso nosotros bailaremos y… —El gesto de la mano es de una elocuencia internacional—. El próximo fin de semana es el adecuado. Además, los *Visitantes*, como tú les llamas, se están poniendo nerviosos.

—¿Qué quieres decir?

—Es probable que esos americanos aparezcan por aquí de un momento a otro. Se han enterado de mis visitas. No creo que les haga mucha gracia. Ya sabes lo que piensan de los franceses.

—Aliados siempre, amigos nunca.

—Eso es. Somos como la amante buenorra que no se lleva a las cenas oficiales.

Kasper le observa tratando de calibrar la situación.

—¿Qué relación tienes con ellos?

—Ninguna. Ya les has visto: son superagentes del gobierno. Yo solo soy un modesto funcionario. Un francés provinciano con un destino provisional.

—Sí, claro, y yo soy Napoleón.

—¡Napoleón! —Bastien sopla sobre su café y sonríe divertido—. Napoleón, claro que sí.

Luego canturrea en italiano:

Napoleone andava a cavallo
e la gente lo stava a vedere.
E quando non andava a piedi
era proprio un cavaliere… Napoleone!

—¿La has oído?

Kasper no gasta una sílaba. Ni siquiera un leve gesto.

—Es una canción italiana. La aprendí en la isla de Elba hace años… Napoleón pasó cien días allí. Bueno, un poco mejor que Prey Sar sí era… —Observa la expresión plomiza de Kasper y sonríe—: Muy bien, mi emperador. Entonces preparémonos para dejar el exilio. Y hagámoslo de modo que no acabemos en un deshonroso Waterloo.

Al día siguiente Louis Bastien está otra vez allí.

Habría querido suspender sus visitas. Para la hora H solo faltan dos días y lo aconsejable sería estarse quietecitos. Pero Kasper le ha pedido que cambie de planes. Y ha sido categórico.

—Creo que ha llegado el momento.

El momento.

Bastien sabe perfectamente a qué *momento* se refiere Kasper.

Ya habían hablado de eso el día anterior.

Esa expresión seria, tirando a torva, es el reflejo de una angustia profunda. Como si al acercarse el momento se hubieran puesto a funcionar unas neuronas que llevaban un año en coma.

La aceleración del plan ha acentuado vertiginosamente su tormento.

Sus preguntas y sus respuestas.

Kasper necesita explayarse.

Como hombre libre, Bastien siente que debe hacerle caso.

—Aquí me tienes. —Como francés, se siente en la obligación de desdramatizar. Sonríe y susurra—: Pero tenemos que dejar de vernos así. La gente murmura.

Kasper aprecia la ironía, aunque no le sigue la corriente. No puede.

Las últimas noches no ha pegado ojo. No solo por el pensamiento de la fuga inminente. Una aventura desesperada en la que tiene todas las posibilidades de dejarse la piel. No.

Ha rebuscado en la memoria y ha reconstruido. Ha tratado de recordar. Ha escrito. Frenéticamente. En la hoja arrancada del cuaderno-diario ha apuntado algunas fechas. Los lugares y las circunstancias. Los nombres.

Los nombres.

Porque detrás de cada nombre hay una persona. Y las cosas no suceden nunca por casualidad. Siempre hay personas en el origen de las cosas.

¡Define *cosas*, agente Kasper!, dice una voz en su interior.

«Hechos, sucesos, ideas, planes. ¡Cualquier cosa, señor! ¡Mis misiones también, señor! Las trampas también, señor…»

Es de ahí de donde hay que partir.

Los nombres y las personas.

Cuando sufrimos son los primeros que se olvidan.

Kasper recuerda ciertas explicaciones de Patty sobre las amnesias «defensivas». La amnesia disociativa está clasificada como un trastorno mental, pero es sobre todo una estratagema que adopta la mente para defenderse de un grave trauma. Así vamos corriendo un telón tras otro. Nombres y caras que desaparecen. Personas escondidas en un rincón oscuro hasta que —por causas

no siempre lógicas— se enciende un foco. Y las coloca en primer plano. Devolviéndolas a la realidad y sus miserias.

De repente Kasper lo recuerda todo.

Todo.

—Todo empezó con él —murmura Kasper con la mirada fija en el vacío—. Todo.

Bastien comprende que ha llegado el momento. Que tendrá que acomodarse y escuchar. Porque el relato no será corto. No será fácil.

—¿Con él… quién?

—Hace un par de años. Primero en Phnom Penh y luego en Bangkok. Empezó así. Febrero de 2007.

—¿Con él, quién? —insiste Bastien.

—Con mi mejor amigo, naturalmente. Con Clancy.

34
Superdólares

Hotel Oriental,
Bangkok, Tailandia,
febrero de 2007

—Dominarán el mundo, querido amigo. Hay que joderse.

John Bauer mueve apenas la cabeza señalando al grupito que está sentado varios sofás más allá. Hombres de negocios reunidos confortablemente en el bar del hotel después de una jornada de trabajo.

Happy hour entre colegas. Todos chinos.

—Míralos bien. En todas partes se sienten como en su casa. Pero no son como nosotros, los americanos. No arman escándalo. Sobriedad y buenas maneras, sonrientes y afectados, como algunos curas de nuestras diócesis. Estos te dan por culo y ni te enteras.

Bauer levanta el vaso de bourbon en un amago de brindis y Kasper le imita con su Veuve Clicquot. Tras los grandes ventanales del Oriental las luces del Chao Phraya y la gran ciudad hablan de un mundo insomne y frenético. Imparable.

Cerca de allí, en las calles de Chinatown, se celebra el Año Nuevo chino. La capital tailandesa está repleta de turistas, más que de costumbre. Llegan de todo el mundo. También están en el gran hotel que da al río, y se les ve. Se les oye, sobre todo.

Kasper y su invitado, sentados en un rincón del bar, se mantienen al margen de esa humanidad sudorosa y desbordante. Ávida de sensaciones exóticas. Ellos no son turistas ni van en busca de emociones. Por lo menos de las fáciles.

—Este 2007 es el año del cerdo —dice Bauer—. Un año especialmente afortunado, dicen, porque cae cada más de medio siglo. Los chinos lo llaman «el año de oro». Según dicen, el que nace ahora tendrá una vida fácil. —El estadounidense suelta una risita—. Tengo que preguntarles a los chinos qué año fue para ellos 1947. Desde luego no fue un año de oro, de eso estoy seguro.

Kasper le ríe la gracia autobiográfica. Mientras tanto piensa en lo que le ha contado Clancy días

antes, cuando le ha propuesto ese encuentro con Bauer en Bangkok: «Necesitan a alguien que no sea estadounidense pero piense, hable y se mueva como estadounidense. Yo le dije que hablaría contigo. Tú verás si la cosa te parece interesante. Valoras la cosa y luego decides».

La cosa.

Kasper lleva allí casi una hora, pero John Bauer todavía no habla de la cosa. Hasta ahora no ha descubierto ninguna de sus cartas.

Kasper sabe lo que hace falta saber de Bauer.

No se necesita ser un lince para comprender a qué corriente de pensamiento pertenece ese distinguido sesentón con apellido probablemente de origen alemán. John Bauer es un hombre enérgico y con pocas dudas. Si acaso alguna vacilación en la indumentaria: camisa violeta con cuello blanco y corbata morada. Pantalones azul marino, zapatos grises. Un concepto de la elegancia que en Italia se consideraría hortera, cuando no sospechoso. Pero él parece estar a su aire. Y, además, Italia queda lejos de allí. Queda lejísimos.

Bauer es un estadounidense que llegó al Sudeste Asiático durante la guerra de Vietnam. Uno de los muchos que después de la derrota se quedaron en la región. Trabajaba para la CIA, eso estaba claro, pero Clancy no había dado ningún detalle al respecto. De todos modos, en esos años no estaba operativo. «En el sentido tradicional no», fue la síntesis de Clancy. Un hombre de estrategias y relaciones, John Bauer. Un verdadero espía, probablemente.

Ahora se vende como experto en seguridad y antiterrorismo. Se vende bastante bien, al parecer. Trabaja por toda Asia para las agencias paragubernamentales estadounidenses, como Blackwater y otras que colaboran en la seguridad nacional. Tiene su propia organización: hombres y medios.

Bauer es un tipo socarrón. Tiene aires de gato, habla despacio. Divaga. Es engreído. Un fabulador con un sentido de la ironía autocomplaciente que se jalea con carcajadas cortas y contagiosas. Incluso consigue caer simpático, con su acento de la Costa Oeste. A Kasper le recuerda a Karie, su ex de Seattle. Le escucha con gusto.

Además, Kasper no tiene prisa. Sabe esperar.

Por ahora parece que al tema chino aún le queda cuerda. Bauer no lo suelta.

—Son buenos. Joder, ya lo creo que son buenos los camaradas del Celeste Imperio —refunfuña con su mosqueo al bourbon—. Tendríamos que aprender de ellos. Yo no me canso de decírselo a nuestros amigos de Washington, pero ellos, ya sabes cómo son, respiran otro aire. El que no ha estado nunca en Oriente, el que no ha vivido nunca entre esta gente, no puede entenderlo. Tú, en cambio, entiendes lo que quiero decir…

—Creo que sí —confirma Kasper—. Mires donde mires, los chinos son los que deciden el juego en esta parte del mundo. Quizá en todo el mundo, ya…

—Es exactamente así, amigo mío. El Mediterráneo, por ejemplo. Lo están comprando cachito a cachito. Han desembarcado en el Pireo y en Sicilia, pero no creas que unos pocos: asientan comunidades enteras. Preparan sus plataformas para controlar las costas africanas. ¿Le has oído hablar de eso a alguien? Están colonizando África a base de acuerdos con esos regímenes de mierda: yo te traigo industrias y tecnología y tú me das materias primas, y en cuanto a los derechos humanos, no hay debate, porque pensamos igual. ¿Comprendes? Me parto de risa con los franceses y sus intentos de no quedarse fuera… Dentro de poco nos habremos quedado fuera todos. —Echa

un último trago y deja el vaso en la mesita baja que hay entre ambos. Hace un gesto de calculada vaguedad y prosigue—: Mira por ejemplo este país, Tailandia. Y piensa en los tailandeses que tienen algún peso. El año pasado echaron al primer ministro, el pobre Thaksin Shinawatra. Le acusaron de corrupción, abuso de poder, conflicto de intereses, evasión fiscal… bobadas de esas. En realidad, lo que dieron fue un golpe de Estado, porque se había convertido en un estorbo. Él y su familia eran demasiado poderosos. Pero la gente está con Thaksin. El pueblo le quiere a él. ¿Quién está en contra del pobre Thaksin? La llamada intelectualidad y la gran burocracia estatal. Le depusieron mientras estaba en Nueva York, ¿te das cuenta? Pero la película no va a acabar así, ni lo sueñen. ¿Sabes por qué?

—Le vais a ayudar vosotros —le provoca Kasper.

—¿Nosotros? No, amigo mío. Qué va.

—Pero en los años sesenta, si no recuerdo mal, Thaksin estudió en vuestras universidades, hizo un máster y se doctoró en criminología. No me extrañaría que en tiempos no sospechosos, vosotros los de la *Compañía*…

—Nada es imposible, desde luego —le interrumpe Bauer—. Pero si vuelve no será por eso. Thaksin volverá porque en realidad no es tailandés. Es chino. No todos lo saben, pero sus antepasados son de Guangdong. Hablamos de tres o cuatro generaciones atrás, no de diez siglos… Ahora Thaksin está exiliado, pero puedes estar seguro de que los próximos meses van a ser moviditos en Tailandia.

—¿Es una previsión?

—Más que eso, querido amigo. Los chinos son así, se retiran, se esfuman y, cuando menos te lo esperas, te caen encima con toda la ferocidad de que son capaces. Tendríamos que aprender de ellos, coño. ¿Qué te parece si vamos a comer algo?

El Tom Yum Kung está picante, como a él le gusta.

En la lista gastronómica de Kasper, la sopa tailandesa de gambas ocupa uno de los primeros puestos. Le gana al cacciucco y a la ribollita: para un toscano, no es poco. En cuanto al picante, el chef del Oriental no se ha quedado corto. Es un plato fantástico este Tom Yum Kung. Y, sin embargo, no es nada comparado con el menú que le ha preparado John Bauer.

No han hecho más que empezar a comer cuando el estadounidense va derecho al asunto. Basta de fascinantes teorías de geopolítica. Es de Camboya de lo que le interesa hablar. Y de Corea del Norte.

Ese es el plato fuerte.

—¿Corea del Norte?

Bauer le mira con una extraña sonrisa.

—¿Te sorprende? Es un Estado canalla, ¿no?

—Esa es la definición que dais vosotros —replica Kasper.

—Eso es. Hoy, como sabrás, la lista de los estados canallas ha quedado reducida sustancialmente a Irán y Corea del Norte. En el pasado también estaban Siria, Afganistán, Irak, Pakistán, Cuba, Libia… Pero ahora algunos se han retractado, otros los hemos comprado y otros los

hemos invadido…

Ríe lo justo. Estrepitosamente, como todo estadounidense medio cuando se sienta a la mesa de un restaurante en cualquier parte del mundo.

Kasper sonríe, asiente y recuerda la admiración de Bauer por la sobriedad de los hombres de negocios chinos. Un sentimiento que ya ha caducado, evidentemente.

—Corea del Norte tiene una embajada muy especial. Es la de Phnom Penh. Las relaciones entre los norcoreanos y los camboyanos son estrechas. Muy estrechas. Creo que ya lo sabes.

—Algo he oído —confirma Kasper.

—Ya… yo también. A través de Corea del Norte, los camboyanos se hacen querer por China. Porque el régimen de Pyongyang es de hecho un protectorado chino. Porque el viento es ese, olvídate: en toda Asia sopla el viento del Celeste Imperio. Algo de eso saben la India y Japón, que miran las jugadas de Pekín con evidente aprensión. Corea del Norte está plenamente en la órbita china.

—El panorama está claro.

—Nuestro amigo Hun Sen Ojotuerto se ha rodeado de guardaespaldas norcoreanos. Su residencia privada es colindante con la embajada norcoreana. Hay buen rollo entre vecinos. Él mantiene relaciones constantes con el régimen de Pyongyang. ¿Te suena?

—Me suena —confirma Kasper.

—Bueno, pues lo que queríamos pedirte es que te hagas amigo de los norcoreanos de Phnom Penh. Muy amigo.

¿Es eso todo?, le gustaría decir.

Pero reprime la ironía. Y sigue diciendo que sí. Automáticamente, como por un reflejo condicionado. Pero decir que sí no significa necesariamente «se puede hacer». Ni mucho menos. Entre otras cosas, él tiene poca experiencia con los norcoreanos. Por el Sharky’s pasan diplomáticos y funcionarios de todos los países con representación en Phnom Penh. Hasta los chinos. Todos pasan por el Sharky’s. Menos ellos: los norcoreanos.

Se lo dice a John Bauer.

—Lo sé —confirma el estadounidense—. Son cerrados. Herméticos y cerrados como un erizo cabreado. Y no creo que lo consigas, pero eres el único que puede intentarlo. Es inútil que lo intentemos con uno de los nuestros, saldría mal enseguida.

—¿Por qué yo?

—¿Por qué no? —sonríe mientras sirve Chardonnay californiano. Le invita a un nuevo brindis y repite—: ¿Por qué no?

Su tono es de conspirador flemático.

Beben dejando que por unos momentos el silencio les traiga los ecos de la fiesta que se celebra a poca distancia del gran hotel. Luego Bauer reanuda su razonamiento.

—No eres estadounidense, pero como si lo fueras. Eres bueno infiltrándote. Tu historial habla por ti, pero ellos no lo conocen. Para los norcoreanos eres un italiano que ha venido a buscar fortuna en Camboya. Un poco raro. Un aventurero del Viejo Continente. No eres el único en esa jodida ciudad. Pero tú eres especial: ex militar, experto en aviones y piloto profesional. Pues bien, sabemos que están buscando asesores. Tienen una flota aérea que da pena. La Air Koryo Korean está en tan

mal estado que no puede cruzar los cielos occidentales.

—Por culpa del embargo de la ONU, probablemente —observa Kasper.

—No solo por eso. Desde 2005 nuestro gobierno puso el punto de mira en sus transacciones financieras. En el sistema bancario internacional les hicimos tierra quemada. En cuanto al embargo, afecta sobre todo a los suministros militares. Evidentemente, a China y Rusia les trae al fresco y les venden de todo. Pero los mejores aviones del mundo son de fabricación occidental y a los norcoreanos no se los vende nadie.

—Se han quedado en los Túpolev 134/154 y los Antónov An-24.

—Más algún Túpolev 204, solo un poco más recientes. Pero ahora quieren resolver el problema, andan buscando soluciones. Es ahí donde entras tú. Te aconsejo que pienses en algo capaz de vencer su recelo. El embajador es un hombre avispado: un trepa pero inteligente. Listo, sobre todo. Se trabaja mucho al gobierno central… Yo que tú atacaría por ahí.

—¿Cuál es el objetivo?

—Adivínalo.

—¿Hacerme más amiguitos con los aviones? No creo.

—Pues no. Los aviones nos la traen floja. Pero los aviones cuestan un huevo, y si quieres joder a la ONU no puedes comprarlos normalmente. Tampoco puedes pagarlos en *cómodos plazos mensuales*, como el cochecito de tu mujer. La cuestión, por lo tanto, es: ¿cómo piensan pagarlos? Nosotros tenemos una idea al respecto.

—¿O sea?

Bauer sonríe y le mira como si, después de un preludio prometedor, ahora viniera lo mejor de la película. Aprieta los labios y menea la cabeza con un gesto muy militar que parece decir: okey, amigo, ahora llegamos al fondo del asunto.

Las fotos no es que sean muy buenas.

Pero demuestran que los estadounidenses —estos— no están improvisando nada. Hace rato que se ocupan del asunto.

Las fotos están en dos sobres que Bauer ha sacado de su cartera. En uno se ven lugares de Phnom Penh que conoce Kasper, aunque solo sea por haber pasado cerca: la embajada norcoreana, el restaurante Pyongyang, un burdel exclusivo. Las imágenes del segundo sobre son mercancía un poco más selecta: fotos satelitales de zonas de la ciudad y caras de personas para grabar en la memoria.

—Este es el embajador norcoreano —explica Bauer mostrándole la fisonomía de un cuarentón culto de medio perfil—. Nos interesa él y nos interesa el lugar donde trabaja.

—La embajada —murmura Kasper.

—Exactamente —confirma Bauer señalando unas imágenes satelitales—. Esta es la residencia de Hun Sen. Y esta es la embajada norcoreana. De aquí dentro sale gran cantidad de dólares. Queremos saber de dónde los sacan. Qué coño hacen los norcoreanos con los billetes del abuelo Franklin. Está claro que así pueden sabotear la economía norteamericana. Queremos saber quién les da toda esa divisa. Estamos convencidos de que el juego lo controlan ellos…

SEÑOR R

El gesto de Bauer es vago y elocuente a la vez.

—Ellos…

—Los chinos, ¿quién, si no? Son capaces de falsificar a su abuela, si hace falta.

—Falsificar… —Kasper baja la voz—. ¿De qué dólares estamos hablando?

—De dólares falsos pero auténticos. *Counterfeit dollars*, por usar una expresión muy común pero no del todo exacta. O superdólares, si lo prefieres.

—Superdólares —silabea Kasper.

—Muchos superdólares.

—Muchos…

—A espuertas, se podría decir —asiente Bauer observándole con atención.

Ahora parece que el estadounidense tiene la mandíbula un poco más cuadrada y los ojos un poco menos sonrientes.

—Tú sabes muy bien de qué estamos hablando. Ya conoces los superdólares. Ya pasaste por ellos hace un par de años. —Suelta una carcajada. Una gran carcajada americana, la mejor de la tarde—. Mejor dicho, ya tropezaste con ellos.

Son los mismos.

Son los hombres que trabajan para los servicios secretos del *hermano mayor americano*. Astutos y expertos. Desaprensivos. Dispuestos a cambiar continuamente de chaqueta.

Cuando les conviene se presentan como la CIA, el FBI, la NSA y otras siglas importantes. Cuando el trabajo no es de los más transparentes (y sucede a menudo), entonces es conveniente optar por banderas menos prestigiosas. Menos comprometedoras.

Algunas de ellas pueden nacer y morir a lo largo de un día.

Otras llegan a ser importantes: sinónimo de una eficiencia que da miedo.

Pero el objetivo, a fin de cuentas, es siempre el mismo y nunca está en discusión: la seguridad de Estados Unidos y sus aliados contra el Gran Enemigo.

Viejo o nuevo, da lo mismo.

Siempre hay un Imperio del Mal contra el que luchar. Por todos los medios.

«El fin es elevado. Los medios ya sabemos que pueden ser discutibles». Palabra de John Bauer.

El estadounidense se despidió así después de su encuentro en el hotel Oriental. Le dio un abrazo y veinticuatro horas de tiempo para pensárselo. Si se decidía, Kasper podría disponer de un fondo adecuado para los gastos. Bauer esperaba un sí, naturalmente.

Kasper camina entre la muchedumbre nocturna de Bangkok.

Busca, trabajosamente, un paso entre la gente.

Busca, afanosamente, un recorrido lógico entre sus recuerdos.

En 2002 había comprendido que Ian Travis podía llevarle hasta la fuente de los superdólares. Pero antes de que consiguiera hacerle hablar, el neozelandés murió por las balas de dos sicarios en Bangkok.

En 2005, en Milán, tenía que haber interceptado a herr Bishoff, el hombre de la maleta llena de superdólares. El encargo procedía de Bob Zelger, estadounidense, ex agente de la CIA. Pero, en realidad, a ese tal Bob Zelger no le llegó a conocer nunca. El intermediario, como de costumbre, fue su amigo Clancy.

Fue Clancy quien le habló de Zelger y le explicó lo que querían ellos de él.

Ellos.

Dos años después salen a relucir de nuevo los superdólares. Ya no es en la estación central de Milán, sino en Camboya. Nada menos que en la embajada norcoreana de Phnom Penh. No hay un Zelger, pero hay un Bauer.

¿Qué tienen en común, aparte de los orígenes alemanes de los dos apellidos? Son los mismos. Y el nexo también es el mismo.

El tío Clancy.

Kasper mira el reloj y piensa que a esas horas Clancy ya estará durmiendo. Pero aunque estuviera despierto, no son cosas para hablarlas por teléfono. No, quiere hablar con él mirándole a los ojos.

Su avión para Phnom Penh sale dentro de seis horas. Una eternidad.

—Zelger y Bauer podrían ser la misma persona. ¿Y qué?

—¿Podrían ser, o *son*, la misma persona? —gruñe Kasper.

—Vale, pongamos que sean la misma persona.

Clancy se atusa la barba blanca y observa a su amigo y socio italiano como si estuvieran discutiendo sobre el vino que van a elegir para la cena. El tono es más o menos ese, si acaso algo más enfadado.

—¿Y tú no podías habérmelo dicho antes de que fuera a Bangkok?

—Te parecerá raro, pero no hice esa conexión. Y, además, perdóname, pero ¿qué habría cambiado? No fue Bauer quien te detuvo en Milán hace dos años. Él nos había dado la información buena. Tú podías atrapar a ese tal Bishoff con su maleta, llevárselo a tus amigos del ROS y quedar como un héroe. Hasta te habrían dado la famosa medalla…

—Porque según tú me muero por recibir esa medalla, ¿no?

—Digamos que das esa impresión. Pero a lo mejor me equivoco.

Kasper menea la cabeza y murmura:

—Increíble.

No quiere pelearse con Clancy, pero ya lo está haciendo. Esa mezcla de flema y malicia le revienta. Porque hace que se sienta ingenuo. Y los que hacen su trabajo pueden ser cualquier cosa menos ingenuos.

Mira alrededor. A esa hora de la mañana el Sharky’s está casi vacío. Solo hay un par de borrachos de la noche anterior, que han vuelto. Para desintoxicarse con cerveza, dicen. Una terapia sobre la que Kasper prefiere no indagar. En cambio, los clientes del almuerzo aún tardarán un par de horas en llegar.

Vuelve a mirar a Clancy, arrellanado en la butaca con el *Phnom Penh Post* en las manos.

—¿Qué otras identidades tiene tu amigo Bauer?

—Interesante pregunta. —Clancy alza los ojos del periódico y le mira con una expresión que ahora parece divertida—. Y tú, ¿cuántas identidades tienes? ¿Cuántas has tenido en los últimos treinta años?

—¿Qué tengo que ver yo?

—Todos tenemos el mismo oficio, más o menos. Cambiar de identidad es algo normal, creo.

—¿Por qué Zelger?

—Zelger es una de las identidades usadas en determinadas circunstancias. Está aquí desde hace treinta años, no lo olvides. Bauer es su apellido verdadero. Por lo menos eso creo.

—Me dijiste que no está operativo.

—Operativo, no operativo… A fin de cuentas, ¿cuál es la diferencia? No siempre hace falta pegarle un tiro a alguien o poner una bomba en el coche de otro.

—¡Vete a la mierda, Clancy! Me mandaste a hablar con un tipo que hace dos años hizo que me metieran en la cárcel.

—¿Bauer? ¡Esta sí que es buena! Quien hizo que te metieran en la cárcel es alguien que probablemente no quería que salieran a relucir los superdólares. ¡Piensa un poco, por una vez! Si en Milán hubieran detenido también a Bishoff, habría quedado claro que tú estabas allí por una causa justa. Pero se dio el caso de que, mientras tú acababas en el trullo, el señor Bishoff pudo irse de rositas. Se largó de allí como un viajero más. ¿Podemos acusar a Bauer por eso?

—Así que, según tú, tengo que aceptar la nueva proposición.

—¿A mí me lo preguntas?

Kasper da una vuelta a su alrededor y abre los brazos.

—¿Ves a alguien más aquí?

—Haz lo que te parezca. Yo solo te he proporcionado el contacto. Y te lo diré bien clarito: a partir de ahora no quiero saber nada de esta historia. Mantenme fuera. Tengo mis propios asuntos en que pensar.

Lo que faltaba, ahora Clancy se hace el ofendido, piensa Kasper.

Suspira y trata de poner orden a sus pensamientos. Acaba de comunicarle a John Bauer que lo va a intentar. Guarda el teléfono y trata de urdir un plan. Seguirá los pasos del embajador norcoreano. No sabe por dónde empezar. Pero a Bauer no le ha dicho nada de eso. En cambio, le ha explicado que hay algo que no le hace ninguna gracia. Hay un problema, y no es de poca monta.

—Es verdad. Ya me *tropecé* una vez con los superdólares. Y me partí la cara. No quiero que esta vez sea como hace un par de años, en Milán.

—Eso no depende de mí —replicó Bauer-Zelger o como demonios se llame—. Muévete bien y tendrás éxito. Estoy seguro.

Eso fue todo. Nada más.

Si Kasper esperaba una reacción digna de ese nombre, la obtuvo al instante. Bauer ya tenía preparada la respuesta evasiva, no cabía duda. Seguramente había hablado con Clancy, pero aunque no hubiera sido así, ambos son de la misma escuela: no darse por aludidos, escabullirse. Y, sobre

todo, cuando hace falta, olvidar y apartar. Borrar. Enterrar.

Es lo primero que te enseñan, y Kasper ahora se siente un poco tonto: tiene casi cincuenta años y todavía no ha aprendido.

Llega el momento de cantar.

El espectáculo tiene que empezar y en la sala se hace un silencio repentino. Las cinco chicas vestidas de rojo que poco antes servían las mesas están ahora en el escenario. Tienen voces bonitas, se mueven bien, al compás y con una sonrisa de cartel turístico. Las canciones, en fin, son lo que son. Un lamento maullado de la tradición norcoreana. Como los trajes típicos. Como las imágenes que pasan por la pantalla gigante en el fondo del local.

Bosques, lagos y cielos espectaculares. Los lugares de la madre patria y de la memoria.

El paraíso lejano donde Kim Jong-un juguetea con la bomba atómica.

Kasper ya se lo sabe todo, ese repertorio de la nostalgia. Es siempre el mismo. Acude todos los meses al restaurante Pyongyang. Va los viernes y también otras noches de la semana.

La tercera vez que se sentó en la sala, el director del local se le acercó. La reverencia de rigor, la expresión de quien se dispone a entablar conversación. Lo hizo. Unos pocos giros concéntricos y luego la pregunta:

—Si no es indiscreción, ¿a qué se dedica un italiano como usted aquí en Phnom Penh?

—Soy un espía.

El director se echó a reír y Kasper con él.

—Ustedes los italianos: simpáticos y mentirosos.

Kasper elogia la comida coreana y deja propinas suntuosas al personal. El trato con él es muy cordial. Esta noche, además, es una ocasión especial. Su amigo Hok Bun Sareun, senador camboyano, le ha organizado el encuentro con el agregado comercial de la embajada norcoreana. A las nueve en punto.

Para hablar de aviones. Por fin.

El senador Bun Sareun es un personaje bastante conocido e influyente. Un sesentón enérgico pero prudente. Un animal político, así le llaman muchos. Un político *fusion*, se llama a sí mismo para subrayar su espíritu cosmopolita del que, evidentemente, está muy orgulloso.

Durante el régimen de Pol Pot, su familia se había refugiado en Estados Unidos, donde él se había licenciado en derecho. Cuando volvió a su patria se dedicó a la política y fue elegido diputado. Tiene fama de hombre moderado con importantes relaciones internacionales. «En trescientos sesenta grados, e incluso un poco más», le gusta decir con su ironía *fusion*.

Los norcoreanos le aprecian y él va a cenar con frecuencia al Pyongyang con su mujer, sus hijos y toda clase de invitados. Hombre de amplias miras y amplísimas ambiciones que nunca da puntada sin hilo. Ni siquiera cuando sale a cenar con alguien. Un político moderno, Hok Bun Sareun.

Pero no es en este restaurante donde Kasper le ha conocido. Su encuentro se remonta a la fundación de la Isla del Amor Fraterno en Phnom Penh. El senador había sido uno de los primeros protectores de la sección camboyana y había ingresado casi de inmediato en la junta de la organización filantrópica. Frecuenta el círculo de los diplomáticos y es amigo de Clancy. Además,

es cliente habitual del Sharky's.

Kasper le habló a Bun Sareun del negocio que pensaba hacer con los norcoreanos. Al senador no le emocionaban mucho los aviones, pero enseguida olfateó el dinero. Le siguió la corriente. Lo escuchó con un interés cada vez más evidente.

—Boeing o Airbus de fabricación reciente. ¿De verdad puedes conseguírselos?

—Sin ninguna duda. Completamente en regla, con certificado internacional y toda clase de asistencia —contestó Kasper.

—Pero los vendedores occidentales no pueden hacer negocios con un país que tiene a la comunidad internacional en contra.

—Nuestro proveedor venderá a una compañía creada para la ocasión.

—Una triangulación, entonces.

Kasper le proporcionó todos los detalles. Es un sector que conoce bien. Un trabajo que ya ha hecho.

Las transacciones sobre aeronaves militares tipo caza, cazabombardero o transporte son siempre acuerdos bilaterales entre países. Estos acuerdos son objetivamente difíciles de burlar. Pero para la compraventa de aeronaves de transporte civil, ya sean de carga o destinados a las líneas aéreas, hay más margen. Es ahí donde interviene la figura del intermediario global.

—Que serías tú —observó Bun Sareun.

—Cierto —confirmó Kasper.

Si el comprador tiene disponibilidad financiera líquida e inmediata, es posible comprar cualquier avión de transporte de pasajeros en nombre y por cuenta de una sociedad de leasing creada a tal fin en un paraíso fiscal. La sede de dicha sociedad puede estar en Liberia, Panamá, Vanuatu o las Turcas y Caicos.

—Se pueden encontrar Airbus 320 que cumplen la normativa JAR-OPS 1 a partir de cincuenta millones de dólares —explicó Kasper—. Para los Airbus 330 con los mismos requisitos la cosa se pone en unos ciento treinta millones de dólares. Hablamos de aparatos muy recientes, completamente en regla, certificados para operar tanto a escala internacional como intercontinental.

—Pero son aviones europeos, occidentales —objetó el senador—. Y los americanos son los principales promotores del embargo…

—Está el llamado certificado del usuario final —replicó Kasper—. Se llama End User Certificate/Ear Part 744. En teoría debe garantizar que el avión no pueda convertirse en una amenaza en el sector de las armas de destrucción masiva ni pueda ser adquirido por un Estado canalla. En realidad, es fácil burlar esta norma con varios cambios de propiedad. Los controles se diluyen hasta eliminar todo rastro.

—Entonces se puede hacer —fue el resumen del senador.

—Para eso estoy aquí.

—¿Cuánto piensas pedirles?

—Depende de lo que quieran. Depende del dinero que tengan para invertir.

—Lo tienen, de eso puedes estar seguro. Solo que…

—¿Solo que?

—¿Dónde entro yo en todo esto?

—¿A cuánto aspiras, senador?

—Al 10 por ciento. ¿Te parece honrado?

Kasper asiente. Una honradísima comisión camboyana…

Han pasado tres meses desde la cena en el restaurante Pyongyang.

Después de varias reuniones con el agregado comercial, Kasper tuvo que conocer a otros diplomáticos norcoreanos. Se sometió a otras pruebas. De todas salió airoso.

Ha llegado el gran día.

«Bueno, aquí estamos», dice Hok Bun Sareum—. Por fin.

El senador no ha faltado a ninguna cita. Ha hecho de oficial de enlace y de mediador. De maestro de ceremonias también. Hoy es el hombre que está a punto de culminar una operación de la que se hablará mucho tiempo. Ha puesto mucho empeño personal en esto. Desde el principio tuvo fe en este negocio. Ahora saborea de antemano el éxito.

Y, además, el 10 por ciento de la transacción merecía el esfuerzo. Si Corea del Norte gasta una cantidad superior a cien millones de dólares, Bun Sareun se embolsará por lo menos diez. Por no hablar del prestigio personal frente a un aliado muy bien considerado en Phnom Penh. No está nada mal para un político camboyano sexagenario con las energías y las ambiciones de un cuarentón.

El control de los documentos de identidad es una operación que dura varios minutos.

Kasper y el senador aguardan en silencio mientras los militares hacen las comprobaciones necesarias. La luz verde llega con un seco saludo militar. El embajador les está esperando.

El palacete es de dos pisos, sobrio pero elegante. Cerca de allí, al otro lado de la tapia, está la residencia del primer ministro Hun Sen. La embajada es de un perfecto estilo colonial. Las imágenes satelitales que le enseñó Bauer, piensa Kasper, no le hacen justicia.

La huella francesa está en todas partes, hasta en la idea de jardín que, pese a la exuberancia de la vegetación tropical, mantiene una armonía de viejas tradiciones europeas. Los ruidos del Boulevard Preah Suramarit se desvanecen detrás de la verja que se cierra lentamente a sus espaldas.

Recorren varias decenas de metros hacia la entrada principal.

Kasper camina despacio. Mira a su alrededor.

Probablemente está todo lleno de cámaras, pero no se ven. Tampoco se ve a nadie. Ni se oye ningún ruido. A su lado, el senador camina con esa extraña sonrisa en la cara. Parece decirle: bienvenido al planeta misterioso que has estado buscando tanto tiempo.

Planeta Superdólares.

Bun Sareun es de la casa, pero desde que cruzaron la entrada no ha vuelto a abrir la boca.

Hay un olor a hierba cortada mezclado con un aroma dulzón de especias que se pierde entre los árboles, totalmente inmóviles. Allí dentro todo está callado. Hasta el viento de la mañana se ha parado de pronto.

Realmente parece otro planeta, piensa Kasper. Un planeta sin un soplo de viento. «Cuando callan los vientos entre las torres / de la vaga Florencia, oigo a un Silvano / Huésped desconocido por los tácitos ermitaños…» La oda de Foscolo. Reminiscencias escolares que le arrancan una sonrisa. Solo recuerda esos versos. De lo que sigue, ni una palabra.

—¿Algún problema? —pregunta Bun Sareum.

—Solo estaba pensando en Foscolo.

—¿Foscolo…? ¿Tiene algo que ver con nosotros ahora?

—No, yo diría que no —contesta él apretando el paso.

Llevan algo más de una hora sentados. Todavía no han hablado de aviones.

En el despacho del embajador también están presentes el agregado comercial y el agregado militar. Kasper y el senador llevan semanas examinando con esos dos hombres las posibilidades de concluir el negocio.

Superaron sus diferencias. Despejaron sus dudas sobre el riesgo de un grave incidente diplomático. Gracias a esos dos hombres Kasper ha podido alcanzar su objetivo final. Ahora, sentados a ambos lados del embajador, parecen figuras de yeso. Dos estatuas.

El embajador es un hombre de unos cuarenta años y mirada inquieta y viva. Tiene aspecto de agresivo vendedor callejero, pero sus ademanes son lentos, tan estudiados como los de un cura. Habla a través de una sonrisa inagotable.

Ha aclarado que lamentablemente no puede dedicar mucho tiempo a la reunión. Después ha divagado sobre los asuntos más variados. Es un apasionado del arte, las capitales europeas y los vinos italianos. Hasta ahí Kasper puede seguirle la corriente.

Pero también es un apasionado del fútbol mundial, quiere saber si el Inter va a ganar la liga y si la Juventus, después de un año en segunda, volverá a ser el gran equipo de otros tiempos.

Kasper masculla algo totalmente inapropiado. Bun Sareun no abre la boca: después de Foscolo le oye nombrar a Ibrahimovic, Del Piero, Buffon… No puede echarle una mano.

—Comprendo, el fútbol no es su especialidad —ríe el embajador en su perfecto inglés con fuerte acento bostoniano. Luego señala un cuadro colgado en la pared, a su derecha—: Ese es un Caravaggio y es auténtico, lo crean o no.

Kasper apostaría a que es una baratija, pero no dice nada.

—Y no hablemos del precio —prosigue el embajador—. Como bien saben, por ciertas pasiones uno está dispuesto a empeñarse si hace falta, ¿no es verdad?

—Las pasiones hacen que la vida sea más soportable —sentencia Bun Sareun.

—Exacto. Así es, querido senador —asevera el embajador, deteniéndose en la mirada vigilante de Kasper—. Me dicen que es usted un gran aficionado a las armas. Un gran experto. Y luego el vuelo, el paracaidismo. El boxeo tailandés, también… Le describen como un hombre de acción.

—De acción y también de pensamiento. Puede que equivocado… —bromea Kasper.

—Un hombre que piensa, pues.

—Lo intento.

—Así que *pensó* que podría ser útil a nuestro país.

—Pensé en ganar dinero con aviones, señor. Si esto es útil para su país, me alegro mucho por usted.

—A eso lo llamo yo hablar claro —subraya el embajador con la expresión de quien se está divirtiendo mucho—. ¿Y qué aviones nos quiere vender?

—Yo no vendo. Transmito lo que ustedes me indiquen. Con sus colaboradores hemos determinado unos modelos adecuados a sus necesidades. Me he movido en ese sentido y he considerado…

—Lo sé todo —le interrumpe—. Dos Airbus 320 y uno 330. En el contrato se prevé el mantenimiento y el adiestramiento del personal. ¿Lo ve? Me he preparado. ¿Cuánto nos cuesta todo esto?

—Ciento treinta.

—Comprendo. Con el descuento, supongo.

—Un descuento generoso, sí.

—Sus colaboradores han podido verificar los costes en la fuente… —interviene Bun Sareun.

Las estatuas hacen un leve gesto afirmativo.

—De acuerdo, de acuerdo… —El embajador suspira, tiene la expresión de un niño que está a punto de romper la hucha—. Es mucho dinero, pero está bien —añade—. Eso sí, no deben dejar rastro.

—¿En el sentido de…?

—Muy sencillo.

Se vuelve y cede la palabra al agregado comercial, que ya tiene lista la respuesta:

—No puede haber movimientos de dinero que puedan relacionarse con el uso futuro de los aviones. No podemos hacerles transferencias.

—No podemos extender cheques —sonríe el embajador.

—¿Entonces? —pregunta Kasper.

En la sala, por primera vez, el único ruido es el del aire acondicionado. Una pausa que dura varios segundos. El tiempo suficiente para imaginar lo inimaginable.

—Podemos pagar en efectivo —dice el embajador—. Todo en efectivo.

—Al contado —recalca Kasper—. ¿He entendido bien?

—Bien, sí.

—Ciento treinta millones al contado —repite Kasper simulando el estupor adecuado en la dosis adecuada.

—Es la única manera —conviene Bun Sareun—. Por supuesto, habrá que organizarse…

Organizarse, evidentemente. Pero ¿cómo?, se pregunta Kasper tratando de imaginar esa enorme cantidad de dinero líquido.

Ciento treinta millones.

—Puedo decirle que en un maletín de negocios cabe un millón de dólares en billetes de cien —asevera el embajador en tono didáctico. Mira a su alrededor, observa por un momento las caras impasibles de sus colaboradores y, satisfecho, vuelve a dirigirse a sus invitados. Se permite una breve carcajada—. Pero la verdadera pregunta, queridos señores, es: ¿quién de nosotros se encarga de comprar ciento treinta maletines de negocios?

Estaba a un paso de la meta.

Cerquísima. Quizá demasiado, para su gusto. Por eso les detuvo.

SEÑOR R

—Tengo que hacer algunas gestiones —dijo—. Ciento treinta millones de dólares en efectivo no es un asunto fácil.

El embajador no se inmutó.

—Me parece justo. Y, si me permite la pregunta, ¿qué gestiones son esas?

—Tengo que saber dónde puedo hacer que circule tanto dinero líquido. Cómo puedo colocarlo. Necesito algunas garantías. Espero que lo comprenda.

—Por supuesto. Aguardaremos sus propuestas. Hasta pronto, pues.

Tampoco el senador Bun Sareun, una vez fuera de la embajada norcoreana, se mostró sorprendido. Le tranquilizó.

—Es una barbaridad de dinero, pero sé quién puede ayudarte. Aquí hay bancos acostumbrados a recibir mucho dinero líquido.

En cambio, quien no comprende ese frenazo es John Bauer. Mejor dicho: lo comprende, pero no lo aprueba.

—Mierda, estabas casi en la meta y te quedaste parado. ¿Se puede saber por qué? Y no me cuentes bobadas sobre la enorme masa de dinero…

—No es eso —replica Kasper apartando el teléfono del oído.

—Entonces, ¿qué coño es?

—Demasiado fácil.

—¿Demasiado fácil?

—Ya conoces a los orientales. En mi lugar, en esa misma situación, ¿qué habría hecho uno de ellos? Yo me lo pregunté.

—¿Y?

—Todos los días, por vía electrónica, en el mundo se mueven sumas enormes de capitales. Hoy Asia está a la cabeza también en esto. Pero nuestro amigo embajador y sus hombres razonan en efectivo, cualquiera diría que son mis bisabuelos de la aldea toscana…

—Tus bisabuelos no estaban sentados sobre montañas de superdólares. ¡Ellos sí!

—Ya, pero eso yo no lo sé. Y, sobre todo, tiene que parecer que no lo sospecho. Ni remotamente. Por eso reaccioné como habría hecho uno de ellos. Con la prudencia normal. Con la desconfianza justa. Me he tomado mi tiempo.

—Valiente estupidez. Podíamos haber tirado del hilo para enterarnos de dónde llega ese dinero. Ahora lo hemos soltado.

—Eso lo dices tú. Yo espero su próxima jugada.

—¿Y si no llega, la *jugada*?

—Ten fe. Llegará.

La jugada norcoreana mide 52 × 42 × 17.

Es brillante, de aluminio rígido, con refuerzos en las esquinas. La marca es excelente: Zero Halliburton.

Le llega a casa once días después de la reunión en la embajada.

El correo es Hok Bun Sereun.

SEÑOR R

El senador deja el maletín encima de la mesa del comedor y pregunta:

—¿Puedo abrirla?

—Si no es una bomba —replica Kasper.

—Es una bomba que no estalla.

La abre sin muchos miramientos pero despacio.

Son verdes, ordenados y perfectamente alineados.

Cada fajo consta de cien billetes de cien dólares: diez mil dólares en total.

En el maletín hay, uno encima del otro, uno al lado del otro, cien fajos de esos: un millón de dólares en total.

—Todavía no es mi cumpleaños —ríe Kasper.

—No es un regalo. Es un pequeño adelanto. Y también una invitación a comprobar que no son falsos.

—Solo hay un modo de hacerlo.

—En efecto —asiente el senador.

Kasper coge cinco fajos al azar. Vuelve a cerrar el maletín y lo coloca en la balda superior de su armario, en el dormitorio.

—¿Me acompañas?

—¿Acaso puedo decirte que no? —dice Bun Sareun abriendo los brazos.

—¿Qué banco aconsejas?

—Hasta hace poco te habría dicho el Banco Delta Asia de Macao. Pero en los últimos años está en la mira de Estados Unidos. Mejor vamos al ACLEDA. Allí conozco a varias personas con las que podemos hablar de depósitos comprometedores.

El ACLEDA Bank es una de las principales instituciones de crédito de Camboya, con todos los indicadores en crecimiento vertiginoso. No es raro que entren en sus oficinas ahorradores con grandes cantidades de efectivo. A veces enormes. Camboya funciona así. Está considerado un país líquido. *Cash-intensive*, según la definición profesional del senador, auténtico *deus ex machina* de los negocios con los norcoreanos.

—Lo he visto muchas veces —cuenta Bun Sareun—. Hay tipos que llegan con verdaderos sacos de billetes para depositarlos en sus cuentas.

—Ciento treinta millones es un camión lleno de billetes —objeta Kasper.

—En el ACLEDA también tienen espacio para camiones —replica, inefable, el senador.

Son perfectos. Han pasado todos los controles. Ya están en su cuenta bancaria.

Sin embargo, no son auténticos. Por lo menos en el sentido corriente de la palabra. *Same-same but different*. Le vuelve a la mente aquella noche en el Manhattan Club con Victor Chao. Le vuelve a la mente, sobre todo, la excitación de Ian Travis: superdólares, la superfalsificación que hace girar el mundo. Y que puede salirte muy cara.

Superdólares.

Billetes auténticos pero impresos en un lugar que no es una fábrica de moneda estadounidense. ¿Falsos, entonces? Ni por asomo. Distintos. Pero verdaderos.

Si detrás de esto están los chinos, entonces la cosa está clara. Dramáticamente clara. Es la verdadera guerra del tercer milenio. Ni bombas ni cañones. Montañas de divisa clandestina.

¿Por qué conquistar el mundo cuando se puede comprar?

Han pasado varias semanas desde ese primer depósito. Y las cosas han avanzado mucho.

Kasper es recibido otra vez por el embajador norcoreano. Naturalmente, le acompaña el senador Hok Bun Sareun. El encuentro sigue siendo cordial, pero esta vez no hay lugar para divagaciones. Es una verdadera reunión de trabajo. Se repasan todos los detalles del suministro aéreo. Se habla otra vez de las modalidades de pago.

Kasper ha identificado dos bancos para ingresar cantidades cada vez mayores de dinero. También se ha puesto de acuerdo con los directores acerca de sus comisiones. Se llevarán el 1,5 por ciento al principio y al final.

Los norcoreanos saben que el pago se habrá completado al cabo de seis meses, cuando se hayan hecho la entrega y las pruebas de vuelo. No tiene que haber retrasos ni obstáculos, la afluencia de dinero a la sociedad off-shore tiene que ser fluida. Segura.

Los norcoreanos están satisfechos y conformes. El acuerdo está prácticamente cerrado.

Todo bien, pues. A menos que alguien haga una tontería.

«Comprendo que usted quiera asegurarse de nuestra solvencia —le dice el embajador—. Hemos hablado de esto con el senador Bun Sareun. Ambos coincidimos en que en el futuro podremos hacer buenos negocios. Así que si tienen la amabilidad de seguirme…»

Kasper y el senador se unen al embajador y sus colaboradores. Salen del despacho, enfilan el pasillo. El silencio, como de costumbre, es impresionante. Dos tramos de escalera, una puerta blindada ya abierta y entran en el semisótano de la residencia diplomática. Las luces se encienden automáticamente.

No me lo puedo creer, piensa Kasper.

Allí están. Apilados sobre palés de madera, envueltos en una gruesa cubierta de plástico protector.

Metros cúbicos de dinero.

Dólares, dólares y más dólares. Con olor a imprenta y a pecado.

Cientos, miles de esos fajos de diez mil.

En los últimos meses, ¿cuántas veces se lo habrán dicho Bauer y él, imaginando la *cosa*?

¿Y cómo han llamado a esa hipotética, enorme, cantidad de dinero?

Montaña, camión, vagón, pila…

Ninguna de esas palabras era la adecuada, ni de lejos, para describir el espectáculo hipnótico de esos palés que desde el suelo alcanzaban la altura de un hombre.

Parece la bóveda del Banco Central estadounidense. Y es un sótano de Phnom Penh.

Superdólares. Millones y millones. Directamente de la fábrica de dólares.

La *maquinita* de los norcoreanos.

¿Habrá mil millones aquí dentro?, es la única pregunta que consigue hacerse Kasper en ese momento. No se da respuestas. Prefiere quedarse con la duda.

«¡Qué maravilla!», exclama el senador.

Ya, qué maravilla, piensa Kasper. Estamos en la embajada de uno de los países más pobres del mundo. La ONU, la OCSE y todos los demás nos dicen que están en la puta miseria, pero mientras tanto sus sótanos revientan de dólares, ni que estuviéramos en Fort Knox.

—¿De dónde llega todo este dinero? —murmura.

—Te lo digo fuera de aquí —cuchichea Bun Sareun.

El embajador les invita a coger más billetes.

—De donde prefieran. Pueden seguir verificando.

Salen de la embajada con un millar de dólares para llevarlos al banco. Pero Kasper ya sabe que pasarán sin problema el examen de los detectores profesionales.

Same-same but different.

Ahora Kasper entiende por qué Victor Chao tenía ese dinero tan especial. Entiende sus alusiones entre los vapores del alcohol y de la cocaína. Son sus compatriotas chinos quienes, a través de Corea del Norte, inundan el mundo de superdólares. Y la embajada de Phnom Penh funciona como centro de distribución. Los norcoreanos se quedan con un jugoso porcentaje y los fiduciarios chinos (personajes como Victor Chao, justamente) se encargan de gestionar el flujo principal. Reciclaje e inversiones en todo el mundo.

Kasper habla del asunto con John Bauer.

Se ven en el restaurante del hotel Landmark de Bangkok. Le explica todo de cabo a rabo. Aunque no le cuenta lo del semisótano de la embajada. En el último momento decide que no es fundamental. Pero el resto parece confirmar la tesis del estadounidense. Le entrega un sobre con varias muestras.

Same-same but different.

El ex agente de la CIA parece muy impresionado. Y satisfecho.

«Has hecho un gran trabajo. Me alegra que hayas llegado a las mismas conclusiones que yo. Esto nos anima a movernos en Irán y Pakistán. Pensamos que en esos países sucede algo por el estilo».

Le pide un informe detallado y documentado. «Una operación excelente —repite—. En Langley nuestros amigos comunes se quitarán el polvo de encima con la sacudida que les dará esta noticia».

Kasper piensa que ha transcurrido un año desde su primer encuentro en Bangkok, cuando Bauer le propuso esa misión. Ahora, a finales de febrero de 2008, puede darse por satisfecho: ha dedicado tiempo y dinero, pero por fin ha llegado a la conclusión. Vuelve a Phnom Penh con la cabeza alta. En esos momentos se siente muy italiano y muy carabiniere. Está orgulloso de sí mismo.

Pero aún no ha terminado.

Tiene que completar la operación prevista, porque no hacerlo equivaldría a quemarse. Se lo explicó a Bauer y él se mostró de acuerdo. Por eso se ocupará de que esos tres aviones lleguen a Corea del Norte y cerrará el caso. Le pagará a Bun Sareun su parte. Por último, mandará un informe a los jefes de la inteligencia italiana, que de todos modos ya habrán sido informados por sus colegas de la octava división del AISE.

Mientras tanto, de Roma le han pedido que profundice en su informe de algún tiempo atrás.

En efecto, Kasper ha descubierto que en Camboya funciona una célula de al-Qaeda que al

parecer tiene una conexión sólida con Italia. El asunto es delicado, tiene que tratarse con la máxima prudencia porque puede ser una bomba.

Kasper ya está proyectado hacia su nueva misión.

Se dispone a archivar el capítulo superdólares. Serán los estadounidenses quienes decidan el seguimiento que van a dar a su investigación. Pero el destino todavía no ha dicho la última palabra.

El senador llega a casa con dos botellas de Krug.

—Esto hay que celebrarlo —proclama.

Hok Bun Sareun está en el séptimo cielo. Habla de los futuros negocios. Los aviones son un gran business, pero ¿por qué limitarse a ellos? Kasper le da la razón, ríen mientras observan a Clancy, que se despide y les deja allí, bebiendo champán, sin unirse a la simpática compañía. Había dicho que no quería mezclarse en ese asunto y ha sido coherente. Hasta caer antipático.

Brindan ruidosamente. Ante todo por los norcoreanos. Y también por Clancy, el antipático.

Kasper todavía tiene ante los ojos la imagen de esos palés con metros cúbicos de dólares apilados en orden. Una imagen que no se olvida tan fácilmente. Bun Sareun está de acuerdo con él.

—La primera vez que los vi no pegué ojo en toda la noche —dice el senador, y añade—: Tú también deberías hacerte un semisótano como el del embajador.

—Pues no estaría nada mal —le sigue Kasper—, lo que pasa es que no tengo una relación tan estrecha con los camaradas chinos.

—Ya, los camaradas chinos… —asiente el senador con una risita—. Pero ¿quién ha hablado de chinos?

—Bueno, seguro que los norcoreanos no lo hacen todo ellos solitos.

—Por supuesto que no.

—¿Entonces?

—A ver si lo entiendo. ¿Tú crees que ese dinero llega de China?

—¿De dónde, si no?

—Los chinos no tienen nada que ver.

—No digas bobadas.

Bobadas.

Ríen como dos idiotas, porque el límite entre realidad y bobadas parece tan fino, tan difícil de distinguir…

Pero luego el senador se pone serio. Coge su estilográfica y arranca una hoja de la agenda que lleva siempre consigo. La apoya en la mesa y escribe CHINA. Pone al lado un punto de interrogación.

—Ya que hemos llegado hasta aquí —silabea lentamente—, explícame por qué se te ha metido eso en la cabeza.

—¿La fábrica de dólares no es china…?

El senador hace un gesto negativo.

—Puede que los chinos estén al corriente de todo. Incluso es bastante probable. Pero no… ellos no están detrás.

SEÑOR R

El escalofrío que Kasper siente subir y bajar por la espalda tiene andares de araña histérica. Una de esas arañas peludas que dan repelús solo con rozarlas.

—Perdona —repite Bun Sareun—, ¿de verdad pensabas que los chinos…?

—¿Quién, entonces?

Bun Sareun le mira con esa expresión que suele acompañar a la frase «¿Tú eres tonto o te lo haces?». Vuelve a coger su elegante estilográfica y, en el papel, con dos trazos secos, tacha la H y la N de CHINA. Levanta la vista, le mira con una sonrisita muy oriental y luego elimina también el punto de interrogación.

—¿Qué lees ahora?

Tommy es un chico amable, aficionado a las buenas lecturas y la fotografía. Antes de conocer el Sharky's y su bulliciosa fauna nocturna era un texano tímido, abstemio y probablemente virgen. Un casi adulto casi dispuesto.

Dispuesto a dar el gran salto.

Gracias a Kasper conoció a un par de chicas adecuadas y comprendió que la calidad de vida también pasa por pasiones no del todo confesables. Ahora está enamorado de una camarera tailandesa, pero también de su amiga del alma. Las dos le miman y le consienten. Tommy ya no habla de Texas. Por lo menos, no con la nostalgia de los primeros tiempos.

El jovencito ya es un cliente habitual del Sharky's y tiene una cuenta atrasada considerable. Así a bulto, un par de sueldos. Pero Kasper no le pediría nunca que se largara. Primero porque le cae muy bien. Y luego porque es un joven funcionario del Bank of America experto en temas financieros y de mercados de divisas. Una cabeza bien amueblada, dicen de él.

Por eso la proposición que le hace Kasper es de otro tipo:

—Necesito asesoramiento. Dime lo que quiero saber y te anulo la deuda en el Sharky's.

Sentado en un rincón del restaurante, Kasper le expone el asunto del modo más sencillo y directo posible: ¿qué tengo que hacer para imprimir dólares falsos pero perfectos?

Tommy abre desmesuradamente los ojos y mira alrededor alarmado:

—¡No querrás meterte a falsificador! —cuchichea hundiendo la cabeza entre los hombros.

—Es solo teoría. Explícame cómo funciona la máquina de imprimir dinero.

—Solo teoría.

—Pura especulación.

Tommy se toma su tiempo. Está bien preparado el muchacho, y quiere ganarse el perdón de su deuda. Por eso habla de las casas de la moneda estadounidenses, de la organización estatal que vigila la fabricación y la circulación de la divisa del país, de los organismos de control. Todo muy interesante, un poco técnico pero instructivo.

Pero Kasper intenta llevarle a donde él quiere.

—¿Falsificar los clichés? Es difícil, pero no imposible —explica Tommy—. Los billetes se imprimen con máquinas calcográficas producidas por la multinacional suiza KBA-Giori con prensas fabricadas por la alemana Koenig & Bauer AG. Son máquinas que se venden en todo el mundo. No, mira, la verdadera complicación es el papel: 75 por ciento de algodón y el resto de lino.

Un papel de relieve con características tan especiales, con tintas tan raras… Y luego están los marcadores, que son todos factores decisivos y hasta ahora, por lo menos en Estados Unidos, han permitido que con los instrumentos adecuados se puedan descubrir los intentos de los muchos falsificadores que se dedican a los Franklin.

El resumen de la consulta de Tommy es bastante sencillo: si un billete de cien dólares supera el examen de los instrumentos más avanzados, significa que no puede ser falso. Por lo tanto, es auténtico. Y para ser auténtico tiene que estar impreso con la máquina adecuada, el papel verdadero, las tintas preceptivas y los marcadores exclusivos.

Es decir, en una ceca federal estadounidense.

Cuando se queda solo, Kasper intenta sacar conclusiones.

Comprende que la verdad está ahí, al alcance de la mano.

Solo tiene que hacer algunas deducciones lógicas.

La conclusión a la que llega le deja sin aliento: las fábricas de moneda estadounidenses del Bureau of Engraving and Printing que imprimen los billetes no son dos, sino tres. La tercera (máquina, papel y todo lo demás, incluidos los rarísimos marcadores) no está en territorio estadounidense, sino en Corea del Norte.

El país del dictador loco que juega con la bomba atómica. De las ejecuciones masivas. De las amenazas y la censura. El Estado canalla enemigo de Estados Unidos.

Tan canalla que nadie puede meter las narices allí.

Y los chinos, ¿qué tienen que ver en esto? Probablemente lo saben todo. A lo mejor hasta desempeñan un papel. Pero no son ellos quienes dirigen el juego. El juego lo dirigen los estadounidenses que han inventado la tercera fábrica de moneda. Porque las máquinas y los materiales solo pueden haber llegado a Corea del Norte con complicidades de altísimo nivel.

¿Quién puede tener tanto poder como para implantar una ceca estadounidense en otro país? Alguien que esté acostumbrado a desplazar fácilmente hombres y cosas. Alguien que no tiene que dar explicaciones.

Alguien de los servicios secretos estadounidenses.

Son estadounidenses quienes mueven los engranajes de la maquinita norcoreana. Son ellos quienes gestionan el tráfico de la divisa. Quienes utilizan sus beneficios colosales.

Estadounidenses.

Sean cuales sean sus siglas.

Sea cual sea el sombrero que se pongan para la ocasión.

¡Cielo santo!, piensa Kasper. ¿Cómo han podido organizar semejante canallada? Si Bauer le encargó esa misión sería porque no se imaginaba algo así. Ahora tiene que avisarle. Tiene que contárselo todo. Pero antes de llamarle necesita hablar una vez más con el senador Bun Sareun.

—La organización está localizada en los alrededores de Pyongsong, una ciudad de cien mil habitantes, al nordeste de la capital Pyongyang. La llaman «la ciudad cerrada». Los extranjeros no pueden entrar allí. La organización forma parte de la División 39 de los servicios secretos norcoreanos. Los dólares se imprimen allí. Esos dólares que has visto en el semisótano de la SEÑOR R

embajada.

—División 39 —repite Kasper—. ¿Qué significa?

—Es un nombre en código. Nada más. Gestiona los fondos reservados del dirigente norcoreano. Una dotación estimada en cerca de cinco mil millones de dólares.

Pyongsong.

¿Dónde había oído antes ese nombre?

De repente Kasper recuerda. Pyongsong, la ciudad cerrada: varios años antes, en Bangkok. Una noche, cenando con Ian Travis y otros. El Relojero. Claro. El ingeniero norcoreano experto en máquinas de imprimir billetes que iba y venía de Europa a Corea del Norte. Fue él quien habló de esa pequeña ciudad adonde iba para hacer su trabajo e irse inmediatamente. «Tengo nombre y cara de norcoreano, pero para ellos ya soy un occidental que tiene que quedarse lo menos posible».

Sin embargo, había añadido el Relojero, hay estadounidenses que pueden estar allí el tiempo que quieran.

Estadounidenses.

Estadounidenses en la ciudad cerrada de Corea del Norte.

Ahora está todo un poco más claro. Todo tiene sentido.

El senador Bun Sareun le observa con la cautela normal de quien pretende evitar cualquier complicación. Su negocio ya ha terminado. Ahora que se ocupen otros. No entiende ese nerviosismo repentino. No le gusta.

—¿A qué vienen estas preguntas? ¿Qué es lo que te inquieta?

—No me inquieta nada —replica Kasper—. Es que… americanos y norcoreanos imprimiendo superdólares juntos es lo último que se me habría ocurrido.

El senador sonríe y menea la cabeza.

—Está claro que no sabes nada de política. La política internacional tiene muchas caras, amigo mío. El dictador norcoreano amenaza a Estados Unidos y a sus aliados con maniobras en salsa nuclear. Arma un gran escándalo, todos hablan de eso y él, mientras tanto, se embolsa una generosa comisión de la producción de superdólares. La CIA y la NSA y las demás agencias, por su parte, sufragan sus actividades con fondos que los presupuestos del Estado no podrían cubrir.

—¿Sucede lo mismo en Irán y Pakistán?

—Puede. Yo solo sé lo de Corea del Norte. Pero tú, a estas alturas, ya tenías que haberlo entendido. Donde hay un gran enemigo, potencialmente hay un socio estupendo.

El teléfono solo da dos timbrazos. La voz de John Bauer es soñolienta.

—Creo que he descubierto algo muy serio —explica Kasper—. Algo que no va exactamente en la dirección prevista.

—Espera un momento. Te llamo yo.

Pasan dos minutos.

—Dime lo esencial.

Kasper le resume lo que cree haber averiguado.

—¿Has hablado de esto con alguien más?

—Por supuesto que no. Fuiste tú quien me encargaste esta investigación, de modo…

—¿Puedes venir a Bangkok?

—Tengo que organizarme.

—Me encargaré de que mañana te llame el agregado legal de nuestra embajada en Phnom Penh. Organizamos un encuentro. Tú no hagas nada. Buenas noches.

Es un día como cualquier otro en Phnom Penh.

Kasper acaba de hacer los ejercicios de gimnasia matinales, Clancy ha preparado el desayuno y está leyendo los periódicos. Están en casa. Kasper espera la llamada del *legal attaché* de la embajada estadounidense.

Miércoles, 26 de marzo de 2008. Un día que recordará mucho tiempo.

Suena el teléfono. Un número que no conoce. No está en su agenda.

Ya está, dice para sus adentros, tratando de imaginar quién será el interlocutor.

La voz del otro lado no le da tiempo de decir nada más que:

—Hello?

—Leave town now —dice la voz.

—¿Cómo, disculpe?

—Leave town now!

Le parece que es el senador Bun Sareun. Pero no está seguro.

Le pide explicaciones.

—Leave town now! —repite la voz.

Luego silencio. La comunicación se ha cortado.

—¿Qué pasa? —Clancy le mira con la expresión de quien está viendo una cara que no le gusta.

Kasper se lo explica.

Clancy llama a Bun Sareun desde su teléfono. Pocas palabras, las indispensables. El senador le repite:

—Salid de Phnom Penh lo antes posible.

Luego nada más.

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué pasa? —le pregunta Kasper.

Clancy hace un gesto negativo.

—No me ha dicho nada más. Pero será mejor que hagamos lo que dice. Tenemos que largarnos. Luego trataremos de entender qué mierda está pasando.

35
La botella no está cerrada

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
jueves, 2 de abril de 2009

—Leave town now —repite Louis Bastien—. Y al día siguiente os detuvieron.

—Ahí empezó todo —asiente Kasper—. Hace 371 días.

El diplomático francés ha escuchado su larga y detallada reconstrucción. Sin interrumpirle. Sin hacer observaciones. De vez en cuando ha apuntado algo en su pequeña agenda *Vuitton style*.

El resto del tiempo ha asentido y sonreído, remarcando algunas frases con un ligero meneo de cabeza. Como cuando Kasper ha descrito el sótano de la embajada norcoreana. O cuando le ha contado las reuniones con el embajador y sus principales colaboradores. Y esos diálogos mantenidos con el senador camboyano Hok Bun Sareun. Le han hecho mucha gracia.

Sobre el destino de los superdólares, Bastien no tiene demasiadas dudas.

—A los chinos no les interesa nada un dólar inflacionario. Ya controlan la deuda pública de Estados Unidos, ¿qué más pueden hacer? Si acaso, si es que ya no lo han hecho, tarde o temprano se equiparán para duplicar los euros. Quizá los *violetas* de quinientos.

El francés se encoge de hombros. Es un artista que se guía por la lógica. Con informaciones de discreta fiabilidad, probablemente.

—Pero con los estadounidenses es distinto —dice Bastien—. Si no imprimen dólares, ¿cómo pueden sufragar todo lo que hacen fuera del presupuesto? El presupuesto de los servicios de inteligencia estadounidenses es de ochenta y cinco mil millones de dólares. Pero se calcula que solo la CIA gasta por lo menos un 50 por ciento más. Sabemos que la CIA y la NSA están ampliando la red de escuchas en gran parte del planeta. Espían prácticamente a todos. Llamadas de teléfono, SMS, correos electrónicos… Lo hacen en todas partes, también en Europa con el apoyo de los ingleses, que, como siempre, proporcionan toda clase de tapaderas. Restaurantes, centros deportivos, grandes hoteles, casas de citas: por donde pasan los políticos y los diplomáticos hay

«estaciones» que interceptan y registran. Gracias a los teléfonos móviles también son capaces de seguir los desplazamientos de las personas. ¿Tienes idea de lo que cuesta todo eso?

—Miles de millones… muchos miles de millones.

—Eso es. Y los jueguecitos financieros con la droga ya no son suficientes. Llegará un día en que Estados Unidos se retirará de Afganistán. Entonces se reducirá también el filón del opio. Los costes aumentan y los ingresos disminuyen.

—Pero el mundo es grande —sonríe Kasper—. Encontrará otros países a los que exportar civilización y democracia.

—El mundo es cada vez más pequeño y cambia deprisa —objeta Bastien—. Sobre eso tu amigo John Bauer no andaba desencaminado. Vayan donde vayan a enseñar músculo, los americanos se arriesgan a tropezarse con los chinos. Y, además, traficar con droga es cada vez más problemático. La CIA está en el punto de mira de la opinión pública y del Congreso desde la época de los vuelos de Air America en Vietnam. Piensa en la amistad con Gulbudin Hekmatiar, el señor afgano de la heroína. O en la relación con Ahmed Wali Karzai, el hermano del presidente de Afganistán, sospechoso de ser un boss del narcotráfico. Por no hablar de la cocaína sudamericana… Pero ¿qué pasa si tienes una multicopista que te imprime dólares perfectos? Y, además, en una ciudad norcoreana, en el país canalla donde nadie puede ir a curiosear. *Voilà*.

—La División 39. Un rinconcito interesante para visitar…

—No estaría mal —asiente Bastien—. La División 39, u Oficina 39, tiene su dirección central en Pyongyang. Se encuentra en ese gigantesco edificio rectangular que alberga el Comité Central, en el centro de la capital. La plantilla de la Oficina 39 es de ciento treinta personas, que supervisan la contabilidad de la fábrica de moneda que imprime los superdólares: billetes de cien dólares, pero también de cincuenta. Asimismo controlan las fábricas que producen los cigarrillos clónicos de las marcas más conocidas, las drogas sintéticas y las anfetaminas.

Kasper observa a Bastien mientras desgrana estos datos con la dejadez de un experto guía turístico. Un guía bastante raro.

—Algunos creen que el director de la Oficina 39 es Kim Tong-un —prosigue el francés—. Un antiguo empresario que también gestionaría los depósitos multimillonarios del dictador en Suiza. Otros, en cambio, creen que el verdadero cerebro es el general O Kuk-ryol. Sus colaboradores serían su hijo Se-won y otro pariente, diplomático de la embajada norcoreana en Etiopía, que usaría unos correos muy activos en este momento para la Oficina 39. Funciona así Corea del Norte. *Voilà*.

—De modo que es el socio de los americanos para los superdólares… —murmura Kasper.

—Así es —sonríe el francés—. Y con un socio así es fácil llevar a cabo muchas operaciones más o menos atrevidas.

En efecto, hasta cierto punto todo había salido bien, recuerda Kasper. Parecía bastante sencillo. El asunto estaba prácticamente concluido.

—El senador Bun Sareun y sus amigos norcoreanos se habrán quedado bastante chafados —observa Bastien—. Ni acuerdo ni aviones. ¿Qué pasó después de tu detención?

—Imagino que los americanos intervinieron e hicieron lo que suelen hacer en estos casos…

—El polvo y los platos rotos, al cubo de la basura.

—O debajo de la alfombra.

Bastien cierra su agenda y mira a Kasper con la expresión de quien se ha hecho una idea bastante precisa.

—¿Por qué te encargó John Bauer esa investigación? Te lo habrás preguntado, supongo.

—Todos los días, desde hace un año.

—¿Qué respuestas te has dado?

—¿Respuestas? Cada día una distinta.

—Demasiadas. Es decir, ninguna.

—Ya… Y tú, ¿qué impresión tienes?

—¿Sabes esa de la chica que le pide a su amiga que pruebe con su novio para saber si él le es fiel?

—No es mi tipo de historias.

—Bueno, en cualquier caso se trata de algo parecido —sonríe el francés—. Como se dice en nuestra jerga, veamos si la botella está bien cerrada.

—Me han usado para un experimento —murmura Kasper.

El recuerdo de su misión abortada en Paraguay solo es el primero de una larga serie. Forma parte de su personalísimo «repertorio años ochenta».

—Una prueba de resistencia —asevera Bastien—. No es exclusiva de los americanos, lo hacen todos. Los rusos son especialistas en la materia. Lo llaman operación de contrainteligencia. En su caso específico, los americanos —*esos americanos*— han querido poner a prueba la fiabilidad de sus socios norcoreanos y su impenetrabilidad. ¿Está bien cerrada la botella? Veamos qué es capaz de descubrir nuestro amigo entremetido italiano. En las pruebas más delicadas también se pueden usar elementos *desechables*. Si alguien se deja la piel, forma parte del juego. *Voilà*.

—*Voilà*, claro. Hasta ahí llego. Pero lo que viene después es lo que no entiendo.

—¿Lo que viene después? —dice el diplomático abriendo los brazos—. *Plus on remue la merde, plus elle pue*. ¿Hace falta que te lo traduzca?

—No, monsieur Bastien —murmura Kasper—. Está bastante claro.

Kasper se pasa las manos por su pelo cortísimo y luego vuelve a unirlas en un movimiento de clara irritación.

—Puede que fuera demasiado lejos, que profundizara demasiado, es verdad. Pero luego pasó algo más. Intervinieron factores exteriores. Algo que no acabo de entender.

—Porque eres un hombre de acción. —Bastien se encoge de hombros como diciendo: no es nada grave. Y añade—: No tienes en cuenta el panorama general. No estás acostumbrado. Pero la política cambia las reglas y los equilibrios. Cambia las alianzas. Tu investigación duró cerca de un año. En términos absolutos no es mucho, pero con respecto a ciertos acontecimientos no es poca cosa.

Ciertos acontecimientos.

—¿Qué quieres decir?

—Piensa en lo que ocurrió durante ese tiempo. En cómo cambió el panorama de referencia.

El razonamiento del francés es sencillo. Una concatenación lógica. Pero Kasper, efectivamente, no había pensado en eso.

En febrero de 2007, cuando él estaba en Bangkok para recibir el encargo de John Bauer, el SEÑOR R

presidente estadounidense era todavía George W. Bush. Mientras tanto, desde el lejano Illinois, Barack Obama anunció su candidatura a las presidenciales. Para muchos, el joven senador afroamericano era un advenedizo, o casi. Pero en los meses siguientes las jugadas fueron definiéndose poco a poco. Hasta que, en el verano de 2008, Obama obtuvo la nominación demócrata y meses después ganó las elecciones.

Desde enero ese negro está en la Casa Blanca.

—Las cosas cambian, los hombres también —resume Bastien—. Ahora, como diría mi abuelo bretón de Morlaix, te hago dos o tres preguntas inútiles: ¿cómo piensas que se lo tomaron los que tienen el corazón (y la cartera) a la derecha, como tu amigo John Bauer? ¿Qué equilibrios y cuántos cambiaron mientras tanto? Y, por consiguiente, ¿cuántos arreglos de cuentas se habrán producido en las covachas de la inteligencia estadounidense?

La geografía de las relaciones de fuerza en la CIA, o de la CIA con las demás agencias, es similar a una ciencia oculta. Kasper siempre lo ha sabido. Pero algo se puede intuir. Algo se entiende.

Los *Visitantes*.

Kasper les vuelve a ver. Piensa en los interrogatorios y en sus presiones para que acepte el traslado a Estados Unidos.

El cabreado y los otros: decididos hasta la ferocidad.

—Eso explicaría la presencia de los agentes del FBI aquí en Prey Sar —dice—. Son estadounidenses, cierto, pero podrían no ser los mismos que me entregaron a Darrha y sus hombres. En realidad podrían jugar en otro equipo…

Bastien asiente vivamente.

—Ahora alguien podría usar lo que descubriste sobre los superdólares en un arreglo de cuentas. Tú podrías ser la pistola en la sien de alguien. Instrumento inconsciente de viejos y nuevos rencores.

—Testigo contra John Bauer y sus compadres de la CIA.

—Quizá. O puede que John Bauer jugara para otro y simplemente le habían encomendado aprovechar tu olfato. Usarte como se usa al perro en la caza del jabalí. Vamos, bonito, sácame a esa fiera de su cubil; si te abre la barriga, alguien te la coserá. Suponiendo que valga la pena. Ya sabes cómo se caza en los bosques de la Toscana.

—Esto no es un bosque. Es una ciénaga.

—*C'est très just*. Arenas movedizas y caimanes. No es fácil moverse por aquí.

—A la mierda la ciénaga —murmura Kasper—. Cuánta falta nos haría Clancy ahora aquí.

El francés le mira fijamente y se permite una leve risita. Deja que pasen unos segundos, el tiempo justo para pasar a un tono más serio. Casi solemne.

—Ya, nos sería de gran ayuda el misterioso Clancy, si ahora estuviera aquí.

El *misterioso* Clancy.

Bastien le llama así. Y se comprende que ese toque de malicia teatral es la *sauce béchamel* que afina sus peores sospechas.

—Clancy. ¿Cuándo le liberaron sus colegas estadounidenses?

—Hace unas semanas. Puede que un mes… no lo sé.

—Me dijiste que lo llevaron a casa. ¿Qué hace ahora?

SEÑOR R

—No he vuelto a hablar con él. Es posible que ni siquiera esté lo que se dice *libre*.

—¿Tú crees? No sé por qué, pero mira, no consigo imaginarme a tu socio Clancy prisionero en Guantánamo. Ni siquiera en una cárcel federal. Y tampoco bajo arresto domiciliario, si quieres que te sea sincero.

Kasper no se da por aludido. Evita contestar.

—El asunto de los superdólares no le gustaba —continúa el francés—. Clancy se mantuvo al margen, tú me lo dijiste. Pero me parece evidente que en realidad sí que tuvo un papel en todo esto.

—El contacto con Bauer, solo eso —minimiza Kasper.

—Huyó contigo de Phnom Penh. ¿Quién se lo dijo?

—Estaba asustado. Te aseguro que en ese momento no era fácil interpretar las palabras de Bun Sareun. Por teléfono el senador no mencionó los superdólares. Podría haber habido un sinfín de motivos para aconsejarnos que desapareciéramos.

—Me lo imagino —murmura Bastien—. De modo que Clancy te acompañó hasta la frontera con Tailandia. Los dos conocemos esa zona; no es tan difícil pasar clandestinamente. Hay contrabandistas que lo hacen todos los días. Pero él no quiso hacerlo. Y a la mañana siguiente los camboyanos os estaban esperando para deteneros. *Voilà*.

Kasper niega con la cabeza. Siente bullir en su interior las reflexiones y las preguntas que no había dejado aflorar durante meses.

Clancy no quería saber nada de los superdólares, pero en realidad lo sabía todo. Desde hacía años. Porque desde hacía años las averiguaciones de Kasper sobre el reciclaje de capitales mafiosos en Oriente acababan tocando inevitablemente el tráfico de *counterfeit dollars*.

¿Quién le había presentado a Ian Travis? Clancy.

Fue Clancy quien le dijo que vigilara al neozelandés ex SAS y sus negocios en Tailandia con las boiler rooms.

Y en marzo de 2002, también fue Clancy quien le llamó por teléfono para informarle de que horas antes dos sicarios habían matado a Travis en Bangkok.

¿Quién le puso en contacto con Zelger en 2005 para que interceptara a Bishoff y su maleta de superdólares en Milán? De nuevo Clancy.

¿Y quién le había organizado el encuentro con Bauer-Zelger en Bangkok en febrero de 2007?

Deberías prestar atención a las personas que tienes más cerca.

Ahora las palabras de Sylvain Vogel suenan muy distintas de cuando, más de un año antes, el profesor le aconsejó que tuviera cuidado. Ahora le vuelven a la mente como un mensaje que debe releer. Que debe reinterpretar. Entonces esas palabras le parecieron un consejo paternal: procura no hacer daño a los demás con tu conducta temeraria. A Patty, por ejemplo.

Pero ahora el significado le parece otro. Completamente distinto: cuídate de tus amigos, más aún que de tus enemigos.

No puede ser. No puede haberse equivocado tanto.

Con Clancy, no.

El tío Clancy.

Kasper levanta la mirada y la cruza con la de Louis Bastien.

—No podemos sospechar de Clancy.

—A los hechos me remito. *Qui doute ne se trompe pas*, mi viejo.

Resopla. Como para espantar las peores hipótesis. Fuera todas.

Puede dudar de cualquiera menos de Clancy. No hay nadie en el mundo con quien haya compartido tantas cosas. No son simples socios o amigos. Han vivido juntos experiencias irrepetibles. Proyectos y desilusiones. Peligros y aventuras intercontinentales. Son complementarios en el trabajo y parecidos en las pasiones. Por lo menos en algunas. Siempre se han ayudado el uno al otro.

—No, Clancy no, eso sí que no. —Kasper hace un enérgico gesto negativo—. Me niego a pensarlo.

—Admitirás que no hay nada lógico en lo que estás diciendo.

—¿Ah, sí? Y si no es lógico, ¿qué es entonces?

—Un acto de fe —sonríe Bastien—. Pero está bien. Muy bien. En un momento como este la fe solo puede ayudarnos.

Es un jueves, 2 de abril de 2009.

La próxima cita entre Bastien y Kasper será dentro de dos días. El sábado, 4 de abril.

Fuera de los muros de Prey Sar.

Si Dieu existait.

36
Una oración por Kasper

Basílica de Santa María en Trastévere,
Roma,
viernes, 3 de abril de 2009

Tiene un cabreo de mil demonios.

Sabe que no le servirá de nada. Con ciertas personas es inútil cabrearse. Es consciente de ello.

Pero ahora que la tiene delante, a Barbara le gustaría decirle lo que piensa de ella y de su comportamiento ambiguo. Esquivo. De sus promesas incumplidas.

Por teléfono Manuela Sánchez le había garantizado que se verían enseguida, pero ha pasado una semana. Desapareció. La entretuvo con mensajes como: «Te llamaré pronto». En los que *pronto* es un modo de delimitar un compromiso completamente vago e indefinible.

Mientras tanto, Barbara ha tirado a la papelera un billete de ida y vuelta a Camboya. Ha desperdiciado un tiempo precioso. Por no hablar de que ahora, en su casa, la miran como a una chiflada. Una que anuncia viajes impostergables al otro hemisferio, se despide con mil recomendaciones, para volver a casa horas después cargada con regalitos comprados en el aeropuerto.

—Me gustaría saber de una vez qué está pasando —le dice a Manuela condensando su mal humor.

Manuela asiente con una sonrisa apagada. Aparentemente tímida, si la timidez perteneciera a su mundo. Le señala el pórtico iluminado de Santa María en Trastévere.

—¿Nos sentamos allí?

—¿En la iglesia?

—¿Por qué no…?

Ya, por qué no, piensa Barbara mientras la sigue entre la muchedumbre que el sábado por la noche llena las calles del barrio romano más querido por los turistas, los artistas callejeros y los carteristas.

SEÑOR R

Se abren paso entre una comitiva de polacos y un grupo de monjas sudamericanas, entran y se sientan en una de las últimas filas.

La basílica es un pedazo de la historia de Roma y del cristianismo, pero para Barbara es la primera vez. Como buena romana, solo conoce una mínima parte del patrimonio artístico de la capital. Seguramente mucho menos que Manuela, quien, cuchicheando, hace de cicerone dándole explicaciones que no ha pedido. Las obras de arte están en todas partes, entre las sepulturas de los cardenales, los mosaicos de Cavallini y los nichos con los instrumentos de tortura usados contra los mártires, entre los que se encuentra san Calixto, cuya iglesia se alza cerca de allí.

Muy interesante, soporta Barbara, que de san Calixto conoce sobre todo la plaza vecina y el bar de inolvidables aperitivos juveniles. Su mal humor está a punto de estallar. Manuela se da cuenta.

—Esta mañana he estado en Nettuno —dice de pronto la ex narcotraficante.

—Muy bonito Nettuno, hay mar —resopla Barbara.

—He pasado varias horas en el cementerio de los caídos estadounidenses. El primo de mi padre era uno de ellos. Italoamericano de Georgia. Muerto en Anzio en el desembarco de los aliados. El 22 de enero del 44.

—El cementerio, claro que sí. Fui en una excursión escolar hace muchos años —murmura Barbara preguntándose adónde quiere ir a parar.

Manuela suspira.

—Impresionante, ¿verdad?

—Impresionante.

—¿Podemos odiar a los estadounidenses?

—¿Qué quieres decir?

—Llevaba mucho tiempo sin ir a ese cementerio. La última vez había estado con mi padre poco antes de su muerte. Me pidió que le acompañara: quería que estuviera a su lado. Siempre se conmovía. Pero no por su primo, o, mejor dicho, no solo por él. Se conmovía por todos esos muchachos y por esas mujeres. Solo en Nettuno hay casi ocho mil. Ves esos miles de cruces blancas y te preguntas: ¿puedo odiar a Estados Unidos?

—¿Por qué ibas a odiar a ese país?

—Porque vivo al lado de una mujer que se está muriendo. Y cada día que pasa aumenta su desesperación por un hijo que podría no volver. Que podría no tener siquiera una sepultura digna, dado el sitio donde está ahora. Es una mujer fuerte, consigue ocultar su estado de ánimo, pero yo por la noche la oigo rezar y con cada oración que he oído me ha crecido dentro un odio al que es difícil no asignar un destinatario.

—¿Volver a Nettuno te ha ayudado?

Manuela asiente y alza la vista hacia el artesonado del techo, diseñado por Domenichino, con la imagen de la Asunción y la pequeña cúpula en el centro de la bóveda con los cuatro ángeles volando.

—Cuando estás junto a esa extensión de cruces comprendes que este país, como otros, le debe muchísimo a Estados Unidos. Pero también comprendes que nada es para siempre. Pensé que las naciones quizá sean como las personas: crecen, alcanzan la cima y luego decaen.

—Es la historia de todas las grandes civilizaciones —observa Barbara.

—Cierto. La decadencia nos llega a todos, tarde o temprano. Es una fase delicada. Puedes volverte malo. Puedes dar rienda suelta a los peores impulsos. Tengo la impresión de que es lo que les está pasando a los americanos. A esos americanos que creen que todavía pueden dominar el mundo con los métodos más expeditivos. Ese tiempo ya pasó. Pero ellos no lo ven. No lo aceptan. El mundo cambia, cada vez es menos manejable. Menos dócil.

—Más difícil de controlar, eso seguro.

—Pero no lo controlas jugando sucio. No lo consigues espiando a todos e imponiendo métodos de hace medio siglo. No arreglas las cosas con torturas y mano dura. Y Dios sabe si el nuevo presidente logrará entenderlo. Por su país y por todos los que, pese a todo, aún quieren a su país.

—Por lo menos cerrará Guantánamo.

—¿Lo hará? Será interesante comprobar hasta qué punto conseguirá cambiar el país que ha encontrado y hasta qué punto, en cambio, ese país lo cambiará a él.

Las dos mujeres guardan silencio unos segundos mientras a su alrededor el flujo de turistas y fieles no se detiene ni un momento.

—He encontrado el historial del tipo sobre el que querías informarte —prosigue Manuela cambiando bruscamente de tono y de tema.

—¿Te refieres a 2005, a la maleta de los superdólares en la estación de Milán…?

—El americano que encargó a Kasper que interceptara a herr Bishoff en Milán.

—Bob Zelger.

—Bob Zelger era de la CIA —confirma Manuela—. En los años setenta, en Vietnam, fue uno de los protagonistas de la Operación Phoenix.

—¡Phoenix, pues claro! —repite Barbara—. Es allí donde le había visto. Pero no recuerdo lo que era la Phoenix…

—Fue una operación de sabotaje y contraespionaje ejecutada con una violencia inaudita. Una campaña de asesinatos selectivos que entre 1968 y 1972 causó por lo menos 30 000 muertos, en gran parte civiles. Muchos fueron torturados. Zelger era uno de los responsables.

—A propósito de americanos beneméritos —sonríe Barbara.

—Zelger nunca salió de ese ambiente. Sigue operando en Asia con otra identidad. Quizá la auténtica. Hoy su nombre es John Bauer.

—De modo que es él —dice Barbara—. Es quien hizo que agarraran a Kasper en Camboya. Bauer está en el origen de todo. Haré mis comprobaciones…

—¿Qué piensas hacer ahora con estas informaciones?

—Pondré una denuncia internacional. Sí, señor. También tengo intención de hablar con los periodistas de Estados Unidos. Contarles lo de Zelger o como demonios se llame ahora, lo de los superdólares y todo lo demás. Es la única manera de salvar a Kasper.

Manuela la escucha y hace un gesto afirmativo que en realidad quiere decir «pero qué demonios quieres hacer». Con los ojos fijos en el altar, delante de ella, y los labios apretados en una mueca que no deja lugar a dudas sobre lo que piensa de esa iniciativa.

—Si no estás de acuerdo, qué quieres que te diga —silabea Barbara—. Me hiciste bajar de un avión a punto de salir para Camboya. Me racaneaste las informaciones, dejándome sin noticias durante varios días. Estamos hablando de mi cliente…

SEÑOR R

—¿Sabes por qué estamos aquí? —la interrumpe Manuela.

—¿Cómo voy a saberlo? —resopla Barbara con impaciencia.

—Esta es la iglesia a la que vine a hablar con Dios cuando decidí dejar mi vida anterior. Había leído que aquí se refugiaban los delincuentes que querían cambiar de vida. Lo hicieron hasta el final del siglo XIX. Colgaban ahí fuera sus armas: puñales, venablos y espadas. Entraban y se convertían. Hace quince años yo hice lo mismo. Dejé fuera mi pasado y me he convertido en una mujer normal. Por lo menos lo he intentado. Aquí he vuelto a rezar. Vengo siempre que puedo. Rezo a la Virgen y a todos los santos. Pero hay oraciones que se tienen que rezar juntas.

—Juntas…

—Por eso te he pedido que nos viéramos aquí.

Barbara la observa para comprender si, en esa mujer, la verdad no raya irremediablemente en la locura, pero sabe que lo último que necesita la comprensión son prejuicios. Por eso repite:

—Rezar juntas. Tú y yo.

—Sí, mi querida abogada. Tenemos que rezarle a la Virgen y a san Leonardo de Limoges.

—San Leonardo de Limoges…

—Protector de los encarcelados y los prisioneros. Para que ampare a nuestro amigo. Por lo menos durante unas horas.

—Unas horas… —Barbara no puede evitar un sobresalto—. Espera, ¿qué quieres decir?

Manuela mira su reloj. Son las nueve de la noche pasadas. En Camboya son las tres de la mañana. Kasper estará sin duda despierto, esperando a que amanezca. A partir de entonces todos los momentos serán buenos.

—Recemos, abogada —susurra Manuela Sánchez—. Recemos para que mañana sea un día mejor.

37
Huir o morir. Ahora

Centro de reeducación de Prey Sar,
alrededores de Phnom Penh, Camboya,
sábado, 4 de abril de 2009

«Italian, you come here right now!»

Obedece la orden. Con calma, como de costumbre. Lentamente. Pero sin mostrar enfado. Sin emoción. Sin actitud retadora. Apaga cualquier posible brillo de su mirada.

Se dirige adonde el kapo le ha ordenado que vaya. Le esperan en dirección. Para comunicarle noticias.

Sábado, 4 de abril de 2009.

El día que estaba esperando. Última vuelta de la noria. Sea cual sea el desenlace.

Kasper camina despacio. El bloque de las oficinas de Prey Sar está a varias decenas de metros. Arrastra sus sandalias Hô Chi Minh y mientras tanto hace acopio de las energías que le quedan. Ha estado despierto toda la noche, pero ha fingido dormir. No quería que Victor Chao y los otros compañeros de encierro sospechasen nada. Ha repasado todos los detalles y ha tenido a su lado, bien escondidas, las armas pescadas en el depósito de agua. La pistola y la granada. Su modesto arsenal. Muy valioso, en caso de cambio de programa.

Louis Bastien le había pedido que no hiciera ninguna tontería. «Aunque la cosa se ponga fea, no reacciones», le había recomendado.

Lo siento, monsieur Bastien, piensa Kasper. Si la cosa se pone fea, esta vez se echa el cierre. A mi manera. El infierno existe y yo he estado allí. Con 373 días aquí dentro es suficiente.

En la noche insomne, una vez más, ha ajustado cuentas con el pasado y con el presente. Por superstición, no quiere pensar en el futuro. No siente la tentación de imaginar lo que viene después.

Porque es imposible.

Porque ese «plan de partida», como lo llama Bastien, pende de un hilo finísimo y, si alguien se ha equivocado, no habrá ese *después*.

SEÑOR R

Porque si Bastien no es el que parece, Kasper habrá caído en otra trampa. La definitiva.

Porque Kasper es el primero que no debe equivocarse.

Camina por el polvo, bajo el sol y bajo las miradas de quienes, tarde o temprano, querrían ajustar cuentas con él. Prisioneros convertidos en sus enemigos. Desesperados en manada que estudian para matarifes.

Están viendo una sombra y no lo saben.

Si pudieran imaginar que esos pasos, para Kasper, son los últimos allí dentro, probablemente se organizarían mejor. Acelerarían sus planes. Pero ya es tarde. Pase lo que pase, Kasper está dispuesto a acabar con todo.

Paseo final.

Hoy va a salir del lager camboyano.

Ahora.

De un modo u otro.

Allí está la puerta.

Ánimo, sales a escena, se dice. No falles. No cometas errores. Procura no traicionarte. Ahora no.

Qué demonios, ni que fuera la primera vez que tienes que fingir, que simular. Que representar un papel. ¿Cuántas gilipolleces parecidas has hecho? ¿Cuántos exámenes has pasado delante de personas que solo estaban esperando una señal, un mínimo indicio para meterte un tiro en la frente? Siempre te has salido con la tuya. Siempre lo has logrado.

Kasper escucha el sonido de su propia voz. Le parece convincente.

Pero al mismo tiempo oye otra voz que no es la suya, o quizá sí, solo que más seria y profunda. Que le recuerda: «Pero esta vez es distinto. Esta vez, si sale mal, se acabó lo que se daba».

La puerta se abre y un guardia le hace entrar en el «patio de los suspiros».

Es un espacio de pocos metros cuadrados. Kasper lo llama así porque es el lugar donde quien afloja la mosca puede hablar con los visitantes sin los acostumbrados tabiques. En ese patio ardiente flotan muchas voces. De testamentos susurrados. De confesiones peligrosas. De sexo consumado en momentos de intimidad descarnados, frenéticos.

Patio de los suspiros le gusta. Suena bien. Evoca ciudades donde siglos atrás nació una civilización y donde también nació él, medio siglo antes. Ahora le parece oír esos suspiros. Ecos de invocaciones quejumbrosas, voces sin esperanza. Encerradas, para siempre, entre los muros de esa tétrica fortaleza del dolor.

También él querría suspirar. Pero contiene el aliento y representa su papel. Se repite a sí mismo: no sé por qué estoy aquí ahora. No sé por qué me han llamado aquí. Solo tengo que permanecer tranquilo.

El guardia que le ha hecho pasar le señala una habitación a la derecha. «Adentro».

Ahí dentro hay otros dos carceleros. Están de pie, en el centro. Le están esperando. El más joven es flaquísimo, de ojos saltones. Kasper cree que le conoce. Era el que llevaba la bandeja con las bebidas y el café, cuando Louis Bastien pedía algo de beber. Ahora está allí con un móvil en la mano, juguetea con él, se entretiene como un adolescente aburrido hasta que, con un gesto

repentino, apaga el juguete y se lo mete en un bolsillo del pantalón.

El otro carcelero tiene unos papeles en la mano derecha. Los levanta, mira a Kasper y dice: «Hoy sales».

Le pasa los papeles a su colega más joven, que los coge y echa un vistazo al primero. Los otros ni siquiera los mira. Menea lentamente la cabeza. Balbucea algo en camboyano. Se detiene. Balbucea otra vez, con más decisión. Parlotean entre ellos.

El otro traduce: «Será mejor consultarlo con el director».

No es una opinión. Es una acotación que no admite objeciones.

El más joven vuelve a sacar el móvil y busca un número en la memoria. No lo encuentra. Suelta una risita, maldice. Sin embargo es sencillo. Es una operación veloz.

La muerte puede ser una operación cómicamente veloz.

Encuentra el número. Aprieta la tecla y se acerca el teléfono al oído derecho. Satisfecho, sonríe.

Y entonces parece que todo se detiene.

Hay momentos en los que parece que la vida se detiene en un fotograma.

Es una sensación rara, incluso cómica, a veces. A Kasper ya le ha pasado otras veces. Pero nunca así. Nunca con esa sensación de pompa de jabón a punto de estallar.

Una sensación de fin del mundo.

Las imágenes se frenan, se retardan, hasta que todo se paraliza: los rostros con sus peores expresiones, los cuerpos sorprendidos en las posturas más improbables. Hasta el sonido de las voces. Los ruidos de siempre.

Todo cristalizado. Antinaturalmente inmóvil.

¿Cuánto tiempo pasa? Segundos, minutos. Una vida.

Kasper piensa: ya está.

La meta.

Mira a su alrededor. El cuarto adonde le han llevado los guardias tiene la sobriedad de un tanatorio rural. Hay dos feas mesas de madera negra, un teléfono amarillento, unas sillas de plástico desvencijadas. Cajas de cartón en el rincón más alejado. No ve ventanas. No hay.

Kasper evalúa los posibles movimientos. Las vías de escape. Aprieta la camiseta de algodón y en su interior el envoltorio con la TT china y la granada rusa. El portón de Prey Sar está a pocos metros de ese cuarto. Último, ardiente diafragma antes de la libertad.

Los dos guardias siguen pasándose los papeles. Los leen, o simulan hacerlo. Vigilan a Kasper. Le miran de hito en hito. Mientras tanto, el teléfono de Mon Kim Heng no contesta.

El director, por el momento, no se encuentra disponible.

Al fin y al cabo es sábado. Los funcionarios del Estado descansan. Pueden tener mujer, hijos, y gracias a ellos intentan apartarse de ciertas rutinas implacables. Un fin de semana regenerador que les aleje del horror cotidiano.

Es posible que Mon Kim Heng haya apagado el teléfono y, como buen burócrata, el sábado por

la mañana no atiende a nadie. Es posible, piensa Kasper, que un dios misericordioso me haya extendido las manos sobre la cabeza.

El dios del fin de semana, si es que existe.

Esos documentos que siguen bailando delante de sus ojos tienen un nombre muy concreto: *release papers*. El Ministerio del Interior comunica a la dirección del centro de reeducación de Prey Sar que el detenido italiano debe ser liberado inmediatamente.

Una orden con formato gubernativo. Indiscutible.

El mensajero del ministro que la trajo ya se fue de vuelta a Phnom Penh en su ciclomotor. Los dos guardias están ahí, inmóviles, con los *release papers* entre las manos. Parecen indecisos, con esas miradas recelosas que reflejan lo mismo indolencia que sadismo.

A lo mejor están esperando una oferta. Otro soborno.

A lo mejor, los muy cabrones, están esperando a que dé un paso en falso.

No puedo seguir así. No aguantaré mucho más, se repite Kasper mientras su cuerpo se derrite en sudor. En cualquier momento sucederá algo: el teléfono encenderá la mecha, surgirá un imprevisto más que previsible. La evasión será rebajada a intento fallido. Un fracaso.

Piensa en el plan de fuga.

No es un plan. Más bien es un modo de acelerar lo que está escrito. Lo que no se puede evitar. Ahora, en ese preciso momento, alguien podría comprender, o simplemente intuir, que hay algo que no cuadra. Él oirá ladrar una orden rabiosa, alguien echará mano a su arma. Y entonces, por fin, caerá el telón. Para siempre.

Kasper se pregunta qué estará haciendo Louis Bastien en ese momento.

Si realmente, como prometió, le está esperando a poca distancia de allí. Si dentro de su coche con matrícula del cuerpo diplomático está contando los minutos, o más bien está rezando por él. Pero luego se recuerda a sí mismo que los franceses de esa clase no rezan. Si acaso se sirven un pastis y escuchan el silencio que precede a las tragedias.

Al primer disparo, Bastien se largará de allí. Él también desaparecerá.

¿Cómo reprochárselo?

El guardia más viejo, con los *release papers* en la mano, parece de cera. Perfecto para un museo del horror. Con esa temperatura la cera se derrite, y la idea de su inminente licuefacción allí, a pocos centímetros de él, le arranca a Kasper una mueca divertida. Algo parecido a una sonrisa que no pasa inadvertida a sus carceleros. El que parece más despierto, y más peligroso, deja definitivamente su móvil y menea la cabeza como diciendo: no me convence.

Vuelve a coger los *release papers*. Los repasa. No puede dudar de su validez. El papel es el adecuado. Las firmas y los sellos están todos. El motorista del ministerio era auténtico. Los documentos parecen verdaderos.

Son verdaderos.

Falsos pero verdaderos.

Confeccionados para la ocasión por quien posee todos los instrumentos para hacerlo. Exactamente igual que con los superdólares.

Same-same but different. La expresión más refinada para definir ese mundo de falsificaciones, imitaciones descaradas y engaños manifiestos. De ambigüedad extraordinaria, eterna.

SEÑOR R

El sonido es repentino.

Procede, apenas amortiguado, del bolsillo del pantalón. El guardia más joven se da cuenta de que ese teléfono móvil es el suyo. ¿Quién si no podría tener «Road Trip» como melodía? Se echa a reír y va en busca de la fuente sonora.

Los peores presentimientos se hacen realidad así, piensa Kasper. Con una improbable musiquita americana y la fisonomía canalla de un camboyano que aún no ha cumplido los treinta, pero momentáneamente tiene un poder enorme. Ahora el carcelero contestará y, al otro lado, Mon Kim Heng decretará su final.

Error.

El tono del carcelero esta vez es agudo. Un maullido hormonal. Género internacional, del tipo: «¡Qué sorpresa!»; se aleja unos metros, pero antes le devuelve los documentos a su colega. Cuestión de prioridad. Otras señales hormonales, se dobla como un sauce risueño sobre su móvil y luego, con un gesto elocuente, sale del cuarto. Los deja solos.

El guardia más viejo se encoge de hombros, guiña los ojos y con cara de pocos amigos vuelve a examinar los *release papers*. Solo unos segundos.

—¿Listo para salir? —le pregunta en inglés.

Kasper asiente.

—I'm ready.

El Ford Mondeo blanco tiene matrícula del cuerpo diplomático. Dentro estarán a diez grados. Un choque térmico. Desde el portón de Prey Sar hasta el coche del francés, Kasper ha recorrido cien metros bajo un sol de justicia. Ha caminado despacio. Sin volverse. Tenaz y paciente.

Los cien metros más largos de su vida.

Ahora empieza a sentirse mal. Sentado al lado de Louis Bastien, apenas logra susurrar:

—Vámonos.

Tiembla. Siente escalofríos en las manos y las rodillas. Ese frío imprevisto, claro.

—Apago el aire —dice Bastien.

—Déjalo. Vámonos —repite Kasper.

Los primeros minutos transcurren sin que ninguno de los dos abra la boca. El diplomático se toca el bigote y conduce aparentemente tranquilo, con la mirada fija en la carretera y, a menudo, en el retrovisor. Recorren la Prey Sar Road y la Street 217, dejando atrás los arrozales y las zonas rurales.

Se acercan a la capital.

Kasper manipula la pistola. Quiere sacar la bala de la recámara, pero las manos no le obedecen.

—Te habías preparado para una salida de película —observa Bastien—. Por suerte te pedí que no hicieras ninguna locura. Una pistola y una granada, *voilà*. ¿Nada más?

—Con lo que me costaron no podía dejarlas allí dentro.

—Genio y figura… Podías haberlo echado todo a perder con esa bravata.

Kasper asiente. Es consciente de ello. Ahora que Prey Sar ha quedado atrás comprende que, a un paso de la libertad, ha estado a punto de echarlo todo a perder. Si los guardias le hubieran pedido

que enseñara lo que tenía en ese envoltorio, habría sido su fin.

Sin embargo, en su interior hay una sombra de amargura. De sincera y terrorífica contrariedad.

Porque estaba preparado. Para disparar. Para eliminar a todos los carceleros que pudiera. Preparado para morir.

—A propósito de dejar cosas… —dice.

—Dime.

—He dejado allí una cosa.

—¿Una cosa dónde… a quién?

—A los *Visitantes*.

—¿O sea?

—Un mensaje en una botella.

—¿Qué quieres decir?

Kasper se lo cuenta en pocas palabras. A la salida les entregó a los guardias una breve carta dirigida a los agentes estadounidenses. Para cuando vuelvan a buscarle. Les explica que se va: desnutrido, enfermo y hecho un cristo.

Pero se va.

Les escribe que tarde o temprano volverá a estar en forma. Por eso espera, por su propio bien, no cruzarse con ellos en ningún camino del mundo, cuando estén haciendo la compra o comiéndose un helado, como un ciudadano cualquiera. En la práctica, les manda a tomar viento y les promete que no se olvidará de sus nombres ni de sus caras.

—¿Eso es lo que has hecho? —le pregunta Louis Bastien—. ¿Te has burlado de los agentes federales estadounidenses y les has amenazado?

—Más o menos.

—Eres más terco que una mula —ríe el francés—. *Voilà*.

—Puedes llevarme allí otra vez, si quieres.

—¿Con lo que me has costado? Ya es tarde. No, ahora te llevo a comer. Pero antes tenemos que hacer otra cosa.

—¿Qué?

—Una ducha. Apestas como un animal.

Todo parece nuevo. Todo por primera vez. La ducha, la muda interior, la ropa.

Vaqueros, camisa blanca, cazadora negra y zapatos All Stars.

Todo perfecto. De su medida.

Cuando Kasper sale del cuarto de baño oye música clásica de fondo y la voz de Louis Bastien que le pregunta si, con la carne a la parrilla, un Burdeos puede ser de su agrado.

Si es un sueño no tardará en despertar y lo sabrá.

Pero mientras tanto contesta que, a falta de un Brunello de Montalcino, el Burdeos es perfecto. Oye la risa del diplomático y su comentario jocoso sobre los toscanos. Luego, en francés, le hace el pedido a alguien.

El restaurante Le Deauville está vacío, porque solo abre por la tarde. Pero ese día han llamado al SEÑOR R

chef para que haga un trabajo extra. Menú muy sencillo, y el propio Bastien se encarga de poner la mesa.

La mesa de Kasper está servida. La comida también: filete a la brasa, pan caliente y ensalada mixta. Perrier y vino tinto.

Kasper toma asiento. Casi no puede creer lo que ve. Cubiertos, vasos, mantel blanco, servilleta.

La Civilización, trescientos setenta y tres días después.

—Ahora come tranquilamente —le dice Bastien—. Luego te daré lo que necesitas para el viaje. Nos quedaremos aquí hasta la tarde, luego nos pondremos en camino.

—¿Tú no comes conmigo?

—Comeré algo dentro de un poco. Ahora tengo que hacer otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Hasta luego —dice saliendo del comedor.

Un comportamiento bastante raro, piensa Kasper, pero empieza a comer. El hambre es algo que supera la prudencia y la desconfianza. Supera el miedo también.

Reflexiona.

Le gustaría creer que todo ha terminado, pero no puede.

Está fuera de Prey Sar, pero todavía en Camboya.

Le Deauville es un restaurante de la Street 94, a poca distancia de la embajada de Francia, en los alrededores del Boulevard Preah Monivong. Podría parecer un local pasado de moda de la Francia profunda, pero está en Phnom Penh.

Está en un lugar del mundo donde puede suceder cualquier cosa.

Lamentablemente, para los malos pensamientos no hay ningún antídoto que sea eficaz. El único que conoce Kasper lo tiene a su lado, en la silla donde ha dejado la pistola y la granada.

Mientras vuelve a familiarizarse con el sabor de un filete, se acerca su pequeño arsenal. Se coloca la pistola sobre las rodillas, lista para ser empuñada. Bebe el Burdeos. Si tiene que pasar algo, por lo menos que sea después de haber vuelto a saborear un vaso de buen vino. Y ese Burdeos es bueno de verdad.

La música de fondo se apaga de repente. Se hace un silencio.

Un silencio extraño, inquietante.

Kasper solo oye sus mandíbulas masticar. La sala está vacía. De las cocinas no llega ningún ruido. Pero comprende que no está solo. Lo *siente*.

Pasan unos segundos. Un tiempo infinito.

Y luego, desde alguna parte, desde alguna luminosa rendija de un mundo que ha abolido la bestialidad de los hombres, el sonido imprevisible de una guitarra eléctrica. Con esos acordes iniciales. Inconfundibles.

«Brothers in Arms», de los Dire Straits.

Y la voz de Louis Bastien, que no es la de Mark Knopfler pero como si lo fuera. Igual de perfecta:

These mist covered mountains

Are a home now for me
But my home is the lowlands
And always will be
Some day you'll return to
Your valleys and your farms
And you'll no longer burn
To be brothers in arms…

Kasper se queda pasmado, con el tenedor en el aire y la boca abierta. Los ojos, sin que se dé cuenta, se le humedecen. Unas lágrimas caen, surcándole la cara. Si tuviese fuerzas, querría levantarse para dar un abrazo a ese Aladino francés salido de quién sabe qué lámpara maravillosa.

Pero no hace falta.

Bastien se le acerca sin dejar de tocar ni cantar.

There's so many different worlds
So many different suns
And we have just one world
But we live in different ones.

Bastien deja su guitarra en la mesa de al lado y se sienta frente a él. «Ahora puedo cenar contigo. *Voilà*».

Epílogo

Hace un frío tremendo en Viena.

Cualquiera diría que es 5 de abril. Y que es un domingo. Pero quizá en los aeropuertos internacionales todos los días se parecen un poco. Kasper va vestido como un extraño turista que se ha equivocado de vuelo. Pero su pasaporte está en regla y su destino final, ahora, está más cerca.

Pocas horas después está en el tren que le lleva de regreso a Italia.

Mientras el paisaje que discurre por su lado se vuelve cada vez más familiar, Kasper piensa en sus últimas horas. En el vuelo de Phnom Penh a Macao en un avión privado, en las reservas falsas a su nombre en varios vuelos con destino a Europa y en los documentos que le proporcionó Louis Bastien para que se marchara de Camboya.

—Algún día me tienes que explicar cómo lo has hecho —le dijo Kasper cuando se despidieron.

—No ha sido tan difícil —replicó el francés quitándole importancia—. He seguido sus reglas.

—Aquí solo conocen una regla.

—En efecto. Pagué lo que me pedían y algo más. Recuerda: «There's so many different worlds, So many different suns…».

—Eres bueno con la guitarra eléctrica.

—No toco como Mark Knopfler. Tampoco canto como él, por desgracia.

—Same-same but different —sonrió Kasper.

—Same-same but different —le abrazó Louis Bastien.

No se prometieron que volverían a verse.

Pero, si sucede, será un buen día para los dos.

Y lo más probable es que no sea en Camboya.

Conclusiones

Cuando Kasper volvió a Italia en abril de 2009, la Fiscalía del Tribunal de Roma siguió investigando sobre él y, al tener noticia de su evasión de Prey Sar, ordenó su detención y su reclusión en la cárcel romana de Regina Coeli, donde Kasper se presentó acompañado del nuevo comandante del ROS.

Kasper solo estuvo cuatro días en la cárcel y no ha vuelto. Actualmente está esperando el archivo de algunos procedimientos y la revisión de otros.

No se ha presentado, ni ahora ni antes, cargo alguno contra él por las autoridades camboyanas ni por las autoridades estadounidenses. Sobre su caso no ha llegado ninguna petición a la Fiscalía. Sobre su secuestro, que duró trescientos setenta y tres días, las autoridades italianas competentes no han abierto ninguna investigación.

El agente Kasper presentó un informe detallado sobre el «caso superdólares» a la Fiscalía del Tribunal de Roma. No se tienen noticias de que las autoridades italianas hicieran algo al respecto. Mientras tanto se han sucedido las denuncias y los indicios en otros muchos lugares del mundo, y sobre todo en el continente asiático.

El 27 de enero de 2011, en Pakistán, el agente de la CIA Raymond Davis mató a dos agentes del ISI (servicio secreto paquistaní), que, según fuentes estadounidenses, le habían tendido una emboscada en la carretera. Fuentes periodísticas especializadas sostienen que Davis estaba investigando sobre el tráfico de superdólares utilizados para financiar grupos islámicos radicales. Davis fue liberado en Pakistán el 16 de marzo de 2011 y repatriado después de que el gobierno de Estados Unidos pagara 2,3 millones de dólares.

El 3 de junio de 2011, el teniente coronel de los carabinieri Cristiano Congiu fue asesinado en Afganistán. Según la reconstrucción oficial, Congiu había salido en defensa de una mujer estadounidense amenazada por varios afganos. Congiu, experto en la lucha contra la droga, estaba

investigando el tráfico de opio hacia Occidente y otros tráficos ilegales en la región. En su página de Facebook aludía a posibles resultados sensacionales de sus averiguaciones. Su muerte se archivó como un episodio de delincuencia común: muerto a palos por agresores no identificados. En realidad, su cadáver presentaba heridas compatibles con armas de fuego.

Kasper abandonó su actividad de agente operativo de los servicios secretos y hoy cultiva olivos, regenta un gimnasio de artes marciales con antiguos colegas del NOCS y el GIS, y de vez en cuando se sigue lanzando en paracaídas.

Kasper y Patty se casaron y han tenido una niña. Viven en el campo con Bendicò y otros dos perros, varios gatos, caballos, burros y vacas. Están rodeados de una comunidad de vecinos muy amables y protectores.

La madre de Kasper murió en Florencia pocos meses después del regreso de su hijo a Italia.

Barbara Belli sigue trabajando en su bufete del barrio Prati de Roma.

Manuela Sánchez viaja a Roma con frecuencia y nunca deja de pasar por Santa María en Trastévere.

Victor Chao desapareció de Prey Sar y de Camboya.

Brady Ellensworth se fue de Camboya y regresó a Estados Unidos.

El Tribunal Internacional de La Haya condenó al general Tuta a dieciocho años por crímenes de guerra.

El ex socio de Ian Travis en la boiler room fue acusado de su muerte: según la investigación de las autoridades tailandesas fue él quien ordenó el asesinato en Bangkok.

Clancy vive entre Estados Unidos y Dubai y trabaja activamente para los servicios secretos estadounidenses.

Hun Sen sigue siendo el jefe del gobierno camboyano. El campo de Prey Sar está en plena actividad.

El gobierno de Obama no ha cerrado el campo de Guantánamo.

Marco Lanna sigue viviendo en Camboya.

SEÑOR R

Louis Bastien ya no está en Phnom Penh. O quizá solo ha cambiado de nombre.

SEÑOR R

Agradecimientos

Los autores dan las gracias a las personas que creyeron en este libro y se lo dedican a las mujeres y los hombres que todos los días, en silencio y lejos de los focos, contribuyen a la seguridad de la sociedad en la que vivimos con honradez, lealtad y respeto a las reglas.



LUIGI CARLETTI. (Piombino, 16 luglio 1960). Periodista. Ha trabajado durante treinta años en el grupo Espresso-Repubblica, donde ha sido corresponsal, redactor jefe y director. Para "Repubblica" ha escritos grandes reportajes de actualidad y crónicas. Sus libros han sido traducidos a varias lenguas.

KASPER es solo uno de los nombres en clave usados durante su larga experiencia en los servicios secretos y el cuerpo de élite de los carabineros, el ROS. Piloto de combate, experto en artes marciales y en todo tipo de explosivos, Kasper ha protagonizado importantes operaciones contra el crimen organizado y el tráfico de drogas internacional.

SEÑOR R